

Contigo aprendí

Carmen Guaita

*Conversaciones sobre educación
y valores con personalidades
de nuestro tiempo*



edición
3^a
edición

Lectulandia

La clave de la educación está en ayudar a los hijos a ser felices y capaces de hacer felices a los demás. Hay que mostrarles el camino, proveerles de buenas botas, cogerles de la mano y después apartarse para que construyan su camino al andar. Las herramientas con las que se educa son el amor y el sentido común, y los ingredientes que forman parte del modo de empleo de la vida son, sin duda alguna, los valores.

Carmen Guaita recoge en este libro entrevistas a personajes de la vida pública con el objetivo de reflexionar sobre la educación y los valores. Todos ellos responden desde la perspectiva de su experiencia vital a cuestiones concretas: Pastora Vega habla sobre la belleza, Fernando Savater sobre la ciudadanía, Jorge Valdano sobre los valores del deporte, Carmelo Gómez sobre la disciplina, Javier Urra sobre la familia de hoy, Víctor Ullate sobre la fuerza de voluntad, Federico Mayor Zaragoza sobre la cultura de paz, Monseñor Carlos Amigo Vallejo, sobre el sentimiento religioso...

Carmen Guaita

Contigo aprendí

**Conversaciones sobre educación y valores con
personalidades de nuestro tiempo**

ePub r1.0

Titivillus 02.11.2022

Título original: *Contigo aprendí*
Carmen Guaita, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Contigo aprendí

Prólogo

Educar en valores es educar

B de belleza. Pastora Vega habla sobre la belleza

C de ciudadanía. Fernando Savater habla sobre la ciudadanía

C de cultura. Juan Manuel de Prada habla sobre la cultura

D de deporte. Jorge Valdano habla sobre los valores del deporte

D de disciplina. Carmelo Gómez habla sobre la disciplina

E de esfuerzo. Nicolás Fernández Guisado habla sobre el esfuerzo en la escuela

E de esperanza. Blanca López Ibor habla sobre la esperanza

F de familia. Javier Urra habla sobre la familia de hoy

G de generosidad. María Ángeles Fernández habla sobre la generosidad

I de identidad. Ana Isabel Saz Marín habla de la identidad en la adolescencia

L de libertad. Juan Carlos López habla de la libertad

P de paz. Federico Mayor Zaragoza habla sobre la cultura de paz

R de religiosidad. Monseñor Carlos Amigo Vallejo habla sobre el sentimiento religioso

R de responsabilidad. Alejandra Vallejo-Nágera habla sobre la responsabilidad

S de solidaridad. Ignacio Calderón habla sobre la solidaridad

T de tolerancia. Eugenia Adam habla sobre la tolerancia

V de vida. Jesús Poveda habla de la defensa de la vida

V de voluntad. Víctor Ullate habla sobre la fuerza de voluntad

... y A de austeridad. Una reflexión de Antonio López sobre la austeridad

Tres jóvenes hablan de valores

Para saber más...

Sobre la autora

Más libros, más libres

Para todos los que quieren pensar la educación, con afecto.

«Los sistemas de valores son todo lo que tenemos en el mundo, la única densidad, espesor y riqueza de nuestra experiencia, el único ser».

(GIANNI VATTIMO).

«De cuanto se origina en nosotros por naturaleza, primero recibimos las facultades y después ejercitamos sus actividades. Las virtudes, en cambio, las recibimos después de haberlas ejercitado primero. Nos hacemos justos realizando acciones justas. Y de no ser así, ninguna necesidad habría de que alguien nos enseñara».

(ARISTÓTELES).

Prólogo

Con fidelidad a la etimología del término, este prólogo pretende ser solo eso, una palabra previa, motivadora para el lector a adentrarse en la hondura de las otras palabras, las importantes y protagonistas, del libro que inaugura con todos los honores una nueva colección de la editorial San Pablo, *Psicología y Educación*.

Es un libro «de y con psicología», porque sus narradores son personas que transmiten vida y, con ella, pensamientos, sentimientos, interrogantes y sugerencias. Es un libro de educación, la más apasionante y difícil de las tareas, porque ese es el tema central de las conversaciones que la autora ha mantenido con sus entrevistados y que ahora nos ofrece.

Se trata también de un libro con el aprendizaje de fondo. Los profesionales de la psicología coincidimos en que el mejor aprendizaje es el que se obtiene a partir de otros, que nos sirven de modelo y de referencia. Es más, decimos que cualquier aprendizaje gana en calidad cuando anda por medio la relación de un yo con un tú. De ahí el título que Carmen Guaita ha escogido para su libro. Nos confiesa que en estos encuentros interpersonales ella ha aprendido y nos invita a los lectores a que también aprendamos al encontrarnos con esta magnífica galería de personas, que nos dicen mucho, porque tienen mucho que decir.

El género entrevista, que la autora domina a la perfección, porque posee una alta inteligencia emocional y social, se presta como pocos a que unas personas, al hablar de sí mismas, de lo que piensan o sienten, al abrirse, nos abran otros mundos y perspectivas. Así se hace posible el aprendizaje, que siempre lleva incluida la preposición «con».

El conjunto de personas entrevistadas es variado, con profesiones distintas y trayectorias vitales llenas de densidad humana. Por ello, a través de sus palabras, afloran los valores, sin los cuales no puede concebirse la educación,

ni una vida con sentido. Es de justicia darles las gracias porque nos han enseñado cosas importantes, nos hacen pensar y, con ellos, hemos aprendido.

Mi palabra final es también de satisfacción porque *Contigo aprendí*, de Carmen Guaita, dé comienzo a la aventura de una nueva colección, en la que la editorial San Pablo y quienes con ella colaboramos renovamos ilusiones y apuestas por la educación. La amistad sincera y entrañable con quien ha escrito este libro y ahora nos lo ofrece a todos añade, desde mi perspectiva personal, un motivo más para el agradecimiento y la alegría. De los amigos, con los amigos, siempre podemos aprender.

Luis Fernando Vílchez Martín.

Educación en valores es educación

Tener hijos es una de las experiencias más transformadoras y bellas de la vida, pero también es un compromiso con la vida misma. «En lo bueno y lo malo, en la riqueza y la pobreza, en la salud y la enfermedad» somos el padre o la madre de otro ser, estamos para siempre vinculados a él. En cierto sentido, nos hacemos eternos a través de los hijos.

Esta vinculación nos exige todos los esfuerzos necesarios para asegurarles la salud, la protección, el bienestar y el alimento, pero también nos obliga a educar, una tarea eminentemente humana.

Educar es transmitir el *modo de empleo* de la vida, dar a conocer las posibilidades de la inteligencia humana pero también del alma —los sentimientos— y del espíritu —la capacidad de juzgar, ejercer la fuerza de voluntad y decidir libremente—.

La clave de la educación está en ayudar a nuestros hijos a ser felices y capaces de hacer felices a los demás. El proceso equivale a mostrarles un camino, proveerles de buenas botas, cogerles de la mano los primeros tramos y apartarse después para que puedan «hacer camino al andar». Las herramientas con las que se educa son el amor y el sentido común, y los ingredientes que forman parte del *modo de empleo* de la vida son, sin duda alguna, los valores.

Sin embargo, es difícil explicar exactamente qué entendemos por *valores*. En términos económicos, el valor está ligado al precio y así podemos establecer que lo más valioso es lo más caro. Pero esto no es suficiente. ¿Cuánto pagaríamos por una familia unida o por un amigo leal? Es evidente que los asuntos propiamente humanos se desarrollan en otro terreno.

Los valores existen. Son cualidades positivas, reales y no *relativas*, y tienen por ello una dimensión objetiva. Pero es muy importante tener en cuenta que son *relacionales*, es decir, nosotros los captamos o no —*los valoramos*— en una dimensión subjetiva que es esencial también. Son como

las cualidades de un grado vino, que permanecen ocultas mientras no lo pruebe quien las sabe apreciar. O como el arpa de la rima de Bécquer, cuyas notas «esperan la mano que sabe arrancarlas».

Desde que los antiguos griegos propusieron el concepto *Éthos* para definir el carácter, el sentido ético se considera parte esencial del hombre. La ética constituye y fundamenta nuestra personalidad, nuestros hábitos, nuestra predisposición para elegir en un sentido o en otro.

En el transcurso de la vida vamos formando nuestro carácter —es decir, somos *cada vez más éticos*—, y debemos construir, a partir de la educación recibida y con el esfuerzo propio, una manera de ser que nos permita avanzar con la moral alta y no *desmoralizados*. Altos de moral, es decir, controlando las circunstancias, dueños de nuestra vida, con los pies firmes y la frente alta. Con «la moral del Alcoyano», si es que alguien recuerda esa vieja expresión. Forjar un buen carácter a partir de la herencia genética, la educación y la capacidad para superar ambas es, de hecho, la tarea de cada vida.

En esta dimensión resultan imprescindibles los valores positivos, las virtudes, aquello que los antiguos griegos llamaban la *areté*: una manera *buena* de ser. Poner en práctica las virtudes ayuda a realizarse como ser humano y ajusta la convivencia con los demás. Quien se mueve en una escala de valores positiva está *apropiado* de sí, es dueño de su vida, libre.

Y esto es así porque las virtudes —que recibimos *después* de haberlas ejercitado, como nos recuerda Aristóteles— nos permiten *empoderarnos*, una bella y antigua palabra castellana que significa «dar poder a las propias capacidades», el objetivo de una buena educación. Por eso *educar en valores* es educar, sencillamente. Debemos mostrar a nuestros hijos cuáles son los valores buenos porque para captarlos es necesario estimarlos, comprender su jerarquía y distinguirlos de los deseos y las preferencias. Debemos enseñarles a valorar lo que verdaderamente les servirá para vivir.

Sin embargo, tenemos que educar en una sociedad que busca la felicidad en el bienestar y no comprende que el sentido de las cosas importa aún más que la felicidad. Decía Heidegger: «Ninguna época acumuló tantos y tan ricos conocimientos sobre el hombre como la nuestra. Ninguna época logró que este saber fuera tan rápida y cómodamente accesible. Y no obstante, ninguna época supo menos qué es el hombre».

Es inevitable que nos preguntemos: ¿Quién educa en realidad a nuestros hijos? ¿Cómo debemos educar hoy?

La primera respuesta es sencilla. Todos los que estamos en contacto con un niño le educamos de alguna manera, pero no con la misma

responsabilidad. El papel protagonista del proceso educativo es de los padres. Nuestros hijos nos miran constantemente, nos *aprehenden*. Para crecer necesitan imitar e identificarse con unos modelos y eso es precisamente lo que somos para ellos. No nos debe extrañar que nos juzguen en cuanto tengan la capacidad de hacerlo.

Los valores que les vamos a transmitir son, inevitablemente, los que conforman nuestro *modo de empleo* de la vida. Los hijos ponen a prueba la educación de los padres, pero también la capacidad de reflexión y la madurez, porque mientras ellos crecen se va llevando a cabo simultáneamente nuestra tarea ética. En cierto sentido, debemos ejercer sobre ellos un liderazgo, y el liderazgo no es sino la voluntad constante de mejora... propia.

Además hay otros ámbitos educativos importantes. La adquisición de conocimientos, destrezas y valores de la convivencia social se lleva a cabo en la escuela. Para que este escenario importantísimo funcione bien, debemos procurar coherencia entre *cole* y *casa*, sabiendo que la educación escolar complementa a la de la familia, no la suple. Por supuesto, también los medios de comunicación son emisores de mensajes educativos y a través de ellos entran en casa la mayoría de los valores que imperan hoy, pero ni siquiera su influencia, aunque tiene la fuerza de un titán, sustituye a la de la familia.

La segunda cuestión. —¿Cómo educar hoy?— es más compleja. Todas las sociedades humanas se definen por su escala de valores y los que priman hoy en la nuestra no son empoderantes. Descritos brevemente, con ayuda de la profesora Adela Cortina, algunos de los valores *más valorados* en el momento actual son:

- * El «cortoplacismo», la ausencia de un proyecto de futuro. Su paradigma es la tarjeta de crédito. «Disfrute ahora y pague más tarde» es uno de los mensajes que más escuchan los jóvenes. Nuestro dueño es el absoluto presente —*carpe diem*—. Decía Nietzsche: «El hombre ya no es capaz de hacer promesas». Claro que no, puesto que las promesas necesitan tiempo para ser cumplidas. Y sin embargo, hacer una promesa y cumplirla es la única manera que tenemos de controlar la incertidumbre del futuro.
- * El individualismo. Pone en primer lugar la libertad negativa, es decir, entendida como independencia absoluta: «En mi perímetro hago lo que quiero y nadie interfiere». Es una actitud que daña gravemente la convivencia familiar. Nos gusta disfrutar de las ventajas de formar parte de una familia pero no asumimos las responsabilidades que conlleva. La imagen más elocuente es la casa en la que hay un

televisor y un ordenador en cada dormitorio y ya no hay tumos que esperar, ni nada que ceder, ni un espacio común para convivir. Nuestra cultura, llena de recursos comunicativos, en triste paradoja, nos aísla y nos hace romper vínculos con los más cercanos a nosotros.

- * La ética «indolora»: se reclaman los derechos pero no se reconocen las obligaciones. Y tampoco parece haber el respeto, la *philia politike* de los clásicos, una consideración hacia la persona que está frente a mí, sea quien sea, y que es independiente de las cualidades o los logros que admire en ella. Uno de los indicadores de la despersonalización de nuestro tiempo es precisamente que solo cabe el respeto para lo que admiramos o estimamos.
- * La exterioridad, la incapacidad de reflexionar. Es una pérdida dolorosa. El auge de las religiones orientales, con sus técnicas de meditación, atestigua cuánto echamos de menos, sin saberlo siquiera, la dimensión interior. Para ser dueño de la propia vida hay que conocerse: ¿Quién soy yo? ¿Por qué hago lo que hago? Como diría el profesor Savater: «las preguntas de la vida».
- * La competitividad, la autoestima fuerte, ciega, entendida como *hacer más cosas y aguantar más tiempo*, que se confunde con la libertad, la juventud o la modernidad. Y junto a ella, la experimentación de lo nuevo por lo nuevo, sin calcular las consecuencias, en la convicción de que la diversión y la felicidad están asociadas al consumo. Una estrategia de mercado bien disfrazada nos hace creer que el alcohol, las drogas, la sexualidad indiscriminada y la adquisición de la *última moda* son experiencias obligatorias. Esta valoración produce estragos en la salud física y mental de mucha gente joven y les hace olvidar que las personas felices tienen responsabilidades y compromisos.
- * El gregarismo, que no es sociabilidad, sino inercia de seguir lo que todo el mundo haga o diga. Cada vez resulta más difícil distinguirse de la masa, de manera que las opiniones personales, si discrepan de lo *políticamente correcto* —¿establecido por quién?— se mantienen ocultas, se sofocan. Aunque nunca del todo, claro está. En este sentido, las tecnologías de la comunicación están abriendo nuevas corrientes de opinión y participación en las que seguramente está el germen del futuro.
- * La falta de compasión, la dureza en los sentimientos. No nos damos cuenta de que compasión no es condescendencia de los que están bien con los que se encuentran mal, sino acompañamiento del otro en el sufrimiento y en la alegría. Además, como la compasión está unida a la justicia, estamos olvidando también que esta es, en su origen, dar a cada uno lo suyo, no a todos lo mismo.

Para educar bien, es imprescindible mostrar a los niños y adolescentes aquellos valores que pueden fortalecer su personalidad. Las personas que he entrevistado en este libro van a profundizar en ellos. Nos encontraremos:

- * Frente al «cortoplacismo», el proyecto personal, la apuesta por la propia vida, que exige compromiso y esfuerzo. Como decía Aristóteles: «Las personas disfrutamos poniendo en juego la mayor cantidad de facultades posible. La felicidad es una actividad». Las claves están en la disciplina, que funciona como alimento de cualquier proyecto, y la fuerza de voluntad, el músculo necesario para afrontar los retos que la vida nos presenta. ¿Cómo se educa en estos valores? Aumentando el nivel de exigencia, poniendo cada día frente a nuestros hijos algunos pequeños retos personales, *escalones* adecuados a su estatura, cuyo premio sea la satisfacción de haberlos subido.
- * Frente al individualismo, el personalismo. Martin Buber lo explica muy bien: «No existe otra manera de construir una comunidad en la que se equilibren justicia y libertad más que basándola en la relación de encuentro entre personas». Es el diálogo cara a cara, que justifica la posición erguida del hombre frente a las otras especies. La tolerancia y el respeto fundamentan este encuentro entre personas que debemos poner en práctica cada día.
- * Frente al gregarismo, la participación social. El hombre no solo tiene voz para expresar el placer o el dolor; también tiene palabra, capacidad de buscar acuerdos. Ser gregario es lo contrario de ser social. Sentirse ciudadano quiere decir estar comprometido con buscar lo mejor para todos. El ejemplo de unos padres que se implican en su comunidad, el trabajo en grupo, ser responsable de pequeñas tareas, la solidaridad, la participación en actividades sociales, ayudan a educar en este valor. La generosidad, que ensancha la vida, y el esfuerzo por la paz serán nuestras claves también.
- * Frente al consumo desenfrenado, la austeridad. También en la manera de consumir mostramos nuestro compromiso vital. Ser austero en este tiempo es una elección porque estamos rodeados de estímulos que deciden por nosotros. No somos más libres ni más felices por malbaratar las cosas. La vida diaria de cada familia puede y debe educar en este valor, indudablemente con el ejemplo.
- * Frente a la ética indolora, la exigencia de los derechos y también de las responsabilidades. Los padres tenemos que establecer normas claras que enmarquen la convivencia familiar desde el principio, como las tiene la sociedad en la que nuestros hijos van a vivir y como las tiene la inevitable relación con los demás. Ser responsable quiere decir

- escuchar los retos y las exigencias de la vida y poder responder a ellos. Pero solo puede *responder* de sí mismo quien se gobierna.
- * La autoestima razonable, que reconoce los propios límites y es capaz por ello de potenciar lo mejor y aceptar lo menos bueno, de hacer más fuertes las propias capacidades y superar el desánimo que producen los fracasos. Para ella, el deporte es el educador por antonomasia pero también importa entender el verdadero significado de la belleza.
 - * El fortalecimiento de los vínculos con la familia y con el entorno. Es imprescindible recuperar las obligaciones, la *ob-ligatio* que establece una vinculación con los demás y que nos liga a nuestra propia realidad personal. Para nuestros hijos, una de estas obligaciones fundamentales es el esfuerzo ante el estudio, que deben entender como un compromiso ante su propia vida y ante la sociedad.
 - * La recuperación de la interioridad, del «examen de conciencia», que hace preguntas sobre uno mismo. «No corras, ve despacio, que adónde debes ir es a ti solo», escribía Juan Ramón Jiménez. Lectura y reflexión, pero también algún momento de silencio, de televisión apagada, de diálogo tranquilo a la hora de comer... Escuchar a nuestros hijos les enseñará el valor de *escucharse* para encontrar su propia identidad. Y de la reflexión que busca el sentido de la vida nacerán la fe y la esperanza.

Los valores empoderantes se alimentan unos a otros y nos permiten caminar cerca de la esencia del ser humano. En ella se encuentran la consciencia de ser una persona única —«yo»— y poseer una vida singular, la libertad, y el sentido de la trascendencia para reconocer el misterio *tremendo y fascinante* que nos envuelve y que es mayor que nuestras fuerzas.

Dicen que Francisco de Goya quería escribir en su epitafio: «Aún aprendo».

Seguramente, la inagotable posibilidad de aprender es el gran privilegio de cada ser humano. Educar bien a los hijos es nuestro reto y nuestra responsabilidad. Podemos aprender a hacerlo y podemos construir para nosotros mismos una actitud *empoderante*.

Reflexionar sobre la educación y los valores es el objetivo de este libro. Los compañeros de viaje son personas egregias —están fuera de la grey— pero a la vez son sencillas, realistas, inolvidables. Todos hablan desde la perspectiva de su experiencia vital, sobre la cual aportan algunas claves. Y curiosamente, todos llegan a conclusiones muy parecidas. Sus testimonios mantienen una coherencia interna —como los valores— porque presentan los

postulados esenciales de esa filosofía de vida que constituye hoy y siempre *la mejor educación*.

Con Antonio López aprenderemos qué es y para qué sirve la austeridad; hablaremos sobre la belleza con Pastora Vega; Fernando Savater nos explicará qué quiere decir ciudadanía; Juan Manuel de Prada esbozará un panorama de la cultura, eterna compañera de la educación; Jorge Valdano nos hablará sobre los valores asociados al deporte; Carmelo Gómez nos revelará el secreto de la disciplina; Nicolás Fernández Guisado nos explicará la importancia del esfuerzo en el ámbito escolar; Blanca López Ibor nos describirá mejor que nadie la esperanza; Javier Urra aportará algunas claves sobre cómo funciona la familia hoy; María Ángeles Fernández, que ha adoptado un hijo, nos abrirá una ventana al valor de la generosidad; Ana Isabel Saz explicará el papel de la identidad en la adolescencia; Juan Carlos López, filósofo y jurista, nos dejará claro qué decimos con la palabra libertad; Federico Mayor Zaragoza, que ha dedicado su vida a la cultura de paz, nos transmitirá su experiencia; con monseñor Amigo, el cardenal arzobispo de Sevilla, nos asomaremos un poco al sentimiento religioso; Alejandra Vallejo-Nágera hablará de la responsabilidad y el director general de la EAD, Ignacio Calderón, de la solidaridad; desde la voz de Eugenia Adam nos llegará el valor de la tolerancia; Jesús Poveda va a afirmarnos en la defensa de la vida; Víctor Ullate nos hablará sobre la fuerza de voluntad, antigua y constante compañera de su vida; y con tres jóvenes realizaremos una reflexión final sobre la educación en valores.

He procurado transcribir sus testimonios con la mayor fidelidad y respeto. A cada uno de ellos tengo que decirle: *Contigo aprendí*. Gracias.

B de belleza



Pastora Vega

habla sobre la belleza

«La belleza tiene que ver sobre todo con la unicidad, con que cada uno de nosotros es único e irrepetible y eso es lo que nos hace atractivos».

Preguntaron a un filósofo qué cualidad humana era la menos frecuente en el mundo actual. Él contestó: la belleza.

Me pareció una respuesta curiosa, porque aparentemente hoy estamos siempre rodeados por los modelos del canon estético. La belleza es uno de los valores que nos parecen más importantes, hablamos de ella constantemente y, en ocasiones, hasta nos sacrificamos por ella.

Sin embargo, es cierto que su verdadero sentido se nos está escapando. Los turistas que acribillan con el *flash* a la Venus de Milo y se van corriendo a hacer lo mismo frente a una puesta de sol son un buen ejemplo. Estamos perdiendo la consciencia de que, aunque se perciba con los sentidos, lo bello detiene el tiempo y apela a nuestro interior. Appreciar el arte y la naturaleza nos «embellece»; coleccionar imágenes nos convierte en un catálogo.

Algo parecido está sucediendo con la belleza del cuerpo humano. Ahora nos la encontramos siempre fragmentada: «pestañas extralargas», «cabello brillante», «vientre plano...». Parece como si ya no pudiéramos pensar en una persona de cuerpo entero. O la asociamos con la perfección. Nos dicen que visitando la clínica X conseguiremos «una sonrisa perfecta», y aplican ese adjetivo exclusivamente a los labios o los dientes. Así olvidamos que «sincera», «cálida» o «contagiosa» son valores que también definen a una sonrisa.

Tenemos que reflexionar sobre la belleza porque el objetivo de la educación es formar a una persona completa y esto implica abordar la relación de un niño o un adolescente con su propio cuerpo. La belleza, moral y física, implica aceptar y potenciar nuestra personalidad y configura la vida

porque nos presenta ante los demás. Es preciso que la educación recobre el sentido primigenio y global de la expresión «una bellísima persona».

Cuando conocí a Pastora Vega, me di cuenta enseguida de que ella podía abordar este valor. Al despuntar como actriz, Pastora era una belleza indiscutible; ha pasado el tiempo y lo sigue siendo. Una mujer *realmente* bella, no una muñeca. Algo que sucede cuando se trasciende la máscara, cuando hay una vibración interna, esa energía que asoma al exterior con las sonrisas, las miradas, las lágrimas, los modos de expresión del alma humana. Dice mi amiga Pilar, la peluquera, que ser bella es no tener miedo. Pastora le da la razón.

Para realizar esta entrevista, pasamos juntas una tarde de café. Nos reímos mucho y, charlando, pudimos encontrar entre nosotras la conexión casi telúrica que hay, seguramente, entre las vidas de todas las mujeres. Mientras hablaba con ella, tuve presente el pensamiento de Goethe: «Lo que hay dentro, eso hay fuera».

*** Pastora, ¿qué es la belleza? ¿Cómo te parece a ti que hay que vivirla, hoy que importa tanto?**

La belleza... Para mí ahora, a mi edad, la belleza es algo menos obvio, más relacionado con las emociones que cuando era jovencita. Pero no quisiera que hablando de la belleza salieran muchos tópicos, aunque parecen inevitables.

*** Tendremos que ir caminando sobre los tópicos.**

Hay unos cánones de lo que es la belleza en todos los órdenes de la vida, no solo en el aspecto físico, sino en el arte, en la pintura, en la escultura. Y son cánones que varían. Los de la cultura del antiguo Egipto, de Grecia, de Roma, o del Renacimiento no tienen nada que ver con el canon de belleza actual. En el tiempo que nos ha tocado vivir a nosotras, la belleza es, por un lado, algo muy superfluo, muy basado en el aspecto externo, en una serie de medidas y proporciones que hay que corregir inmediatamente en cuanto empiezan a desajustarse, como si fuera un delito tener la nariz un poco más abajo o más arriba, o la piel menos tersa de lo ideal. Esta actitud es preocupante porque nos iguala, y la belleza tiene que ver, sobre todo, con la unicidad, con que

cada uno de nosotros es único e irrepetible, y eso es lo que nos hace atractivos.

Hay otro componente de la belleza, más subjetivo: es lo que nos atrae a cada uno. ¿Por qué, de repente, te *llama* el escorzo de ese hombre desconocido que está en una esquina fumando y no aquel otro que, objetivamente y según todos los cánones, es bello? Y es que resulta más fácil ponerse de acuerdo sobre lo que es horrendo que sobre lo que es bello, y aun así hay quien se siente atraído por lo horrendo.

Por eso la belleza tiene también un componente de conocimiento de uno mismo: ¿Qué es lo que me atrae a mí? Pues a lo mejor me enamora el sentido del humor, la inteligencia o la manera de mirar de un hombre objetivamente feo, que es bello en su forma de ser. Esto se aprecia mejor cuando vas madurando. La belleza es, por tanto, algo muy subjetivo, más difícil de definir que la fealdad, que te puede producir ternura a lo mejor. Partiendo de la base de que hay límites muy claros entre lo bonito y lo horroroso, es, en realidad, un tema muy personal. Se ve muy bien con los nombres de las personas. «¿Cómo se va a llamar tu hijo?». Y resulta que te apasiona el nombre de Miguel, y tu interlocutor se echa las manos a la cabeza: «¡Cómo que Miguel!». ¿Por qué tanto desacuerdo si no son más que unas sílabas, unos fonemas?

*** Has hecho una definición muy buena de belleza, que me recuerda a la de Alain, un filósofo contemporáneo: «La belleza no gusta ni disgusta; la belleza detiene».**

Es lo que te atrae, lo que te hace parar. Y mantenerte parado, claro. Porque cuando de pronto ves una cabeza y dices ¡Glup!, y el dueño se te acerca y te habla y se rompe toda la magia, te das cuenta de que eso que te detiene es en realidad un conjunto de factores muy complejo.

Pero a mí personalmente lo que no me atrae es la perfección exagerada. La reconozco, la admiro, pero creo que la belleza de un ser humano está en realidad en la perfecta imperfección de cada uno.

*** Pero no podemos conformarnos con decir que la belleza está en el interior, aunque sea verdad, porque en un mundo tan duro, en el que la apariencia importa tanto, tenemos que educar a los hijos hablando también de lo externo.**

Es que la belleza importa. A mí me importa, como a todas, me imagino, estar bien para mi edad, controlar el peso, cuidarme la piel y el pelo, sin obsesionarme. Estar lo mejor posible tanto por dentro como por fuera. Yo quiero llegar a ser una señora de setenta años a gusto con su edad, no una caricatura de mí misma, como les sucede a otras actrices que, con todos mis respetos, asustan porque no parecen personas reales. Una mujer de edad para ser guapa tiene que saber quién es, tiene que reconocerse y aceptarse. Entiendo que cuando parte de tu autoestima ha estado atornillada con tu aspecto físico, con tu cuerpo, con tu piel, con tus ojos, con tu sonrisa, como nos sucede a las actrices, o cuando has oído desde niña lo guapa que eres —y que lo mejor de ti es que seas tan guapa—, aceptar que eso se acaba debe ser como morir. Yo intento atornillar mi autoestima en algo más profundo y más serio que el aspecto externo.

*** Nuestros hijos tienen que estar cómodos con su cuerpo, sentirse seguros y valorar lo que sea bello en ellos, dentro de la «perfecta imperfección» de cada uno. ¿Podemos ayudarles a sobrellevar esta tiranía de la belleza?**

Vamos a ver, yo tengo la experiencia, incluso un poco exagerada, de haber sido un patito feo. De hecho, nunca me he considerado una mujer guapa, sino atractiva. Para unos soy muy guapa, para otros menos, pero no dejo indiferente, y eso a la hora de la verdad es lo mejor. Yo era una niña normalita, no he sido un bebé bellísimo ni una niña guapísima; he sido una preadolescente tirando a horrorosa, muy morena y peluda, con unas cejas que mi padre decía que eran como cepillos para limpiar capotes. Yo me las arrancaba a puñados porque por culpa de ellas se reían de mí en el colegio. Bueno, por las cejas y por llamarme Pastora. Afortunadamente, hoy puede llamarse uno casi como quiera, pero entonces era una cosa rara: «¿Es un nombre o un apellido? ¿Dónde has dejado a las ovejas?». ¡Uf! A partir de los doce años, cuando empezó a salirme una pelusilla encima del labio, yo ya no quería ser yo, ni llamarme Pastora ni tener mi cara. Quería ser como la rubia de ojos verdes que hacía siempre de Virgen María en el colegio, porque a mí siempre me tocaba ser el rey Baltasar. He vivido ese dolor, que no es el de la fealdad en el sentido más profundo, sino el del patito feo que debe ir encontrando poco a poco la belleza que hay en su físico, como la que hay en su manera de ser o en su nombre. He tenido que ir descubriendo las cualidades de mí misma que debía potenciar: por dentro y por fuera.

*** Has tenido que empoderarte, darle fuerza a tus posibilidades.**

Y he tenido la suerte de pertenecer a una generación en la que conocer, madurar, ser adulto, tener responsabilidades en la vida, nos gustaba. Los jóvenes de hoy lo tienen más difícil porque se les vende algo así como una eterna infancia: tatuarse, clavarse un *piercing*, ponerse ciego de pastillas, ser famoso, atontarte con la música. Lo entiendo como sensación, vale, pero es muy peligroso. A mí me ha gustado mucho aprender, no solo informarme, sino aprender de verdad, reflexionar, compartir.

Además, la formación da una visión más auténtica de la belleza y reconcilia con uno mismo y con sus complejos. Desde ahí he podido también relajarme, depilarme las cejas y encajarme en mí misma.

*** ¿Cómo se evita algo tan peligroso como la «competición en belleza», que afecta a veces incluso a madres e hijas?**

Sí, eso puede llegar a ser muy peligroso. Los adultos tenemos que enseñar a los niños que el aspecto físico no es lo más importante, pero no podemos vivir de espaldas a la importancia que en realidad tiene y a lo que puede sufrir un niño gordo, por ejemplo, por esa especie de cruel sinceridad de la infancia. Tenemos que prepararles para muchas cosas duras y dolorosas.

*** Muchas veces el sufrimiento es el resultado de una educación mal enfocada, que no te pone límites o no te prepara para tolerar una frustración. Hay ocasiones en que la obesidad de un niño viene de los malos hábitos de vida, de muchas tardes en que a la madre le resulta más fácil comprar un bollo que discutir para que se meriende fruta.**

Querer a un niño es también cuidar su cuerpo, claro que sí. Igual que te debe preocupar que tenga unos valores, un comportamiento y unas normas que le organicen, te debes ocupar de sus hábitos de alimentación, de la salud de sus dientes, de que haga deporte...

En una sociedad como la nuestra, en la que hay exceso de todo, educar a un hijo es una tarea que hay que hacer con muchísimo cuidado. E igual que les dices cuánto les quieres, debes hablarles de los límites.

*** ¿Y qué pasa cuando un chico o una chica tienen serios complejos por su aspecto físico?**

No es fácil responder. Mis hijos son muy guapos, al menos para mí. Pero, en cualquier caso, se debe tener en cuenta que para poder transformar algo, primero hay que aceptarlo. No se puede transformar la realidad si no la conoces y no la aceptas tal cual es, aunque no te haga ninguna gracia. Si un niño tiene complejos, hay que ayudarlo a esperar para que el tiempo le madure, pase la época de la pubertad y se vea el proyecto del hombre o mujer que están ahí escondidos. Y una vez que se conforme la situación, ayudándole a quererse tal como es, hay que brindarle soluciones porque hoy ya no hay por qué vivir con un narizón que te acompleje, o con una mandíbula excesivamente grande, o una boca mal colocada. Siempre que la proporción entre lo que puedes ganar sea superior a lo que puedes perder, siempre que el motivo sea real y no solamente las ganas de parecerse a Brad Pitt, se deben aprovechar las ventajas de la medicina de hoy.

*** Cuando nosotras éramos niñas, el modelo a copiar era la niña más mona de la clase, aquella rubia de ojos verdes de la que tú hablabas antes. Ahora el modelo es artificial, alguien retocado en las fotos a quien nunca vamos a ver en persona. Es más complicado porque no es real.**

Y hay otros modelos, otros ídolos que desde mi punto de vista deforman, por su manera de ser, de vestir o de comportarse. A mí me preocupa que no son modelos reales, sino estímulos de una carrera hacia ningún sitio: ahora esto es lo nuevo, ahora esto otro, dos minutos más tarde cambia la tendencia... Así una persona joven no sabe quién es ni lo que quiere, está obligada a poner todo su interés en lo de afuera. Algo pasa en el *adentro* que hoy no va a ninguna parte. Nuestra generación tuvo más suerte. Queríamos parecernos a Marisol, pero antes o después aceptábamos nuestro propio modelo. Hoy el modelo, ¿cuál es? Dar vueltas sobre un mismo eje para no encontrarte a ti mismo. Claro que antes o después debe llegar el momento inevitable en que uno se pregunte quién quiere ser en realidad.

*** A mí también me preocupa ese afán por lo nuevo simplemente porque es nuevo, sin más reflexión. Falta el proyecto: ¿Quién voy a ser yo? Porque no soy Britney Spears.**

Estamos viviendo un momento muy especial, creo que más preocupante que interesante. A mí me está decepcionando en todos los niveles. Yo creía hace diez años que el cambio de milenio, los avances en las tecnologías, nos iban a traer un montón de cosas positivas, pero está sucediendo exactamente lo

contrario. Se nota en la esfera laboral, en la educativa, en la familia, en la política, en los éxodos de la inmigración... Realmente el panorama que vamos a dejar a nuestros hijos y a nuestros nietos no me gusta. Y todas las dificultades para educar son reflejo de esta sociedad en la que vivimos.

*** Tú tienes dos hijos, Pastora. ¿Qué le dirías a una madre desorientada ante estas dificultades?**

Yo creo que el mensaje debe ir destinado a las mujeres que quieren ser madres y a las que están empezando esa aventura, que todavía pueden hacer muchas cosas. Y lo que hay que decir es la gran responsabilidad que supone. Tener hijos es muy serio, un trabajo que empieza desde el principio. No se puede tener un hijo para jugar a las casitas y arriesgarte a que luego te parezca que invade el terreno de tu trabajo, de tu pareja, de tus viajes. Yo misma estoy reduciendo muchas oportunidades profesionales por mi familia, porque sé que todo a la vez no se puede conseguir. Una vez que te comprometes a tener un hijo, tienes que asumir que es una prioridad. Nadie puede ser a la vez una madre estupenda, una profesional que trabaje de sol a sol, una esposa maravillosa, dedicada en cuerpo y alma a su marido, una amiga de sus amigos, una hija entregada a sus padres mayores, una mujer solidaria y comprometida con lo que pasa... Todo a la vez es completamente imposible. Por los hijos hay que elegir y hay que sacrificarse. El sacrificio no es un concepto religioso y antiguo, no. Sacrificio significa soportar un momento que no te gusta y que a veces puede ser hasta doloroso. Debemos saber que tener un hijo cambia todo el orden de prioridades de la vida, y si una no está dispuesta a eso, no debe dar el paso. Te dedicas a tus otras historias y allá tú con tu vida. Hoy hay muchas mujeres que no saben lo que significa ser madres. Hay una especie de insensatez en no reconocer que una madre debe estar cerca de los hijos, pero nos guste o no, esto es así.

*** Es curioso, porque en esto coincides con muchos expertos en educación.**

Pues claro. Y eso no nos hace desiguales a los hombres en derechos. Solo que tenemos en nosotras un tesoro que es la maternidad, que el padre, por supuesto, comparte, pero nunca puede sustituir. Estamos cayendo en una locura. Yo opto por una maternidad y una paternidad más responsables cuanto más difícil es el mundo en que vivimos, que verdaderamente nos lo está

poniendo muy difícil. Viviendo con el conocimiento de esa responsabilidad, cualquier problema de tus hijos cuenta con tu compromiso para ayudarles.

*** Compromiso, vínculo... todo lo que nos hace más humanos.**

Y viviendo en esta sociedad, que banaliza los valores, en la que lo importante no es ser una buena persona, o un buen arquitecto, sino gustar. ¡Gustar y ser conocido! Escuché una vez a alguien que analizaba la letra de la canción *Antes muerta que sencilla*, que canta una niña, María Isabel. Todo lo que dice esa canción es absolutamente antieducativo. ¡Y los niños de ocho años la cantan como un himno! Pues esa banalidad no podemos asumirla todos. Por eso es importantísimo que desde el primer lloro, en la cuna, estemos al tanto de nuestros hijos, les miremos, les escuchemos, les preguntemos con quiénes van... Así no te llevas esas grandes sorpresas de algunos padres que descubren la realidad de sus hijos cuando estos ya tienen diecisiete años. Habla con tus hijos, y si no es fácil, busca otros caminos para llegar a ellos, conoce a sus amigos. Ese día a día de la educación es un trabajo duro, pero hay que hacerlo. Somos responsables de ellos.

*** Tomarse en serio las cosas serias.**

No quiero ser alarmista, porque el alarmismo bloquea. Pero sí estar alerta. Ya hay muchos síntomas de que nuestra sociedad se está deteriorando peligrosamente, y los futuros adultos, nuestros hijos, van a terminar preguntándonos qué hemos hecho con este mundo: con el cambio climático, con la economía, con el racismo, con el reparto de la riqueza, con esos avances que nos permiten ser longevos pero luego no sabemos hacer otra cosa con los mayores más que tirarlos en una esquina. Tenemos que usar la imaginación y la energía para resolver los problemas. Cuando mi hijo mayor tenga mi edad, deberá hacer uso de valores buenos para su vida y para la sociedad. Y que tenga esos valores es mi responsabilidad.

*** Educar en valores es educar. Esa es mi teoría también, Pastora.**

Educar en la belleza, la justicia, la honestidad. A mí me obsesiona, por ejemplo, que mi hijo pequeño, que ha nacido ya en una época en la que su padre y yo no tenemos dificultades de ninguna clase, se dé cuenta del privilegio que le rodea y vea más allá de lo que tiene alrededor. Pero podría no estar obsesionada, podría no darme cuenta y, ¿sería una mala madre? No. Sería una madre menos consciente y, seguramente, un día me sorprendería de

encontrarme a mi lado a un pequeño egoísta. Sin embargo, para mí es importante que mi hijo se interese por lo que tiene alrededor porque a mí también me interesa, claro.

*** ¿Te educaron así a ti?**

Mis padres me inculcaron los valores que te llevan a ser buena persona, compartir, pensar en los demás, y también la disciplina. Pero la curiosidad por el mundo que me rodea me la ha inculcado el entorno y en parte ha salido de mí misma. Por eso, porque sé la importancia del entorno, me preocupa tanto el que rodea hoy a los niños y a los jóvenes.

*** Me parece que acabas de darme una clave de ti misma. Eres una belleza porque miras a los demás.**

Desde luego, mirarse solo a uno mismo te hace muy chato. Para mí, que mi hijo pequeño sepa que hay muchos que no tienen nada, que regale juguetes en Navidad, juguetes nuevos, no los rotos, claro, para compartir con otros niños ya que a él le van a llegar más, es algo que me gusta hacer. Y en cuanto sea mayor tengo que completar la tarea llevándole a ver la realidad, a ver lo que de verdad pasa en el mundo.

*** Eso es educar.**

Eso es educar. Yo, a mi nivel, cada uno al suyo. Todo lo que sea abrir el mundo para nuestros hijos es educar. Pero si me dejo llevar y les hago el menor caso posible, les tengo sentados y callados o en mil actividades para no verlos, estoy haciendo otra cosa.

Ahora bien, a pesar de todas las dificultades, yo creo que la familia no está en crisis. No puede estarlo porque el amor no está en crisis y nunca lo va a estar. Es el amor lo que te hace buena persona, lo que potencia lo mejor de ti, es universal y atemporal. La soledad no la quiere nadie, sin embargo va con cada uno de nosotros y eso es también un aprendizaje. Con amor y respeto vale todo, incluso los cambios de la sociedad. Con amor se educa bien, seguro.

Desde luego que sí. El amor es capaz de adivinar donde está la belleza y hacerla brotar. Los hijos deben ver en la mirada de sus padres cuáles son sus cualidades, dónde está su belleza propia, única.

Y también estamos obligados a mostrarles la belleza de la naturaleza, del ser humano, del arte, de la ciencia, de las buenas acciones, del alma.

Decía el poeta Schiller que reconocer y apreciar la belleza completaba la educación porque disponía para decidir libremente no solo con el pensamiento, sino con los sentidos. A lo largo del camino que vamos a recorrer en este libro comprobaremos cómo los valores están íntimamente relacionados unos con otros y cómo se refuerzan mutuamente. Se completan, como dice Schiller.

Nuestros hijos están obligados a situar su yo personal frente a la tiranía estética de este tiempo que les ha tocado vivir. Deberán conocer dónde está su fuerza, física y moral, qué valores les hacen dueños de sí. Y deberán sentirse en todo momento personas íntegras, es decir, completas.

* Apuntes

Pastora Vega nació en 1960. Es actriz y licenciada en Derecho. Proviene de una familia de grandes artistas y toreros. Es nieta de la legendaria *bailaora* Pastora Imperio.

Su primer éxito profesional vino de la mano de Ignacio Salas y Guillermo Summers, con la presentación del programa de televisión *Y sin embargo, te quiero*.

Debutó en el cine en 1985 con la película *Los pazos de Ulloa*, de Gonzalo Suárez y desde entonces ha trabajado en dieciséis películas, algunas tan conocidas como *El Lute*, *Demasiado corazón* o *Todos los hombres sois iguales*.

En televisión ha participado en diez series, entre otras la premiada *Cuéntame cómo pasó*; ha presentado un programa sobre cine en *Telemadrid* y es colaboradora habitual de varios programas.

C de ciudadanía



Fernando Savater

habla sobre la ciudadanía

«Nadie aprende a nadar porque le digas: “Hay que tirarse al agua y hacer así con los brazos”, y nadie va a aprender a convivir porque le digas: “Te encontrarás unas personas a las que no conoces de nada y deberás respetarlas”. No; eso hay que ir allí y hacerlo».

En su libro *Invitación a la Ética*, el profesor Savater afirma, mencionando a Aristóteles, que la política es una prolongación de la ética. Ya que me he atrevido a entrevistarle, me voy a atrever también a parafrasearle: creo que la ciudadanía es una prolongación de la educación.

La vieja e imperfecta democracia es, posiblemente, el más ético de todos los regímenes políticos porque permite el desarrollo de las capacidades, las ideas, las creencias y los proyectos individuales, a la vez que proporciona cauces de participación en la marcha de la sociedad. A pesar de sus limitaciones, la democracia nos permite ser «uno y muchos». Como decía Pericles sobre Atenas: «Está por encima de nosotros pero la hacemos nosotros».

Es evidente que hay una manera de educar para ser ciudadano, es decir, autor y actor de la democracia. Pero esta «educación para la ciudadanía» no es distinta de la educación para ser una persona buena sino que constituye una parte y, de alguna manera, un resultado. La ciudadanía es una de las facetas de nuestra vida; en ella, como en la familia o en la propia interioridad, tenemos que poner en juego un «modo de empleo» determinado: el que cada ámbito requiere. Pero lo que denomino «yo» son todas las facetas juntas. Así que posiblemente uno será mejor ciudadano cuanto mejor persona.

Sin embargo, aunque los valores no estén en compartimentos estancos, el proceso de formación de un niño se desarrolla en muchos ámbitos, que tienen responsabilidades diversas y cuentan con sus requisitos, sus reglas y sus valores aplicables. ¿Dónde se aprende, por ejemplo, a respetar a quien no se quiere?

Seguramente, no hay nadie mejor que Fernando Savater para reflexionar sobre la ciudadanía y su circunstancia. Yo le admiro profundamente. Sus libros me animaron a estudiar Filosofía y me acompañan desde hace muchos años. Su testimonio de vida, siempre en el ágora, preguntando y actuando, justifica el papel de los filósofos en nuestro tiempo.

Savater me recibió en su casa y me prometió que, si yo era puntual y breve, él hablaría mucho y deprisa. Ambos cumplimos. Al despedirnos me regaló un libro, así que esta conversación fue para mí una fiesta y un festín.

*** Profesor, ¿qué es la ciudadanía? ¿Se puede educar a un hijo para ser buen ciudadano?**

Ser ciudadano significa simplemente formar parte activa de una democracia. La democracia es el único régimen realmente político porque los demás son regímenes de poder en los cuales mandan unos y otros obedecen, con los papeles ya distribuidos. El único régimen en el cual todos los ciudadanos son políticos es la democracia. En ella la gente es protagonista y no comparsa de la sociedad en la que vive. Entonces, ser ciudadano es ejercer los derechos y deberes que uno tiene por vivir en democracia. Fundamentalmente se trata de eso. Digo derechos y deberes porque para ser ciudadano no cuenta el sexo, no cuenta la genealogía, no cuenta la cultura a la que se pertenece; lo que cuentan fundamentalmente son los derechos y los deberes y, por supuesto, la capacidad de cada uno para, a partir de los derechos y los deberes, expresar proyectos y planear acciones colectivas.

*** Lo que cuenta para la ciudadanía es lo que nos une y no lo que nos separa.**

¡Claro! Es que el concepto *sociedad* viene del hecho de que somos socios. Se olvida el significado real de esa palabra. No somos un aluvión, como las piedras que caen en la orilla de un río, estamos vinculados y debemos ser conscientes de esa vinculación. De hecho, las sociedades están constantemente recibiendo por parte de los mismos ciudadanos una aprobación permanente. Por eso nos gustan las fiestas colectivas, la Navidad... Es como si ese día volviésemos a dar todos nuestro consentimiento al hecho de estar juntos, y periódicamente vamos dando

nuestro consentimiento: en las fiestas populares, en las deportivas, porque nos gusta saber que estamos unidos, nos gusta decir: «Yo pertenezco a esto, este es mi mundo».

Ese no es un mecanismo puramente espontáneo porque no es una estructura familiar, biológica, sino una estructura política e institucional y, por lo tanto, como tantas otras cosas, se aprende. Se aprende a ser ciudadano. Los persas contemporáneos de los antiguos griegos no eran ciudadanos, y en cambio los griegos sí. Lo aprendieron y lo transmitieron. Lo que los griegos denominaban la *paideía* se convirtió en ideología, en teoría, en valores, a partir de lo que era en origen un hecho político. Por supuesto, hay que educar en los usos y modos de la sociedad, y no solo de la familia. La familia puede educar en valores familiares, pero la sociedad debe educar en valores sociales, claro.

*** Es importante separar esos ámbitos. ¿La familia no educa «para la ciudadanía»?**

No. El mecanismo de la educación familiar funciona por identificación afectiva. El ejemplo de los padres, el amor, llega a nuestras vidas antes que la ley. Quien ha tenido la suerte de tener una familia en la cual hay cariño, respeto a los mayores y a los niños, disciplina, veracidad, obediencia y todos esos valores que se transmiten en el ámbito familiar de manera sencilla, sin explicaciones alambicadas, con el simple «eso no se hace», cuenta con un sustrato de modos de comportamiento que ha adoptado por identificación con las personas a las que ama. Sin duda es algo fundamental, cimienta la personalidad, y quien lo haya conocido, de alguna manera, tiene una fuerza: la fuerza positiva que da saberse amado —más importante que la fuerza de saberse fuerte— y que le va a durar toda la vida.

Pero luego está la formación en valores ciudadanos, que se aprende fuera. En primer lugar, el respeto hacia las personas por las cuales no sientes afecto. Eso no se puede aprender en la familia. Los padres que quieren educar a sus hijos sin sacarlos de casa cometen un disparate. El ámbito de la escuela es ya de por sí más educativo que mucho de lo que se enseña en casa. El hecho de que un niño pierda de vista a su familia y se ponga a llorar —como nos pasó a todos el primer día que nos dejaron solos y rodeados de señores y señoras a los que no conocíamos de nada— es fundamental porque la vida va a transcurrir siempre así. Vamos a pasar mucho más tiempo de nuestra vida en el ámbito del respeto, de la igualdad y de la colaboración que en el ámbito del cariño. Y eso hay que aprenderlo viviendo.

Igual que nadie aprende a nadar porque le digas: «Hay que tirarse al agua y hacer así con los brazos», nadie va a aprender a convivir porque le digas: «Te encontrarás unas personas a las que no conoces de nada y deberás respetarlas». No; eso hay que ir allí y hacerlo.

El profesor es la persona que de alguna manera representa el elemento social en la vida de un niño y va a convertirlo en algo comprensible. La labor del profesor es hacer inteligibles, expresables, las formas de vida, y explicar por qué algunas son mejores que otras.

Por supuesto, sabiendo que todos los ciudadanos somos gobernantes. Por eso, educar en democracia es siempre educar a gobernantes, educar a príncipes. Toda educación en democracia pasa por la premisa de conocer la importancia de este «ser todos gobernantes». Y todos vamos a ser educadores.

Aristóteles, en la *Política*, dice «antes de llegar a gobernar tendrás que haber sido gobernado». Y habla de la educación. Porque la educación cívica escolar es la primera forma de gobierno que se nos impone por parte de los demás y nos posibilita el que nosotros a la vez aprendamos a ejercerlo.

*** Yo sostengo que la familia es el primer educador en valores.**

La familia está formada por los elementos afectivos, de identificación, que tenemos en la vida. Es decir, por las personas que se responsabilizan de nosotros a través del afecto, no como empleados del ayuntamiento. Un hombre, una mujer, blancos o negros, solos o acompañados, pueden constituir la familia de un ser humano. Que es algo diferente a la paternidad y a la maternidad. Cualquiera puede criar a un hijo, ser la figura de identificación afectiva y moral de un niño, esa tía o abuela que todos hemos tenido; pero no todo el mundo es padre o madre, que es lo que parece que ahora cuesta trabajo entender. La filiación implica tener un padre y una madre.

La familia constituye el sustrato de subjetividad, de amor, de reconocimiento en el otro, sobre el cual se pueden establecer el resto de los valores. Podríamos considerar a la familia como la primera de las *philías*, por hablar con el término de los antiguos griegos. Las *philías* de los clásicos tenían muchos niveles diferentes: el afectivo y amoroso de la familia, el cívico de los ciudadanos, el humano del reconocimiento de los demás seres humanos. Es lo que santo Tomás denominaba el *ordo amoris*, los niveles del amor, que están todos conectados y son todos importantes. Es verdad que las personas que han tenido una buena educación familiar cuentan con un punto de partida extraordinario, pero también es verdad que muchas personas no la tienen porque, claro, la familia es un albur y en cambio la educación cívica no

tiene por qué serlo. La familia no es la escuela. Quien no recibe una buena educación en casa, porque le abandonan, o porque nace en una familia desestructurada, o le faltan el padre o la madre, o no se ocupan de él, solo cuenta con la sociedad. Por eso las personas que más necesitan de la educación social son aquellas que no han tenido la suerte de recibir una buena educación familiar.

*** En este contexto, ¿qué debe exigir un ciudadano a la escuela de sus hijos?**

Un ciudadano debe exigir a la escuela de sus hijos que formen una personalidad integral, capaz de persuadir y de ser persuadida por los otros, que es la parte fundamental de vivir en una democracia. En un sistema democrático hay que vivir sabiendo expresar de manera inteligible las demandas propias a otros, y a la vez comprendiendo las demandas de los otros. La persona impermeable a las palabras o a las argumentaciones de los demás es inepta para la democracia; la persona que solo se puede mover por identificación absoluta con lo negro por lo negro, lo blanco por lo blanco o lo amarillo por lo amarillo, no puede ser un ciudadano pleno porque la ciudadanía supone identificarse con valores.

*** Participar en política, en el sentido de tener ideas y manifestarlas, es una actividad ineludible para un ciudadano. ¿Podemos considerarla una actitud educativa?**

En la Grecia clásica, la ciudadanía implicaba y exigía la actividad política, la colaboración en la toma de decisiones; la ciudadanía romana, sin embargo, no permitía la participación en las decisiones del gobierno, que estaban restringidas a las clases altas. La mayoría de los gobiernos de hoy prefieren ciudadanos *a la romana*, los que anuncian: «Yo no me meto en política», como si uno pudiera vivir en una sociedad política desentendiéndose de esa actividad, como si esa no fuera también una actitud política, y de las peores. Hoy se nos ofrece ser consumidores o *feligreses*, es decir, miembros de sectas particulares, renunciando a la universalidad democrática. Seremos inevitablemente consumidores o feligreses, pero ninguna de estas determinaciones debe agotar la ciudadanía. Y por supuesto, esa participación es una demostración práctica de educación para la ciudadanía.

*** Por eso es imprescindible hacer una reflexión sobre la educación.**

Eso es fundamental. Si uno tuviera que contar únicamente unas cuantas cosas a alguien, ¿qué le contaría? Si el mundo se fuese a acabar y uno tuviera que pasarle un mensaje a alguien, no le diría: «Esto solo me pasa a mí, fíjate...», ni «la función fanerógama de las plantas es...», sino que intentaría darle algo que describiera el mundo, porque educar es, en el fondo, pasarle el mundo a otra persona.

Educar bien es transmitir valores empoderantes, vivir es estar entre los hombres y ser un buen ciudadano es aportar las virtudes de cada uno a una construcción común. Lo que nosotros hacemos con los hijos es, como dice el profesor Savater, «pasarles el mundo», enriquecido con lo que hayamos aportado desde que lo recibimos. Y prepararles para que, a su vez, ellos puedan aportar algo mejor.

La escuela es el ámbito donde se educa *sobre* la ciudadanía; esto es, donde se aprende el origen y la evolución de nuestra construcción social. Es también el ámbito en el que se educa *para* la ciudadanía, que supone conocer las reglas de la convivencia, poder manejarse en el mundo, leer y comprender, debatir y dialogar, desarrollar el sentido crítico, aumentar la cultura, practicar las normas morales en la relación con los iguales, tener el primer contacto con la autoridad externa a través del maestro. Y la familia educa *en* ciudadanía, siguiendo lo que se denominan «surcos educativos», es decir, transmitiendo los valores que nos han servido a nosotros y, por supuesto, dando a nuestros hijos ejemplo de ello.

No todos los valores son «ciudadanos». Está claro. Pero la ética comienza cuando el yo percibe que hay un tú frente a él. Y los valores son mecanismos de ajuste de la convivencia. Hemos avanzado en salud, calidad de vida o acceso a los recursos y, aunque quede mucho por hacer, hemos avanzado también en sentido ético. Familia y escuela, con sus distintas responsabilidades, deben mantener entre ellas la coherencia que permite a un niño crecer a la vez como persona individual y como sujeto de derechos y deberes en una sociedad democrática.

*** Apuntes**

Fernando Savater nació en San Sebastián en 1947. Ha sido catedrático de Ética en la Universidad del País Vasco y en la actualidad es catedrático de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid. Ensayista, periodista, novelista y dramaturgo, ha publicado más de cincuenta libros, traducidos a una docena de lenguas. Algunos de los más conocidos son *La infancia recuperada*, *Ética para Amador*, *Diccionario filosófico*, *Las preguntas de la vida* y *El valor de educar*.

Habitual colaborador en prensa, codirector de la revista «*Claves de la Razón Práctica*», su intensa labor en pro de la paz en el País Vasco ha sido premiada en varias ocasiones. Es también impulsor e ideólogo de los movimientos ciudadanos más influyentes en España en los últimos años y del partido político Unión, Progreso y Democracia.

Entre otros muchos galardones ha recibido el Premio Nacional de Ensayo, el Premio Anagrama y el Premio Cuco Cerecedo, otorgado por la Asociación de Periodistas Europeos. En el año 2008 ha obtenido el premio Planeta por su novela *La hermandad de la buena suerte*.

En este mismo año, ha sido elegido como uno de los cien intelectuales más influyentes del mundo —el único español— por las prestigiosas publicaciones *Foreign Policy (FP)*, de EE. UU... y *Prospect*, de Gran Bretaña.

C de cultura



Juan Manuel de Prada

habla sobre la cultura

«El gran reto es intentar restaurar los vínculos con el legado cultural que nos precede. Porque eso es lo que nos da un soporte para abordar con actitud crítica esta realidad cambiante».

Una de las características de nuestro tiempo es la falta de meditación. Cuando repetimos las verdades sin pensar en lo que decimos, las convertimos en trivialidades, las vaciamos. Pararse a pensar en lo que se está haciendo es, hoy en día, una actitud casi transgresora. Y sin embargo, para educar a los hijos es indispensable.

La cultura también vive al borde de lo banal. Estamos tratando como bien de consumo un legado que muestra siglos de voluntad y talento del ser humano. Hace sesenta años, la reproducción de *La Gioconda* en unas latas de carne de membrillo dio lugar a protestas. Ahora estamos ya más que acostumbrados y hay a quien decepcionan las grandes obras de arte cuando las ve *en directo*. Confundimos la información —que entra a todas horas en casa— con el conocimiento, que es un proceso de digestión de la información, precisamente.

Y sin embargo, la cultura es el verdadero patrimonio, la patria, de la humanidad. Es el lugar de donde venimos y la herencia que dejaremos. Tenemos la obligación de acercarla a nuestros hijos. Las novelas, la poesía, la música, la pintura, la escultura, el cine, la arquitectura, la danza, el teatro... abren las ventanas del alma. Como dice el filósofo Gadamer, lo mejor de una obra de arte es que uno conoce y reconoce algo de sí mismo en ella, algo de sí mismo que antes no conocía.

Pedí al escritor Juan Manuel de Prada que reflexionara sobre el valor de la cultura para este libro. Me recibió una tarde en su propia casa y allí expuso una visión muy realista de lo que nos pasa; una visión poco complaciente que

nos obliga a pensar en lo que estamos haciendo. No me defraudó. Dar que pensar era precisamente lo que yo quería.

*** Estoy convencida de que la cultura es el alimento de los valores.**

Primero tendríamos que intentar aquilatar el concepto de cultura porque a lo largo de la historia la transmisión cultural se ha fundado en la tradición, es decir, unas generaciones decidían salvar un acervo que les precedía, lo cribaban, lo pulían, lo abrillantaban, le incorporaban nuevos elementos y lo transmitían a la generación siguiente. Es así como se ha transmitido la cultura. El problema de nuestro tiempo es que esa transmisión se ha roto por completo, y no sabemos muchas veces cuál es nuestro acervo, nuestro conocimiento, y por tanto cuáles son los valores que hay que transmitir. Y ese puede ser el origen del malestar contemporáneo. Vivimos en una sociedad muy fragmentada, en la que la cultura se ha difuminado mucho, se ha expandido mucho. Consideramos «cultura» cosas que hasta hace poco tiempo no se consideraban como tal y, al contrario, conceptos que a lo largo de los siglos se han considerado cultura, han dejado de valorarse. Hoy todo es más complicado.

Yo te diría que el problema de lo que hoy llamamos cultura es que tiene que ver cada vez más con una expresión momentánea, con una especie de radiografía de lo que pasa en nuestro tiempo, y menos que ver con los cimientos y con las bases de ese mismo tiempo. Y a medida que las bases de la cultura van siendo abandonadas y olvidadas, van siendo más frágiles los cimientos del edificio de la cultura y el peso de lo momentáneo es cada vez más gravoso. Estamos llegando a una cultura a punto de derrumbarse. Yo creo que esta es una de las grandes tragedias de nuestra época, y repito que, en gran medida, es una de las razones del malestar contemporáneo, de la sensación de contingencia, de la banalidad y el aturdimiento que padecemos.

*** La información ha desplazado al conocimiento.**

Claro. La información como saber fugitivo, huidizo, que te sirve en términos utilitarios para desenvolverte en forma más superficial, frente al conocimiento, que es más profundo, que va a la raíz de las cosas y, por tanto, te sirve para entender el mundo de una forma mucho más global y, sobre

todo, para incardinar el mundo en tu visión de la realidad. Pero ese es un mal de nuestro tiempo que afecta muy claramente a la educación, pero afecta también a la mirada de la gente sobre el mundo. Vamos hacia un tipo de cultura en la que yo creo poco. Me siento hoy bastante escéptico frente a lo que se denomina a veces oficialmente «cultura», porque en ella la contingencia, la moda, lo estrictamente contemporáneo y efímero tienen un peso cada vez mayor.

*** ¿Es posible aislar a los hijos de la ola de banalidad? Porque habría que meterlos en una campana de cristal.**

Es que yo no creo que haya que meter a los hijos en una campana de cristal. Yo creo que cualquier persona debe estar atenta a lo que sucede a su alrededor, y no es bueno tener a nadie metido bajo una campana de cristal porque pierde conexión con la realidad. El gran reto es intentar restaurar los vínculos con la tradición, con el legado cultural que nos precede. Porque eso es lo que nos da un soporte para abordar con actitud crítica la realidad cambiante, esa realidad un poco fragmentaria, caótica, a la que nos enfrentamos. Yo creo que la única manera de enfrentar la realidad actual es logrando que la tradición cultural no se rompa. Pero no aislándonos de la realidad, que sería muy peligroso porque nos dejaría custodiando una tradición muerta. La tradición debe irse mejorando, debe ir incorporando nuevos elementos a medida que pasa el tiempo. Lo que ocurre es que esto exige muchísimo trabajo.

Lo que es la educación, en el sentido amplio y a la vez más verdadero de la palabra, la educación familiar, la de los padres —quizá no en el ámbito de la transmisión de conocimientos pero sí en la de los pilares básicos sobre los que uno luego puede desarrollar su curiosidad, sus ansias de aprender o sus capacidades— desempeña un papel fundamental.

Pero desde el momento en que en el ámbito familiar no se realiza la tarea educativa, estos pilares se rompen. A partir de ahí todo es más complicado, todo pierde mucho sentido porque cuando falta la base, lo que te puedan enseñar en la escuela al final solo contribuye a un mayor desorden mental.

Si en una habitación no pones primero las estanterías, el hecho de que metas más o menos libros no va a solucionar nada, y cuantos más libros haya, mayor será el desorden. El problema está ahí, en esas estanterías, en la disposición mental para afrontar la realidad que te toca vivir, con unos parámetros que te puedan permitir entenderla.

*** Lo que dices me recuerda una anécdota de un muchacho africano inmigrante en Berlín que decía: la mayor diferencia que noto entre Alemania y mi país es que nosotros tenemos mucha más cultura.**

Seguramente este chico habla del sentido originario de la palabra cultura, porque hoy en día la visión que se tiene de la cultura no capta su sentido más hondo. La cultura es la incardinación del hombre en un determinado modo de entender la realidad, y eso se manifiesta a través de todas las expresiones artísticas, intelectuales, científicas que forman el acervo cultural, pero se logra también a través de la transmisión de una forma de ver la realidad.

*** Entonces, en ese sentido primigenio, no es patrimonio de una elite.**

Depende. Si nos referimos a la alta cultura, a los frutos más selectos del pensamiento, del arte o de la ciencia, naturalmente para llegar ahí se necesita subir una escalera. Pero para subirla hacen falta esos cimientos de los que hablaba antes. Hoy en día, como esos cimientos fallan, la escalera de la alta cultura está tendida en el vacío. Y además, conduce a muchas partes... Por ejemplo, yo acabo de llegar del fallo de un premio literario donde había escritores, editores y demás, y se ponían a hablar de los últimos libros que habían leído o que iban a publicar. Cuando estaban contando las tramas, yo sentía vergüenza ajena porque eran unas banalidades... patéticas, unas inconsistencias, unas eyaculaciones mentales..., ¡es que no había nada! Y la literatura ha tratado siempre de ofrecer una visión del mundo. La literatura contemporánea, si tiene una nota común y distintiva, es que no ofrece una visión del mundo. Y lo que se puede decir de ella se aplica también a cualquier otra expresión artística: la pintura, el cine... Si vamos a las artes plásticas, y por supuesto no hablo en términos absolutos, es creciente el número de obras que ya no aspiran a ofrecer una comunión entre ellas y quien disfruta de ellas, sino a provocarle una reacción de sorpresa, de horror, o de asco.

Este vacío ha llegado también al pensamiento. Hoy en día no existen grandes visiones panorámicas sobre el mundo desde el punto de vista filosófico, y no digamos ya metafísico. Todo lo que tiene que ver con la trascendencia, con lo que no es estrictamente material, ha desaparecido.

Y luego falta un concepto fundamental en cualquier expresión cultural, que es la jerarquía. La capacidad para establecer lo que es bueno, lo que debe ser imitado o lo que conviene convertir en modelo para alcanzar nuevos *finís terrae* creativos o filosóficos. Desde el momento en que desaparece el

concepto de *modelo*, la cultura avanza sobre la nada y camina hacia la nada. Esto es, para mí, lo más preocupante.

*** ¿Cómo entraste tú en el universo de la cultura?**

Pues de forma natural. Es un fenómeno de tradición. En primer lugar, hay unas personas que te legan lo que ellas saben, lo que han aprendido y consideran que es provechoso y valioso, y a partir de ahí, naturalmente, hay un proceso de búsqueda personal.

Es un proceso, en primer lugar, de poner cimientos. Y eso se hace a través de los vínculos: los valores de tu familia, que asumes como propios para poder someterlos después a una revisión, a la controversia y la duda; en definitiva, los valores que asimilas para poder ponerlos en tela de juicio. Pero tiene que existir esa transmisión. Un niño necesita de alguien que le diga: «Esta es nuestra forma de entender la realidad».

Luego tiene que haber aquello que los antiguos llamaban *autoridades*, es decir, personas en quienes esa tradición se encame, personas que verdaderamente se erijan para ti en modelos de vida, que susciten en ti tanta curiosidad y tanto afán de imitación que se conviertan en maestros. Las personas que en momentos cruciales de tu vida te ayuden a entender la cultura como algo que se transmite.

Y por supuesto, en una tercera fase, hay un interés personal: has recibido un legado, has recibido el don de conocer a personas que te han empujado, y a partir de ahí surge tu juicio crítico. Todo eso que has recibido lo tienes que mejorar, a través de tu curiosidad, a través de tu deseo de conocer nuevas cosas, de profundizar en lo que otros te han enseñado. Pero cuando suprimes las dos primeras fases y consideras que la transmisión cultural se realiza en ese espacio de libertad absoluta, de capacidad infinita para elaborarte tú mismo la cultura, pues falla la base y todo va mal.

*** Tienes que partir de unos valores para que te enmarquen, y así ser una persona sólida y no un líquido que se derrame. Sólida y a la vez elástica, no rígida.**

Los valores han sido siempre algo compartido. Nuestro problema en la sociedad occidental es que cada vez hay menos valores compartidos. Los valores, para ser reales, se tienen que alimentar de algo. Podemos pensar, por supuesto, que uno tiene un conocimiento natural de cuáles son los principios por los que uno debe regir su conducta, pero eso se tiene que apoyar en

formas de vida, en referencias. En una sociedad en la que pocos valores son homogéneos, las referencias son más difíciles de encontrar.

*** ¿Y cómo se educa en esa sociedad sin referencias?**

Es una lucha. Pero la lucha y el ejercicio de responsabilidad han existido siempre a la hora de educar o de vivir. Uno tiene que saber exactamente lo que quiere, y debe saber sobre todo el esfuerzo que cuesta lo que quiere. La persona que educa tiene que tener claro que no puede romper los vínculos con lo que él mismo ha recibido, porque eres responsable de transmitir algo que debe llegar a quien viene detrás de ti. Para esto hay que dedicar tiempo, muchas ganas, muchos desvelos. Y hoy chocamos con esta sociedad del deseo en la que no se valora lo que cuesta esfuerzo, sino lo inmediato. Una persona que educa tiene que encontrar su capacidad de sacrificarse, y naturalmente que hay que sacrificarse por los hijos. Supone asumir nuestras...

*** ... Obligaciones.**

Eso es. Hay cosas evidentes. Hoy los niños pasan muchísimo tiempo frente a las pantallas del televisor o el ordenador. Y, ¿por qué? Pues a veces sencillamente porque es una manera cómoda de que estén tranquilos y no molesten. Yo me he pasado toda la infancia jugando en la calle y esto hoy es impensable. Dejar a los hijos solos durante horas en Internet o ante la tele es una dimisión de las obligaciones educativas. ¿Es que ya no somos capaces de invertir nuestro tiempo en algo cuyos resultados se van a ver a largo plazo? Porque los resultados de la educación no son instantáneos.

*** ¿Está desacreditado el maestro porque está desacreditado el conocimiento?**

El descrédito del maestro es muy profundo, y está provocado en primer término por la dejación educativa de los padres. Cuando al maestro, al profesor, lo conviertes en una niñera, estás pervirtiendo su misión, que no es enseñar compostura ni urbanidad ni aseo. Ni es enseñar a ser respetuoso con los ancianos. Si eso no lo hacen los padres, el maestro se queda en una situación muy difícil.

*** En una conferencia tuya a la que asistí me llamó la atención la frase: «La libertad de juicio y la de elección solo pueden derivarse de los conocimientos y la cultura». ¿Podrías comentarla?**

Hoy se ha asentado la idea de que somos libres para adoptar todo tipo de decisiones, y libres sobre todo para determinar qué es lo bueno, qué es lo malo, qué es lo bello, qué es lo feo, qué es lo inteligente o qué es lo obtuso. Pero esa libertad es absolutamente falsa si no te la da el verdadero conocimiento. Solamente cuando uno sabe, puede elegir. Esto es evidente. Un poeta, por ejemplo, cuando domina el soneto, puede decidir no escribir sonetos, y escribir en verso libre o en lo que quiera. Pero solo decide libremente cuando, libremente, sabiendo lo que hace, rechaza una posibilidad. Pero el poeta que no se ha preocupado por entender los secretos de la métrica o de la rima, no está decidiendo nada. Simplemente es un pobre botarate que escribe versos libres porque no sabe escribir otra cosa. Y que esto pase por bueno en todas las expresiones artísticas es el drama de la cultura de nuestro tiempo. Hay señores que escriben novelas que son como añicos de un caleidoscopio, y te dicen que ellos no quieren escribir grandes novelas con personajes o con historias que abarcan toda la vida, que la literatura de nuestro tiempo tiene que ser la del instante, la de lo fugitivo, y claro, yo digo: me parece muy bien que quieras hacer esto, pero ¿tú sabrías hacer lo otro? No, no lo sabrías hacer porque no lo conoces. Y exactamente lo mismo pasa en casi todos los ámbitos de la vida, por desgracia. Y tanto es así que estamos ya en manos de personas que ignoran por completo los cimientos de nuestra cultura. Hoy los señores que hacen crítica de arte, de cine o de literatura, son personas que no conocen las obras de los grandes maestros de su especialidad. Y en otros ámbitos: los que elaboran los planes educativos y carecen de formación sólida; los políticos que rigen nuestros destinos y carecen de instrucción jurídica, que desconocen los fundamentos del derecho... Estamos en un proceso de entropía, de destrucción cultural precisamente porque faltan nuestros cimientos.

*** Yo también me asombro a veces de la incultura de muchas personas situadas en puestos de influencia, o a los que se les considera representantes de la cultura. Pero educamos aquí y ahora, ¿podrías mandar un mensaje para educadores desesperados?**

Ante todo tenemos que seguir creyendo en las personas. En medio de ese caos, en medio de esos chavales arrojados a la vorágine, existe algo muy profundo en todos los seres humanos que es la curiosidad, el deseo de saber, y ese es el terreno que tenemos que explorar.

Yo sigo creyendo que hay algo innato en el hombre que le impulsa a ser mejor. Y desde luego, un padre debe tener la suficiente capacidad persuasiva

para que sus hijos vean también en él lo mejor y se sientan atraídos por lo mejor. En el momento en que nos rindamos y ya no creamos en eso mejor que hay en todos los seres humanos, en el momento en que consideremos a los chavales como meros hijos de este tiempo de caos, todo se habrá acabado.

Me parece que los padres hemos perdido consciencia de nuestras obligaciones. Vivimos en un tiempo que niega todo lo que cuesta, cualquier renuncia o sacrificio. Pero si verdaderamente queremos ser padres, tenemos que saber que eso consiste precisamente en muchas renunciaciones y sacrificios, y todo lo demás, aunque nos lo pinten idílico —tener hijos es maravilloso, una realización personal— son bellas falsedades.

* **No, hombre, no...**

Sí, sí. Uno se siente realizado, aunque no me gusta esa expresión tan cursi, a través del esfuerzo y del sacrificio que es tener hijos. Ser padre es una cosa muy tremenda, que te obliga a redoblar tus esfuerzos en todos los órdenes de la vida, no solo en trabajar para darle de comer, sino en dedicarle tiempo.

Negar esto tiene que ver con ese proceso de infantilización de la sociedad. Se nos está vendiendo que tenemos que hacer de la vida una especie de paraíso de la facilidad, y eso nos hace incapaces de asumir responsabilidades. Un padre o una madre no pueden seguir viviendo ya como adolescentes. Es necesario asumir un compromiso. Es curioso cómo muchas parejas rompen cuando tienen hijos y no se dan cuenta de que tener hijos es precisamente un motivo para seguir juntos. Los hijos conllevan un compromiso, una capacidad para ceder, para soportar, para renunciar a los *días de vino y rosas*, para abandonar a esos pequeños diosillos en sus pequeños templos donde nadie les perturba que nos gusta tanto ser.

La razón de esta marea de derechos que nos envuelve puede ser precisamente hacemos más débiles, incapaces de soportar las mil y unas penalidades de la vida cotidiana, y hacemos olvidar que la felicidad es precisamente lo que se obtiene cuando se es capaz de hacer frente a las penalidades.

La felicidad como capacidad de superar el dolor y mirar de frente. Ya vamos viendo cómo se relacionan los valores entre sí. Y seguiremos viéndolo durante todo el camino.

Gracias al testimonio de Juan Manuel de Prada, tenemos imbricada la cultura entre los valores, como sustrato y como referencia. Y tenemos planteado el problema de las estanterías, que es una metáfora estupenda. La escuela está esperando a nuestros hijos para abrir las ventanas al conocimiento, pero en casa debemos amueblar la habitación. Y no en *Ikea*. Si podemos, a medida, con artesanía, con amor. Quiero decir con el ejemplo. Que nuestros hijos nos vean leyendo, disfrutando con la música, venciendo la pereza para ir a ver una exposición o una obra de teatro. Las grandes películas pueden sustituir perfectamente a las series de televisión en las veladas familiares; la sabiduría de los abuelos, el vínculo con nuestras tradiciones, desde el folclore a la gastronomía, es cultura también.

Ojalá descubramos en cada uno de nuestros hijos la manifestación artística que conecte mejor con sus cualidades personales y sepamos facilitarles su disfrute. Siempre me han entristecido los niños que no pueden pintar porque ensucian, o no pueden bailar porque es cansado traerlos y llevarlos. El arte llena de sentido los momentos de ocio y, como el deporte, es un educador en valores de primer nivel.

Al final ser culto va a ser una cuestión de amor. Y desde luego, de valores.

* Apuntes

Juan Manuel de Prada nació en Baracaldo (Vizcaya) en 1970 y vivió en Zamora durante su infancia y adolescencia. Es licenciado en Derecho. Su aparición en el panorama literario y editorial español se produjo en el año 1995 con la obra titulada *Coños*, un homenaje a Ramón Gómez de la Serna.

En 1995, publicó también la colección de cuentos *El silencio del patinador*. En 1996 publicó su primera novela, *Las máscaras del héroe*. En 1997, su novela *La tempestad* obtuvo el Premio Planeta. Este mismo año, la revista *The New Yorker* incluyó a Juan Manuel de Prada entre los seis escritores más prometedores de Europa.

En el año 2000 publicó *Las esquinas del aire*. En el año 2001 cierra su «trilogía del fracaso» con *Desgarrados y excéntricos*. En 2003 publica *La vida invisible*, que obtuvo el Premio Primavera de Novela y el Premio Nacional de Narrativa en el año 2004.

Su última novela publicada es *El séptimo velo*, que ha obtenido el Premio Biblioteca Breve.

Colabora habitualmente en la prensa escrita, la radio y la televisión. Como recopilaciones de artículos ha publicado *Reserva natural* y *Animales de compañía*. Su labor periodística ha merecido los premios Julio Camba (1997), César González-Ruano (2000) y Mariano de Cavia (2006). En 2008 ha sido galardonado con el Premio Joaquín Romero Murube al mejor artículo periodístico.

D de deporte



Jorge Valdano

habla sobre los valores del deporte

«Igual que un entrenador no puede copiar el método de otro sin analizar antes a sus jugadores, para un padre es imprescindible hacerse un especialista en los propios hijos».

Jorge Valdano personifica en todo el mundo la unión entre el deporte y la cultura. Con él vamos a acercarnos a una de las dimensiones originales del deporte: ser el vivero de la ética. Algo que descubrieron los clásicos, cuyos centros educativos se llamaban *gymnasium*.

Valdano sabe de muchas cosas, ha luchado por sus sueños y puede acompañarnos mejor que nadie en esta reflexión sobre los valores del deporte porque, desde la gloria de ganar la final de un Mundial a los sinsabores de entrenar equipos y encarar a la prensa, ha recorrido todas las facetas del fútbol, que es la pasión de su vida.

En esta conversación desarrolla argumentos muy serios, profundos y valiosos, que merecen una lectura reposada porque van mucho más allá de lo deportivo, hasta la esencia de la educación. Mientras le escuchaba una mañana de invierno en su oficina, generoso con su tiempo y amable, comprendí por qué tiene tan bien estructurado el discurso sobre los valores educativos del deporte: sencillamente, porque lo ha vivido.

Aunque se habla sobre todo de fútbol, como no puede ser de otra manera, la reflexión de Valdano puede aplicarse a la práctica de cualquier deporte, puesto que todos son herramientas pedagógicas y éticas.

* ¿Cómo relacionamos educación y deporte?

En primer lugar, vamos a aproximarnos a la educación y el deporte de un modo crítico. Durante mucho tiempo, los intelectuales han desprestigiado el deporte por entenderlo como una expresión menor, alejándose así del ideal griego que armonizaba la mente sana y el cuerpo sano para asegurar la felicidad. El sistema educativo también despreció la preparación física al considerarla un mero entretenimiento. Me parece razonable que se haya abrazado de nuevo el deporte por parte de los intelectuales y los educadores. Este retorno tiene que ver con la cultura de nuestro tiempo, menos trascendente, que ha ido incorporando las sensaciones y las emociones. El juego es el primer antecedente de la cultura, a la que aporta las asociaciones y la libertad que son claves del proceso creativo. El juego y el arte tienen en común que son actividades libres, no regladas, algo que merece ser considerado en beneficio de la trascendencia del deporte.

Por otra parte, hoy se valora de nuevo la *experiencia* del deporte, en la que hay análisis, emotividad, relación con el entorno, esa dimensión de *espectáculo* que termina abarcándolo todo. Un deporte como el fútbol, por ejemplo, tiene un tiempo previo y posterior al partido que le convierte no solo en uno de los primeros *productores* de conversación entre personas, sino en un vínculo de unión intergeneracional.

*** Un tema de conversación entre padres e hijos.**

El fútbol es el lugar donde uno se encuentra con sus padres y sus abuelos, de manera que apoyar a un equipo determinado termina generando el sentirse parte de una identidad común.

*** ¿Y la práctica del deporte?**

La práctica del deporte es el universo más interesante para la formación. El primer valor que aporta es la capacidad de generar una predisposición para el aprendizaje en el ánimo del niño. La práctica deportiva lleva a conseguir un objetivo a través del placer y no de la obligación. Así se agranda la percepción, porque cuando uno hace las cosas involucrando la pasión, cuando uno *entusiasma* a su inteligencia, tiene una capacidad de absorción del conocimiento mucho mayor. Haciendo deporte, el niño aprende sin saber que aprende, interioriza el aprendizaje de una manera instantánea y natural, como sucede con todo lo que pasa por la emoción.

Si alguien dejara en un campo de fútbol en medio de la selva a veinte niños y regresara a buscarlos un tiempo después, encontraría a cada uno

jugando en el lugar que le corresponde, porque ha ido aceptando sus limitaciones y comprendiendo en dónde puede expresar lo que sabe y esconder lo que no sabe. Dentro de un equipo de fútbol, cada uno acepta su rol, y para eso hace falta una humildad crítica que luego viene bien aplicar al resto de la vida: valgo para unas cosas y para otras no. Así entramos en un principio educativo que me parece esencial: la necesidad de compararnos con nosotros mismos y no con los demás. En la comparación con uno mismo es más fácil descubrir las mejoras; la comparación con los otros me deja melancólico. Si yo hago algo bien, el entrenador me puede desafiar para que lo mejore con el tiempo: «Has tirado cinco veces a portería, has acertado dos y has fallado tres; a ver si conseguimos que aciertes tres y falles solo dos...»; ahora bien, si me comparo con Maradona, cualquier cosa que haga parecerá poco, porque un genio, aun trabajando menos que yo, siempre me va a superar. Comparándome conmigo mismo, sin embargo, puedo convertir mi progreso en un proyecto.

*** ¡Convertir tu progreso en tu proyecto! Me parece una idea importantísima.**

Y por otra parte, está el ejercicio de la libertad. Yo he aprendido mucho de un libro titulado *Fútbol, dinámica de lo impensado*, que es además una hermosa definición. El fútbol es el arte de lo espontáneo, de lo que no puede estar dirigido en el proceso inicial de formación. El error, cuando uno juega siendo muy pequeño, tiene que ser un problema del niño y no de su entrenador. El proceso de corrección lleva un tiempo durante el cual el propio niño tiene que interiorizar su error y resolverlo de forma natural. Y los mejores lo resuelven antes. Pero si interviene el entrenador, introduce un elemento de obligación que termina por ser mucho más débil que el proceso interior de corrección.

*** ¿Puedo pensar en «el padre» cuando tú dices «el entrenador»?
Porque lo que dices sirve para la educación en general.**

Totalmente. Cuando un niño se equivoca, su padre puede guiarlo, pero no puede obligarle a resolver la situación. Si lo guía y el niño responde —y para eso hay que dejar que el tiempo haga su trabajo— la interiorización del valor puede ser definitiva; si todo queda en una mera obligación, nunca sabremos si actúa respondiendo a una orden externa o a una convicción personal, y son cosas muy diferentes.

Por eso yo soy escéptico ante aquellos entrenadores que parecen los mejores porque corrigen muchísimas cosas pero en realidad son los peores porque no dejan a los jugadores resolver los problemas. Las escuelas de fútbol pueden ser instrumentos muy útiles para los mediocres, pero mediocres para los excelentes porque tienden a igualarlos a todos por lo bajo. En cambio, excelente es el capaz de encontrar soluciones en su camino.

*** ¡Qué buena definición!**

Es una frase de Stefan Zweig que leí hace años y me pareció muy aplicable al ámbito del fútbol. Uno descubre que los mejores jugadores tal vez son académicamente malos, corren mal, por ejemplo, pero poseen la capacidad de resolver problemas de forma original, distinta, y de eso se trata. El *derecho a la diferencia* tiene una importancia esencial en el proceso de la formación.

*** Aquello que nos hace diferentes y nos permite complementarnos.**

Sí. Con la práctica del deporte, entra en juego el proceso de socialización. En primer lugar, el niño se familiariza con el balón, el objeto de disputa, de lucimiento, y con la técnica, sin la cual no hay posibilidades de llegar a la excelencia y que se aprende con esfuerzo. De ahí llegamos al reconocimiento de los otros, los compañeros que forman parte del mismo proyecto y a los que hay que *pasarles el balón*. Ya no soy el *ombligo del mundo*, existe el otro, necesito al otro y además, tal vez descubra que es mejor jugador que yo y se merece tener el balón más que yo.

*** Me gusta esa idea: necesito al otro y necesito que sea «otro que yo», que sea diferente a mí.**

Ahí empieza la necesidad de tener una humildad crítica que me ayude a reconocer hasta qué punto formo parte importante de ese proyecto colectivo que es un equipo, aunque tenga que renunciar al sueño de ser el líder para convertirme en un gregario útil.

Yo mismo, cuando llegué a España, era un líder *social* dentro de mi equipo y en el campo quería proyectar la misma influencia, pero no me alcanzaba para eso. Creo que tardé tanto en llegar a un gran club porque no tenía claro, desde el inicio de mi carrera, para qué servía yo. Cuando lo entendí al fin, pude relacionarme con el fútbol con menos ansiedad porque hacía aquello para lo que había nacido y no tenía necesidad de llevar un traje que me estuviera demasiado grande.

*** Es una reflexión muy útil.**

Hay otro elemento clave, que tiene que ver con la pasión y ha quedado apuntado antes: el reconocimiento de que para jugar bien hacen falta horas y horas de entrenamiento. Si uno entrena con placer, jugando, sin que le obliguen, adquiere un hábito de trabajo natural.

Otro factor clave es que el ámbito te ayude a desarrollar las condiciones naturales. Menotti, el seleccionador de Argentina, decía siempre que el milagro genético de Maradona no le hubiera servido de nada de haber nacido japonés. La familia que te facilita la posibilidad de hacer deporte tiene una importancia decisiva.

Y luego llega el entrenador, el maestro, para pulir los defectos y enseñar la táctica. Pero lo principal ya está desarrollado, de una manera espontánea, jugando con los amigos sencillamente.

*** Y todos los valores de los que has hablado son empoderantes.**

El deporte proporciona además una serie de valores asociados a la voluntad, una capacidad muy necesaria, insustituible, que hoy está bastante olvidada.

*** La voluntad es un valor imprescindible. Sin embargo, qué mal suena hoy.**

Cada día tiene peor prensa, seguramente porque está relacionada con el esfuerzo, que no es cómodo. La mejor manera de movilizar la fuerza de voluntad es desde el entusiasmo, por eso es tan importante descubrir cuanto antes cuál es la vocación de cada uno. Si hacemos aquello para lo que hemos nacido porque tenemos una cierta predisposición en nuestra personalidad, el esfuerzo puede llegar a ser placentero y se hace más fácil ejercer la voluntad.

*** Algún filósofo habla de la voluntad como el elemento clave de un proyecto de vida. Y también como la capacidad de ejercerla a pesar de saber que muchas veces querer no es poder.**

A mí me gusta mucho el concepto de talento, del que hablo permanentemente en mis conferencias, en las que subrayo la necesidad de seleccionar a cada persona teniendo en cuenta esta cualidad personal. Creo que, en educación, es tarea de cada padre descubrir el talento específico de su hijo, lo que le distingue y le hace diferente del resto.

Recuerdo una anécdota de la época en que fui entrenador del Real Madrid, y seleccioné a un grupo de chicos muy jóvenes entre los que estaban Guti, Raúl y otros que también jugaron en Primera División. Como no encontré en el club disposición a ayudarme porque al fin y al cabo era un experimento, tuve que ir yo mismo a ver a los jugadores más jóvenes. Escogí a un chico con mucho talento pero muy conflictivo, y su entrenador protestó por la elección: «Es desobediente, ni siquiera saluda al llegar al entrenamiento y usted lo premia con la convocatoria, habiendo aquí chicos que sí piensan en los demás», me dijo. Recuerdo que le contesté: «Déjeme llevármelo y yo le enseñaré a saludar, porque no puedo llevarme para jugar al fútbol al que solo sabe saludar». Yo sabía que esa personalidad combativa le haría un buen futbolista. Aquel rebelde era capaz de convertirse en valiente ante cien mil espectadores; esa era su peculiaridad y su talento.

Además, al considerar el talento de cada uno no distinguimos entre mejores y peores. Talento quiere decir sencillamente que hay gente que sirve para una cosa y gente que sirve para otra.

Y no tengo ninguna duda de que el principal alimento del talento es la confianza. La confianza de alguien en ti, en lo que te distingue. La confianza dispara al máximo las posibilidades de alguien. Y se tiene que manifestar también en los momentos de duda e incertidumbre, cuando se cometen errores, porque si no, lo único que logramos es que el chico *no haga* para no equivocarse. Ahí detenemos el proceso de la libertad y del talento porque se termina concluyendo con que la mejor manera de evitar una bronca es *no hacer*.

*** Para mí el primer axioma educativo es la confianza. Estoy convencida de que la mayoría de los problemas se resolverían si fuésemos capaces de decir a los hijos: «Yo confío en ti».**

¡Está claro! Yo también estoy totalmente convencido. En la vida de familia, la confianza en los hijos es fundamental: poder hablar con ellos también de sus errores y sus excesos, del botellón y del sexo. Para los hijos es importante encontrar en el hogar ese vehículo de descarga, en el que poder hablar también de sus dudas y de sus errores. Imagínate además lo que eso significa para un hijo. Y a los padres les da la oportunidad de enterarse de los problemas y poderlos corregir. Si reconocemos a cada hijo su talento somos más justos. Es fundamental ver cuál es el de cada uno de ellos —aunque sea el de saber estar en segundo plano— para que todos reciban su necesaria dosis de elogio.

*** Y desarrollen así la autoestima que es clave también para sentirse libre.**

Hay tanto peligro en no dejar desarrollar su libertad al que tiene talento como en darle demasiada libertad al que no lo tiene. En el fútbol es esencial saber esto. Creo que la función principal de un entrenador es precisamente dosificar la libertad, saber darle más a los que están mejor dotados para ejercerla. Los genios necesitan toda la libertad porque cualquier cosa que se les ocurra en una fracción de segundo puede ser más útil que el trabajo del entrenador durante un mes entero. Sin embargo, hay otros jugadores que pretenden la misma libertad pero no están dotados para ejercerla y terminan convirtiéndose en *saboteadores* del proyecto colectivo por no saber entender hasta dónde pueden llegar. Este conocimiento de los límites también es un principio educativo esencial.

De hecho, un valor importantísimo asociado al deporte es el de la tolerancia a la frustración y el aplazamiento de la recompensa. Se ve claramente en el entrenamiento individual de un deportista de competición, cuyo proyecto es siempre una apuesta, y el esfuerzo de muchos años puede perderse en un segundo. A mí esto me parece heroico y emocionante. La inversión de vida, de entrenamiento, de disciplina, para que llegue o no la gloria, constituye un ejemplo y una gran enseñanza.

*** Precisamente el reconocimiento de los propios límites permite construir una autoestima verdadera y una personalidad madura.**

Tolerar la frustración, saber perder, es también una herramienta imprescindible para la vida. Recuerdo en este sentido mis primeros partidos serios, representando a mi barrio —otro valor del fútbol es que siempre se representa a algo, un elemento externo que une a todos—, y perder, buscar un escondite para llorar desconsoladamente, tener que aceptar que la derrota existe, aprender a relacionarse con ella de una manera natural y superarla. La derrota tiene una gran virtud: hace más visibles los defectos, y los defectos son la gran escuela para alcanzar las mejoras.

*** ¿La derrota tiene una virtud?**

El proceso es simple: uno no quiere volver a vivir la humillación, de manera que analiza lo que hizo mal. Y en ese análisis hay una gran enseñanza. Siempre digo que el éxito nos hace un *treinta por ciento peores* de lo que

somos. Complacerse en el éxito puede hacer olvidar los factores que nos llevaron a él y eso nunca nos hará mejores. El error, sin embargo, nos pone delante de algo que tenemos que mejorar. El futbolista que falló un gol decisivo llega al día siguiente media hora antes al entrenamiento para que esa experiencia no se vuelva a repetir. El deporte además es un buen medio de análisis porque exagera, y la exageración es pedagógica. Como involucra a grandes ídolos, viene bien también para ponerlo como ejemplo a los niños cuando se presencian los éxitos y las derrotas.

*** Porque se puede aprender también de los éxitos.**

La sociedad en que vivimos nos ha hecho creer que lo útil es el valor máximo, y en el mundo del deporte uno termina por descubrir que a veces el resultado oculta la realidad. Ganar un partido tiene tanto prestigio social que termina por esconder todos los defectos, cómo se ha ganado e incluso en qué se ha fallado.

Se puede enseñar a los hijos a aprender del éxito, sobre todo descubriendo los defectos que tiene escondidos, en una reflexión en la que cuantas más personas se involucren, mejor. Es importante estar atento a sus trampas porque nadie tiene un éxito químicamente puro o gratuito. Reflexionar sobre el éxito implica también descubrir los factores que lo han producido, qué virtudes hay que fortalecer para prolongarlo o para repetirlo.

De todas formas, yo no creo mucho en la réplica del éxito en ámbitos distintos. Creo que es necesario saber distinguir las diferencias entre los diversos *sistemas ecológicos* que se dan en un equipo o en cualquier relación humana.

*** Tú eres un ejemplo de éxito en ámbitos muy diferentes...**

Bueno, pero en unos me ha costado más que en otros, o he estado mejor preparado para unos que para otros, en los que todavía soy un principiante que ha llegado tarde.

Lo que quiero decir es que en el fútbol es muy común imitar al último ganador. Si un entrenador como Capello gana en el Real Madrid, al año siguiente todos nos volvemos autoritarios, aunque estemos en un equipo de jugadores maduros que convenga gestionar de una manera más flexible. Pero igual que un entrenador no puede copiar el método de otro, por mucho éxito que tenga, sin analizar antes a sus jugadores, y para un profesor educar bien es conocer en profundidad a los alumnos, para un padre es imprescindible

hacerse un *especialista* en los propios hijos. Un aula, por ejemplo, es un ecosistema vivo, con un equilibrio que cambia de un día para otro solo con que falte a clase un alumno que tiene gripe. Una ausencia hace cambiar las relaciones entre los alumnos y por eso un día nunca es igual a otro y hay que ingeniárselas para llegar a todos. La familia es así también, por eso no funciona el paradigma «yo los educo a todos por igual». Puedes tener un hijo al que haga falta dar un empujón y otro al que haga falta frenar. Tienes que conocerlos.

Otro axioma educativo es que el ejemplo tiene mucha más fuerza que la palabra. No recuerdo ninguna frase que me haya dicho mi madre y yo haya aplicado, y sin embargo mi vida está hecha de los ejemplos que me dejó mi madre.

En el mundo del deporte, el mejor maestro es la emulación. El proceso es *primero admiro y luego copio*. Mis primeros y grandes maestros fueron ídolos de mi pueblo, gente perfectamente desconocida, que me enseñaron en primer lugar el amor al fútbol y después cualquier gesto técnico que yo les veía hacer con una atención casi sagrada y que al día siguiente, en el parque, intentaba emular con mi pelota. Hasta que no me salían, yo no me iba a casa tranquilo. Cuando me salían, el maestro, sin saberlo, había culminado su obra. Nuestra actitud, nuestro comportamiento, es el primer instrumento educativo con el que contamos, y el más importante.

Hasta aquí la reflexión en voz alta de Jorge Valdano. Creo que no se puede decir más ni mejor. El deporte es un auténtico tesoro pedagógico, la alternativa más enriquecedora para los momentos de ocio, que se asocian hoy casi exclusivamente al consumo, y el primer agente preventivo para las conductas de riesgo. Además, y lo hemos aprendido con las palabras de Jorge, la práctica del deporte adecuado a las capacidades de nuestros hijos les aproxima a un núcleo de valores esenciales: el conocimiento de uno mismo, la aceptación de un rol, la humildad crítica, la autoestima real, la interiorización de las normas, el descubrimiento del otro, el diseño de un proyecto vital, la capacidad para aplazar una recompensa, la tolerancia a la frustración, la realización personal de los talentos, la libertad...

Jugar en un equipo de fútbol o de baloncesto, aceptar los retos de nadar, correr o esquiar, concentrarse en los movimientos de judo cuando se tiene una atención dispersa, canalizar la agresividad con una raqueta o un remo, hacer

gimnasia cuando se está muy preocupada por el sobrepeso, son experiencias que enriquecen la personalidad y la vida de los niños y jóvenes. Debemos tener en cuenta la importante reflexión de Valdano con respecto al «ámbito favorable» y no negar nunca a nuestros hijos, con pretextos banales, las facilidades para hacer deporte o jugar al aire libre que tanto y tan bien van a ayudarles a construir su carácter. Sin olvidar que los valores del deporte nos empoderan también a nosotros, los adultos.

* Apuntes

Jorge Alberto Valdano, futbolista y entrenador hispanoargentino, nació en Las Parejas (Rosario, Argentina) en 1956.

Inició su carrera como futbolista en el Newell's Old Boys de Rosario y en 1975 llegó a España para jugar en el Alavés, en el Zaragoza y, desde 1984, en el Real Madrid, equipo con el que ganó tres veces la Liga y dos veces la Copa de la UEFA.

Ha jugado 22 veces con la selección nacional de Argentina, con la que llegó a ser campeón en el Mundial de México de 1986.

En 1991 comenzó su carrera como entrenador en el Tenerife. Ha sido entrenador del Real Madrid, con el que obtuvo el Campeonato de Liga en el año 1995, y del Valencia.

Fue director general deportivo del Real Madrid desde el año 2000 hasta el 2004.

Valdano es comentarista en prensa, radio y televisión, y ha escrito, entre otros libros, *Sueños de fútbol*, *Cuentos de Fútbol*, *Los cuadernos de Valdano* y *El miedo escénico y otras hierbas*. En la actualidad es presidente de la empresa consultora *Makeateam*, que se ocupa de la formación de directivos e imparte conferencias por todo el mundo.

D de disciplina



Carmelo Gómez

habla sobre la disciplina

«La disciplina es como la literatura: se contagia».

Cuando comenté el proyecto de este libro hubo quien me preguntó con extrañeza: ¿quieres hablar con un actor sobre la disciplina? Pues sí, y lo tuve claro desde el principio. Me parecía que este valor tiene mucho que ver con las exigencias del Arte. Ahora sé que no me había equivocado. Además, no hubiera podido hacerlo de otra manera. Disfruto desde hace años el privilegio de la amistad con Carmelo Gómez, un grande entre los grandes actores españoles. He podido ver de cerca cómo trabaja: con pasión, sin descanso, modelando su cuerpo y su voz para adecuarlos a los personajes que debe interpretar, estudiando y reflexionando sin parar, con disciplina. Impresiona ver cómo un gran artista, en pleno esfuerzo por dominar las exigencias de su arte, está a la vez dominado, poseído, por la trascendencia del Arte mismo.

Carmelo, a través de sus recuerdos de infancia en un pueblo de León y del análisis permanente sobre su trabajo, nos enseña por qué la disciplina es la llave maestra del resto de los valores, la vitamina que fortalece una actitud empoderante ante la vida, la mejor compañera del carácter desde la infancia a la vejez.

En este viaje aprenderemos además la curiosa similitud entre el talento de un actor y el de un educador. Este descubrimiento fue para mí una gran sorpresa que tengo ahora el privilegio de compartir.

Hablé con Carmelo durante mucho tiempo, una tarde muy tranquila, en mi propia casa, con mis hijos que entraban y salían.

* **Carmelo, si yo te hablo de disciplina, ¿soy «carca»?**

No, eso es tan viejo como el hombre mismo. No se puede hacer nada sin disciplina. Ningún gran objetivo, ningún sueño, se puede cumplir sin ella.

*** ¿Por qué? ¿No es el «orden y mando»?**

Yo creo que la disciplina es un estado interno. Hay una disciplina impuesta, el «orden y mando», que está muy estereotipada, que tiene que ver con «alguien que me dice lo que tengo que hacer» y nos aleja del pensamiento, de la reflexión. Para superarse a sí mismo, uno lo que tiene que hacer es pensar, pensarse...

*** Pensarse...**

Si estás esperando a que alguien te diga lo que tú eres, hasta dónde puedes llegar, lo que se espera de ti, pues posiblemente te quedes abajo, porque lo que te están diciendo es seguramente mucho menos de lo que en realidad puedes. La única manera de proyectarte es una lucha interior. Yo esto lo veo como algo muy parecido al fenómeno democrático: no voy a esperar a que un señor me dirija, sino que voy a elegir a quien tiene que dirigirme como a mí me gustaría que se dirigiese. Pero para eso necesito un conocimiento. La democracia no es votar a un señor para dejar de pensar, sino todo lo contrario: el hecho de ejercer tu libertad consiste en estar informado; si no, la libertad no existe, es pura esclavitud, te pones en manos de otros.

Lo mismo pasa con la disciplina. No puedes esperar que alguien te diga: «Pon primero el pie derecho y luego el izquierdo, mueve el brazo derecho y luego el izquierdo». Eso, si lo hacemos todos a la vez y sin pensar, queda muy bonito pero no deja de ser un desfile. Cuando uno está solo, que es como uno se hace, pues se hace a través de la reflexión. Esa es precisamente la capacidad del «yo» para pensar y ordenar, para acertar y para errar.

Yo he vivido autodisciplinado toda la vida, y creo que hasta he tenido problemas por eso. Lo digo porque siempre he sido muy exigente en mi trabajo, y por supuesto si soy exigente, soy disciplinado. Tengo mis limitaciones, también lo sé, pero la disciplina me ha salvado la vida, mi trabajo. Gracias a ella, y a mi voz y a otra serie de cosas, he conseguido salir adelante, quizá con menos talento del que haría falta, pero he sustituido muchas cosas gracias al trabajo, al encono, a la disciplina. Y afortunadamente, he tenido la suerte de contar con una educación humanista que me ha enseñado bien. De niño aprendí a rezar, que no es ninguna tontería. No estoy de acuerdo en cómo se obliga a rezar, pero sí en que el rezo lleva en

sí mismo un estado de reflexión, y gracias a él, puedes mirarte por dentro todos los días, llamándote de tú, y viendo que en lo que haces hay cosas que son de gran valor y cosas que son ridículas. La única forma de perderte el miedo es esa.

Cuando uno se escucha en una cinta de casete, no le gusta su voz, y eso es porque se escucha pocas veces. Yo estoy acostumbrado a oírme en todo tipo de soportes y sé que esa es mi voz. Ya no me asusto de ella, ya no la rechazo, es la mía. Porque cuando hablamos, no nos escuchamos. Lo mismo pasa en la vida. Cuando hacemos las cosas no nos vemos desde fuera, no tenemos una imagen de nosotros y por eso no nos gustamos cuando vemos la realidad. Esa es la capacidad de reflexión necesaria. Y a partir de ahí, comienza la necesidad de hacerse uno a sí mismo, sin que nadie te diga cómo tienes que ser y sin pudor de ti mismo. Claro que necesitas una ayuda, porque es la visión desde fuera del espejo, pero eres tú el que toma la decisión final de tu vida. Si un portero de fútbol tiene que mejorar su técnica, la mejor manera de hacerlo es imaginándose a sí mismo parando balones. Pues a mí me ha pasado toda la vida lo mismo. Es una situación de gran soledad, de resultados aparentemente lentos pero, como en la vida, el niño va creciendo y de verle todos los días creemos que no crece, pero está ahí haciéndose grandote.

Es fundamental la disciplina en el trabajo, pero también en la vida. En mi trabajo he aprendido que no se puede ser un *grande* si no sabes que tienes que ir desde abajo, desde poco, para ir subiendo y subiendo. No puedes ser ufano, pensar que todo lo puedes hacer, que puedes con todo, sino muy humilde, y en esa humildad hay algo que se va acumulando como un poso, y al final hay más poso que líquido en la botella y no sabrás por qué. Ese es el fenómeno. A lo mejor los resultados aparentemente no son brillantes, pero el poso queda y al final te das cuenta de que ha merecido la pena.

Yo recuerdo que me decían: «Bueno, este chico no saca buenas notas pero es muy trabajador...». La verdad es que he llegado a estar muy arriba en este país, y cómo iba a imaginarse aquel niño lleno de complejos y de dificultades que gracias al trabajo, gracias al esfuerzo y a su actitud crítica, iba a poder llegar quizás donde cualquier otro niño con una gran educación y con todos los medios del mundo no ha podido llegar.

*** ¿Tú sabrías enseñar la disciplina?**

¿La disciplina? La disciplina es como la literatura: se contagia.

*** ¡Se contagia! ¡Qué bueno!**

Tal vez no la puedes enseñar ni la puedes imponer. Tal vez si estás imponiendo la disciplina con disciplina... hay algo que ya no está funcionando; el receptor la va a rechazar. Yo creo que la disciplina se cuenta, se dice, se habla de sus garantías, de su gran poder, pero sin proselitismo, con el ejemplo; es decir, se contagia.

Mi padre era un hombre muy disciplinado, muy perfeccionista, muy trabajador —si eres disciplinado, eres trabajador y el trabajo no se convierte en dolo ni te parece una pérdida de tiempo, sino una forma de estar— y convirtió la disciplina en una manera de ser y de vivir. Si es así, llega un momento en que no es ni disciplina, es *ser*. Ya te has contagiado, ya es algo intrínseco a ti y la llevas a tu manera, con tu ritmo, necesaria para asentarte, para subir, para que el poso vaya creciendo, en ese proceso muy lento del que hablábamos. La gran lección que guardo de mi padre es que era muy disciplinado, casi... casi militar. Había cosas con las que yo estaba y sigo estando en contra, porque en ocasiones se imponían por la fuerza y eso es una antilección. Pero como él predicaba con el ejemplo y estaba muy por encima de lo que nos pedía a los demás, que era mucho, yo no le podía reprochar nada.

Para mí, mi padre, que aún vive, es un referente, al igual que lo fue mi madre. Hoy por hoy, en el pueblo, mi padre es el hombre más respetado de todos los agricultores. Con sus muchísimos años, ha convertido la disciplina en ilusión. Él ya no va a trabajar, va a hacer que su vejez no sea un infierno gracias a que tiene una gran ilusión por seguir haciendo lo que ha hecho toda su vida, lo que posiblemente empezó siendo disciplina. Sin embargo, ahora es eso lo que ha cobrado más sentido. Por ejemplo, él va al campo a quitar frieras. En los huecos en los que queda el agua en invierno, no nace la simiente porque se pudre. Y lo que hay que hacer es sanear esa tierra para que los huecos drenen. Bueno, pues un señor de ochenta años coge el tractor, abre unas regueras inmensas, pone unos tubos con agujeros, luego esparce grava, echa unos ladrillos con agujeros, pone la tierra y, cuando llueve, el agua se filtra por ahí y se va a la reguera. ¡Eso no lo hace nadie más que mi padre con ochenta años! ¿Ahora se puede decir que lo hace por disciplina? No. Ahora es por puro placer. Cuando se convierte el trabajo en placer, la disciplina pasa a llamarse ya de otra manera.

*** La disciplina en el trabajo. A veces se echa de menos.**

La verdad es que yo siempre he vivido con un gran sentido del trabajo, y hay veces que el trabajo te dice: «Venga, déjalo, que no puedes más, vete con los

amigos...». Y de repente uno a sí mismo, sin que nadie se lo imponga, dice: «No, lo que tengo que hacer es esto, y luego disfrutaré doblemente con los amigos».

*** Podemos hablar de cómo ser disciplinado en un entorno que no lo es.**

Bueno, esto es porque hay una parte positiva de la disciplina, que es casi todo, y una parte negativa. Y esto lo digo con mucho cuidado porque si la entrevista la lee un joven va a decir: «Ah, ¿ves?». Pero no es más que contar el riesgo que he corrido con la disciplina, en un país como el nuestro en el que hablar de ella es casi pecado y se ve como anatema. Nos hemos cargado con el sambenito de que somos quijotescos y no nos damos cuenta de que precisamente Don Quijote es el hombre más disciplinado. Le podían dar una paliza de muerte y se volvía a subir al caballo dando un salto. Esa idea falsamente quijotesca del español viva la virgen, un poco frívola, eso de «¡Qué más da, si al final sale todo! ¡Si yo puedo aprobar estudiando el último día...!». Pues esta actitud que nos encanta llamar «muy nuestra», la hemos convertido en esencial, y es falsa; resta. Supongo que habrá interesado imponerla, cualquiera sabe quién puede estar detrás de este tipo de avalanchas ideológicas.

Cuando todo es disperso, puede suceder que alguien muy responsable se cargue con el trabajo de los demás y encima se convierta en el hazmerreír. En un caso como este, si no tienes entereza y mucho cuidado, puedes llegar a desanimarte.

*** Es cierto eso que dices. Es curioso porque la palabra «empollón» solo tiene una connotación negativa en castellano.**

Empollón. En el colegio a veces significa «tonto», aunque luego... ¡cuidado con él! Pero pueden llegar a hacértelo pasar mal. Si la norma es no ser disciplinado, el que lo es tiene que esconderlo, y a veces te encuentras en los colegios la situación esa de: «¿Tú has estudiado? ¿Yo? Nada». No vayas a decir que sí y te caiga el sambenito de empollón. Esto yo lo he vivido: «¿Qué tal el examen? ¡Horroroso!». No se me ocurría decir que había estudiado como un loco desde quince días antes. Cuando es un valor, tengo que ocultarlo, no vaya a llenarme de enemigos. ¡Así estamos!

Quien es trabajador, entre nosotros, tiene problemas y puede irse llenando de cargas y vivir en una situación de estrés. De hecho, hay estudios que demuestran que la gente muy seria, muy ordenada y muy disciplinada tiene

muchas papeletas para llegar a deprimirse, porque no puede llevar tantas maletas como le cargan. Moraleja: para no llegar a la depresión, sé más frívolo, dice algún «filósofo». Yo creo que no. Debemos saber lo que hay, asumir en serio nuestras responsabilidades y descargarse de lo superfluo.

A esto me refería con la contrapartida de la disciplina. En un país latino, claro. Porque en un país anglosajón te convierten enseguida en *Sir*. Y ellos, que se ponen un objetivo y lo cumplen, son capaces de vencer a la Armada Invencible teniendo menos barcos. Para ellos sí es un valor. Por eso repito que la disciplina es un acto en soledad que se contagia.

*** Y se incorpora al trabajo.**

Se incorpora al trabajo pero debe formar parte incluso del ocio, porque es una manera de ser.

*** Empieza por ser un abrigo y luego, como le pasa a tu padre, se convierte en una piel...**

Cuando a mi padre alguien le dice «¡Menudo, tú!», contesta: «Pero yo, ¿qué he hecho?». Porque ya no es capaz de separar de él mismo a esos valores que tiene. Mi padre me parece enormemente honesto. Y me digo: ¿tiene que ver la disciplina con la honestidad? Pues yo creo que sí, porque la disciplina, al ser un gran valor, solo se puede tener en un gran corazón. Por lo tanto, es muy probable que si eres disciplinado, seas honesto; si no, no admitirías que te complique la vida, que no te lleve por el camino más fácil. Un gran corazón alberga grandes valores. Esto es un pensamiento bíblico, ya ves todas las referencias que tengo. Ahora la cuestión es saber si se nace con un gran corazón, y yo creo que no, que hay muchas cosas que se *hacen* con la vida y es muy probable que un gran corazón también se haga con la vida.

*** Que se agrande haciendo el bien. Esto lo decía Aristóteles: para aplicar la mayoría de los talentos, primero tenemos el órgano y después lo usamos; primero tenemos los ojos y luego vemos. Para las virtudes es al revés: primero las practicamos y con la práctica nos hacemos virtuosos.**

Me ha gustado traer a esta conversación a mi padre, que es un icono de mi vida. Para mí ha sido un mentor: por su capacidad, su disciplina, toda su vida...

*** Tu padre te ha contagiado. Cuando te está pidiendo disciplina, él está por encima de lo que te está pidiendo. Me ha gustado mucho eso.**

Te exige por tu bien y ya sabe que tú no lo vas a entender. Estamos hablando de un gran valor, que alimenta a los valores de un corazón que quiere ser platónico, un corazón bueno. Estamos hablando de hacer el bien o hacer el mal... Porque puede ser negativa también.

*** La disciplina que no se usa para hacer el bien, quieres decir. Una disciplina irreflexiva, por ejemplo, la de un extremista...**

Bueno, e incluso ahí tal vez alguien te ha convencido de que esa causa es noble.

*** Está bien visto eso. La realidad es compleja.**

Claro. La disciplina es como un arma que no sabe al servicio de quién está ni tiene por qué saberlo. La espada sirve para defenderse o para cercenar cabezas de inocentes, y ella no lo sabe. Ahí habría un contraste con el corazón noble. Pero para meterse por ese camino hace falta un filósofo...

*** Nos llevaría al problema del mal.**

A lo justo y lo injusto. Platón dice en *La República* que el poder es la capacidad del fuerte para conseguir el bien del débil. En la práctica, el poder es el beneficio a cualquier precio y el fin justifica los medios. Se trata de que conformemos una teoría en la que al mal, que se ve tan esplendoroso y tan grande, le pongamos el cartel que se merece, y al bien, que es tan chiquitito y que tiene menos galas, le convirtamos en un gran tesoro. Los grandes tesoros son piedras muy pequeñas, y lo otro es quizá alucinación porque al final no sirve para nada. Cuando uno es capaz de definir, en su república particular, lo que es la bondad, la generosidad, la entrega, el ponerse en la piel del otro, que es un ejercicio de humildad excepcional, ahí ya es más fácil que los valores que sirven de acicate a tu estructura te hagan una persona mejor. Porque seguramente un *pirata informático* que produce un *crack* en la Bolsa es también una persona muy disciplinada.

*** Es que la disciplina no va sola. Tiene que ir con la reflexión, con la libertad, con los valores buenos...**

Tiene que ir con los valores positivos en el sentido de que sirven para que uno encuentre placer en hacer el bien al prójimo. Cuando se tiene eso, todo lo demás cae solo, pero conseguirlo... Ser bueno es la tarea de una vida.

*** Sí, construir un buen carácter es la tarea de la vida. Y es algo abierto hasta el último día.**

Yo he estado a punto de tirar la toalla muchas veces. No me gustaría que nadie pensara de mí al leer esto que soy un hombre bueno. ¡Si hay hasta quién me llama *Carmalo*! De momento, me conformo con luchar por seguir ese camino.

Y en esta línea me gustaría contar una cosa muy curiosa que está haciendo mi padre. Está arreglando él solo todos los caminos del pueblo. Los antiguos caminos por los que pasaban los tractores han sido arañados por los vecinos que tienen tierras colindantes, y los han dejado en nada. A él esto le parece muy doloroso. Y entonces, contrata una máquina para ensancharlos y que se pueda volver a pasar, para que vuelvan a ser lo que eran. Más de una vez le han querido pegar. Yo creo que esto tiene que ver con la disciplina, porque mi padre considera que hace lo justo, y no puede tirar la toalla aunque le cueste un disgusto con quien lleva años apoderándose del camino y considerando que es suyo algo que es de todos. Cuando un hombre justo se enfrenta con algo que no tiene explicación, sigue adelante. Aunque, ¡cuidado! También hace falta disciplina para no sentirse dueño del orden mundial, no vaya a ser que nos creamos con el derecho a decidir sobre la libertad de los demás. Pongo este ejemplo solo para ilustrar lo que hace un hombre que yo considero la exégesis de lo justo.

Otra cosa que hace mi padre es acudir a ayudar en los entierros. Yo le digo: padre, vas a coger una depresión. Pero él siente que tiene que echar una mano y allá va, sea la hora que sea. Al principio, yo pensaba que se estaba volviendo tarumba, pero ahora comprendo que tiene que ver con este sentido del deber que se ha convertido en una parte de él, por ósmosis. Todo lo hace de forma generosa. Seguramente habría aparecido alguien que ayudara, pero es que siempre es él. Y así es feliz y duerme a pierna suelta más de ocho horas. Siempre he sabido que su gran valor era la disciplina.

*** La disciplina de salir de ti mismo, de tus egoísmos y tus neuras. La generosidad y la justicia se mantienen fuertes gracias a ella. Verdaderamente es un gran ejemplo.**

La disciplina implica en primer lugar un objetivo, no es simple encono, tienes que saber para qué la usas. Una vez que conoces el objetivo y adónde quieres ir con él, pones en juego la disciplina y todos sus aspectos: el trabajo, el orden. Disciplina y orden son vías que llevan a la misma estación y por las que va el mismo tren. Estructuras el trabajo, no lo haces de cualquier manera, sabes que tienes que conseguir algo paso a paso... El orden es una exigencia de la disciplina.

*** Y tener un objetivo también es un elemento clave de la disciplina.**

El actor siempre trabaja con un objetivo para hacer un personaje. En primer lugar, un superobjetivo que es el del autor. ¿Adónde va la obra? ¿Qué quiso decir el autor con este personaje? Pues allí voy yo. En segundo lugar, el superobjetivo del mismo actor, que tiene otras razones que el autor. A partir de sí mismo, el actor desarrolla nuevas visiones que el autor no tenía, y su proceso creador va a aportar algo: la interpretación.

Interpretación quiere decir precisamente esto: visión. El actor asimila una realidad que estaba ya escrita y le da un valor mayor con su visión de la realidad. Y cada fase de evolución del proceso tiene también su objetivo, de manera que cuando el personaje dice, por ejemplo: «Quiero este mechero», pues eso probablemente tenga mucho que ver con lo que va a pasar al final. Si el actor no lo ve así, no puede crear el personaje porque cada instante está relacionado con el objetivo final. Podemos decir que todo el proceso del trabajo del actor es visionario porque ves todo desde lejos, como un pequeño dios, en un conocimiento que se llama «visualización». Cuando tienes planteado el objetivo, sabes que todos los vericuetos y contradicciones del personaje son para justificar la acción. Fíjate tú si para eso es necesario que un actor tenga disciplina. Sin ella, los mil pasos que hay que dar en la cadena hasta llegar al final se romperían, porque es como un engranaje. Aquí la tentación es ir a lo conocido, a lo que sabes que funciona, o al tópico de que se ha hecho siempre así. «Lo escribió Chéjov y es su problema». Bueno, pues te metes en su problema, para poder hacer más grande el tuyo propio y más grande su resolución. Se va poniendo cada pequeño granito, uno a uno, y tú vas buscándolos siendo muy reflexivo. Un actor tiene que ser, de forma intrínseca, disciplinado, y eso constituye el talento: la capacidad de entrar en un señor que es como tú pero no es como tú.

Bueno, dime si esto te sirve para algo.

*** Pues, ¡claro que me sirve!, porque lo que has descrito es EDUCAR. Palabra por palabra. Yo creo que es una de las mejores definiciones de educación que he oído en mi vida. Cada paso de la educación tiene su significado y su objetivo. Y para educar bien, debes tener un objetivo determinado: no que tu hijo sea médico, sino que sea una persona cabal. Y ahí va cada pequeño paso. Por eso los pequeños objetivos de cada día —que no coma demasiadas chucherías, por ejemplo— tienen un porqué y tú lo conoces porque tienes una visión global, visualizas qué quieres para tu hijo. Y debes ser muy reflexivo. Es exactamente como lo has dicho. Todo, todo es extrapolable a la educación.**

Sí. La educación es un proceso creativo también, y para ella hace falta talento.

Además, se educa en lo pequeño, en el día a día, en el «venga, otro paso más, sigue, está bien...». Como poniendo las piezas de un puzle. Le das a tu hijo el paraguas de los valores y le dejas andar.

Voy a contar una cosa que me gusta mucho de mi hija. Yo sabía que el tema de la disciplina iba a ser una lucha, porque, ¿cómo se le hace entender a un niño que debe hacer lo que no quiere hacer? La actitud de rechazo hacia lo que es obligatorio en un momento dado es lógica y natural. Sin embargo, para mí, el sentido de que *lo que tiene que hacer, lo tiene que hacer*, y que esa es su aportación a la convivencia, era prioritario a la hora de educarla. Si ella puede hacer la cama, la debe hacer, por ejemplo. Aunque los niños «van al dulce», como dice Shakespeare, yo veo que ahora mi hija ya tiene puesta la semilla. El otro día le dije: «Te voy a comprar unas botitas de chica». Y ella me contestó: «Papá, esas botas te van a costar mucho». Me gustó su gesto, porque ella quería las botas, evidentemente, pero tenía en la cabeza también lo que podían significar para mí.

*** Veía la realidad desde otro punto de vista, no solo desde el suyo.**

¡Ya está! Lo que no es bueno es que crea que unas botas nuevas son un derecho que tiene por haber nacido. En realidad, por haber nacido solo tenemos obligaciones y los derechos nos los otorga alguien porque nos quiere. Y hay que comprender que uno debe ganárselos. Eso es la disciplina.

*** Sí. Los vínculos con otras personas son obligaciones. Estamos obligados a tener en cuenta a los demás.**

Recuerdo a una vecina que me veía preocupado pensando: ¿Cómo la educo? Y me dijo: Tú quiérela.

*** ¡Pero quiérela bien! Quiérela con objetivo, con sentido común. Quiérela para que tenga buena salud, aunque tengas que obligarla a comer fruta; quiérela feliz, aunque de momento te cueste ponerle normas y límites. Esos son los superobjetivos que tú decías antes.**

Y también educa en la disciplina algo tan simple como el *ahora no toca*. En eso consiste forjar un carácter: en reconocer que las cosas no tienen una consecución inmediata. Estamos traicionando la naturaleza de la educación misma si colaboramos con los hijos en la transgresión. Nuestros hijos tienen que transgredir, pero ellos solos, con el clásico «que no se enteren los mayores». La transgresión no es el papel de los padres.

*** El papel de los padres es mostrar dónde están «las paredes».**

E incluso poder atravesarlas y no hacerlo sencillamente porque no se debe, porque *no toca*. Es triste ver a chavales de catorce años a los que sus propios padres les dan la posibilidad de hacer botellón para que no vayan a estar «fuera de la corriente». La disciplina, en cuanto a las normas que se ponen en casa, debe servir aunque no se entienda, porque se entenderá más adelante. Debemos proporcionarles los medios para que, el día que les rechaza la chica que más querían, por ejemplo, se pasen una tarde llorando pero luego sean capaces de hacer una reflexión sobre su vida y seguir adelante.

*** Ya lo hemos dicho antes. Para que la disciplina sea una piel, como tú decías al hablar de tu padre, primero tiene que ser una chaqueta que les ayudes a ponerse.**

Estoy diciendo cosas de Perogrullo, me parece.

*** Es que educar bien es de Perogrullo. De puro sentido común. Es el «quírela» que te decía la vecina.**

Está bien.

*** Quería preguntarte en qué momentos has tenido tú que echar mano de la disciplina para sobrevivir.**

Toda la vida. Pero cuando yo dije en casa: «Quiero ser actor», ya tenía hecha la forja de la disciplina. Para ser actor necesitas un gran conocimiento del ser humano y a la vez que eso no te llegue a torturar. Tienes que hacer otros «yo» con tu propio «yo» y eso suena un poco a esquizofrenia. Si todavía te estás haciendo, puede llegar a convertirse en un problema para ti. Por eso yo digo que no hay prisa. De hecho en la escuela de Arte Dramático no te dejan empezar antes del Bachillerato porque hace falta estar armado. Y es que se trabaja con un material delicado: la memoria sensorial, los recuerdos de la infancia, muchos de los cuales has borrado porque te hacían daño. Y el actor tiene que traerlos de nuevo y aplicarlos. La emoción se produce porque sabes *hacerla*, pero hasta que consigues esa «gimnasia» tienes que emplear aquello que tú sabes que te abre los poros: los recuerdos de tu infancia, la mirada de tu madre... Sin la memoria sensorial la emoción no viene. Un ejemplo de la vida cotidiana: si tú tienes un pequeño accidente en la calle y te entra una llorera, es evidente que lloras penas de toda tu vida. Y eso el actor lo tiene que saber. El llanto, el grito, son el resultado de algo que no es fácilmente definible. Cuando el Coriolano de Shakespeare llora delante de su madre, aunque el entorno nos muestre una situación, quien comprenda el personaje sabe que está llorando por todo su pasado.

Cuando yo llegué a Madrid estaba muy acongojado por mi educación, que era la que era, y estaba un poco perdido. Al subir al escenario, todo ese ser pequeño y miserable que yo creía que era, se disipaba y me convertía en un ser gigantesco. Me decían que se notaba que estaba allí mejor. Y todavía hoy, muchas veces, lo que sucede en escena me parece mejor que la realidad. Hay gente que lo considera una paranoia porque la ficción es solo ficción.

*** Desde el momento en que tu Coriolano llora con recuerdos de tu propia vida ya no es tanta ficción...**

Si interpreto a un marino enamorado del mar, soy feliz cuando el plano toma vida, porque empiezo a soñar con un personaje cuyos sueños son mejores que los míos. Estoy en la piel de alguien a quien admiro. Es una situación que no es real, pero es más importante que la realidad. No es fácil de explicar...

*** Esa realidad, mientras el actor actúa, mientras «es» un marino, es real, aunque sean solo treinta segundos de realidad...**

Es realidad en otro plano, sí, como lo son también los sueños.

Nos faltaría hablar sobre la disciplina del cuerpo. Nuestro cuerpo es lo más frágil que tenemos y está sometido a demasiada violencia. Sobre todo estamos acostumbrando a los niños a una visión de la violencia que les queda impresa y que sale a largo plazo. En una sociedad enferma como la nuestra, en la que la violencia es como un cáncer, está claro que hay cosas que prohibir. No podemos educar a los niños con esas imágenes violentas que, por un lado, queremos ver y, por otro, sabemos que nos hacen daño. Algunos programas de televisión y videojuegos tienen que pasar a formar parte de las cosas que *no toca* hacer. La disciplina tiene que entrar ahí también: no hago lo que sé que me va a hacer daño.

*** Y quien dice la violencia, dice el cuarto «chupito» en el botellón, o la droga... No tocan porque es a mí a quien van a hacer daño, soy yo quien está en juego. Y yo soy importante para mí mismo. La disciplina también enseña que respetar mi cuerpo es respetar mi yo.**

El cuerpo te va a gritar. Eso es lo que siempre se ha llamado la tentación, que también es bíblico. La fortaleza de espíritu de los grandes pensadores religiosos es la capacidad de resistir una tentación. Esa es para mí la gran definición de la disciplina: soy todo lo que he sido capaz de resistir. No eres lo que has elegido, sino a lo que te has negado. Esa capacidad de negarte es tu libertad, tu fortaleza y tu garantía, y lo que te permite también en un momento dado ser transgresor de tu propia disciplina, para que ni ella misma sea más fuerte que tú.

Una tentación se vence en el mismo momento en que das un paso contra ella; como se va la pereza del calor en cuanto sales a la lluvia. La tentación no es como una niebla que persiste. Una vez que tienes la mecánica de luchar contra lo que se opone a tu disciplina, sabes ya perfectamente la fuerza que tienes. Mi padre dice: «Bueno, eso parece difícil hasta que te pones».

*** Además, crea precedente. Sabes que lo puedes hacer porque ya lo has hecho antes.**

Lo has hecho una vez y mil. Se convierte en una gimnasia. La gente del deporte sabe mucho de esto.

*** Pues por eso no quería yo hablar de disciplina con la gente del deporte, porque es muy obvio.**

Desde luego, el actor es disciplina por encima de todo lo demás. Y no es que haya que estar en un rodaje a las dos de la mañana. La disciplina de verdad es la que nadie te impone, la que empleas cuando no estás trabajando, la de las clases de voz y de canto... Tú sabes que tienes que estar ahí, no puedes dejarte, no puedes decir: «Yo ya no estudio más, me voy a dedicar a vivir...». ¡Pero si yo muero si no hago esto! Tengo que seguir y luchar contra todas las ideas negativas. Tengo que llegar al rodaje con todo preparado y haberlo hecho solo: la actitud del personaje, los objetivos del autor, los estados de ánimo, las emociones, la entonación... Si no tienes un sentido de la disciplina no lo haces porque se te ocurren mil pretextos. Hace falta mucha más disciplina que la que tiene un gimnasta al que le está esperando el entrenador. La disciplina es la capacidad que tiene cada uno de vencerse a sí mismo. Bueno, ¡me parece que precisamente fue así como empezamos la conversación!

*** Carmelo, tal vez fue así como empezamos, pero hemos aprendido muchísimo en el camino.**

Disciplina, del latín *discere*, aprender (fem. Sing.): Brújula para orientarse en los límites del mundo, piedra angular sobre la que edificar el carácter, batería que permite funcionar a las demás virtudes, elemento clave de la libertad... ¡Quién lo hubiera dicho!

Es imprescindible limpiarla de las telarañas que la cubrieron durante años y años de malentendidos. Sin ella no se puede crecer. Nos permite contar con médicos y abogados, pero es imprescindible también —ya lo hemos visto— para los artistas que embellecen nuestra vida. Permitirá a nuestros hijos sentirse seguros y libres, sacar partido a todas sus cualidades innatas, ver las cosas desde el punto de vista de los demás y construir una vida con sentido.

Se enseña estableciendo normas sencillas y claras que lleguen a convertirse, con calma y tiempo, en parte de la propia piel. Y se contagia.

Siguiendo la maravillosa intuición de Carmelo —«somos aquello a lo que nos hemos negado»— voy a volver a enlazarla con la libertad empleando casi las mismas palabras pero esta vez con la voz milenaria de Duns Scoto: «La libertad humana consiste en la posibilidad de resistir las exigencias del deseo por una parte y los dictados de la razón por otra».

Contra el hedonismo ambiental, que identifica el ocio con el consumo, un joven disciplinado puede sentirse libre para decir no. Contra el racionalismo duro y frío, alguien habituado a potenciar los valores sabrá llenar su vida de cosas que no sean estrictamente razonables. Creerá, por ejemplo, en el poder del amor. Y seguramente sabrá hacer, como el padre de Carmelo, «más anchos sus caminos».

* Apuntes

Carmelo Gómez Celada (Sahagún de Campos, León 1962), estudió en la Escuela de Arte Dramático de Salamanca, de la que pasó enseguida a la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Su debut cinematográfico se produjo en 1986, en la película de Fernando Fernán Gómez, *El viaje a ninguna parte*; en 1992 Julio Medem le ofreció el papel protagonista de su opera prima, *Vacas*. Con este director actuó también en *Tierra* y *La ardilla roja*. Por su papel en *Tierra* obtuvo el premio Fotogramas de Plata.

En 1994 protagonizó *Días contados*, de Imanol Uribe, un papel por el que obtuvo el Goya al mejor actor, el premio Fotogramas de Plata, el premio Ondas y el premio de la Unión de Actores.

Ha trabajado en películas inolvidables, como: *El perro del hortelano* y *Tu nombre envenena mis sueños*, ambas de Pilar Miró, por las que obtuvo de nuevo el Fotogramas de Plata y el premio de la Unión de Actores; *Canción de cuna*, de José Luis Garci, *El portero*, *El detective y la muerte* y *Oviedo Express*, de Gonzalo Suárez; *El Método*, por la que obtuvo el premio Goya al mejor actor de reparto; *Territorio Comanche*, *Nos miran*, *Entre las piernas*, *La noche de los girasoles* o *Secretos del corazón*, que fue candidata al Óscar a la mejor película extranjera.

En teatro ha representado *A puerta cerrada*, *El sueño de una noche de verano*, *El caballero de Olmedo*, *La malquerida*, *Lope de Aguirre traidor*, *La gata sobre el tejado de zinc caliente* y *La cena*. En televisión fue el inolvidable Magistral de *La Regenta*, dirigida por Fernando Méndez Leite.

En 1995 fue galardonado con el Premio Nacional de Cinematografía.

E de esfuerzo



Nicolás Fernández Guisado

habla sobre el esfuerzo en la escuela

«Uno de los grandes errores ha sido devaluar el sentido del esfuerzo que cada alumno debe hacer por sí mismo, por su trabajo, por su vida. Nosotros tenemos la obligación de proporcionar a los niños y jóvenes un sistema educativo excelente y ellos tienen la obligación de aprovecharlo».

«Si un niño hace en casa lo que le viene en gana, se convertirá en un ser despótico, y al encontrarse luego en la sociedad con una resistencia a la que no está acostumbrado no sabrá vencer las dificultades y terminará por no ser útil ni a sí mismo ni a la sociedad. Los árboles se disciplinan mutuamente en el bosque al buscar el aire que les es necesario para crecer, y van por encima de sí, derechos hacia lo alto, hacia donde no hay obstáculo alguno. Pero un árbol en pleno campo, que no está limitado por ningún otro, crece siempre torcido. Lo mismo pasa con el hombre. Si no encuentra disciplina pronto, será siempre un árbol achaparrado».

Son palabras de un profesor, Emmanuel Kant. Evidentemente, los árboles son nuestros hijos. El bosque es el hogar, claro, pero también es el colegio. Por eso debemos continuar, ahora en el ámbito escolar, el viaje por el planeta de la disciplina que comenzamos en el capítulo anterior.

Vamos a hablar del esfuerzo en el trabajo escolar con Nicolás Fernández Guisado, presidente nacional del sindicato de profesores ANPE. También esbozaremos con él un panorama del sistema educativo español y sabremos qué debemos exigir como ciudadanos a los responsables del mismo.

Nicolás representa en estos momentos a cincuenta y ocho mil profesores y acaba de ser elegido por el periódico El Mundo como uno de los quinientos españoles más influyentes y uno de los veinticinco más importantes en el campo de la educación. Es miembro del Consejo Escolar del Estado y conoce como nadie las luces y las sombras de nuestro sistema educativo. Pero es que además... ¡es mi jefe! Yo también trabajo en ANPE. Formo parte de su equipo. Por eso me parecía que encontrar un hueco para entrevistarle era la

cosa más fácil del mundo. Había tiempo, en cualquier momento nos pondríamos a charlar... Estuvimos a punto de hacer realidad el viejo refrán de la casa del herrero y el cuchillo de palo, pero lo conseguimos y merece la pena el resultado.

*** ¿Qué importancia tiene la educación que se recibe en la escuela en la vida de una persona?**

La experiencia nos dice a todos que la educación escolar marca la vida. La educación no es solo una ventana abierta al mundo; proporciona libertad para conocer el talento propio de cada uno, desarrollarlo y llevarlo a su plenitud. Y, desde luego, para hacer ciudadanos mejor preparados y, sobre todo, más libres.

Para cualquier niño es fundamental ser educado junto a otros niños. El colegio es un proceso de convivencia con los iguales y de reconocimiento al mismo tiempo de la autoridad del profesor. Sirve de ensayo para la vida en sociedad. Un buen clima de convivencia es, por tanto, la primera premisa para desarrollar el proceso de aprendizaje.

A partir de ahí, una escuela bien diseñada debe ofrecer al alumno la oportunidad de superar las dificultades que pueda tener por sus aptitudes, sus aspiraciones o las circunstancias familiares y sociales en que haya nacido. Y a cambio, debe exigirle un esfuerzo por poner en juego lo mejor de sí mismo. No olvidemos que, en última instancia, la educación es la herramienta más poderosa que tienen en sus manos los gobiernos para conseguir mayores cuotas de bienestar y progreso de sus ciudadanos.

*** ¿Y nuestro sistema educativo cumple con todas esas expectativas?**

La verdad es que, en los últimos años, el sistema educativo español ha rebajado esta cultura del esfuerzo y del rigor, y ha mandado a nuestros jóvenes un mensaje peligroso: «Hagas lo que hagas el resultado será el mismo». Con esto, solo hemos conseguido desmoralizar al alumno estudioso, el gran olvidado. Al alumno sin interés, las leyes de educación le han dejado abierto el paso, lo que no ha evitado, paradójicamente, el fracaso escolar. La figura del profesor que debe abrir las ventanas al conocimiento a partir de la seriedad y el rigor ha perdido en parte su sentido y debe recuperarlo.

*** Vamos a hablar un poco entonces del esfuerzo, pero siendo muy concretos. Por ejemplo, ¿qué aportan los deberes escolares a un alumno de Primaria? Quiero decir, ¿por qué hay que hacer deberes?**

Los deberes constituyen un refuerzo de lo aprendido en el aula. Son como pequeños ensayos del trabajo autónomo y del aprendizaje a partir de los propios recursos que debemos encontrar al final de un buen proceso educativo. En su justa medida, ayudan a los niños a adquirir hábitos importantísimos: el trabajo, la disciplina, la reflexión, la concentración y el silencio. Su propio nombre indica el valor fundamental que proponen: son algo *que hay que hacer*. Mostrar a los niños que existen cosas que *hay que hacer* forma parte de las claves del proceso educativo integral.

*** Pero los alumnos más pequeños deben dedicar su tiempo libre a jugar o a actividades extraescolares y no al estudio, que complica mucho la organización de la casa. ¿No sería mejor que hubiese una hora al día en el colegio para poder estudiar?**

A lo mejor sería factible con una mejor racionalización de la jornada escolar, en el marco de un horario no lectivo de tarde, en el que se ofertase a los alumnos tiempo de estudio y actividades extraescolares. Seguramente, vamos a eso, puesto que estamos entendiendo «conciliación entre vida laboral y familiar» como «apertura de sol a sol para los colegios». Pero no está tan claro que sea conveniente, salvo para quienes tengan graves dificultades familiares. El hábito de trabajo en casa da lugar a situaciones de gran valor educativo: «En cuanto acaben los dibujos animados y termine la merienda, apago la tele y me pongo a estudiar», «no puedo jugar con la *play-station* los días laborables», «mis padres están al tanto de mis progresos diarios, o de mis dificultades, y los comparten conmigo...», por ejemplo. Son momentos de aprendizaje muy importantes y se hacen en casa, conectan el hogar con el colegio, y para un niño esta conexión es importante.

*** ¿No tienen algunas veces los niños demasiadas cosas que hacer?**

A veces, sí. Por eso es importante incidir en el diálogo entre familia y escuela. Si un niño está saturado, estresado o tiene dificultades por las circunstancias familiares, hay que decírselo a su profesor. De todas maneras, muchas veces la sobrecarga de un niño proviene de las expectativas de su familia que diseñan demasiadas actividades para un niño «músico-deportista-de-elite-

pintor-y políglota»... Hay que reflexionar y priorizar la actividad más importante, que debe ser la académica, y evitar imponer a los niños un horario laboral casi idéntico al de sus padres.

*** Un alumno que llegue a la Secundaria sin haber adquirido el hábito de estudiar, ¿está preparado para lo que se le exige?**

Evidentemente, no. Con el avance del proceso educativo y formativo, va aumentando la necesidad de autonomía en el aprendizaje, de investigación propia, de estudio serio al cual hay que dedicarle tiempo. Son actitudes que dependen directamente de los hábitos de trabajo ya adquiridos, y esos hábitos hay que conseguirlos día a día, de manera continuada. En ello han de tener una implicación directa los padres: en la adquisición de los hábitos de sueño, de alimentación, de juego... Nunca es tarde para adquirir una buena actitud, eso está claro, pero todos sabemos que si no se tienen hábitos, todo cuesta mucho más. Si un joven no ha hecho deporte en su vida, es muy difícil que a una edad adulta sienta atracción por ejercitarse en la práctica deportiva.

*** Exigir a los hijos que se esfuercen en sus tareas escolares, ¿no puede producir el efecto contrario a lo que se pretende?**

Es verdad que unas tareas exageradas en dificultad o en el tiempo que se les dedica, pueden producir un efecto contrario al deseado. Como profesor, considero fundamental que el alumno vea recompensado su esfuerzo con el orgullo de *haber hecho los deberes*, o de *saberse la lección*. Por eso es importante que los padres sepan mantener un equilibrio entre estar interesados por las tareas de sus hijos, ayudarles si lo solicitan y respetar su propia autonomía.

*** Así que también hay deberes para los padres...**

Desde luego, el interés de los padres por el estudio se transmite a los hijos. Si nos piden que les preguntemos la lección, no debería haber para nosotros, durante esos cinco minutos, nada más importante. Si los vemos cansados por la dificultad, debemos animarles a seguir después de un pequeño descanso y valorar muchísimo que lo consigan. Y si las tareas llegan a ser insuperables, se impone el diálogo con el profesor, que debe estar informado por la familia de cualquier dificultad o problema.

En la ESO y el Bachillerato hay que tomar ya muy en serio el esfuerzo que requiere el estudio, hay que poner en práctica los buenos hábitos

adquiridos y hay que ir aprendiendo a organizarse. La tarea debe tomarse como lo que es: a la vez un reto para el presente y un ensayo para el futuro. Para un adolescente es importante ir aprendiendo a organizarse, a tomar sus propias decisiones, por ejemplo, un fin de semana en el que sean compatibles los amigos, el deporte, el ocio y el estudio. Tomando el esfuerzo en el estudio como parte de su educación conseguiremos que aprecien el trabajo autónomo que es, en realidad, el objetivo final de todo el proceso.

Por eso me parece muy importante ayudar a nuestros hijos a conocer sus capacidades y sus habilidades: si tienen facilidad para la memorización o si son más reflexivos, si tienen mejores aptitudes para unas asignaturas que para otras... Los padres deben ser los primeros orientadores, desde el conocimiento de sus hijos, en la ayuda a la elección de los estudios superiores, aunque sin caer en la imposición de una determinada elección en función de los gustos y deseos de los propios padres. Es muy frecuente influir en los hijos para que estudien lo que estudiaron los padres o inclusive que hagan la carrera que no pudieron hacer sus padres, y eso es un error si va contra las motivaciones de los hijos para dirigirse a otras opciones profesionales.

Por supuesto, estamos obligados a favorecer un ambiente de estudio. Quiero decir algo tan elemental como que, si no se puede proporcionar al hijo una habitación propia y tiene que estudiar en el cuarto de estar o en la cocina, no estará puesta la tele mientras él estudie.

*** ¿Y cuando los padres no estamos?**

Pues la ausencia frecuente de los padres es, en estos momentos, la mayor carencia educativa. Muchos de los problemas de los jóvenes provienen de esta ausencia de los padres, que no es privativa de los ambientes socialmente desfavorables, como pudiera pensarse.

Y junto a la ausencia y la falta de implicación —y muchas veces al mismo tiempo—, la excesiva sobreprotección, la desaparición de conceptos como *responsabilidad* y *disciplina*, que implican un esfuerzo por parte de los mismos padres para ser puestas en práctica, la disminución del tiempo de convivencia familiar, son circunstancias educativamente deformadoras, y son reales. Los profesores sabemos que, en la vida de muchos de nuestros alumnos, la ausencia de los padres no está cubierta por nadie, que la palabra «no» solo la escuchan en la escuela.

*** ¿Cómo se motiva a los hijos para esforzarse en las tareas escolares?**

Existe una motivación que responde a la necesidad de sentirse competente, de hacer las cosas con gusto y hacerlas bien, y es la que debe desarrollarse preferentemente por medio de la educación. La mayoría de nosotros, cuando atendemos a los hijos, tenemos en cuenta fundamentalmente sus necesidades fisiológicas, las de seguridad y las afectivas. Pocos prestan atención a la necesidad de respeto y de reconocimiento que tienen nuestros hijos. Sin embargo, estas necesidades de crecimiento personal, cuando son satisfechas, desarrollan todas las potencialidades del ser humano. Un factor educativo fundamental es la importancia del logro. Que nuestro hijo sea capaz de lograr algo por sí mismo —desde aguantar en la consulta del médico hasta aprobar una asignatura difícil— debe obtener el premio de nuestro reconocimiento, de nuestra satisfacción y de la suya propia. Muchas veces nos confundimos y creemos que nuestros hijos necesitan un premio material. Pero decirles: «Estoy muy orgulloso de ti» también es un premio.

* ¿Y en cuanto al hábito de la lectura?

Es difícil responder. Cada vez resulta más difícil transmitir el hábito lector porque hay una poderosa atracción hacia el mundo audiovisual que resulta muy impactante. Para empezar, es bueno que en casa haya libros y un ambiente propicio. Es bueno que, desde el principio de la vida, se asocie un buen rato a un libro o a un cuento leído por la noche. Pero los requisitos son algo más complejos. Para leer hace falta estar solo, tranquilo, a lo mejor aburrido de jugar... Nuestros hijos y alumnos están rodeados de imágenes, de música, de ruido. Puede que este sea uno de los factores que están haciendo daño a la lectura. Pero la afición y el hábito por la lectura nacen en el propio hogar. Los niños imitan a los padres: si los padres tienen hábitos de lectura, los hijos adquirirán estos hábitos, desde la prensa a la literatura.

Lo que sí es imprescindible es que el libro te atrape. Es totalmente contraproducente obligar a leer, castigar con leer o imponer un libro. Sin motivación no se puede poner interés en algo. Existen los grandes clásicos juveniles... Pero también Tintín, Astérix o Mortadelo son «culpables» de grandes aficiones a la lectura.

Las leyes de Educación reconocen esta necesidad de leer y potencian el número de horas dedicadas a la lectura en la escuela. Para los padres, hay recursos como la visita frecuente a la Biblioteca municipal, comprar libros con sus hijos o regalarles libros...

Los alumnos a los que les gusta leer, no solo no tienen problemas académicos sino que suelen ser los alumnos con mejores resultados en sus

estudios.

*** ¿El esfuerzo en las tareas escolares sirve, entonces, para educar la voluntad?**

Todo lo que se refiere a la educación va al fondo, a la persona, a su proyecto. Nada de lo que sucede en el proceso educativo de un niño queda en la superficie. Todo cala. El conocimiento y la voluntad se van reforzando uno al otro, como sucede con el resto de los valores. Esta es la grandeza y la responsabilidad de educar.

*** Me gustaría hablar un poco sobre la autoridad de los profesores.**

Los profesores hemos perdido autoridad, como también la han perdido los propios padres, de esto no cabe ninguna duda. Lo notamos cuando debemos controlar situaciones conflictivas y tenemos que establecer límites, pero también en la dimensión *académica*: las decisiones sobre los aprobados y suspensos, por ejemplo, ya casi cualquiera las puede cuestionar.

*** ¿Por qué se ha perdido esta autoridad?**

Las causas están relacionadas. Algunas se refieren a la educación en la familia, y otras van asociadas a nuestro modo de vida. Sin duda influyen el *relativismo ambiental* y la pérdida de valores. Por ejemplo, nos estamos acostumbrando a consentir e incluso a premiar actitudes de inadaptación y violencia; establecemos una separación, completamente artificial, entre los actos y sus consecuencias, o entre los derechos y los deberes. También tienen responsabilidad, una vez más, las leyes de Educación. Como decíamos antes, las sucesivas reformas educativas han rebajado la exigencia y el esfuerzo en el aprendizaje, han degradado el mérito y la excelencia. El modelo de educación comprensiva ha propiciado a veces la búsqueda de un igualitarismo ramplón y escasamente motivador. Una de las consecuencias de este mal diseño de nuestro sistema educativo es la elevadísima tasa de fracaso escolar, que incide directamente en la conflictividad de las aulas.

Reconocer la autoridad es, fundamentalmente, una cuestión de sentido común. Que los actos tienen consecuencias es casi un principio natural. Y ello no tiene nada que ver con el castigo ni con la represión en el sentido dictatorial. La vida en sociedad exige reprimir ciertas conductas, es decir, abstenerse de ejecutarlas cuando atentan contra los derechos de los demás. Por ejemplo, el que quiere saltarse un semáforo en rojo a cien por hora tiene

que reprimir las ganas. Y tiene que existir la sanción a las infracciones en todos los ámbitos, eso sí, proporcionada, adecuada a la naturaleza de las faltas cometidas, para enseñar a nuestros alumnos los fundamentos de la justicia. Cualquier acto humano conlleva sus consecuencias, por eso no todos tienen la misma finalidad ni el mismo valor. Por supuesto que acosar a un compañero de clase debe tener consecuencias para quien lo hace, tiene que comprender que eso está mal y no se puede tolerar.

En este tema de la autoridad, del profesor o de los padres, que también la han perdido, hay que saber encontrar un poco de equilibrio, después de tanto movimiento pendular entre el «nada vale» y el «vale todo». *Autoridad* quiere decir «hacer crecer». En el hecho educativo hay distintos niveles de responsabilidad, y por eso el que tiene mayor responsabilidad tiene que decir la última palabra. Y ese alguien es el padre o la madre en casa, y en el colegio o el instituto es el profesor.

En ANPE demandamos que se considere al profesor como autoridad, precisamente porque tiene responsabilidades muy serias. En cualquier caso, la sociedad entera debe reconocer que la autoridad del profesor y la actitud disciplinada de los alumnos, en un clima de respeto mutuo y confianza, son esenciales. Desde casa hay que enseñar a respetar y a valorar la labor de los maestros y profesores.

*** En otro orden de cosas, ¿qué significan los resultados de los informes PISA? ¿Por qué son tan bajos en nuestro país?**

Los bajos resultados de los alumnos españoles en los informes internacionales afectan a todos los tipos de escuela, ya sean públicas o privadas. Los resultados de los informes PISA en España reflejan unas leyes educativas mal diseñadas y una inversión en educación por debajo del nivel que nos correspondería. Cambiar la situación, devolver el sentido común a la enseñanza, preparar bien a los profesores y dejarles luego trabajar debe ser a partir de ahora la prioridad. Claro que, para ello, habrá que separar la educación de la refriega política. Esta es posiblemente una exigencia de todos los ciudadanos responsables. Para mejorar las cosas, en la Enseñanza Primaria tenemos que profundizar en las materias instrumentales, la Lengua y las Matemáticas, que fundamentan el aprendizaje. En la Enseñanza Secundaria, nuestros fallos provienen de los cimientos, que no están bien puestos desde los primeros años de escolarización en Infantil y Primaria. Pero también de que se obliga a todos los alumnos a repetir los mismos esquemas. Este «todos

a la vez» es una forma de autoengaño. Mantener en el mismo nivel a todos los alumnos y todos los colegios implica inevitablemente bajar los niveles.

Todos los niños no tienen las mismas capacidades, habilidades, aptitudes e interés por el aprendizaje. Hay alumnos que aprenden muy rápido unas cosas y otras no; otros se mueven a diferentes ritmos en diferentes disciplinas; algunos necesitan apoyos externos y otros necesitan más nivel del que tienen en clase. Solo cuando la escuela es excelente y consigue de cada alumno el máximo de sus capacidades, es un verdadero factor de igualdad. Si las deficiencias de la escuela hay que compensarlas con actividades extraescolares, el mismo sistema discrimina a quienes no las puedan pagar. El verdadero Ministerio de Igualdad es una educación excelente para todos.

Y desde luego, uno de los grandes errores ha sido devaluar el sentido del esfuerzo que cada alumno debe hacer por sí mismo, por su trabajo, por su vida, en definitiva. En pocas palabras, nosotros tenemos la obligación de proporcionar a los niños y jóvenes un sistema educativo excelente y ellos tienen la obligación de aprovecharlo.

*** Entonces, ¿qué debería pedirle la sociedad al sistema educativo?**

Pues una educación vertebrada en todo el Estado, para que no haya desigualdades por el hecho de vivir en un lugar o en otro; la garantía de la igualdad de oportunidades que solo puede conseguirse con la calidad educativa; la exigencia, el rigor y el esfuerzo como principios básicos del aprendizaje para que nuestros hijos puedan sentirse responsables de su propia vida; y la valoración del docente, que lleva a cabo una tarea imprescindible.

La verdad es que los ciudadanos deberíamos exigir un consenso básico de las fuerzas políticas y sociales sobre los temas educativos, y que estos ocuparan en los intereses del Estado el verdadero lugar que se merecen. Los políticos deben legislar pensando en las próximas generaciones y no en las próximas elecciones.

La igualdad de oportunidades es uno de los fundamentos de la sociedad avanzada, pero solo puede conseguirse a través de una educación excelente, como nos acaba de decir Nicolás. Hacerla posible es responsabilidad de todos: de los políticos, que deben diseñar leyes que garanticen la calidad educativa y poner los recursos necesarios para conseguirla; de los profesores,

que deben dar lo mejor de sí mismos cada jornada y evolucionar ante los nuevos retos sociales; de las familias, que deben respaldar la tarea de los docentes y educar a sus hijos en valores empoderantes para que sean capaces de conducirse responsablemente; y de los jóvenes, que deben aprender a tomar las riendas de su propia vida.

El esfuerzo es un valor llave. Abre un cofre del tesoro que contiene las posibilidades inmensas de cada ser humano.

*** Apuntes**

Nicolás Fernández Guisado (La Haba, Badajoz 1956) es maestro diplomado en Ciencias Sociales y Filología y licenciado en Derecho. Abogado en ejercicio.

Funcionario docente desde 1978, ha ejercido en varios destinos dentro de la Comunidad de Madrid, y como Director escolar, en el período 1983-1986.

Vinculado al sindicato de profesores ANPE desde 1984, como asesor jurídico primero y, posteriormente, integrado en puestos de responsabilidad sindical desde secretario estatal de comunicación hasta Presidente Nacional, cargo para el que fue elegido en junio de 2006.

Es miembro electo de la Junta de Personal Docente de la Comunidad de Madrid desde 1987. Durante los últimos dieciocho años ha formado parte de las comisiones negociadoras de ANPE en la Mesa Sectorial de Educación del Ministerio de Educación y Ciencia.

Es miembro del Consejo Escolar del Estado y Vicepresidente de la Academia Europa de la Confederación Europea de Sindicatos Independientes.

En enero de 2008 fue elegido por el periódico El Mundo uno de los quinientos españoles más influyentes y uno de los veinticinco más influyentes del mundo educativo.

E de esperanza



Blanca López Ibor

habla sobre la esperanza

«En el aceptar hay mucha esperanza. A partir de aceptar puede reconstruirse toda una vida».

Una mañana fría y soleada, de las que hacen famoso el cielo de Madrid, estuve en el Hospital Montepríncipe para hablar con Blanca López Ibor sobre la esperanza. Me acompañaba una amiga del alma, que es voluntaria de la Asociación Española contra el Cáncer.

La unidad de oncología pediátrica está llena de colores, de dibujos y fotografías de niños, de enfermeras y voluntarias serenamente alegres, y de familias serenamente tristes. Aquel día, un niño calvo jugaba a las construcciones con su padre, tumbados los dos en el suelo. Otro niño, Tito, de diez años, y su padre, nos miraban con una dignidad doliente, inolvidable. Dos parejas con sus hijas charlaban y reían en una esquina. Un adolescente guapo y flaco, y sus padres, que esperaban, se levantaron en cuanto nos vieron para abrazar a mi amiga y contarle buenas noticias. Ella me iba mostrando todo; yo saludaba y sonreía, cada vez más consciente de estar visitando un planeta mágico e intenso.

Mi amiga me presentaba como «escritora». En un momento aparte, el padre del adolescente se me acercó y me dijo: «Si escribes sobre este lugar no te olvides de decir que está lleno de ángeles».

Blanca López Ibor es, evidentemente, la jefa del equipo de ángeles. Una gran personalidad en el campo de la oncología pediátrica por sus conocimientos científicos, pero también por su visión del niño enfermo como persona con necesidades globales y, sobre todo, con futuro. Blanca y su equipo piensan en la educación del niño durante el período de la enfermedad, para que sea capaz de transformar la experiencia en valores empoderantes que le sirvan cuando esté curado. Esta visión de futuro es su máster en Esperanza.

Blanca habla de la esperanza como lo hacen quienes entrenan para la *alta competición* de la vida. Su intuición es la de los grandes pensadores que han hablado de esta virtud a lo largo de los tiempos. La esperanza nace de la fe, nace del amor. Y a la vez alimenta a una y otro. Se cree y se confía porque se tiene esperanza, se ama con esperanza.

Y como los momentos álgidos de la vida solo se pueden superar con un «salto de altura», Blanca habla también de la Esperanza y de la Fe.

He reproducido sus palabras con la mayor fidelidad. Sin embargo, no he podido reflejar la intensidad de su testimonio, la pasión con la que habla de su vocación y la presencia física y real de la trascendencia, que nos rodeaba en el hospital aquella mañana y que es imposible describir.

*** Blanca, acabo de visitar la unidad y ya comprendo que no vamos a hablar de la esperanza en que me toque el «gordo» de la lotería.**

No, claro está. La esperanza de la que vamos a hablar es la Esperanza con mayúsculas, que tiene cara y ojos. La acabas de ver ahora mismo, estabas delante cuando he presentado a los padres de una niña que está enferma de leucemia, los de otra niña que ya está curada. Han podido proyectar la cara de su hija en la de esta otra niña, han visto cómo será su hija dentro de unos años, y esa es la cara y los ojos de la esperanza. Este es el primer modelo de esperanza que vivimos aquí.

Pero tenemos además una esperanza más profunda, que no se sostiene sobre los hechos concretos, sino que se fundamenta en lo que es de verdad una persona. Una persona desde el sufrimiento. Es muy bonito, muy importante y muy fácil descubrir la esperanza en los niños, que son pura esperanza. Si hay algo que es esperanza, es un niño, sano o enfermo. Pero también es importante ver la esperanza en los padres: ver el sufrimiento y cómo la esperanza dentro del sufrimiento sirve para darle un vuelco a este.

Todas las personas que trabajamos aquí, lo hacemos con esperanza porque vemos éxito todos los días. Según la estadística, el 76 % de los niños de esta unidad se cura del cáncer —en términos generales el 75 % de los niños de los países desarrollados se cura— y nuestro objetivo ya no es solo curarle, sino ver cómo se cura, qué se va a obtener del proceso, qué adulto va a ser. Nuestro objetivo es que lleguen a ser adultos sanos, en lo físico, en lo psíquico, en lo social y en lo espiritual. Y realmente es posible llegar a

conseguir un adulto sano en todos esos aspectos. ¿Qué les caracteriza? Pues que el propio sufrimiento les ha hecho descubrir lo que es importante en la vida. En general, quieren dedicarse al cuidado de los demás: médicos, enfermeras, cuidadores de juventud, y ese tipo de cosas. Yo tengo pacientes que ya están incluso casados.

*** Vuestro papel es más complejo, entonces, de lo que podría parecer.**

Bueno, quimioterapia la da cualquiera. Y si me apuras, el diagnóstico también. Pero para intentar llegar a lo que estamos diciendo hace falta un equipo de gente que ponga al niño en el centro, que esté a su lado y al de su familia, y que aporte todo lo que pueda, desde el aspecto médico al del voluntariado, a esa familia. De esto nos hemos ido dando cuenta: lo que significa que la vida dé un vuelco de este calibre, que algo así haga parar y volver a empezar una vida que estaba ya organizada con el trabajo, los hijos, el colegio... Y empezar desde el dolor más profundo que se puede sentir, que es el de la enfermedad grave de un hijo. Es dolor, miedo, impotencia, pensar «me cambiaría por él», es dejar la vida de tu hijo en manos de terceras personas en las que no te queda más remedio que confiar. Y tener que echar a andar por ese camino.

*** Es duro incluso imaginarlo. ¿Y qué tiene que sacar una familia de su bagaje para afrontar una situación así?**

La familia tiene que hacer algo tan concreto como comprender el sentido de la vida. Yo soy una persona que ha pasado por muchas experiencias vitales, y una de las más profundas fue poner una mañana los pies sobre el suelo frío y decir: ¿qué estoy haciendo yo aquí? ¿Qué sentido tiene mi vida? Por eso les digo a los padres que cuando les pase a ellos lo mismo, al poner los pies en el suelo frío de la mañana, vean que tienen el inmenso privilegio de acompañar a un hijo en el camino más duro. Parece que no, porque tendemos a desmitificarlo, pero es de verdad duro. Se dan situaciones de inmenso sufrimiento. Yo las comparo a la película *La vida es bella*. El padre ayuda al hijo a pasar el campo de concentración como un juego, pero el niño sabe que no es un juego, sabe dónde está y al final, se gana el tanque. Bueno, pues aquí todos *se ganan el tanque*, pero eso no les quita los momentos de miedo.

*** ¿Cómo lo hacéis desde el punto de vista práctico?**

Empezamos considerando a los padres como parte del equipo. El niño conoce la enfermedad como nosotros, conoce su diagnóstico, luchamos porque confíen en que nunca les vamos a engañar, en que si algo duele, les vamos a decir que duele y que el dolor se pasará. La Confianza con mayúsculas se gana con la confianza con minúsculas, lo mismo que se gana la Esperanza a través de esperanzas pequeñas. A todos se les informa, se les cuenta, se les explica el proceso. Y les decimos que si se quedan en la unidad es porque quieren quedarse. Comienzan el camino con sus hijos.

*** ¿Y todas las familias lo entienden así?**

Con sinceridad, tener una familia estructurada ayuda mucho al niño. Una familia desestructurada es un problema porque, si a veces el niño sano se usa como arma arrojadiza, el enfermo, con más razón. Ante el niño enfermo siempre hay sentimientos de culpabilidad: «Hay algo que no hice, algo que no vi». O eso de: «Ya te dije que al niño le dolía y no le hiciste caso...». Ese «te lo dije», que pasa todos los días en cualquier familia, duele mucho en momentos como este. Unos padres unidos, aunque vayan desacompañados, porque nunca se vive igual como padre que como madre, se organizan mejor. Cada uno tiene que asumir su papel porque seguramente hay que ocuparse también de otros hermanos. Nosotros procuramos que el niño vaya a dormir a casa todo el tiempo que sea posible, porque ese momento de reunión por la noche, de estar con sus hermanos, es fundamental para un niño enfermo. Y los mismos hermanos pierden mucho miedo a lo que está pasando cuando le ven entrar por la puerta. Procuramos que el niño nunca esté solo, ni siquiera cuando está en la UVI, y vamos andando paso a paso.

*** Un camino que se va andando cogidos de la mano...**

Tenemos en la unidad un psicólogo infantil que ha trabajado en Estados Unidos en unidades de oncología pediátrica. Recuerdo que cuando vino le pregunté: «¿Te parece importante que nos conozcamos bien a nosotros mismos?». Me dijo: «Sí». Y yo le pregunté: «Y eso, ¿cómo se hace?». Empezamos hablando así y entendí que él se dedicaba justo a lo que yo quería: que los niños y los padres descubran que dentro de nosotros están las herramientas necesarias para enfrentarnos al sufrimiento. Y que esas herramientas son los valores. El ayuda a descubrir que todos tenemos valores, y que hay dentro de nosotros algo que nadie puede tocar. Es uno de los principios que seguimos.

Por eso, aunque sea ya una frase hecha, no tratamos enfermedades, sino enfermos, y sobre todo tratamos familias, porque ellas también enferman. El sufrimiento repercute sobre los padres, sobre los abuelos —que sufren por sus hijos y por sus nietos—. Yo no tuve claro cómo era la relación con los abuelos, por las circunstancias de mi propia familia, y es algo que he aprendido aquí.

Así empezamos, integrando la enfermedad en la vida cotidiana de una familia. ¿Es un disparate? Pues, a lo mejor. Pero es lo que hacemos. Y la vida normal es que el niño vaya al colegio. Así que lo mandamos al colegio en cuanto podemos y, si no, metemos el colegio aquí.

* **¿Cómo se vive la vuelta al colegio?**

Para un niño enfermo que vuelve al colegio con un aspecto físico cambiado, que vuelve sin pelo, o en silla de ruedas, o con muletas, encontrarse de repente con sus compañeros es con frecuencia muy duro y difícil. Aunque los profesores preparen a la clase, no preparan a los mayores que machacan a los pequeños. Por eso queremos meter al colegio aquí y metemos nosotros en el colegio, a través de videoconferencias, enseñando el hospital, para que vean a los niños, explicando lo que es la unidad para que pierdan el miedo. Es un proyecto muy interesante que hemos puesto en marcha. Porque, de hecho, volver al colegio es la primera esperanza de un niño enfermo. Volver a casa y al colegio es un motor de esperanza, y luchamos porque pueda conseguirse cuanto antes. Y para los padres, volver a la normalidad es volver al trabajo.

* **El trabajo, claro... Será uno de los mayores problemas.**

Uno de mis grandes sueños es la conciliación entre la vida laboral y la familiar, que es un tema importantísimo. La Ley de Dependencia es tan ridícula como que te mandan a alguien para que te cuide el niño y así tú te vayas a trabajar. Pero con un niño enfermo, que necesita a su padre o a su madre, no puede ser. Tiene que ir otro a trabajar por ti. Yo lucho por una baja maternal que dure lo que el tratamiento del niño, que no es el mismo en una leucemia que en un tumor cerebral o en un tumor óseo. Colaboro con una asociación que se llama *Familia y Trabajo*, que se ocupa de esto. Esta mañana me he levantado redactando con el pensamiento una carta para la presidenta de la Comunidad de Madrid. Porque, ¿qué se puede hacer ahora? Pues pedir una baja por depresión, que no solo es una mancha en tu expediente, sino un fraude, o pedir una excedencia, que es algo que no todos

los padres se pueden permitir. Los políticos me contestan desde la mediocridad del «bueno, pero entonces habría que hacerlo para todos». Pues a lo mejor sí, pero de momento para los enfermos de cáncer.

*** Es evidente que habría que priorizar, pero muchos países europeos contemplan esto. Si crees que yo puedo ayudarte en algo...**

Pues tal vez sí, y seguramente por eso estás aquí y lo del libro no es más que una excusa.

*** Me ha alegrado el elevado porcentaje de niños que se cura.**

El cáncer se cura. Esto hay que decirlo porque muchos médicos no lo dicen. Y cuando se cura, se cura. Y precisamente porque se cura, hay que apostar por el niño y hay que seguir educándolo sin sobreprotegerlo. Todos los que somos padres, al tener un bebé en brazos pensamos qué será el día de mañana. Pues cuando un niño enferma, eso sigue siendo así multiplicado por mil.

*** Pero también están los que no se curan.**

Hay un 25 % de niños que mueren de esta enfermedad. El otro día, una de las psicoterapeutas del equipo me dijo: «Blanca, tú no te das cuenta, pero lo que haces es ayudar a morir cuando se ve que ya no hay salida, que es entonces tan importante como hubiera sido curarlos». Un niño no muere igual aquí que en otro hospital, y ese trabajo empieza el primer día. Hay enfermedades que por su gravedad son incurables, y los médicos no lo curamos todo. Pero eso no quita para que el camino sea vital, de arrancarle a la vida todo lo que tiene. Porque entre otras cosas, nunca sabemos si se va a curar o no. Eso no está en nuestras manos. Nosotros somos instrumentos y debemos hacerlo lo mejor que sabemos, con el mejor cariño y la mejor capacidad, aunque no podamos hacerlo todo. Con los niños que no se curan, y que poco a poco se van dando cuenta ellos mismos, y por supuesto nosotros y sus padres, de que el camino no va a tener vuelta atrás, hay también mucha vida. En la fase de los cuidados paliativos hay una trayectoria, no comienzan en un día. Cuando no podemos curar hay muchísimo que podemos cuidar. Si ponemos en una balanza los riesgos y los beneficios de un tratamiento, y los riesgos son mayores, vamos suprimiendo tratamiento, pero durante ese tiempo seguimos trabajando igual. Aunque haya que desplazarse a su casa para cuidarle y atenderle durante la fase de agonía.

Y cuando un niño se va al cielo, sus padres quedan aquí. Hoy en día te puedo decir que saco la fuerza para venir a trabajar de lo que me han enseñado los padres que han perdido a sus hijos. La esperanza de que van a volver a encontrarse con ellos, la esperanza de que a pesar de todo la vida vale la pena, de que si les hubieran dicho cuando los tenían en brazos y eran bebés: «Tu hijo tendrá un tumor cerebral a los ocho años y no sobrevivirá a él», a pesar de todo no hubieran cambiado ni un segundo de la vida de sus hijos. Eso es lo que da sentido a mi trabajo. No tanto el enfermo que tiene todas las posibilidades del mundo de curarse, sino el comprender que, aunque no se curen, todo esto vale la pena, todo esto tiene un sentido. Ellos me lo han enseñado.

*** Encontrar el sentido de la vida, que es lo que más nos importa.**

A veces me da la sensación de que vuelo mucho, que «trascendentalizo» mucho, que voy muy a las ideas, pero en realidad soy muy práctica y sobre todo muy terca, muy de «si no lo veo, no lo creo». Y esto lo cuento como la anécdota de la chaqueta roja.

Tenemos un grupo de padres —lo llamamos *Verduritas* porque empezamos tomando una parrilla de verduras en un restaurante— que se reúne cada quince días y son amigos del alma. Es la mejor definición que se puede dar porque van unos tirando de otros, en medio de un inmenso dolor, de una inmensa pena y de una enorme Esperanza. Y entre las subidas y bajadas de ánimo de unos y otros te vas dando cuenta de que la felicidad es un estado del alma. Bueno, pues una madre que había perdido a un hijo en un accidente y quería unirse a nosotros porque se sentía muy mal, se encontró por la calle con una de las madres del grupo y estuvieron charlando. Pasó el tiempo y se organizó una cena en Navidad. Allí le pregunté a la madre del chico que había tenido el accidente: «¿Por qué te uniste a Verduritas?». «Pues porque me encontré por la calle con esta otra madre y llevaba puesta una chaqueta roja, y pensé: ¿cómo puede vestir de este color quién ha perdido a un hijo?». Mientras me estaba contando esto, se miró y se dio cuenta de que ella misma llevaba puesta esa noche una chaqueta roja. Es una manera muy sencilla de poner en palabras lo que allí vivimos.

Si yo alguna vez he dudado en poner en práctica algún tratamiento concreto porque había pocas posibilidades de curación, estos padres, sin saberlo, me dicen: «Sigue adelante, sigue intentándolo con todas tus fuerzas, porque tu deber es aplicar tu ciencia, tu cerebro, tus conocimientos, para

intentar curar a nuestros hijos, y nosotros nos ocuparemos del resto». Y eso solo se hace en el contexto de una familia.

Las experiencias que yo he tenido con familias monoparentales o con familias de homosexuales no es tan buena, es muy compleja. Sin embargo, el sufrimiento une. Solo separa a quién esté previamente separado. Une porque da sentido a la vida, a la familia.

*** Sin duda es una prueba para encontrarle sentido a vivir en familia también.**

Nosotros vemos cambiar a los padres desde el día que los conocemos y es muy bonito.

*** Los ves cambiar desde la desesperación a la esperanza.**

Efectivamente. Desde la cara constreñida y gris de los primeros días a la luz y la sonrisa que les impulsa a ayudar a otros padres a comprender que esto es posible, que no es una locura. Lo mejor es verlos, conocerlos, que te lo cuenten. Es un privilegio para mí porque yo conozco a los padres en el momento en que el sufrimiento les hace sacar lo mejor de ellos. No es como si les conociera porque van a pedir una hipoteca. Yo veo desde el primer momento su profundidad. Y asistir al cambio desde la desesperanza —o desde la desesperación, en algunos casos— a la esperanza de intuir que todo tiene un sentido, es también un privilegio. Nunca entenderemos el porqué pero el *para qué* se va vislumbrando a lo largo del camino.

Y el artífice de todo esto es un niño. Es que vas corriendo detrás de un niño, porque los niños no tienen autocompasión, no se dan pena, no tienen necesidad de que les acaricies el lomo y les digas pobrecitos. No, no. Los niños nos enseñan a sufrir con mucha dignidad, con mucha esperanza, con mucha fuerza. Y sabiendo lo que les pasa. Pero no se miran al ombligo, siguen interesados por las cosas, miran al exterior. Su punto de vista te llena de esperanza.

*** Porque los niños miran al futuro.**

¡Porque son el futuro! ¿Y quiénes somos nosotros para quitarles eso? Hay padres que no quieren llevar a sus hijos enfermos al colegio, pero ¿por qué? Si crees que tu hijo se va a curar, si apuestas por su vida, hay que educarlo. En todos los sentidos. Si no, estará curado, pero será un delincuente. Recuerdo una niña que traté, espectacularmente bonita, que era modelo. Sus

padres tenían una vida muy rota y muy difícil. La niña tenía leucemia y cambió mucho su aspecto físico, perdió el pelo, y como su vida estaba fundamentada en la apariencia física, sufrió mucho. Se curó pero tuvo problemas serios de conducta. Tuve que decirle a su madre: «Has recogido lo que sembraste». Con los hijos y con todo, uno recoge lo que siembra: cariño si hay cariño, valores si hay valores.

*** Claro, la felicidad no está aislada en una burbuja, nace del sentido de la vida.**

Si digo que la felicidad es un estado del alma es porque le has encontrado un sentido a toda tu vida. A la vez siendo conscientes de que estamos en un terreno sagrado, en el que podemos hacer mucho bien pero también mucho daño. Podemos hacer heridas que sean muy difíciles de curar, porque se han de curar de dentro a fuera. Yo cada vez intento andar con más cuidado para nunca herir voluntariamente, pero no podemos olvidar que estamos tocando a las personas en su estado de máxima fragilidad, de indefensión más absoluta. Y nosotros mismos estamos muy frágiles porque también sufrimos. Sufrimos por compasión, con el otro, y nos acercamos así. Yo intento entrar en las habitaciones de puntillas y no, aunque sea habitual en los médicos, como un elefante en una cacharrería. Porque todos los días me cuesta abrir la puerta de una habitación en la que hay un niño enfermo. Antes, hago un ejercicio de reflexión, de saber dónde estoy entrando. Y si es la habitación de un niño que se está muriendo, para mí es como entrar en una iglesia en la que hubiera un sagrario abierto. No encuentro otra manera mejor de explicarlo. Porque junto a un niño agonizante está la presencia de Dios de un modo evidente, lo puedes tocar, lo puedes palpar, lo puedes ver. Todos lo ven. Pocas veces he encontrado en mi vida unos padres que no sean capaces de ver esto, que estén tan encerrados, tan encerrados en sí mismos que se lo pierdan. Yo creo que este es otro de los privilegios de nuestro trabajo, si lo quieres ver y no te lo pierdes. Yo me lo he perdido muchos años ¿eh? Porque no te creas que soy una mística de toda la vida. En mis tiempos de estudiante de Medicina iba a burlarme buscando el alma en las autopsias. «¿Dónde suponéis que está el alma?», les decía a los otros médicos. Yo vengo de ahí, de pensar que no somos más que células. Esa etapa yo ya la he pasado. Pero he aprendido a enfrentarme a la vida, a la vida de verdad. Porque dicen que la verdad no existe, pero de momento es verdad que nos vamos a morir. La muerte forma parte de la vida, aunque en los hospitales la escondemos como si no existiera y hablamos de *exitus* para contar que se nos ha muerto un enfermo. Sin

embargo, no hay otra profesión en la que se viva día a día la incertidumbre como la vivimos los médicos, y la inseguridad de no saber curar a un enfermo. Conocer nuestros límites nos angustia, porque nos educan para ser omnipotentes.

Sin embargo, una vez que conoces los límites puedes soltar los brazos. Si nosotros no soltamos los brazos, los padres no los van a soltar, pero esto no significa rendirse.

*** Significa aceptar.**

Así es. Y en el aceptar hay mucha esperanza. A partir de aceptar puede reconstruirse toda una vida. Por supuesto que nos revolvemos y nos frustramos, porque las tormentas están ahí, pero tú estás centrado. Me gusta contar la historia de una médica del hospital que hace submarinismo, y buceando en el fondo del mar en Indonesia, no se enteró del *tsunami*. Es un buen ejemplo de cómo puede haber un estado de paz dentro de ti aunque estés rodeado de tormentas.

Hay entre las voluntarias del hospital, una madre que perdió a su hija de un tumor cerebral y es una persona que irradia paz. Los padres que no conocen su historia le dicen: «Bueno, pero tú no sabes lo que es el sufrimiento». Ella sonríe y no dice nada.

Pero cuando se enteran, ven en ella un motivo de esperanza, esperanza en encontrar también algún día paz en el alma.

*** Encontrar la paradoja de la esperanza: que tu sufrimiento sea tu fuerza.**

Y sobre todo encontrar todo el amor que hay en medio del dolor. Algún día escribiré un libro que se llame *Solo el amor podría llamar a una tortuga Veloz*. Y es que tuvimos aquí a un niño al que le regalaron una tortuga la misma mañana del día en que murió, y cuando le preguntaron cómo se iba a llamar la tortuga, él, que casi no podía hablar, dijo con un hilillo de voz: «Veloz». Un sabio y un entendido la habrían llamado Tenaz o Tesón. Solo el amor y la esperanza podrían llamar a una tortuga Veloz. Un niño ve cosas que nosotros no vemos y habla del amor que vive. Yo solo puedo hablar de estas experiencias que tengo la suerte de ver a diario.

*** Si escribieras un libro, tendría que llamarse *Esto es Vida*.**

Una vez le mandé un SMS a un cura y le decía: «¡Dios Existe!». Y él, desconcertado, me contestó: «¿Perdón?». Le respondí: «Ahora sé que si lo ves en la gente, y lo ves con las gafas de los niños, lo ves».

Una vez viví una situación en este mismo despacho, de unos padres que no paraban de pelearse, porque el matrimonio es muy difícil, muy complicado, y su niña estaba aquí dándonos a todos una lección de vida impresionante, desahuciada desde hacía ocho meses por otro hospital, y nos miraba con unos ojos limpios, impresionantes. Y los padres estaban aquí delante de ella, a bofetadas. Miré a la niña, miré a los padres, y no pude resistir decirles: «La verdad, si yo fuera ella y os viera así, haría ya tiempo que me habría marchado. Si esta niña está aquí es para algo».

Descubrir el sentido de la vida, como se hace aquí, te hace comprender lo poco que importa que se rompa la lavadora. Te hace comprender que lo único que importa en la vida es el amor y la esperanza que nos trae.

*** Hemos hablado de la esperanza de cada día, de la gran Esperanza sobre la que se edifica la vida, de la esperanza hecha de confiar en los demás, incluso de la esperanza en cambiar y mejorar la sociedad. Hemos dicho que deriva del amor y de la confianza... Es casi un tratado, El Principio Esperanza. No se puede pedir más.**

La esperanza te mueve porque te mueve el amor. No hay amor sin esperanza porque solo así pueden las cosas cambiar, mejorar, durar. Y dentro de ella hay mucha generosidad. Para la vida, la esperanza es una hermana mayor. Tienes que llenarte de ella porque solo puedes dar a los demás lo que tú tengas.

La esperanza es una actitud empoderante ante la vida. Con Blanca la hemos visto desde su lado más intenso, pero sirve para las rutinas de cada día. Se puede transmitir a los hijos una actitud esperanzada, optimista, si establecemos los cimientos en la confianza y en el amor, de los que nace. Confianza para hablar de todo y escucharles todo, confianza en que vamos a ser siempre veraces con ellos y confianza en sus propias capacidades. Amor para educarles bien.

La esperanza sustenta también el diseño de un proyecto de vida, con objetivos para los que se deban poner en juego las capacidades. Una vez más

vemos a los valores conectados entre sí, como en una red. Fortalecer un valor empoderante es apuntalar todos los demás.

Los hombres morimos, pero no hemos nacido para la muerte, sino para estar permanentemente comenzando. En lo cotidiano, o después de un vuelco inesperado; después de una caída o de un éxito, tenemos la certeza de este continuo comienzo. Esa es la esperanza.

✳ Apuntes

Blanca López Ibor es licenciada en Medicina y Cirugía, especialista en Pediatría por la Universidad Complutense de Madrid y en Hematología y Oncología Pediátrica por la Universidad de Maryland (EE. UU.).

Es también doctora en Medicina por la Universidad de Barcelona, doctora en Bioética por la Cátedra de la UNESCO y Máster en Filosofía.

Ha obtenido un número considerable de becas y premios, ha publicado decenas de libros y artículos sobre oncología pediátrica y es miembro de las más prestigiosas asociaciones profesionales españolas y americanas en ese campo, como la American Society of Pediatric Hematology and Oncology, la International Society of Pediatric Oncology, la Sociedad Española de Oncología Pediátrica y la American Academy of Sciences.

Comenzó su actividad profesional en 1986 como médico adjunto de la Seguridad Social en el Hospital del Niño Jesús de Madrid, en Oncología Pediátrica. En 1988, pasó a desempeñar el puesto de responsable de la Hematología y Oncología Pediátrica en el Hospital General de Cataluña, y desde 1994 es responsable de la misma especialidad en el Centro Médico La Zarzuela.

Desde 1999 hasta 2006 fue jefe de la Unidad de Hematología-Oncología Pediátrica del Hospital de San Rafael, y en la actualidad desempeña el mismo cargo en el Hospital de Madrid-Montepíncipe.

Ha sido profesora de genética molecular en la Universidad de Barcelona y del Máster en Medicina de Urgencia en la Universidad Complutense de Madrid.

Desde 2000 hasta 2004 fue Presidenta de la Junta Provincial de Madrid de la Asociación Española contra el Cáncer y ha colaborado con el Ministerio de Sanidad en la redacción del Plan Nacional del Cáncer (2004-2006).

F de familia



Javier Urra

habla sobre la familia de hoy

«Cada vez tenemos menos tiempo para la escucha, para el hacer algo juntos: un paseo, ver viejas fotos... Sin embargo las cosas que se hacen juntos producen una gran felicidad».

La familia, sea cual sea el modelo en el que se inspire, es el primer educador en valores. Los seres humanos nos construimos, nos personalizamos, en una dinámica de intercambio con los demás que nace en esta primera e inevitable célula. Para los antiguos latinos, vivir era sinónimo de estar entre los hombres, *ínter homines esse*, y morir era dejar de estar entre los hombres, *ínter homines esse desinere*. En eso mismo seguimos.

Cuando hoy nos dejamos llevar por el pesimismo de considerar a la familia en grave crisis, debemos recordar que el concepto de familia ha cambiado mucho a lo largo del tiempo y que es diferente en las distintas sociedades humanas, incluidas las que pertenecen al ámbito de nuestra cultura. La crisis no corresponde tanto al modelo de familia como a la primacía en la sociedad actual de valores que no empoderan la personalidad. Los síntomas de deterioro no están en las familias monoparentales, sino en el individualismo exacerbado que nos ha hecho olvidar la idea de persona vinculada a los demás. El problema de los padres no es la posibilidad de un fracaso conyugal, del que nadie está libre, sino la dejación de la responsabilidad de educar bien a los hijos.

Ya sea con el privilegio de la estabilidad, con las dificultades de estar solo o sola por circunstancias diversas, con el desafío de abrir paso a una nueva oportunidad en la vida, a la que uno llegue con la mochila de su pasado..., de cualquier modo, la familia sigue siendo el primer escenario educativo. Educar es, en toda circunstancia, un privilegio y un reto, posiblemente el más trascendente de la vida, y como tal debe aceptarse sin que el escenario condicione más allá de lo imprescindible.

Javier Urrea, psicólogo de la Fiscalía de Menores, primer Defensor del Menor y autor de más de veinte libros, es un «astrónomo» experto en el cosmos de la sociedad, la familia y la infancia. Sabe muchísimo, lo expresa muy bien y su testimonio es siempre valioso. En una cervecería castiza de Madrid a la que acudía de estudiante, un lugar entrañable para él y que forma parte de su vida, durante una entrevista a la que yo misma acudí con mi madre y mi hijo menor, reflexionó en voz alta sobre los nuevos usos y los retos eternos de la vida en familia. Su testimonio puede ayudarnos a distinguir algunas formas y colores de este caleidoscopio.

*** La familia está sufriendo muchos cambios en su estructura, parece amenazada y en crisis.**

Yo creo que la familia sigue siendo el cimiento de la sociedad. No comparto la opinión de que está enferma. De hecho, para el 94% de los jóvenes españoles es la institución en la que más confían. Solo un 7% valoran la política y un 4% la religión. ¡Tanta vigencia tiene la familia que los hijos viven en casa hasta los treinta y tres años! Lo que ocurre es que no podemos preguntarnos qué quiero hacer, sino qué puedo hacer en la familia.

Las familias de hoy son muy democráticas, muy abiertas, y han sufrido muchas modificaciones: la principal, el trabajo profesional de la mujer. La madre de familia se ha sobrecargado con el trabajo de fuera de casa, el de dentro, el de los hijos y el de las personas mayores. Es singular todavía el varón que colabora. La mujer vive en un estado de culpabilidad porque no tiene tiempo y el varón español con frecuencia no tiene interés. De hecho, está estudiado que el índice de depresiones de las mujeres europeas es mayor en los países en que hay poca colaboración del varón. El estrés de las mujeres llevado al extremo es un factor de riesgo para las familias de hoy que debemos tener muy en cuenta.

*** Nadie podría negar el impacto que tiene el trabajo de la mujer sobre la infancia de sus hijos. Y también ha cambiado la relación de la mujer que trabaja con su pareja, con sus padres...**

Sin duda. Hemos pasado además de las familias extensas a las nucleares, y a la aparición de familias monoparentales: por viudedad, por separaciones —se

separan 170 000 parejas de las 245 000 que se casan cada año—, por elección propia —caso de mujeres que quieren tener un hijo y no vivir con un varón— y esos son nuevos tipos singulares. Pero en todos ellos, la familia es un lugar de descanso, de crecimiento, de fantasías, de proyectos, de miedos, de valores que se dejan en heredad... Un lugar donde encontrar el equilibrio. Y seguimos queriendo agrupamos, vivir en familia. Mantenemos las reuniones familiares en Navidad, repetidas año tras año aunque a veces no sean todo lo cordiales que uno sueña. Son hábitos que nos dan seguridad y reposo en medio de esta sociedad de consumo, aunque las nuevas tecnologías han hecho que muchas familias enmudezcan: los hijos con los videojuegos, los padres con la televisión, cada uno en un cuarto, sin tener contacto.

* **El cada vez más difícil acceso al mundo de los hijos.**

Por eso me parece importantísimo que haya escuelas de padres, a las que estoy dedicando mi vida. Porque educa la familia, la escuela, los medios de comunicación, y a veces educa un conjunto de dejaciones que no muestran lo que está bien y lo que está mal. Creo que se han perdido criterios religiosos que nos armaban, se ha perdido la autoridad de los padres y a veces hemos sustituido todo esto por mensajes confusos, peligrosos.

Pero hay más dimensiones: la familia tiene características diferentes si vive en el ámbito rural o en una gran ciudad, pero en ambos lugares hay cada vez menos tiempo para la escucha, para el hacer algo juntos: un paseo, ver viejas fotos, escuchar... Sin embargo las cosas que se hacen juntos producen una gran felicidad. A todos nos gusta estar en pareja, en familia, entre iguales o con los hijos aunque también exijamos que se respete nuestra individualidad.

* **Y las cada vez más frecuentes separaciones, ¿cómo afectan?**

Cuando la pareja no se quiere, encontramos un ensimismamiento personal y, por otro lado, una utilización de los hijos muy bastarda, que les hace mucho daño. En España hay, por desgracia, muchas familias que *se separan mal*. Es la primera causa de dolor de los niños de nuestro país. Se dan entonces situaciones tan dramáticas como el síndrome de alienación parental, las denuncias falsas...

En cierto sentido, los políticos han hecho mucho daño al considerar el término *familia* como algo conservador y tradicional. Es un grave error: la familia es el núcleo social, es sustantiva en la sociedad. Y el Estado tiene que

colaborar con ella y favorecerla. La familia educa en valores afectivos, de la personalidad, y la escuela en valores de convivencia y de ciudadanía; escenarios que no son incompatibles, sino complementarios.

Pero como hay miles de tipos de familia, las hay también que no sirven para educar, en las que los padres viven en el «yo, me, mi, conmigo», o en las que no se resuelve bien el importantísimo vínculo hijos madre. Porque es un hecho que tener hijos obliga más a la madre, mucho más que al padre. También hay otras que se unen y desunen y a las que yo no creo que se debiera llamar familias, porque el término *familia* supone un vínculo muy serio, un compromiso de vida mucho mayor que el de «ser sangre de mi sangre». De hecho, todos queremos más a algunos amigos que a miembros de nuestra propia familia. La relación familiar es una relación de sentimientos, *de sentirse parte de ella*, y eso no ha cambiado aunque haya desaparecido esa seguridad de vida, en la economía, en la vinculación extensa, en los valores, que fundamentaba la familia hace unos años. La vinculación familiar no cambia tampoco porque tengas un hijo adoptivo o nacido por inseminación artificial.

* ¿Qué diferencia hay entre los padres colegas y los padres... padres?

No hay muchos padres colegas, no nos engañemos; lo que hay es dejación. El primer error educativo es el dejar hacer. Los padres no pueden ser *colegas*; es más, no pueden ser amigos. No podemos confundir esa actitud con la necesidad de independencia y autogobierno. Los hijos necesitan padres, y cuando se encuentran unos *amiguetes* en competencia con ellos, sienten que se les está falseando algo. Cuando necesiten amistad, se van a encontrar a sus verdaderos amigos y no a nosotros.

Creo que hay dos tipos de padres, el que lo hace bien —y hoy se siente culpable por no poder hacerlo *perfecto* en esta sociedad que nos rodea— y los que anteponen su derecho y posponen a los hijos, los padres que viven en su propio *ahora*. Una madre guapísima de cuarenta años no puede salir con su hija a *ligar*, un hombre de edad mediana no puede echarse una novia de la edad de su propio hijo de dieciocho, sin hacerles daño a estos. Son comportamientos que a los hijos les parecen mal, aunque nos digan que les parecen bien, actitudes que nos dejan ante los hijos sin fuerza moral y que no salen gratis. Se educa con el ejemplo, sobre esto no hay duda. Somos padres y madres para toda la vida, y eso afecta también a la vida privada. Pero luego hay quien carece de competencia, quien no sabe verdaderamente qué hacer con los hijos, cómo abordarlos, cómo ponerles límites. Son los padres que a

veces encuentras comiendo en la hamburguesería con el hijo, en silencio porque no saben cómo sacar un tema de conversación con él.

* ¿Qué nos espera en el futuro?

Las familias van a seguir modificándose en temas que a mí me preocupan: los hijos a la carta, las manipulaciones genéticas. No podemos escoger a los hijos, y tampoco ellos nos pueden escoger a nosotros. No todo vale. *Lo que yo quiera*, no puede ser el fundamento sobre el que uno construya su vida. En la Fiscalía de Menores estamos viviendo continuamente dramas como la devolución de hijos adoptivos porque no responden a las expectativas de los padres, que a lo mejor eran sencillamente sueños imposibles de hacer realidad. Esta confusión entre los deseos y la voluntad afecta también enormemente a la vida de pareja.

Afrontaremos —ya estamos en ello— los retos de la llegada de familias inmigrantes, ante los que debemos ser muy claros. Llegan, para ser ciudadanas de nuestro país, una niña gitana rumana que está educada para creer que es inferior, o una niña musulmana a la que el varón le impone llevar la cabeza cubierta con un velo. Nos estamos encontrando ya con que se solicita la reagrupación familiar para segundas y terceras esposas, en un país en el que no existe la poligamia. Ante estas nuevas formas de conducta y ante lo que se denomina *multiculturalidad*, yo quiero ser muy franco: en España tenemos una legislación muy rica, muy evolucionada, que ha conseguido importantes derechos en cuanto a la dignidad humana, y no podemos ni debemos absorber ahora costumbres de países que están en el medievo. La integración de la población inmigrante implica para ellos la aceptación de nuestra cultura.

Nos vamos a tener que adaptar también a nuevas situaciones, familias monoparentales, homosexuales, pero la familia tradicional se va a mantener siempre. Se plantearán cada vez más situaciones nuevas, como las familias reconstruidas —mercuriales, las llama José Antonio Marina, porque son como las gotas de mercurio de un termómetro, que se separan y se vuelven a unir—. No es fácil ser padre o madre de hijos de una nueva pareja que, en principio y siempre, van a empezar rechazándote, sobre todo porque el padre y la madre biológicos están cerca y tienen mucho que decir. Hacen falta la generosidad, la tolerancia, la comprensión y el amor, que al fin y al cabo son valores de siempre, aunque se apliquen a los conflictos y las dudas de las nuevas familias. Y desde luego, para educar a los hijos en estos nuevos modelos de familia, una imprescindible voluntad de estabilidad.

*** En estos tiempos se oye hablar mucho de la patria potestad y a mí me parece un concepto que abarca mucho más que lo estrictamente jurídico. ¿Cómo lo ves tú?**

La patria potestad es un criterio clásico del derecho romano, pero lo que se ha traducido mal es que signifique un derecho de *propiedad*. La patria potestad tiene un sentido más profundo, que obliga por el mero hecho de ser padre de alguien, y no por determinada sentencia judicial que lo otorgue o lo deniegue. Los padres se vinculan de por vida al hijo, no en el sentido de ser *propietarios* de él, sino en el de comprometerse a hacer, de la persona que es cada hijo, una personalidad con vida propia, capacidad de juicio, de tolerar las frustraciones, Ubre. Es mucho más que procurarle la manutención.

Por tanto, la patria potestad no tiene absolutamente nada que ver con actitudes del tipo: «Es mi hijo y yo decido si lo llevo o no al colegio»; «tiene que ser médico por tradición familiar...». Un hijo no viene al mundo para cargar con nuestras frustraciones. Es una persona individual y Ubre. La expresión «sangre de mi sangre» es eso, precisamente: una manera de hablar. De hecho, en la realidad cada vez más frecuente de la adopción, se es absolutamente padre del hijo, padre de corazón y de compromiso. «Te quiero, te guío, te ayudo a crecer», eso es la patria potestad y eso es ser padre.

*** Me gustaría que nos hablaras un poco de los niños mimados, esos pequeños tiranos sobre los que has escrito tanto, y de una paradoja: la necesidad de poner normas en la vida de nuestros hijos para que sean libres.**

Al hablar del niño mimado entramos de lleno en el tema de la sobreprotección. Los niños deben asumir responsabilidades, deben verse a sí mismos como responsables de sus actos y saber ponerse en el lugar del otro. Yo creo que el gran problema que tenemos es esa actitud «yo, me, mi, conmigo», de los adultos también, que nos impide mirar más allá de nuestra nariz, y ver las condiciones de vida de muchos otros seres humanos, en África por ejemplo.

La generosidad, la visión amplia, la conducta que se recrea en pocas *tonterías* tiene que mamarse desde la infancia. Hay que compatibilizar la apertura, la atención, el mimo incluso, con la necesidad de tener normas y criterios.

Solo puede ser libre quien conoce las fronteras, quien se sociabiliza descubriendo a los demás pero también su propio interior, quien sabe situarse

en el mundo desde el *yo*, pero también desde el *vosotros*, desde los demás. La solidaridad no es más que el conocimiento de que uno mismo puede desaparecer, que no es insustituible, que debe proyectar su vida. Es imprescindible esta necesidad de hacer de la vida un proyecto, y ahí no pueden quedarse fuera los otros.

Ser Ubre supone cometer errores, rectificar, pedir perdón, sentirse eslabón de una cadena de la historia humana. Supone también saber decir no, ante la droga, ante el consumo. Supone respetar el propio cuerpo, los pulmones, los riñones de uno... La salud, en una palabra.

La libertad es un criterio de conducta hacia uno mismo y hacia los demás. Tal vez *criterio* es lo que hoy nos falta. Formamos nuestras opiniones picando aquí y allá, con lo que dice uno, lo que dice otro... Es un error. Estamos educando a los hijos con mensajes como: «tíralo, que está roto»; «déjalo, que ya lo recogerá la asistenta...». Y es grave no tener responsabilidades. Solo una persona responsable, que sabe hacer autocrítica —algo que, por cierto, no se enseña—, con capacidad de debatir y dialogar, puede manejarse en la libertad.

Uno de los enemigos de la libertad hoy en día es la polarización en las opiniones: una conducta, una opinión, solo pueden parecerte bien o mal; *si eres amigo de X, tienes que ser enemigo de Y*. Se ve muy bien en esas peleas que la televisión llama debates. Es una trampa. La vida es compleja, múltiple, llena de factores, plural, y solo viéndola de esta manera se puede controlar y comprender la libertad. Pero lo grave es que esta polarización de las opiniones se acompaña de una relativización de los valores. Tengo que reconocer que algunas películas, programas de televisión o declaraciones me parecen simplemente apologías del delito y no las admitiría. Y cómo no mencionar algunos videojuegos para niños, que muestran situaciones de máxima crueldad y violencia. Reconozco que los prohibiría con la misma sencillez con la que se prohíbe vender comida caducada: porque sientan mal, ni más ni menos.

*** ¿Podrías mandar un mensaje sencillo para los padres confusos, que somos casi todos hoy en día?**

Igual que vemos natural que de niño te gusten más las hamburguesas y de adulto vayas encontrándole la gracia al pescadito y a la verdura, debemos admitir que las relaciones en la familia están vivas, se adaptan a los nuevos retos y cambian. Y esos cambios no impiden que sigamos viendo como un tesoro entrañable a una pareja de ancianos que camina cogida de la mano.

Siguen juntos porque han luchado. Ahí está la clave: hay que luchar por el amor, luchar por la pareja y, desde luego, luchar por los hijos. Cada uno de nosotros es responsable de lo que hace con su vida y de cómo influye en la de los demás.

Pero en cualquier circunstancia, se den las cosas como se den, un padre, una madre siempre deberán saber contestar a la pregunta: «Dígame tres cosas positivas de su hijo».

Dígame tres cosas positivas de su hijo. Es un mensaje emocionante. Poco se puede añadir. Tal vez subrayar que queda claro una vez más el papel rector de la voluntad de hacer las cosas bien, sean cuales sean las circunstancias. La felicidad no cae del cielo, no se puede esperar. Es *una actividad*, como dijo Aristóteles hace dos mil quinientos años. Hay que luchar por ella, dice Javier Urra. Esta profunda reflexión nos debe servir para afrontar el futuro de la familia, de nuestra familia, con esperanza.

* Apuntes

Javier Urra Portillo (Estella, Navarra 1957) es psicólogo especialista en Psicología Clínica y Pedagogo Terapeuta, Psicólogo Forense de la Fiscalía del Tribunal Superior de Justicia y Menores de Madrid y Presidente de la Sociedad Iberoamericana de Psicología. Ha sido Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid (1996-2001) y Presidente de la Red Europea de Defensores del Menor. Es patrono de UNICEF.

Ha publicado más de veinte libros de gran éxito, como: *Mujer creciente, hombre menguante* (2007), *El arte de educar* (2006), *El pequeño dictador* (2006), *Escuela práctica para padres* (2003), *Violencia, memoria amarga* (1997); *Niños y no tan niños* (1998); *Charlando sobre la infancia* (2000, con prólogo de S. M. la Reina), y *Jauría humana: cine y psicología* (2004).

Ha sido director y guionista de la serie de TVE *Escuela práctica para padres* y del programa *Niños del Mundo*, de Radio Exterior de España. Colabora con mucha frecuencia en prensa, radio y televisión. Está en posesión de numerosos premios y reconocimientos españoles e internacionales.

G de generosidad



María Ángeles Fernández

habla sobre la generosidad

«La generosidad es la apertura hacia la persona que está a tu lado, y está en la maternidad como está en el trabajo o en la vida de pareja. Es una consecuencia, un síntoma del amor».

Siempre he pensado que la vida es como una estructura con tres dimensiones: la longitud, que no está en nuestras manos determinar; la profundidad, que depende de las capacidades innatas y de los valores adquiridos, y la anchura, cuya medida escogemos libremente. Podemos elegir una vida tan estrecha como nuestro propio ombligo o tan ancha y plena como un gran río. La anchura de la vida depende solamente de nuestras ganas de amar. Y la generosidad es un *síntoma* del amor, ni más ni menos.

María Ángeles Fernández lo explica muy bien en esta entrevista realizada mientras esperaba a la pequeña que ha adoptado. Para reunirnos, vino ella a verme. Tengo que decir con alegría que somos amigas desde hace tiempo. María Ángeles no se considera generosa, solo habla de apertura, pero ha decidido ensanchar su vida con un compromiso muy valiente y por eso quise que abordara el valor de la generosidad en este libro.

La generosidad se encuentra cómoda en el entorno que nos rodea, en el amor al *próximo*. Difiere de la solidaridad precisamente en que contiene una mayor vinculación afectiva y emocional; se proyecta en una pantalla situada más cerca. Está relacionada con los otros valores porque proviene de las responsabilidades y los compromisos, de la esperanza y de la belleza del alma. Y por supuesto, una vez más, se contagia.

Demostramos el amor a los hijos cuando somos generosos en el tiempo y el esfuerzo que les dedicamos, cuando expresamos nuestra alegría por compartir la vida con ellos, cuando les mostramos el tesoro de la familia y la amistad, y cuando sabemos dejarnos querer. Abramos los ojos. Puede pasar

de largo la infancia y la juventud de los hijos sin que nos hayamos parado nunca a pensar cuánto nos quieren.

De todas maneras, ser generosos con nuestros hijos es inevitable. Como nos dice María Ángeles, la vida se nos ensanchó ya, en el preciso instante en que decidimos tenerlos.

*** Para mí la generosidad es lo mismo que la anchura de la vida.**

Quieres que hablemos sobre la generosidad porque yo he adoptado un hijo, pero para mí adoptar un niño es exactamente igual que tenerlo. Más que generosidad, pienso que es apertura a la vida. Somos... ¿Cómo decirte? Un medio. Un medio que Dios ha puesto para que el mundo siga adelante. La forma en que cada uno demos respuesta a esa realidad da un poco igual. Me da igual que un niño sea biológico o adoptado, en los dos casos sus padres han elegido una apertura a la vida. Hay niños, la vida tiene que continuar para ellos, y si por alguna circunstancia sus padres biológicos no les han podido atender, necesitan unos padres.

*** Pero ¿cómo se da uno cuenta de esa apertura a la vida?**

Yo lo he vivido como una vocación. La vocación de ser madre. Creo que la tengo desde pequeña. Y no descarto tener hijos biológicos, ¿eh? Siempre he pensado en mí como madre, por encima de periodista, por encima de enfermera, que lo fui antes. Y llega un momento en el que eso que era una idea, ves que se tiene que concretar, que hay una llamada y tienes que dar una respuesta. Todo surge así. No te sabría explicar por qué en este momento concreto, en estas circunstancias. Primero empezó a rondarme la idea porque hubo una temporada en la que hice muchas entrevistas sobre adopción. ¿Por qué? ¿Estaba yo ya más interesada por ese tema que por otros? En las entrevistas, además, empecé a desmitificar algunas cosas, y fue algo que va y viene, que tú intuyes, que se va forjando... porque, desde luego, no es una decisión que se tome de la noche a la mañana. Es algo así como una gestación.

*** Como una gestación. ¡Qué imagen más bonita!**

La gestación de la adopción. Voy a adoptar un niño y las circunstancias de mi vida me dicen que el momento propicio es ahora. Algo sencillo si nos olvidamos de los papeleos y los trámites, que es otra cosa, claro. Pero toda esta gestación es igual de maravillosa y de sencilla que una maternidad biológica, y surge igual, por las mismas motivaciones, lo vas notando. Tienes un amor que dar. Una respuesta. Y el amor que sientes se lo vas a dar a un hijo. En este sentido, yo adopto sin ninguna motivación secundaria, como no poder tener hijos, por ejemplo. No. Yo adopto porque quiero adoptar.

*** ¿Y eres consciente de que la vida se te va a complicar?**

Mucho. Pero es que quiero que se me complique. A mí me encanta salir. Salgo muchísimo, viajo, me encanta ir al cine, al teatro, reunirme con amigos... Y cuando se lo empecé a comentar a los amigos más cercanos, muchos me decían: «¡Qué haces, si a ti te gusta muchísimo salir!». Sí, sí, pero es que yo creo que esto me va a llenar más, vamos, que me está llenando.

*** ¿Crees que tu hija incorporará bien a su vida la realidad de que es adoptada?**

Dicen los psicólogos que el niño adoptado tiene que ser consciente de que lo es desde siempre. Y esto es algo que yo siempre he intuido. No hay nada que ocultar. Mi niña vendrá con tres años, de manera que tendrá ya un bagaje anterior, algo sabrá. Pero es que además los niños tienen mucha más intuición de lo que nos imaginamos, y muchos más recursos que los adultos. Dialogar con tu hijo, tratarlo con normalidad, hablarle de cuando fuiste a buscarle... Cualquier padre o madre ante preguntas complejas intenta dar buenas respuestas y esta es una pregunta más.

*** Tú has escrito un libro sobre la adopción. ¿Cómo lo has planteado?**

El planteamiento está hecho contando el proceso de la adopción de forma cronológica, pero sí he intentado desmontar algunos mitos sobre la adopción y hacer ver la importancia del entorno. Por ejemplo, son importantísimos los amigos de los padres adoptivos, que se interesen, que te mimen, igual que lo harían si estuvieses embarazada. A veces te preguntan qué tal va *lo tuyo*, medio en voz baja, cuando tú necesitas que te pregunten cómo te sientes. Porque cuando echas los papeles y luego pasan tres años hasta que viene el niño, te van y te vienen muchos estados de ánimo, miedo, ansiedad, incertidumbre, alegría, esperanza, y necesitas apoyo de los amigos. Así que el

libro va destinado también a los que rodean el proceso. Y a los profesionales, médicos, educadores. Todos sabemos que es frecuente que los niños adoptados vengan con problemas de salud distintos a los habituales. También dedico un capítulo al colegio. Todos los que rodean a un niño que ha sido adoptado tienen algo que aportar.

*** Y en este camino que me estás contando, ¿te han flaqueado las fuerzas en algún momento?**

Nunca. Lo piensas mucho al principio, te informas porque hay que ser responsable. Además yo voy a adoptar sin pareja y eso complica las cosas un poco más.

*** ¿Quieres que aparezca esto en la entrevista?**

Sí, con toda naturalidad. Mi niña no va a tener padre por el momento. Por el momento, ¿eh? ¡Que yo no descarto nada! Hay madres que adoptan estando solas como un rechazo al otro sexo, como una declaración de que no necesitan la pareja, pero ese no es mi planteamiento ni muchísimo menos. Solo que el hombre que llegue a mi vida tendrá que llegar también como padre, así de sencillo. Pero ni soy una *superwoman* ni estoy cerrada. Además, la figura del padre es esencial para los niños. Mi hija va a saber que, aunque ella ahora mismo no tenga una figura paterna, todos los hijos tienen padre y madre aunque las circunstancias vayan luego por caminos diferentes. Lo que no oculto son las dificultades: los países que no aceptan a personas solteras, la necesidad que tendré de trabajar para mantenerla... Sé que encontraré obstáculos, pero no me han paralizado. Lo pensé muchísimo al principio, claro, pero tengo recursos personales y familiares para salir adelante. Un nivel económico es importante pero para querer a un hijo no es necesario. Y lo que es necesario, yo me veo capacitada para dárselo.

*** María Ángeles, dime qué es la generosidad si no es esto.**

La generosidad es la apertura hacia la persona que está a tu lado, y está en la maternidad como está en el trabajo, como está ante los alumnos en clase si eres maestra o como está en la vida de pareja. A lo mejor si la planteamos así, la adopción es generosidad. Pero es muy diferente de la solidaridad, eso hay que dejarlo bien claro. Por ejemplo, hay gente que te dice: «Pero ¡qué obra de caridad estás haciendo, qué bien va a estar ese niño contigo, qué solidaria eres...!». No. Ni es una obra de caridad ni tiene que ver la solidaridad. Yo

voy a ser la madre de esa niña, ni más ni menos. Ni la voy a apadrinar, ni estoy colaborando con una casa hogar, ni voy a hacer voluntariado, que son cosas compatibles con la adopción pero no son lo mismo. Aquí yo me implico de otro modo, contraigo una responsabilidad de por vida.

*** Podríamos decir entonces que la generosidad es un viaje que hace el amor: primero entra en ti y después sale de ti hacia los demás, abriéndote.**

Eso es. Los hijos que han sido adoptados, como cualquier otro niño, vienen del amor; del Amor, con mayúscula. En unos casos directamente desde el amor y la unión entre un hombre y una mujer concretos, y en otros casos con un recorrido más largo. Pero siempre vienen del amor. Y cuando esa semilla del amor está instalada en ti, hay que regarla, hay que cuidarla. El amor no se puede quedar estancado, siempre tiene que salir. Para mí, está saliendo a través del amor a una niña adoptada. Me gustaría que dijeras que no debemos hablar de niños adoptados, sino de niños que *han sido* adoptados. Adoptado no es un adjetivo que califique a un niño; es una circunstancia de su vida. Debemos cuidar mucho el lenguaje. Ni madre adoptiva ni hijo adoptivo. Ella adoptó, él fue adoptado. Son circunstancias que ocurrieron en un momento, pero a partir de ahí, son madre e hijo simplemente.

*** Blanca López Ibor me decía que los niños que superan un cáncer, de mayores suelen ser personas muy generosas e implicadas con el sufrimiento de los demás. ¿Crees que las circunstancias de tu hija, saber que tu vida cambió por amor a ella, la harán más generosa?**

Yo voy a intentar que mi hija sea generosa, pero no por el hecho de que tenga nada que agradecerme, ni porque ella vaya a salir de ese entorno horroroso de niñas vendidas o raptadas. No, no quiero que sea por eso. La educación que yo le quiero dar debe ser exactamente la misma que si hubiera nacido de mí. Que luego ella valora..., pero también hay que valorar a las personas que en un momento de tantas dificultades económicas deciden tener un hijo. No quiero que diga: «¡Ay, qué buena fue mi madre!». Yo tengo mi poquito de egoísmo, como todos los padres. Quiero ser madre, voy a serlo y deseo también recibir de mi hija amor y alegría.

*** Educar es algo nuevo para una madre primeriza. ¿Cómo crees tú que se debe hacer?**

Me lo he pensado mucho. Para mí es todo completamente nuevo. En principio, mi forma de ser es más bien de tener claros los valores y los criterios básicos, y luego dejarme llevar por las circunstancias del día a día. Tengo las bases. Primero, me gustaría que mi hija fuera una mujer buena. No aspiro a que tenga una gran carrera universitaria, en eso será lo que ella quiera, pero quiero que sea una buena persona, que sepa amar. La voy a educar en los principios en los que a mí me educaron, que he asumido como propios y en los que me ha ido bien. Son los que le voy a proponer a ella. Ojalá le sirvan. Son los principios del respeto, del amor, la capacidad de salir un poco de lo que tenemos alrededor y ver lo que nos trasciende, las creencias religiosas, en mi caso los valores del Evangelio porque soy católica. Esa perspectiva trascendente de la vida me importa mucho, porque con ella se descubre que no todo es el *aquí y ahora*. Me parece que la dimensión religiosa hace la vida más bonita, más grande.

* ¿Y las dificultades?

Me gusta cómo estoy viviendo el punto de partida. El tiempo de espera es muy largo en la adopción. Más que largo, indeterminado. Si te dijeren: «Dentro de dos años vas a tener a tu hija», pues ya está, te programas para esperar ese tiempo, pero como no sabes si te van a llamar dentro de dos meses, si te van a llamar mañana o si vas a esperar años, todo es mucho más complicado. Pero yo lo estoy viviendo de una manera muy gozosa. Por supuesto hay momentos en los que te desespera el tiempo, en los que te imaginas que la niña puede estar sufriendo —yo le pido a Dios todos los días que no— porque no sé lo que está pasando con ella. Pero a pesar de todo, en todo este tiempo de la espera, sé que hay ya en el mundo, en un lugar de México, una niña destinada a ser mi hija, y aunque entre nosotras están todavía el juez, el trabajador social y el psicólogo que tienen que decir oficialmente: «Esta niña es hija de Tal», por encima de los papeleos, las manos de Dios nos tienen cogidas por un lado a ella y por otro a mí y estamos ya unidas. Rezo por ella todos los días para que este tiempo que nos falta para estar juntas sea de gracia para ella, para que no sufra, para que vaya creciendo bien aunque yo no pueda cuidar mi cuerpo y mi alimentación por ella como lo haría en un embarazo. Solo puedo rezar por ella y cuidarme también yo, incluso físicamente, porque ella se merece encontrarse una madre llena de alegría, que no esté devanándose los sesos durante el tiempo de espera pensando en lo horroroso que es. Tengo que procurar estar serena y alegre para que los disgustos o la incertidumbre no se me acumulen, estar llena de

esperanza para poderse la dar a mi hija. Si hay que esperar, pues hay que esperar en paz, porque mi hija lo va a percibir, tal vez lo está percibiendo ahora.

*** Para ser generosa con ella debes ser generosa también contigo.**

Tienes que quererte. En todos los ámbitos de la vida. Para amar a los demás debes amarte a ti mismo. Cuidarte, sentirte, quererte. Yo estoy viviendo una gestación, que no significa solo biología.

*** Significa preparación, crecimiento.**

Durante un embarazo, no solo crece el niño. Hay también un crecimiento espiritual de la madre, e incluso de la pareja. Aquí es igual. Aunque no tengas recursos físicos, e incluso afectivos, como las ecografías en las que vas viendo crecer al niño. Yo no noto las pataditas, no noto crecer la tripa, pero me he buscado algunos recursos que me hacen sentir cada día más unida a mi hija. Y esa unión previa se da casi siempre en la adopción. No te limitas a vivir tu vida habitual esperando a que te llamen los servicios sociales como si te fuera a llegar un paquete de una mensajería. Ya te sientes madre o padre, el noventa y nueve por ciento de los casos se viven así.

*** ¿Cuál es el papel de los abuelos?**

Tienen un papel clave. En primer lugar hay que tener en cuenta que la adopción es una decisión Ubre de los padres en la que no intervienen. A ellos se les da hecho, les parezca bien o mal. Y además de no ser un nieto biológico, podrá ser de raza negra o de rasgos orientales, o hablar un idioma completamente diferente al nuestro.

A la mayoría de los abuelos, sin embargo, todas estas circunstancias les dan exactamente igual y por eso son un ejemplo de generosidad extraordinario. Para ellos, la aceptación del nieto adoptivo suele ser natural y con su ejemplo se demuestra una característica de la generosidad: que es una consecuencia, un síntoma del amor. Los abuelos aman a los nietos porque aman a los hijos. Mis padres están felices. Ellos están siendo mi gran apoyo. Quizá al principio tenían un poco de miedo por cómo podría afrontar yo sola todo lo que implica tener un hijo. Pero me di cuenta de que estaban convencidos cuando, con toda naturalidad y, desde luego, muy orgullosos, empezaron a contar a todo el mundo que iban a ser abuelos. Cuando se refieren a la niña jamás dicen «tu hija» sino «mi nieta». Ellos me van a

acompañar a México a encontrarme con mi hija, a pesar del pánico que tiene mi madre al avión.

También muestran su generosidad los amigos, que tienen que explicar a sus propios hijos cómo y de dónde viene este nuevo amiguito, y aceptar la nueva situación en la que les ponemos. Algunos amigos míos hasta han comprado a sus hijos cuentos sobre la adopción.

También los abuelos y los amigos participan en este proceso de gestación. Y las personas que te acompañan, por ejemplo, porque vuelven de vacaciones y te traen un recuerdo de México, o quienes te dicen: «Esta noche rezaré por tu hija». Para los que somos creyentes, la oración es una forma de dar. Pero también existe una vinculación, como una hermandad, entre la mayoría de los seres humanos que si no es religiosa es espiritual. Mucha gente te ayuda sin darse cuenta, generosamente, mostrando cariño a una niña a la que no conocen, queriéndola porque yo la quiero. Ese colchón de amor espera a mi hija aquí cuando llegue. ¡Va a ser una niña muy querida!

*** María Ángeles, ¿qué es para ti la felicidad?**

Ahora mismo, tener a mi hija. De verdad que sí. En los momentos bajos, recorro mentalmente las siete horas que nos separan de México y pienso: ahora se estará levantando, tal vez hay alguien a su lado que canta una canción... Yo desde luego le voy a cantar muchas. Siempre me ha gustado muchísimo la música mexicana, pero es que ahora ya la adoro. Cuando adoptas a un niño en un país extranjero, no solo traes al niño, también traes sus raíces, su cultura. Yo no he estado nunca en México, pero es la patria de mi hija y ya la veo como mi segunda patria. Mira, llevo su bandera en una pulserita. Me parece que así establezco vínculos. Me intereso por la historia y la gastronomía de México, por el cine... El momento de elegir un país para adoptar te obliga a informarte sobre ese país, a leer. Te vas a vincular con ese país para siempre.

*** Es curioso porque mi primer hijo nació en Madrid, pero yo viví el embarazo en Tenerife y para mí todo lo que tiene que ver con las islas Canarias es precioso.**

¡Claro! Yo voy por la calle y distingo el acento mexicano de cualquier otro. México es el país de ella y siempre lo será. Procuraré que tenga doble nacionalidad, que en este caso sí se puede. Quiero que ella se sienta orgullosa de ser de allí, aunque no haya podido vivir, o mejor, aunque haya tenido la

oportunidad de vivir en otro sitio. No quiero que renuncie a sus raíces. El último capítulo de mi libro sobre la adopción se llama *Quiero conocer el lugar donde nací*, y comienza con una frase de Carlos Fuentes, el escritor mexicano: «¿Recordarás el país? Traerás los desiertos rojos, las estepas de tuna y maguey, el mundo del nopal, el cinturón de lava y cráteres helados, las ciudades de tezontle, los pueblos de adobe, los valles dulces del trigo y el maíz... tu tierra».

Cuando mi hija sea mayor y lo lea, le diré: «Que sepas que estaba pensando en ti».

*** ¿Por qué has escogido México?**

Al principio lo había descartado. Yo pensaba que en México no se podía adoptar y además, como es un lugar fascinante para mí desde siempre, por su música y su cultura, no quería que me condicionase ese interés para escoger el país. Un error, porque esa vinculación previa y ese interés te vienen muy bien durante el proceso. Yo me sentía preparada para cualquier país del mundo. Tuve que escoger un Estado que aceptara a personas solteras y, al final, opté por México. No creo que sea casualidad. Y estoy muy contenta. En México los orfanatos se llaman casa hogar o casa cuna y eso para mí dice bastante. Cuidan bien a los niños, hasta donde yo sé, porque es un país muy grande. Mi hija es de Querétaro, del centro del país, al noreste de la capital. Y no le voy a cambiar el nombre, voy a respetar el nombre que tenga, María, o Guadalupe, o el que traiga, su identidad. Te sacó de tu país y te despojo de tu nombre..., me parece una actitud un poco más egoísta.

*** ¿Te has dado cuenta de que se te está poniendo aspecto de mexicana, morena, con los ojos muy grandes...?**

¡Cómo que en Bilbao se quisieron hacer una foto conmigo unos mariachis!

*** ¿Te has planteado alguna vez qué pasaría si la niña quisiera conocer a sus padres?**

Haré todo lo posible porque si quiere, pueda. Con miedo, ¿eh? Yo creo que si hay algún miedo en la adopción es ese. Pero el verdadero problema es el propio miedo, que el niño que ha sido adoptado vea que algo se le oculta. Si ella en algún momento me dice que quiere volver a México a conocer a sus padres biológicos, yo la tendré que ayudar, aunque no me resulte fácil. Por supuesto, desde la responsabilidad, intentando conocer antes las

circunstancias y teniendo en cuenta la edad que tenga ella cuando eso se plantee. Si ha habido algún problema grave de fondo, por el bien de la niña hay que controlar muchas cosas. Es importante para un niño conocer la realidad de la adopción, conocer las circunstancias por las cuales tuvo que ser adoptado, en el momento en que las pueda asimilar, y no idealizar a la familia de origen, sino verla en su realidad, ni más ni menos. Lo que hay que hacer ver es, en cualquier caso, a la mujer que siguió adelante con el embarazo. Para mí esa es la verdadera generosidad: tener a un hijo en el seno nueve meses y decidir darle la oportunidad de vivir en otra familia. No voy a juzgar a los padres biológicos de mi hija, haya pasado lo que haya pasado, y agradezco a esa madre que la haya llevado en el seno nueve meses y no se la haya quitado de en medio. Su madre biológica quiso que ella naciera y procuró que tuviera una vida mejor. Generosidad es eso.

Esta entrevista sabe a poco. Me parece que es difícil leerla sin emoción. Yo la escuché con emoción, la transcribí desde la emoción y soñé con México aquella noche. María Ángeles no define realmente la generosidad, solo pone un ejemplo, y otro, y otro, y otro. La generosidad se vive y se hace, no hay palabras para definirla. Y siendo así, ¿para qué serviría ahora una conclusión teórica? Mejor leer la entrevista muchas veces, saborearla.

María Ángeles, pequeña queretarana, que estáis unidas ahora por las manos de Dios, *ojalá que os vaya bonito*. Por favor no dejéis de contarnos vuestra historia.

* Apuntes

María de los Ángeles Fernández Muñoz (Madrid 1972) es periodista, licenciada en Ciencias de la Información y diplomada en Enfermería. Comenzó sus trabajos como periodista en 1994 en Radio Televisión Diocesana de Toledo donde dirigió y presentó los programas *La familia de la tarde*, *Los signos de los tiempos*, *En familia*, *Cultura de la vida*, y la tertulia sociopolítica *La voz a ti debida*, emitidos también por la cadena de televisión internacional EWTN.

Ha dirigido los documentales *Testigo de esperanza*, sobre Juan Pablo II, y *Peregrinos en Tierra Santa*.

Desde el año 2001, dirige y presenta el programa *Últimas preguntas*, de La 2 de RTVE.

Es autora del libro *Adopción*, de la editorial San Pablo. Colaboradora en distintas publicaciones, como la revista Signo y el semanario mexicano El Observador de la Actualidad.

Desde septiembre de 2008, dirige y presenta el programa *Frontera*, en Radio Nacional de España.

I de identidad



Ana Isabel Saz Marín

habla de la identidad en la adolescencia

«Es importante reconocer que lo que nos ha servido a nosotros no tiene por qué valer para nuestros hijos. Podemos transmitirlo de la manera más sincera pero como historia de vida nuestra, no suya. Y eso cuesta».

«Lo que nos ha servido a nosotros no tiene por qué valer para nuestros hijos». La afirmación que encabeza este capítulo podría parecer contradictoria. Si estamos hablando de transmitir valores, ¿no deberíamos suponer que son siempre iguales? Pues sí y no.

Los grandes valores han sido siempre válidos y lo seguirán siendo, pero deben aplicarse en contextos diferentes para cada generación. Solo podremos educar bien si comprendemos que el camino de nuestros hijos no es igual que el nuestro.

Los valores empoderantes son herramientas para gobernar la vida, y la de nuestros hijos es suya. Las circunstancias en que deben poner en juego los valores son las suyas. Y en el caso de los adolescentes, el tiempo es suyo. Cuando los adultos decimos «en mi época», «en mis tiempos», estamos evocando nuestra adolescencia, el momento vital en el que ellos se encuentran ahora. Hay que tenerlo en cuenta.

La clave de la paternidad es la renuncia. Todo el amor y la protección del mundo no nos permitirán vivir la vida por nuestros hijos, evitar que cometan errores o librarles de las decepciones. Y así es, por duro que parezca, como debe ser. Ellos son sujetos activos de su vida y en el momento adecuado deberemos otorgarles el *derecho de gobierno* del que nosotros hemos disfrutado también.

Ana Isabel Saz Marín nos aclara muchos conceptos que a veces cuesta reconocer cuando un adolescente se enfrenta a la búsqueda de su propia identidad con el pensamiento lógico de un adulto, la explosión de sus cambios

fisiológicos y la ambivalencia entre las ganas de volar y las de sentirse seguro.

Ana y yo nos conocimos en un tren camino de Sevilla. De la sintonía inmediata surgió esta entrevista. ¿Por qué nos gustará tanto llamar casualidades a las *causalidades*?

Estuvimos juntas una mañana casi entera, en su despacho del gabinete psicológico que dirige en Madrid. Ana quería hablar de la identidad del adolescente porque es su opción profesional, pero también es un viaje apasionante que comienza en su propia adolescencia. Para ella no ha sido casualidad.

*** Me gustaría oírte hablar sobre adolescentes e identidad, como algo en lo que se puede ayudar a los hijos a decidir pero también algo en lo que te debes apartar...**

... Para dejarles volar. Probablemente la gente me conoce a través del programa de televisión y por mi trabajo con adolescentes fundamentalmente. Es curioso que yo haya terminado trabajando con adolescentes, por lo menos a mí me lo resulta, porque yo tuve una adolescencia no conflictiva pero sí dolorosa. La vida tiene muchos símbolos, va dejando marcas a través del camino y tal vez ha sido un destino esto de trabajar con adolescentes y con papás en apuros que no saben muchas veces dar respuestas adecuadas aunque probablemente en el deseo sí las tengan claras. Yo creo que los papás de ahora muchas veces se preguntan si hoy la adolescencia es diferente de la de otras épocas.

*** ¿Y lo es?**

Yo creo que no. La etapa como tal es la misma, los cambios son los mismos, lo que pasa es que, en la medida en que hemos cambiado todos, han cambiado también los jóvenes. Pero ellos son la respuesta a lo que nosotros como adultos les estamos ofreciendo. Esa rabia que decimos que tienen, esa imagen tan brusca y tan potente que muestran, es el reflejo de la nuestra. Muchas veces los papás se encuentran que, de un día a otro, el niño cariñoso y receptivo se ha convertido en otro ser completamente diferente. Yo pongo en duda este cambio radical porque creo que la historia de cada uno va dando

pistas que no escuchamos. Cuando los adolescentes llegan a esa etapa de furor, de romper barreras y de explorar todo con esa fiereza que les caracteriza, han ido antes dejando pistas de sus malestares en la infancia y no les hemos prestado demasiada atención, no les hemos estado mirando.

*** Mirando. A mí me parece que esa es una palabra clave.**

Y no solamente hablando de adolescentes. Yo creo que todos tenemos una carencia emocional importante. Yo al menos la veo en el trabajo con adultos. Los hándicaps siempre vienen de ella. En el fondo de todos hay un residuo de no haber aprendido a hablar emocionalmente, a expresar, a mirar al otro de una forma no dañina, a entender por qué el otro ha hecho determinadas cosas, y yo creo que el proceso terapéutico funciona cuando coloca esos roles: quién he sido yo, por qué hago lo que hago, por qué decido lo que decido, por qué siento lo que siento. Mucho del trabajo familiar, que a mí me apasiona y me alimenta muchísimo, es ese proceso de los padres que vienen a la consulta preocupados y te dicen: «A mi hijo le pasa algo, está rebelde, consume algo, tiene malas compañías, me resulta incómodo...», y me piden algo así como «toma a mi hijo, dale una mano de pintura y devuélvemelo tal como era, porque antes era bueno y ahora no sé a qué extraño tengo en casa». Lo primero que yo dejo claro es que ese proceso no es algo individual del chaval, tenemos que hacerlo todos, aunque no sea sencillo. De hecho, muchas veces un progreso se detiene cuando los padres ponen una pared y dicen que ahí no entran, que ellos son buenos padres y lo están haciendo lo mejor que pueden. Por supuesto, yo eso nunca lo dudo, pero cuando los padres no responden el chico tampoco lo hace. En todo el camino que padres e hijos hacen juntos se desata mucha emoción, es bonito verlos buscar un consenso, escuchar lo que el otro tiene que decir, no solo lo que yo tengo que reclamar, ver cómo las mismas posturas del cuerpo van variando y entra en juego el tacto, la comunicación no verbal, en la que sin darnos cuenta decimos cómo nos sentimos y cómo vivimos. Esta expresión del cuerpo debemos tenerla en cuenta al relacionarnos con nuestros hijos.

*** Porque también el cuerpo expresa el amor.**

Sí. Aunque hay un mal endémico de muchos papás, seguramente percibido como amor pero que es posesión, y es esa sensación de que los hijos son nuestra continuidad y querer aferrarlos excesivamente, dar nuestros conocimientos, nuestra experiencia y nuestra historia como parte de la de

ellos, más allá de la transmisión de lo que les pueda valer; convertir nuestra experiencia en dogma de fe o en regla de comportamiento. Es importante reconocer que lo que nos ha servido a nosotros no tiene por qué valer para nuestros hijos. Podemos transmitirlo de la manera más sincera, pero como historia de vida nuestra, no suya. Y eso cuesta.

*** Mi historia sirve para que tú la conozcas, la pienses y la adaptes, pero no para que la copies. No podemos vivir la vida de nuestros hijos. Es una buena reflexión.**

Yo soy mamá. Por eso sé que te encuentras con sentimientos contradictorios. Un adulto sabe muchas cosas, pero luego, en el día a día, al ponerlas en práctica dice: «Bueno, pero ¿y lo que duele esto?». Yo tengo a veces esa sensación. Me encantaría poder construir para mis hijos una urna de cristal transparente para que pudieran verlo todo pero donde estuvieran salvaguardados de todo lo malo.

*** Y que nada les salpicara. Es el sueño dorado de todos los padres.**

Claro. Pero si se pierden lo malo se van a perder lo bueno. Yo he llegado a lo que soy hoy por todo lo que he vivido, bueno y malo, y probablemente más por lo que he vivido en negativo que por lo que he vivido en positivo. Mucho de mi carácter y de mi forma de sentir y de confrontar —estoy convencida— viene del dolor y no de la alegría. Me gustaría salvaguardar a mis hijos de todo mal, pero entiendo que son parcelas que deberán vivir. Esta aceptación es uno de los procesos más complicados y es difícil hacerlo bien. Dejarles caer, que sepan que estás y que si quieren tenderte la mano —no que se la tiendas tú— les vas a coger. Esto es sencillo de decir, pero...

*** Pero es inevitable. Cuanto antes se asuma, mejor.**

Ir solucionando los problemas de otro termina por incapacitarle y eso pasa factura. Terminas viendo que tu hijo no asume sus responsabilidades vitales. Llega a determinada edad y empiezas a quejarte de que no es responsable, no tiene iniciativa, no afronta las situaciones, no ha madurado, pretende que se lo solucionen todo... Cuando examinas el día a día de esa familia, encuentras que con catorce años le siguen eligiendo la ropa y recogiendo la habitación, le siguen preguntando la lección e intentando elegirle los amigos. Entonces está claro. En teoría, tú quieres que tu hijo sea responsable y maduro, pero en la práctica no le dejas. Comprender esto no es sencillo.

*** Cuando entrevisté a Carmelo Gómez para este libro me decía: somos mucho más lo que se nos ha negado que lo que hemos recibido.**

Y hay que tener en cuenta que, en los adolescentes, la prohibición aumenta el deseo. Cuando llegan determinadas edades, si los padres siguen resistiendo en una posición de poder sin entender que hay que ir cediendo parcelas en cuanto los hijos van dando muestras de responsabilidad, provocan un enorme deseo de saltarse las prohibiciones, porque el adolescente siente que puede con todo. Y no viene mal recordar que esto nos pasaba también a nosotros a esa edad.

*** Es verdad. Yo nunca me he sentido más madura que cuando tenía quince años. Desde entonces para acá ya no tanto, claro.**

Puedes con todo, tomas posición con una valentía extraordinaria. «Nacemos incendiarios y morimos bomberos», dice el refrán. Hacer de vez en cuando un repaso de las propias emociones y rebeldías —de las ganas que tenías de luchar y contra qué— es un proceso sano para los padres. Y la adolescencia debe ser así. Si no tienes nada contra lo que luchar no creces. Y como la posición más firme y más clara es la de tus padres, que son tu referente, tienes que mostrarte rebelde ante ellos.

*** Ese es uno de los aspectos que me gustaría que quedaran más claros: los padres somos los referentes de los hijos. Tenemos que tomar este papel muy en serio.**

Conviene tener en cuenta que somos el reflejo de lo que recibimos, y esto no es una frase. Todavía me asombra encontrar a padres que no ven el vínculo entre lo que son ellos y lo que son sus hijos, que no ven lo que les están ofreciendo, no ven una línea clara entre la actitud de sus hijos y su propia actitud de cada día, en todo y con todos, no solo a nivel familiar: cómo participan ellos, cómo cuentan con los demás. Y sin embargo, la relación es casi matemática. Que haya padres que —a veces por una ceguera impuesta, porque esta reflexión implica *mirarse*— no tengan claro que su hijo es, en gran parte, él mismo pero también es lo que ha recibido... Y que si yo no le he permitido tomar decisiones porque me he puesto por encima de él siempre y he decidido por él, va a llegar un momento en que no sabrá tomar una decisión, y entonces me voy a quejar de que no es responsable... Es fundamental tener clara esta premisa para ser más consciente. En general, es necesario que los padres sepamos hacer un poco de autoanálisis: cómo estoy,

dónde estoy, si voy por el camino por el que quiero ir, si tengo lo que quiero, si ofrezco lo que quiero... Cosas muy sencillas. Muchas veces en los encuentros que tengo con padres, les pregunto: «¿Qué queréis para vuestros hijos?». Y siempre salen las verdades universales: que sean felices, que sepan tomar decisiones, que tengan una vida próspera, que logren sus sueños, que luchen por sus metas... Lo que todos queremos. Y entonces, les pregunto: «¿Y qué hacéis en el día a día para conseguirlo?». Y enseguida sale la reflexión: «Pues la verdad es que yo no los valoro tanto como debería, o no los trato con la dulzura que luego por la noche, cuando estoy más tranquila, pienso que me hubiera gustado tener». Y sin embargo es ahí, en el poquito a poco de todos los días, donde debo ir entregándoles lo que se supone que les quiero entregar. Y no es tan complicado. Se trata de despojarse de toda la parafernalia social que nos envuelve, de los ritmos, de esos «logros» que ni siquiera sé si son los que yo quiero, y mirar un poco más el minuto a minuto, mirar más dulcemente dónde vas poniendo cada paso.

*** ... Porque eso también te hace más feliz a ti.**

¡Claro! Al final del día, si uno hace un pequeño ejercicio de qué ha sido lo malo, qué ha sido lo bueno, qué matizaría..., al día siguiente va a empezar de otro modo. La autoconsciencia. Porque si no, sigues por el camino trazado para luego tener un sentimiento de culpa que se traslada a los hijos. Posiblemente este autoconocimiento sea el mejor regalo que uno pueda hacer a la educación de sus hijos. Yo lo practico en mi familia, y aunque mis hijos son muy chiquititos les digo: «Vais a recibir todas mis miserias y todas mis virtudes; algunas cosas os perjudicarán y posiblemente otras os engrandezcan». Tengo claro que tenerme a mí como madre les dará mi poso de dulzura, pero también mi poso de visceralidad, que lo tengo aunque lo intente matizar. Ya me gustaría darles solo lo mejor, pero para ellos es importante también recibir mi realidad y palpar y sentir dónde han caído. Pero debo ser consciente de que no les puedo traspasar mis temores, que es otra de las cosas en las que debemos hacer hincapié.

*** El miedo a los perros o a las tormentas, que parece hereditario, es educacional.**

Nos gusta creemos absolutamente individuales y no nos damos cuenta de que somos eslabones de una cadena. Cuanto más me afianzo al de al lado con limpieza, más estirada está la cadena y más lejos llega.

*** Yo creo que debemos ser conscientes de que durante el proceso en que nuestros hijos crecen y maduran, también nosotros maduramos. Nuestra vida avanza. Si estamos viviendo el espectáculo extraordinario de ver crecer a los hijos, no podemos pasar de largo por nuestra propia transformación. Este «conocerse a uno mismo» del que tú hablas me parece fundamental.**

Ver crecer a los hijos sanamente es un premio, un gran regalo de la vida. A veces, cuando me dicen: «Yo he sido la misma madre para unos que para otros...». ¡No! ¡Nunca! ¡Si yo no soy la misma hoy que mañana! Desde luego, voy a intentar inculcarles los mismos principios, voy a intentar conseguir los mismos objetivos, pero no soy la misma. No soy igual como madre de un solo hijo que cuando nace el segundo, porque he crecido o decrecido, me he buscado o me he dejado de buscar, he avanzado en la misma dirección o he cambiado de dirección...

*** Algo tan sencillo como que eras madre de un solo hijo y ahora tienes dos.**

Y si te pones a hablarlo con las madres, es así. Al primero le sobreproteges, te agobia su llanto...

*** ... Desinfectas veinte veces al día el chupete.**

Y con el segundo respiras. Nadie puede mantener que somos los mismos, como la vivencia de la pareja no es la misma. La vida nos modifica, nos enriquece, nos transforma. Y si no, seríamos exactamente iguales siempre. Te vas moldeando a la par que se moldean tus hijos a tu alrededor y desde muy temprano vas viendo su propia independencia de personas distintas a ti e individuales. Sus propios logros de evolución están más allá de ti como padre o como madre y tú solamente los descubres.

*** ¿Cómo deben enfocarse los amigos?**

Es un tema importante.

*** Por ejemplo, si no te gustan sus amigos, ¿hay que intervenir?**

Pues depende del nivel de riesgo que estemos manejando. Si hablamos de simple incomodidad porque las pintas de sus amigos no me gustan, tal vez

hay que poner en juego el respeto y entender que las alas se empiezan a abrir y que está haciendo ya sus propias elecciones, y ya va viendo en sus relaciones lo que le aportan y lo que no. Nuestro hijo no puede cerrarse en el tipo de personas que nos gustan a nosotros, los que consideramos adecuados, que es algo que se sustenta en intuiciones y no tiene base científica.

Cuando hablamos de mayor riesgo y los padres concluyen que la gente con la que se mueve su hijo es perjudicial, hay que mirar hacia atrás. Hay que mirar por qué. Recuerdo una chica con una historia vital aparentemente normalizada que un año ve cómo empeora su situación académica, que se ve rechazada por un grupo importante de compañeros, que no lo cuenta en casa y a partir de entonces empieza a relacionarse con los *malotes*. En principio no se le da más importancia, pero en muy poco tiempo abandona los estudios y empieza a relacionarse con un grupo en una situación de riesgo profundo, de situaciones de abandono familiar, de consumo de sustancias... Los padres vienen a consulta y me señalan que la situación de su nena se debe a la relación que tiene con este grupo. No, no es tan sencillo. ¿Por qué se encuentra ella a gusto ahí? ¿Por qué está dónde está? ¿Por qué lo ha decidido así? Pues para salvaguardarse de la comparación, para salvaguardarse de la diferencia, para salvaguardarse de la sensación de que no es nadie, de que en casa las cosas no son como deberían, de una figura paterna ausente... Había que conocer todas esas lagunas. La solución no es simplemente arrancar a la nena de la situación en que está, sino hacer un trabajo emocional, para que ella cree los recursos para no necesitar meterse en una ciénaga. Yo creo que si no trabajas eso... Recuerdo que la madre me decía: «Cojo a la niña y nos escapamos». ¿Y después? Porque el residuo lo llevas contigo. «Pero es que vamos a darnos un tiempo». ¿Para qué? Si hay un trabajo por debajo, de las emociones, del concepto de uno mismo, tiene sentido desubicar a alguien, pero si no, el problema seguirá estando. Estamos acostumbrados a ir solo al síntoma. ¿Estás nerviosa? Toma una pastilla.

*** Y es un mensaje peligroso. ¿Estás triste? Bebe.**

El síntoma desaparece con la medicación, pero ya aparecerá por otra parte. No vale una capa de pintura en una pared que está crujiendo. Hay que aprender a sacar, a entender lo que nos pasa.

*** También hay que saber acudir a un profesional cuando sea necesario.**

Sí. Debemos dejar de endiosar la figura de determinados profesionales, aunque sea a costa de admitir que, como padre, yo no puedo, que todo lo que yo sé no ha funcionado. Los profesionales te pueden ayudar a enfocar las cosas de otro modo, te pueden dar pautas que tú no conoces, te pueden decir cómo romper resistencias, e incluso te pueden ayudar a conocerte mejor.

*** A veces falta el diálogo en casa pero se recibe fuera demasiada información, como sucede, por ejemplo, en el tema de la sexualidad. ¿Cómo debe abordarse?**

Efectivamente, hay un exceso de información, hay demasiado ruido, y ahí tengo claro que debemos estar los padres para canalizarlo. El tema de la sexualidad hay que hablarlo desde siempre. Mis propios hijos me están sorprendiendo ya con preguntas que yo, en vez de contestar de forma rápida para salir del paso, tengo que pensar para ver qué les cuento y qué no les cuento. Se habla con los hijos menos de lo que decimos que se habla. Se habla de sexualidad desde la prohibición, como se hace con las drogas o con los temas complejos.

*** Que además de complejos son cotidianos.**

Son cosas que nuestros hijos van a tener que abordar. Las respuestas sobre el tema de la sexualidad tienen que ser tan limpias, tienen que ser tan... limpias. Es que no encuentro otra palabra mejor. Una respuesta blanca, pura, de transmisión: has de quererte, has de respetarte y deberás ir decidiendo según la vida te vaya poniendo las cosas delante, con toda la naturalidad del mundo y con toda la emocionalidad del mundo. Porque, muchas veces, al hablar de sexualidad pensamos que tenemos que trasladar el manual de sexo y de métodos anticonceptivos. Probablemente esta información está bien ofrecerla, pero cubierta de otro tipo de reflexiones: el significado de tomar decisiones conscientes, asumiendo lo que pueda pasar después. Probablemente esta es una de las cosas más importantes que los adolescentes deben aprender: que todas las acciones pueden tener consecuencias y que solo soy maduro cuando asumo las consecuencias de mis acciones. Y en este tema, más. Hoy despiertan con más prontitud porque también les estimulamos desde mucho antes en todos los sentidos. Les sobreexcitamos porque son un perfil consumidor y en ellos todo tiene que ser rápido para pasar pronto a lo siguiente, una cuestión natural a la propia adolescencia: todo tiene que ser *ahora ya*. La visión a largo plazo en la adolescencia no existe.

*** No la pueden tener. Es que cinco años son un tercio de su vida.**

Yo creo que, como todo, es una cuestión de sedimento. Y cuando ellos han visto hablar de amor y de pertenencia, y han sentido el calor en casa y el compartir, y se han sentido respetados y han podido participar en las decisiones, que aumentan el respeto por uno mismo, ellos saben ser capaces de tomar decisiones.

*** Yo también lo creo así. Cuando ayudas a un hijo a hacerse responsable dándole las responsabilidades adecuadas, que incluyen la que tienen sobre su propia vida, ellos «responden».**

Son importantes los modelos. Si yo como madre, con mi hija rondando por ahí, cada vez que me acerco al espejo digo: «Ay, qué gorda estoy, qué horrorosa», esta falta de respeto que estoy teniendo conmigo misma, mi hija la va a interiorizar y la va a convertir en normal. Está en mi vida y tal vez termine estando en la suya. Si yo no sé resolver un conflicto en casa y estoy siempre con las disputas, si cuando me enfado con mi pareja doy un portazo y me voy, yo les estoy mostrando una manera de desenvolverse en la vida. Creo que es fundamental tratar las cosas con naturalidad y recordar cómo eras tú y si te gustó cómo te trataron y lo que te dijeron. Siempre te vas a encontrar con el que te dice: «Pues a mí no me dijeron ni media palabra de sexualidad y estoy estupendamente, me he casado y he tenido hijos». Bien. Pero ¿hubiera estado mal que alguien que te quisiera te hubiera explicado lo que estaba mal, lo que estaba bien, si te sentías pleno o te hacías daño? Eso nunca está de más. Somos seres sexuados y antes o después vamos a despertar a la sexualidad con más o menos información, con buenas referencias o sin ellas. Lo vamos a hacer, pero ¿qué tal si les ayudamos a vivirlo de una manera emocional también?

*** Vamos a mandar un mensaje a los padres de adolescentes en busca de su propia identidad. Me gustaría que les dijeras algo así como: no te preocupes, nunca es tarde.**

A mí hay una máxima que me vale, que me enriquece profesional y personalmente, y que además me encanta, porque te hace mirar hacia adentro: lo importante es lo que yo puedo ofrecer, lo que yo estoy aportando y lo que yo es necesario que aporte, más que mirar lo que tú estás aportando o dejando de aportar. Si esa máxima la tuviéramos todos y en las situaciones de

conflicto, en vez de mirar la imperfección del otro, mirara cómo puedo yo plantear la situación para enriquecerla y para construirla de otro modo, no habría conflicto. Es una cuestión de empatía, de ponerse en el lugar del otro, que no quiere decir compartirlo al cien por cien sino entender su perspectiva. Así es muy complicado llevarse mal. En realidad es lo que persigue todo padre que quiere ser bueno para sus hijos: tener una situación de crecimiento saludable y enriquecimiento personal para que posteriormente, y por muy doloroso que sea, podamos abrir la puerta y decirles: vuela, hijo, ahora sí. Como lo hice yo en su momento. Tú y más.

* Tú y más. Qué bonito, Ana.

Más de cantidad; más de diferencia. No eres una prolongación de mi historia, tienes la tuya propia. Yo te voy a ver en la distancia porque tú eres absolutamente individual, como lo soy yo.

El hijo adolescente. Ni adulto ni niño, ni desvalido ni experto, necesitado al mismo tiempo de libertad y de protección. Siempre juzgándonos. ¿Qué fue de mi chiquitín, de mi princesita? —decimos—. En realidad, los padres de adolescentes nos enfrentamos a un único y gigantesco reto: aprender a quererles tal como son en realidad, no como imaginábamos que eran cuando les cantábamos nanas en el regazo.

Gracias, Ana, por esta extraordinaria reflexión. Tú y más. Nos va a ayudar a todos.

* Apuntes

Ana Isabel Saz Marín es licenciada en Psicología en las especialidades de Psicología Clínica y Psicología Educativa, con formación complementaria en trastornos de la infancia y la adolescencia, mediación y terapia familiar, modificación de conducta, maltrato, abuso infantil y violencia familiar. Ha trabajado para centros de Servicios Sociales del Ayuntamiento de Madrid y es, desde hace ocho años, psicóloga clínica en el ámbito privado.

Ha publicado los libros *¿Quiere alguien explicarme qué es la inteligencia emocional?*, *Diccionario de Psicología*, *Anorexia y bulimia*, y *SOS Adolescentes*.

Ha dirigido y presentado en Cuatro Televisión el programa educativo *SOS Adolescentes*.

Colabora habitualmente en varias revistas, imparte cursos y es miembro de la Asociación Madrileña para la Prevención del Maltrato Infantil (APIMM) y miembro de la Comisión de Estrés

L de libertad



Juan Carlos López

habla de la libertad

«Hay que tener una voluntad de libertad como hay que tener una voluntad para cualquier otra cosa que sea un poco trascendente. Pero para eso hacen falta unas herramientas previas, unos valores».

A lo largo de este libro estamos relacionando unos valores con otros como si uniéramos las piezas de un rompecabezas, y vamos comprendiendo cómo se apoyan entre sí, cómo se necesitan y se fortalecen. Ahora debemos abordar la imagen real de lo que estamos construyendo.

Por eso ha llegado el momento de distinguir entre los valores que funcionan como herramientas y aquellos que constituyen un resultado. Podemos denominarlos *valores del camino* y *valores de la meta*.

Los *valores del camino* que han mostrado hasta ahora las entrevistas son la cultura, la disciplina, el esfuerzo, la esperanza, la familia, la generosidad, la identidad y los valores del deporte. Unas páginas más adelante, nos esperan la responsabilidad, la solidaridad, la tolerancia, la defensa de la vida, la voluntad y la austeridad. Son valores en los que debemos educar.

Con ellos se construye una vida plenamente humana, la que corresponde llevar a un ciudadano consciente, a una bella persona, a un hombre de paz, a un individuo Ubre. Estos son los *valores de la meta*, nuestras potencialidades llevadas a su efecto.

Y nos queda la fe, que es a la vez herramienta y meta porque se proyecta muy hacia dentro, hacia el universo desconocido de nuestro destino.

A Juan Carlos López, jurista, científico y filósofo, le ha tocado abordar la libertad considerada como valor referente de la vida humana. «Me has dejado lo más difícil», me decía durante la entrevista en su despacho del Tribunal de Cuentas. Pero él, que contrajo hace tiempo la *locura de aprender* y tiene una profunda cultura, nos brinda una reflexión muy clarificadora. No cabe duda, la libertad es el origen, pero también el resultado de poner en práctica los

valores empoderantes y, nos guste o no, la de nuestros hijos dependerá en buena parte de la educación que les demos.

*** A mí me parece que la libertad puede considerarse un «valor resultado», una consecuencia de la práctica de otros valores.**

Claro que es un «valor resultado», como tú dices. Pero debemos acotar la libertad como palabra, que es algo diferente a que un hombre o una mujer sean libres. Estaba pensando estos días atrás si debería refrescar lecturas antes de llegar a esta entrevista, pero al final he pensado que no, que era mejor hacerla sin lecturas previas.

Hay una cosa que debemos ver en primer lugar y es la propia etimología de la palabra libertad. Tanto en latín como en griego la libertad se define en negativo: «Libre es quien no es esclavo», y parece que no pudiera definirse de otra forma. El mismo Ortega, en su libro *La rebelión de las masas*, recordaba que a lo más que podemos aspirar es a sentirnos libres sin que el concepto «libertad», que es demasiado complejo, demasiado abstracto, demasiado genérico y demasiado utilizado, pueda llenarse con alguna definición plausible. Podemos ser libres, sentir que en algún momento hemos tomado una decisión libremente, de manera mucho más natural que preguntándonos qué puede ser la libertad en sí misma.

*** Me gustaría que avanzaras un poco por esta vía de ir haciéndonos libres.**

Evidentemente, y tal como decías antes, ser libre es un resultado. Está claro que no vamos a hablar aquí de una libertad meramente física, sino de una libertad intelectual, de una posición mental, una vivencia. La libertad en ese sentido precisa en primer lugar de un gran nivel de conocimiento y eso es posiblemente lo más complicado. Precisa el conocimiento de todo lo que nos han dicho y de todo lo que hemos ido experimentando durante la vida y sobre lo que hemos hecho una reflexión. Por tanto, podemos decir que de alguna forma nacemos *no libres* y vamos conquistando la libertad a lo largo de la vida.

Por supuesto, aquí se nos plantea el primer escollo, que es la relación entre la libertad y el determinismo, un problema que no ha resuelto aún

ningún filósofo. Espero que no haya nunca un científico que nos demuestre que también existe una parte del cerebro que condiciona nuestra voluntad de ser Ubres, porque sería un descubrimiento espantoso. Yo tengo familiares cercanos que me dicen que la fuerza de voluntad y la libertad son algo que no podemos controlar nosotros porque nos vienen ya dadas. Yo me rebelo ante ese determinismo, me rebelo completamente, porque si eso fuera cierto, entonces no sé exactamente para qué viviríamos. Pero tampoco vamos a negar que cada ser humano nace con unas circunstancias concretas y con unas diferencias en su entorno, y que le influyen desde su salud hasta la educación que recibe o la sociedad de su época, pero esas referencias no le van a impedir ser capaz de tomar aquellas decisiones que le parezcan más en consonancia con el mundo que le rodea, e incluso a renunciar a la libertad, si eso es lo que quiere.

Recuerdo una película española, en la que Fernando Fernán Gómez interpretaba a un sabio profesor de Latín ya jubilado que decide de manera voluntaria ponerse al servicio de un joven político para escribirle los discursos a cambio de sustento y habitación, y de alguna forma se convierte en su esclavo. Y cuando el asunto se descubre y se organiza un escándalo monumental, dice Fernán Gómez, que hace una genial interpretación: «No tengo libertad ni para dejar de ser Ubre». En ese caso, esa falta de libertad era deliberadamente buscada, decidida con el suficiente conocimiento e información. Era una *falta de libertad libre*.

*** ¿Libertad es querer ser lo que se es, como también decía Ortega?**

No estoy del todo convencido. No creo que sea suficiente. A lo sumo puede sentirse Ubre quien se siente a gusto con lo que está haciendo en cada momento y no pierde una voluntad constante de superación. Pero me estás abocando a que te dé una definición.

*** No, no vamos a definir la palabra, sino a llenarla de contenido. De hecho, ya hemos incluido en la libertad una primera cosa: la formación, la cultura.**

Sí, esa es la cuestión previa, la base de todo: la formación que hayas recibido. Y me parece que en ella está también el principal escollo de la libertad. ¿Cómo se consigue ser Ubre si no hay una educación previa que te favorezca? Pues, posiblemente, de ninguna manera. A no ser que creyésemos que el

conocimiento es congénito al ser humano desde que nace, como un rasgo de intuición, pero no es así: es un proceso vital.

*** Me estás diciendo también que hay una voluntad de libertad que se va manifestando a lo largo de la vida.**

Hay que tener una voluntad de libertad como hay que tener una voluntad para cualquier otra cosa que sea un poco trascendente. Pero también para esa voluntad hacen falta unas herramientas previas, unos valores.

*** Unos valores que se pueden educar.**

¡Claro que se pueden educar! ¡Se deben educar! Es fundamental una educación que sea lo suficientemente honesta para estar abierta a las diferentes formas de pensamiento a través de los siglos, una educación seria, profunda, que permita a un joven optar, elegir una manera de vivir con todos los condicionantes que conlleve. Una educación que te permita un ámbito de libertad interna y un ámbito de comunicación con los otros.

*** Vivimos en una sociedad muy compleja que nos impulsa a consumir demasiado, a pensar poco. ¿Se puede educar para la libertad hoy en día?**

¿Por qué no? ¿Cómo que no? ¿Cuál es el inconveniente para poder sentirte realizado con una elección que has tomado desde la reflexión y el conocimiento? Yo disiento con la opinión mayoritaria: no creo que podamos decir «sociedad de consumo», sino personas que consumen mucho, personas educadas con determinadas actitudes y formas de vida propias del mundo occidental. En definitiva, la educación que se recibe desde pequeño marca el camino que vas a seguir. Se puede ser tan Ubre en una sociedad de consumo como en una que no lo sea. Al final, todo es lo que tú decides hacer sin que invadas el espacio vital de quienes te rodean, incluso consumir, porque es evidente que uno puede optar libremente también por consumir.

A mí me gusta incidir en la libertad interna, en la sensación que surge de la reflexión sobre el conocimiento.

*** Planteas otro componente de la libertad, el autoconocimiento, la reflexión.**

Claro. La reflexión es uno de los elementos que yo más echo en falta en el mundo de hoy.

*** Yo también. Dedico el libro a quienes quieren pensar sobre la educación.**

Me molestan mucho esos comentarios que escucho cotidianamente de personas que parece que repican, que repiten de manera automática lo último que han oído en el telediario o lo que han leído en el último periódico. Se piensa muy poco. Se reflexiona con muy poca profundidad porque eso cuesta, es un esfuerzo.

*** ¿Cómo se empieza a reflexionar?**

Primero con información adecuada, todo lo veraz que se pueda. Luego con el propio comportamiento en el día a día. Se aprende muchísimo del comportamiento de las personas, mucho más que de las palabras que te digan.

Es evidente la importancia de la educación que se recibe en el colegio, pero es solo una parte. El esfuerzo que tiene que hacer un educador lo resumiría como, en primer lugar, la transmisión de una información objetiva y, en segundo lugar, como una forma de comportamiento. Es complicado aunar ambas en un período escolar y por eso tener un buen profesor es una de las mejores cosas de la vida. Pero a pesar de su importancia, un padre debe ser consciente de que la educación de los hijos es un proceso integral. Trasladar al ámbito de la escuela la educación en unos valores que debe transmitir la familia es uno de los grandes errores de la educación de esta generación.

*** Me parece que la reflexión sobre uno mismo comienza con cosas sencillas, como que tu madre te haga notar que, después de jugar mucho rato con los videojuegos, estás alterado o nervioso.**

La verdad es que sí. Yo creo que nosotros recibimos una educación casi convencional, y después han venido nuevas formas de enseñanza, demasiado volcadas en reconocer los derechos del niño, que claro que los tiene, y olvidando los deberes. Yo lo noté en mi hijo, quizá porque es hijo único, y fui un poco duro con él en la manera de exponerle cuáles eran las razones del comportamiento, pero al final, e independientemente de las palabras que yo le pudiera decir o de mis consejos, si alguna vez sentí que le había fallado fue por un comportamiento mío, nunca por una palabra o una frase desafortunada en un momento dado. El comportamiento cotidiano es lo que un niño siempre va a entender perfectamente.

*** Creo que hemos encontrado otro componente de la libertad y es el reconocimiento de la constante presencia de los otros y de los vínculos que nos ligan a ellos, las obligaciones.**

Ese vínculo que te obliga a convivir con los demás no es incompatible con la libertad. ¿Por qué habría menos libertad con la existencia de un vínculo?

*** Bueno, hay un tópico que dice que la libertad debe estar desvinculada, que ser libre es hacer lo que te da la gana dentro de un perímetro en el que no entra nadie.**

No es tan complicado si seguimos por el camino de la libertad interior, que aunque parezca el más difícil, es el único que puede responder a estas cuestiones. Vamos a dejar de lado los aspectos externos más formales porque, si veo la libertad como un estado interior, ¿en qué la coarta el vínculo profesional que tengo yo con este despacho en el que estamos? ¿En qué me estorban todas esas obligaciones de mi vida que debo sacar adelante? Si creo que las tengo que hacer, al margen de las rebeldías, las haré de la mejor manera que me permita el margen de maniobra de mi vida. Porque está claro que tengo un margen de maniobra para decidir libremente cómo quiero yo hacer las cosas. Si negásemos ese margen de maniobra, si todo estuviese previamente determinado y marcado, tendríamos que acabar la conversación. Ya he comentado antes que me niego a aceptar que hay una predisposición genética o química en las neuronas de mi cerebro que condiciona las decisiones que tomo en la vida.

Yo tengo ahora mismo en el despacho a treinta personas que trabajan para mí. Por supuesto, establecemos entre nosotros unas relaciones profesionales que están regladas por las necesidades del trabajo concreto en un organismo administrativo, y en ese sentido están muy bien tasadas, pero, pese a todo, yo tengo un margen de maniobra en mi comportamiento con estas personas. Lo que intento es utilizar ese margen de maniobra para aproximarlos al mundo en el que yo me muevo, para que sea más eficaz el trabajo de cada día, pero, además, para que sean un poco más felices haciendo lo que hacen. Y para conseguir esto, sobran las palabras. Lo que yo les diga puede no importarles nada, pero sí notan la manera de comportarme. Si en un momento dado hay una situación de mucho trabajo, tienen que verme a mí trabajar y estar a su servicio. Lo único que importa de verdad es el ejemplo, y eso es tan válido para el que trabaja en una oficina como para el padre que educa a sus hijos. Y todos tenemos un margen de maniobra para hacerlo bien o mal. Es en el día a

día donde tenemos que hacer lo que debemos hacer; el gran pecado es no hacerlo. En lo cotidiano y pequeño, que a lo mejor nos parece que ha venido impuesto, aunque yo creo que no, que siempre hay una elección, que no es verdad eso de que siempre se está en un sitio *por casualidad*.

*** Acabas de incluir un ingrediente nuevo en el concepto de libertad: la responsabilidad.**

La libertad y la responsabilidad de cada uno de los seres humanos. Más allá de cualquier planteamiento y de las contradicciones aparentes, la propia libertad de cada uno es una responsabilidad adquirida. Y tengo que volver al principio: para avanzar por este camino tan difícil es necesaria una formación personal. Un proceso largo que empieza muy temprano —tal vez en la adolescencia, en esa primera vez que uno tiene la conciencia plena de que ya puede volar solo y es capaz de decir «Yo»— y que dura toda la vida.

Me acuerdo incluso de mi primer paso en ese camino de sentirse Ubre. Fue una tarde, yo tenía catorce años y estudiaba en el instituto Ramiro de Maeztu, y me fui a ver un partido de baloncesto con los compañeros. Recuerdo haber pensado: «Yo he elegido hacer esto está tarde». Así fue, con este pasito tan pequeño.

*** Un nuevo ingrediente para la libertad: la autonomía.**

Importantísima, por pequeña que sea.

*** ¿Por qué se consideran antagonistas la libertad y la disciplina?**

Es verdad que se suelen considerar antagonistas, incluso históricamente. Sin embargo, si considero la disciplina como sujeción voluntaria a una serie de requisitos para la consecución de un fin que merece la pena, entonces la disciplina es uno de los términos de la libertad.

A mí, la disciplina que he ejercido a lo largo de la vida, para estudiar y para avanzar, me ha hecho muy feliz. Debemos intentar no caer en la trampa de las falsas antinomias y tener la suficiente formación para reconocer el camino y seguirlo libremente. La libertad interior es claramente un valor resultado, como tú decías, y así hay que ver la utilidad de la disciplina también.

*** Sin embargo, precisamente por ser un resultado, tenemos que reconocer que una educación mal enfocada puede condicionarla mucho.**

Tienes razón. Es evidente que una formación como la que nosotros hemos recibido, abre ese margen de maniobra de libertad. Sin embargo, debemos reconocer la posibilidad de otros modos de formación y de cultura que pueden resultar útiles a las personas en otros ámbitos. Y si alguien no ha recibido ningún tipo de formación, tal vez debemos acudir a planteamientos sobre la esencia del ser humano.

*** O a lo mejor debemos reconocer humildemente los límites de la libertad como valor, reconocer que tiene requisitos. Se dice: «la verdad os hará libres».**

Cierto. Y si esto es así, y entendemos verdad como conocimiento o vivencia de algo, debemos reconocer que la libertad humana tiene requisitos previos.

*** La estamos enmarcando muy bien, pero hacemos muy responsable al educador.**

Es que su papel es fundamental. Y te lo digo porque yo tuve unos padres fantásticos y estudié en un colegio maravilloso en el que me enseñaron a reflexionar sobre la libertad. Fui educado en una institución que era religiosa pero a la vez era laica, en la que te daban toda la información que se podía dar, con una disciplina muy seria, casi de toque militar, de formar en fila a las nueve y a las once de la mañana, y a las cuatro de la tarde. Había unos castigos muy claros para las faltas de disciplina y de estudio, pero eran completamente proporcionados a la gravedad. Pocas veces en mi vida he sentido la sensación tan clara de lo que es la libertad y de cómo se aprende la libertad que en aquel Instituto Ramiro de Maeztu. Con todas las limitaciones del momento en que yo estudié, aprendí una serie de valores impagables y sobre todo este de la libertad.

*** ¿Y en qué momento supieron tus padres dejarte usar la libertad?**

No recuerdo que en ningún momento exacto me dijese: «Ahora, vuela». Pero sí depositaron tanta confianza en mí desde el principio, tenían un concepto tan bueno de mí, que fue mucho más un proceso de identidad mío que un momento de soltar la cuerda por parte de ellos. Si hubo un día concreto, yo no me di cuenta. El proceso de ir haciendo uso de mi libertad fue un elemento natural de la relación con mis padres.

*** Tenemos un componente nuevo para el edificio de la libertad y es importantísimo: la autoestima.**

Muy importante. Siendo consciente de tus límites también. Ese grado de satisfacción con lo que vas consiguiendo a partir de tu esfuerzo es una parte esencial del progreso personal.

*** Y será también importante no tenerle miedo a la libertad. ¿Existe ese miedo?**

Sí, y además desde las decisiones más pequeñas. El miedo a hacer uso de la libertad es frecuente, porque hay que asumir el reto y sus consecuencias. Incluso puede sentir miedo a gestionar la libertad alguien que se sienta interiormente muy libre. La libertad es difícil de gestionar, como lo son todas las obras importantes de la vida.

*** Porque tienes que asumir que la responsabilidad de lo que pase es tuya.**

No debemos buscar justificaciones, pero estamos acostumbrados a echar las culpas al empedrado o al gobierno o a las circunstancias. Porque lo que no es complicado es la falta de libertad.

*** Entonces, quedamos en que la libertad como valor tiene requisitos previos, que es un camino y una meta, que requiere formación, voluntad, responsabilidad, disciplina, autoconocimiento, vínculos, autoestima, valor... Me parece que la libertad es como un gran edificio en construcción, con cimientos sólidos, buenas vigas y ventanas grandes para que entre toda la información y la cultura del mundo.**

Me encanta la comparación. ¡Y nunca se termina de poner la última pieza en la cúspide!

El ser humano es Ubre en su esencia. Pero el disciplinado es más libre, el austero es más libre, el tolerante es más libre, el generoso es más libre, quien tiene voluntad de libertad se siente más Ubre. Los valores buenos empoderan la personalidad y... que venga la vida.

Con todas las piezas unidas, nuestro puzle muestra un ciudadano pleno, una persona bella y en paz, un hombre libre. Pero no está terminado aún ni lo estará nunca. Permanecerá siempre abierto, susceptible de mejora. Como recordaba Aranguren, el *éthos* —yo soy así— se cierra el último día de la vida.

* Apuntes

Juan Carlos López (Madrid 1952) es licenciado en Derecho, en Matemáticas y en Filosofía. Es auditor y letrado del Tribunal de Cuentas del Reino y miembro del Comité de Control Externo del CERN, Organización Europea para la Investigación Nuclear.

Ha publicado varios tratados jurídicos y prepara en estos momentos la biografía del jurista Mariano Zúñiga.

P de paz



Federico Mayor Zaragoza

habla sobre la cultura de paz

«La cultura de paz es una elección personal, una toma de posición que harán nuestros hijos cuando sean mayores. Para eso les educamos. Pero de momento tiene que ser una elección de los padres. Y de los políticos».

Federico Mayor Zaragoza, director general de la UNESCO desde 1987 hasta 1999, es uno de los poquísimos españoles que ha desempeñado responsabilidades internacionales al más alto nivel. Ha recorrido todo el mundo, ha estado —como en el poema de Kipling— con los reyes y con los mendigos, ha dedicado toda su vida a la paz entre los pueblos y continúa desbordante de pasión y energía.

He tenido el privilegio de entrevistarle en varias ocasiones. En la primera de ellas, me habló de su familia: de la tenacidad de su padre y de la clarividencia y sensibilidad de su madre, quien, antes de que se marchara a estudiar en la Universidad, le dio un solo consejo: «No aceptes nunca lo que juzgues inaceptable». Una exigencia sobre la cual Federico Mayor ha edificado toda su vida.

La tarde que me recibió en su despacho de la Fundación Cultura de Paz —donde conserva recuerdos de los mejores líderes del siglo xx— me contó otra preciosa anécdota de su madre, que resume muy bien el papel de la familia en la vida de un ser humano. Durante su infancia, en la Barcelona de posguerra, se hablaba todavía frecuentemente de la movilización militar. A él, muy niño aún, le asustaba un poco esa expectativa. Su madre le tranquilizó diciendo: «Cuando seas mayor, tomarás las decisiones que creas convenientes, pero mientras estés a mi cargo yo voy a protegerte siempre. Si tengo que esconderte, hijo, te esconderé».

Mayor Zaragoza habla apasionadamente de la educación, de los valores y de la paz. Pero no se detiene en teorías. Para él, la cultura de paz es activa, nace del «nosotros», de la ciudadanía, un organismo vivo compuesto por

iniciativas de personas libres. Cree que la paz nace de los hombres que configuran los pueblos. Y desenmascara los proyectos que confían en el resultado futuro de la educación mientras se desentienden del presente. Él exige la paz hoy, ahora. Nos dice que solo podrá educar para la paz quien viva para ella.

*** La educación para la paz empieza en la familia.**

Es cierto. Toda la educación empieza en quienes son responsables de la vida de sus hijos. Y esto es algo en lo que yo quisiera profundizar porque no nos podemos vanagloriar de nada. Hay veces en que la gente cree que tiene identidad por pertenecer a una raza, por tener una religión o una ideología determinada, o por haber nacido en un sitio concreto. A veces incluso piensan que esos son méritos de los que vanagloriarse: yo soy de este país, de esta religión. Pues lo primero que tenemos que pensar es que nosotros no tenemos ninguna responsabilidad sobre el hecho de existir. Nadie ha elegido venir a este mundo, ser de un color de piel o de otro; nadie ha elegido tener su origen en un país o en otro. Uno solo puede vanagloriarse de su mérito. No de donde se nace, pero sí de lo que se hace. Por eso, la responsabilidad de procurar la educación adecuada recae hasta la mayoría de edad en los padres o tutores. Si se traslada toda la responsabilidad a la escuela, ¿dónde está, entonces, el compromiso de los que decidieron tener a esos hijos? El artículo XIV de la Convención sobre los Derechos del Niño dice que hasta la edad de la emancipación, los niños deben crecer y educarse en la ideología, las creencias y el contexto de sus padres. La responsabilidad de la educación radica claramente en la familia.

Hay una corresponsabilidad con los centros educativos, pero, desde un punto de vista primigenio y esencial, los hijos reciben una educación fundamental de sus familiares. Y muy concretamente, en primer lugar, de la madre. Después, a su lado, el padre, y más tarde ya los dos con los educadores. Estos ayudan a la familia en las actitudes básicas, en los criterios, en los conceptos que harán de un niño una personalidad propia. La escuela aporta conocimientos, a veces también la aplicación práctica de esos conocimientos, pero lo esencial de la educación es *ser*, aprender a ser. Y en este *aprender a ser* está, a mi modo de ver, el gran secreto de lo que significa educación, que no es sino aprender a dirigir con sentido la propia vida. Esta

definición de Francisco Giner de los Ríos es realmente el compendio de todas las definiciones sobre educación, incluso las que contiene el famoso informe de Jacques Delors. Aprender a ser uno mismo, aprender a elaborar respuestas. Enseñar a conocer y a hacer es el trabajo de los maestros, pero *enseñar a ser* es la tarea fundamental de los padres.

*** La consciencia de ser, que distingue a cada ser humano como único e irrepetible.**

¿Cuál es la capacidad distintiva de la especie humana? Es pensar, es reflexionar. Esta es la «imagen y semejanza» de lo divino, una desmesura biológica. La capacidad de crear no la tiene ningún otro ser vivo, por eso nuestro comportamiento no puede predecirse; si no fuese así, estaríamos sometidos al fatalismo. En casa tenemos que trasladar a los niños y adolescentes esta capacidad de respuesta, que no actúen al dictado de nadie, que sea su propia manera de ver las cosas, discutida y elaborada con sus padres. Es tremendo cuando pasan los años y un niño solo recibe información en la escuela e información —no formación— en casa. El pensamiento, la reflexión, la meditación son absolutamente esenciales. A veces se confunden los términos, incluso hay altísimas autoridades capaces de confundir la educación con los ordenadores en las aulas, con el estar rodeados de pantallas. Los ingleses lo denominan *screen driven*, dirigidos por la pantalla.

*** Pantallas por las que entra mucha violencia...**

Y también cosas buenas, pero solo referentes a la información. ¿Cuándo tenemos tiempo para pensar, para incorporar esa información como conocimiento? De todo lo que escucho, ¿qué incorporo a mi vida, qué responde a mis preguntas esenciales? Hoy se intenta que no tengamos ese tiempo propio y lo están consiguiendo: la gente está muy distraída. Puede llegar un punto en el que, como dice Saramago, tendremos «tecnología cien y pensamiento cero», porque la persona que se pasa el día recibiendo información pero no tiene tiempo para pensar, acepta los pensamientos de los otros. Entonces, desde lejanísimas instancias, le dicen lo que tiene que pensar, lo que tiene que opinar, cómo tiene que vestir, lo que tiene que comer, cómo tiene que ser. Todo le viene de fuera. *Adquirimos* la información, *adquirimos* los productos que nos venden y nos convertimos en marionetas. Entonces sí entra en juego el fatalismo, porque estamos condicionados, porque ya no creamos nuestras propias respuestas, sino las que nos dan otros. En una

palabra, la educación tiene que buscar las respuestas dentro y no fuera. Ser uno mismo y dirigir con sentido la propia vida es algo que viene de dentro. Y que ese sea el resultado final es responsabilidad conjunta, en primer lugar de los padres y luego del sistema educativo.

*** ¿Y cómo se avanza en esa «educación para el pensamiento»?**

El libro es fundamental porque sirve de interlocutor. Cuando uno lee, piensa, y en ese sentido es coautor de lo que lee. También influyen los medios de comunicación. Son muy importantes, no quisiera negarles el lugar que les corresponde, pero como información. Es muy importante también la actitud educativa de la sociedad. La sociedad no puede pensar que el único ámbito en el que los niños aprenden es la escuela. Qué fracaso de las familias, qué fracaso de la misma sociedad cuando dice que la educación en España es mala. ¿Han pensado por qué? Porque la sociedad, en vez de ponerse en el primer lugar, en lugar de admitir la responsabilidad de todos, prefiere trasladar responsabilidades a las instituciones.

Por ejemplo, la calle, el contexto en el que viven los niños. Si es un contexto de violencia, de guerra, si un adolescente ve que su país apoya una guerra inmoral, basada en mentiras, ¿cómo vamos a decirle que debemos procurar la paz? No puede ser. ¿Cómo podemos adoptar actitudes, por ejemplo, contra la prostitución en la calle, si después cualquier muchacho puede leer en los periódicos más serios páginas y páginas de anuncios de prostitución? Es una vergüenza que esté disponible en manos de niños de doce y trece años un texto en el que pueden leer «Soy tu esclava». ¡En la misma sociedad que se escandaliza de la opresión del velo para las mujeres de los países islámicos!

Digo todo esto para que veamos que no se puede educar para la paz si no partimos de la base de que hay que asumir responsabilidades. Y para los padres también es una responsabilidad el sentirse miembros de una sociedad que educa, y eso implica asistir a las reuniones del colegio, por ejemplo. Y he dicho padres porque las madres suelen ser más cumplidoras.

Y también forma parte del comportamiento ciudadano la denuncia, el rechazo, a la hipocresía de los periódicos y las televisiones que a la vez moralizan en unos ratos y muestran aberraciones en otros.

*** ¿Y dónde está la solución?**

La solución está en la gente. A mí siempre me ha emocionado mucho el preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas. No empieza diciendo: «Nosotros, los Estados...», sino: «Nosotros, los pueblos, hemos decidido evitar a nuestros hijos el horror de la guerra».

Esta redacción se debe a uno de los más grandes presidentes norteamericanos, Roosevelt, y a su mujer. Era una toma de postura después del genocidio nazi y del exterminio de la II Guerra mundial. A partir de estas dos líneas se puede construir un programa. ¿Qué tenemos que hacer para evitar el horror de la guerra? Educar a nuestros hijos para la paz. ¿Quién tiene que hacerlo? Nosotros mismos, los pueblos.

Pero, claro, como «si quieres la paz, prepara la guerra» es el fundamento teórico del beneficio de los productores de armas y ellos forman un consorcio colosal, ha sido inevitable sustituir a los pueblos por los Estados, y que las Naciones Unidas estén formadas por ellos. Desde la Fundación Cultura de Paz, que presido, estamos proponiendo que la ONU vuelva a una solución de equidad como la que proporcionó el presidente Wilson para la OIT, que está formada por un tercio de representantes de Estados, un tercio de representantes de trabajadores y un tercio de representantes de patronales.

* **¿Y en nuestro país?**

Si estamos en una democracia, somos nosotros mismos quienes tenemos que decir: queremos un buen sistema educativo, queremos que desaparezcan estos programas de la televisión, dejaremos de comprar los productos que se anuncian en las pausas de los *programas basura*, dejaremos de comprar ese periódico que anuncia vergüenzas... El poder ciudadano es inmenso.

Vamos a dejar de hablar tanto de la política y vamos a ejercer nuestra propia autoridad.

* **Y aún más cerca, ¿en casa?**

Más vale un ejemplo que cien sermones. No podemos pasarnos la vida sermoneando a un niño: la guerra es mala, la violencia es mala, no debe practicarse. Y a continuación, ponen la televisión o salen a la calle y no ven más que violencia. Eso no puede ser. La responsabilidad sobre la paz la tenemos que asumir nosotros, los pueblos; nosotros, la gente. Si no, nunca cambiaremos las cosas.

En quince años, cuando haya más mujeres ejerciendo la toma de decisiones, las cosas cambiarán. Estoy seguro de eso. Las mujeres tienen un

inherente respeto a la vida que no tienen los hombres, quienes han manejado la cultura tradicional y nos han enseñado la historia como una retahíla de batallas. Poder militar, tecnológico, político, mediático, todo es una historia de batallas. ¿Dónde está *la gente* en la historia? ¿Dónde están las madres?

¿Dónde están los músicos, los literatos, los poetas, los que han hecho el arte y la artesanía? ¿Dónde están los inventores? No figuran para nada. Para nada. Solo figura la fuerza.

Ahora tenemos que decir: «Si quieres la paz, ayuda a construirla con tu comportamiento cotidiano». Pero, claro, yo siempre digo: a mí la educación para la paz de los niños me interesa, pero me interesa más la de los padres, la de los políticos y la de los Estados. Estos son los primeros que se tienen que educar para la paz. Porque si diseñamos solo la de los niños, tendremos todavía quince años por delante para seguir haciendo lo que nos dé la gana con el mundo.

Hoy estamos en una economía de guerra. Tres mil millones de dólares al día se gastan en armas. Y mientras, la gente se muere de hambre.

*** Y nos permitimos el lujo de banalizar las cosas.**

¡Cuántos jóvenes a lo largo de la historia han muerto por defender causas ajenas que se escondían bajo la idea de patria! Los padres y las madres que aún hoy, en muchos países del mundo, viven en la indefensión de que se les llevan al hijo, a ese hijo que ha costado tantas noches en vela, tantos esfuerzos...

Tenemos que pasar ya de una vez a vivir en una cultura de paz. Pero esa es también una elección personal, una toma de posición que harán nuestros hijos cuando sean mayores y para eso les educamos, pero de momento tiene que ser una elección de los padres. Y de los políticos. Es imprescindible que reforcemos entre todos el sistema de las Naciones Unidas que hemos aceptado. Es muy importante la educación en valores, se nos llena la boca diciéndolo, y hemos aceptado sin embargo que esos valores, los ideales de la educación que proclama la UNESCO, de la libertad, la igualdad y la justicia, se vean desacreditados.

Sin embargo, si fuésemos capaces de pensar en la igualdad real de todos los hombres, sea cual sea su sexo o su raza, si fuésemos capaces de emplear unos con otros una solidaridad intelectual y moral, en este momento de globalización, que nadie sabe muy bien lo que representa, pero en el que dominan las leyes del mercado... Si fuésemos capaces de reconocer como un ideal a la justicia, a la equidad, la distribución justa de los bienes materiales

de la Tierra... Si nos diésemos cuenta de que la pobreza material de muchos seres humanos es consecuencia de la pobreza espiritual de los más ricos...

Y sin embargo, preferimos aceptar un mundo gobernado por las leyes del mercado, que han arrastrado a todas las ideologías y han tomado sitio en todas las constituciones. ¡Qué disparate! Hemos abdicado de los valores. Así nos están saliendo las cosas, claro. La última década del siglo xx fue un desastre, se firmaron los Objetivos del Milenio un minuto antes de ponernos todos a comprar aviones y submarinos.

La brecha entre los ricos y los pobres de la tierra es cada vez mayor. Miles de personas en el mundo viven en condiciones inhumanas y, como yo las he visto, no quiero bajo ningún concepto que las vean mis hijos y mis nietos, por eso lo tengo que decir. De verdad es inhumano cómo viven. La reacción que tienen es, en algunos casos, jugarse la vida para llegar a las costas de la abundancia en pateras, una realidad patética; en otros casos, caer en la tentación del fundamentalismo y la violencia. Nunca se puede justificar la violencia, pero tampoco que haya padres que durante años y años y años no puedan darle nada de comer a sus hijos. Y hoy, ahora, mueren de hambre sesenta mil personas cada día. Debemos educar a nuestros hijos para conocer también esto, para interpretar estos hechos, si no, ¿para qué hablarles de educación en valores?

Lo que tenemos que hacer los padres, con gran firmeza, es protagonizar la transición de una cultura de fuerza y de guerra a una cultura de conversación, de conciliación, de paz. Y por supuesto, exigir a los políticos que hagan esto mismo porque si no lo hacen, nosotros los ciudadanos, nosotros los pueblos, no les vamos a seguir. Ya basta de pasarnos unos a otros las responsabilidades. Los padres, los padres unidos contra la calle hostil, contra los medios de comunicación antieducativos, contra las directrices que no eduquen para dirigir la propia vida. A mí me parece hasta sencillo. Consiste en pasar del músculo al espíritu, de la fuerza a la paz. ¿Tan difícil es eso?

La riqueza de la Tierra... Nadie se va de su pueblo si puede vivir en él.

*** Federico, sus palabras dan la razón a los filósofos: una persona que reflexiona es una persona de paz.**

Exacto. Cuando usted escriba el libro, aunque sintetice todo lo que he dicho, porque ya sabe usted cómo hablo, por favor diga que el siglo XXI debe ser, puede ser, el siglo de la paz. Y es que va a ser así. Antes de diez años, las nuevas tecnologías van a permitir al poder ciudadano expresarse libremente.

Se les va a acabar a los poderosos el control sobre la opinión, se les va a acabar el ocultar información, podrán manipularnos menos.

*** Podremos hacer...**

Cada uno de nosotros deberá preguntarse: Yo, ¿qué puedo hacer? Siempre me ha emocionado la sentencia de Burke: «Qué pena que tanta gente, pensando que puede hacer muy poco, no haga nada». Hay quien puede aportar cien ladrillos, porque es poderoso, pero un grano, una semilla, son aportaciones también. Aunque no la veamos crecer. Lo que no podemos hacer es pasar olímpicamente la responsabilidad a los demás, ni siquiera a la próxima generación pensando que ya les educamos. Hoy, ahora, cada persona porque es única.

El artículo primero de la Declaración de los Derechos Humanos declara que todos somos libres e iguales. La educación tiene que dar alas y permitir a todos volar alto, sin trabas, sin adicciones, sin todas esas esclavitudes que no son más que técnicas de mercado. El poder ciudadano dirá basta. Los diagnósticos de la crisis social ya están hechos. Ahora, a poner las soluciones.

Es muy evidente lo que ha pasado, por ejemplo, con el medio ambiente. En este tema la gente se está implicando, lo está viendo, y *ojos que ven...* Ha ayudado mucho el documental de Al Gore que se llama *Una verdad incómoda*. Pero la mitad de las personas del mundo viven todavía hoy en la miseria, muriéndose a chorros de hambre y de sida. Esa es para mí la auténtica *verdad incómoda*. Todos tendríamos que ir alguna vez a verla para creerla. No cerremos los ojos de nuestros hijos a ella. Ni nuestros ojos de padres. No dejemos a nuestros hijos estas condiciones, estas turbulencias.

*** Y a pesar de todo, usted es optimista.**

Pienso que muy pronto, con la ayuda de las mujeres y de los nuevos medios de comunicación, con la globalidad y no la globalización, estaremos en condiciones de exigir unas verdaderas Naciones Unidas, con un Consejo de Seguridad Medioambiental y un Consejo de Seguridad Económico, capaces de abordar los verdaderos retos de la humanidad. Unas Naciones Unidas de ciudadanos que sean capaces de poner la dignidad de ser hombre por encima del sometimiento, la ciudadanía por encima de la sumisión.

La paz es un requisito y un resultado. Un estado interno oculto a la esfera pública y una situación externa, social, por la que hay que trabajar. Surge de aceptar conscientemente las limitaciones de la vida humana y de confiar en sus posibilidades. Pero debe ser fruto también de un compromiso activo, de una lucha.

En medio de estas contradicciones aparentes, educar a nuestros hijos para la paz supondrá, una vez más, fortalecer todos los valores personales y todos los valores ciudadanos, que están indisolublemente relacionados. No podemos cerrar los ojos de los niños y jóvenes a las injusticias, ni debemos abdicar del deber de solucionarlas, que es nuestro, puesto que llevamos en estos momentos las riendas de la historia. Todavía estamos a tiempo de dejar a nuestros hijos en herencia la gestión de un mundo mejor. Como deseaban los antiguos romanos a los jóvenes: «Gobernad el mundo que las virtudes de vuestros padres establecieron en paz».

✳ Apuntes

Federico Mayor Zaragoza nació en Barcelona en 1934. Doctor en Farmacia por la Universidad Complutense de Madrid (1958), en 1963 fue catedrático de Bioquímica en la Universidad de Granada, de la que llegó a ser Rector.

Cofundador en 1974 del Centro de Biología Molecular Severo Ochoa, de la Universidad Autónoma de Madrid y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Entre otras responsabilidades políticas, ha desempeñado los cargos de Subsecretario de Educación y Ciencia del Gobierno español (1974-1975), diputado al Parlamento Español (1977-1978), Consejero del Presidente del Gobierno (1977-1978), Ministro de Educación y Ciencia (1981-1982) y diputado al Parlamento Europeo (1987). En 1987, fue elegido director general de la UNESCO, siendo reelegido en 1993 para un segundo mandato. En 1999 creó la Fundación para una Cultura de Paz, de la que es presidente.

A lo largo de los doce años que estuvo al frente de la UNESCO (1987-1999). Mayor Zaragoza dio un nuevo impulso a la misión de la Organización al convertirla en una institución al servicio de la paz, la tolerancia, los derechos humanos y la convivencia pacífica, mediante actividades en sus ámbitos de competencia y siempre fiel a su cometido original. Siguiendo las orientaciones del profesor Mayor, la UNESCO creó el Programa Cultura de Paz, y la Asamblea General de la ONU aprobó la Declaración y Plan de Acción sobre una Cultura de Paz.

Con la Fundación para una Cultura de Paz, constituida en Madrid en marzo de 2000, continúa la labor emprendida como director general de la UNESCO de impulsar el tránsito de una cultura desde la violencia e imposición a una cultura de paz y tolerancia.

En 2005 fue designado por el secretario general de las Naciones Unidas copresidente del Grupo de Alto Nivel para la Alianza de Civilizaciones.

Además de sus numerosas publicaciones científicas, Federico Mayor ha publicado cuatro poemarios y varios libros de ensayos.

R de religiosidad



Monseñor Carlos Amigo Vallejo

habla sobre el sentimiento religioso

«Si no se cree en nada no se vive nada».

Un buen número de los testimonios recogidos en este libro rozan con los dedos el sentido de la trascendencia. Es inevitable. Los valores buenos dejan huella en quienes nos acompañan por el camino y rigen la vida de tal manera que la alejan de la banalidad. Los valores permiten que nuestros días trasciendan.

Cada uno de nosotros está situado, lo quiera reconocer o no, ante un misterio «tremendo y fascinante», como lo define un maravilloso libro clásico cuya lectura recomiendo: *Lo Santo*, de Rudolf Otto. Este misterio es nuestro propio destino. La religiosidad es el valor que permite a un ser humano acercarse a él en la medida de sus fuerzas, y desde este punto de vista nos apela a todos. El sentimiento religioso sirve de «modo de empleo de la vida», una vez más.

Pero, además, la religiosidad se desenvuelve en el ámbito de la vida interior, una dimensión esencial —donde se hacen las preguntas y se ensayan las respuestas— que debemos desarrollar.

La fe nos permite dar un paso más. Sirve para relacionarnos con Dios, sentirnos incluidos en su proyecto y *justificar* la vida, no solo porque enmarca las realidades, sino porque quien la vive con sinceridad está impelido por ella a ser justo.

La práctica religiosa es siempre, inevitablemente, una invitación a ejercer los valores buenos en la vida cotidiana, porque todos los caminos que el hombre puede transitar para relacionarse con Dios son invitaciones a la perfección. El mensaje del cristianismo es una invitación, desde luego, y de las más exigentes. También de las más insobornablemente humanas. Ya vimos que lo verdaderamente humano, contra el tópico, es lo que *tira para arriba* de nosotros.

Los valores buenos valen siempre y nos valen a todos, sobre eso ya no hay ninguna duda. Cuando se viven desde la religiosidad, o cuando la fe los alimenta, se sustentan sobre algo más fuerte que la misma voluntad humana, se proyectan más arriba y llegan más lejos.

Esta entrevista con el cardenal arzobispo de Sevilla es un gran privilegio. Tuve la oportunidad de solicitársela personalmente durante la celebración en Madrid del aniversario de la revista 21RS. Sin embargo, para realizarla en la práctica, nos han ayudado mucho las nuevas tecnologías. Bienvenidas sean.

*** Eminencia, ¿qué puede aportar una dimensión religiosa a la vida del hombre?**

Más que aportar algo a la vida, la dimensión religiosa tiene la capacidad de llenarla. Y esto es así de tal manera que, en una forma o en otra, es imposible vivir sin tener delante algún horizonte de trascendencia. Si no se cree en nada no se vive nada. Sin esta dimensión trascendente, vivir no es sino un *pasar* sin esperanza cierta. Cuando se olvida o se niega la dimensión trascendente de la vida, el vacío se va adueñando de la persona y acaba destruyéndola, pues no encuentra razones ni para vivir ni para esperar.

Los padres y educadores que transmiten una visión del mundo y del hombre que no mencione en absoluto esta dimensión religiosa ofrecen indudablemente una formación incompleta. Una educación en valores a la que le faltara la religiosidad supondría hasta un fraude al hijo y al educando, que tiene derecho a conocer libremente la verdad.

*** ¿Cómo se educaba la fe en su casa?**

En más de una ocasión he dicho que estoy viviendo de rentas. De lo que me dejaron mis padres y los educadores que he tenido. Supieron poner en mi vida unas actitudes y el respeto a unos valores que, a lo largo del tiempo, continúan influyendo en mi manera de comportamiento.

Yo nací en Medina de Rioseco, en la provincia de Valladolid, donde mi padre ejercía como médico. En mi casa se nos educaba de una manera muy sencilla: haciendo de lo diario una forma de pensar y comportarse en cristiano. Aprendíamos que querer a la gente y respetarla era algo muy grato a Dios. Lo contrario no era propio de nuestra condición de cristianos. Dios

estaba presente en todo de una manera sencilla y cercana. Aquella actitud de mis padres caló en mí muy profundamente.

*** Usted también iba para médico pero dejó los estudios para hacerse franciscano.**

Así es. Dice san Agustín que una persona no tendría un deseo en el corazón si Dios no lo hubiese puesto allí. Dejé la medicina y me hice franciscano por contagio. Me atrajo de ellos su sencillez y su alegría. No es que fueran distintos o raros, sino que vi en ellos a unas personas ejemplarmente normales, llenos de valores. A partir de ahí tomé la decisión.

*** Mucha gente piensa que educar a los hijos en unas creencias religiosas, sean cuales sean, constriñe su libertad.**

Pensar que Dios limita la libertad del hombre es un absurdo. Ha sido Él mismo quien nos ha hecho el regalo de ser libres, de poder elegir el camino del bien. Se puede organizar la vida, la educación, la familia, sin contar con Dios, está claro. Sin embargo, al final, como decía Pablo VI, se habrá organizado un mundo contra el hombre mismo.

En cuanto a los preceptos religiosos, la Iglesia propone, pero no impone una doctrina. Ofrece lo que tiene: el conocimiento y el amor de Jesucristo. Cada uno es muy libre de aceptar o de rechazar la invitación. En cualquier caso, un joven necesita de referentes creíbles, de personas que puedan llenar el perfil deseado para su propia vida.

*** ¿Para qué le sirve la religiosidad a un joven de hoy?**

En primer lugar, para ser verdaderamente joven. La juventud no es solo cuestión de años, sino de actitudes abiertas, de respeto a la fe de los demás, un tiempo para tener criterios e ideales hermosos y grandes. Se puede ser joven y pensar como persona envejecida, desconfiada, sin principios, sin ideales grandes. La fe sirve para conocer a Dios y para ser una persona completa, íntegra.

*** ¿Y para qué le sirve a una familia?**

Para sentir profundamente esa unión de vida y de amor entre todos. Se ha dicho que la familia es como «una pequeña Iglesia», donde se escucha la palabra de Dios y se celebran los sacramentos. La familia, cada familia, es

una escuela donde se vive y aprende, de la manera más sencilla y admirable, con la convivencia entre unos y otros, el mandamiento nuevo del amor.

*** Con los testimonios de este libro, he aprendido que algunos de los valores más grandes, como la libertad, son resultado del fortalecimiento de los demás. Un sentimiento religioso de la vida, ¿qué valores fortalece?**

La fe, como es lógico, fortalece a la esperanza. Pero también fortalece al sentido del sacrificio, a la entrega generosa a los demás, al respeto mutuo... Todos estos son grandes valores personales que se ven engrandecidos cuando nacen de un sentimiento religioso.

*** Y, por otro lado, ¿qué valores podrían acercar al sentimiento religioso a una persona que los practicara?**

La sinceridad con uno mismo y con Dios, el sentido de responsabilidad, la valoración de la persona... Un ser humano que viva en profundidad estos valores puede estar muy cerca de la fe.

*** Me gustaría que enviara un mensaje para padres que estén desanimados por lo difícil que es transmitir sentimientos religiosos en una sociedad que está olvidando la trascendencia.**

Es verdad que los padres educan hoy en circunstancias difíciles en cierta medida. El mejor consejo que yo puedo dar es el de san Agustín: «La medida del amor es un amor sin medida». Los padres no dicen nunca basta cuando se trata del amor a sus hijos. Las circunstancias cambian, pueden ser más o menos difíciles, pero Dios y el amor permanecen.

«Aprendimos que querer a la gente y respetarla era algo muy grato a Dios». Así, con esta sencillez, se educa en valores, con esta sencillez se puede aportar a los hijos una dimensión trascendente de la existencia que a lo largo del camino de la vida —con sus altos y sus bajos, sus momentos de frío o de soledad— sea para ellos como una cantimplora llena de *agua viva*. Agua que nunca se evapora, aunque lo parezca; agua de la que siempre se puede beber.

Justificar la vida quiere decir darle un para qué, vivirla como un justo. Así se ve de otra manera. La fe es un don, decía mi antiguo catecismo. También

nosotros podemos *donarla* a nuestros hijos.

* Apuntes

Carlos Amigo Vallejo nació en 1934 en Medina de Rioseco (Villadolid). Profesó como religioso franciscano en 1954 y fue ordenado sacerdote en 1960.

Es licenciado en Teología por el Seminario Franciscano de Santiago de Compostela, en Filosofía por el Pontificio Ateneo Antoniano y en Psicología por la Universidad de Madrid.

Ha sido Provincial de los Franciscanos, de la Provincia de Santiago, entre 1969 y 1971.

Recibió la ordenación episcopal el 28 de abril de 1974 y fue nombrado arzobispo de Tánger entre 1974 y 1982, y arzobispo de Sevilla desde 1982.

Fue designado cardenal en el año 2003.

Ha sido miembro de la Comisión Pontificia para América Latina y del Consejo Pontificio para la salud. Preside, desde 1999, la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias de la Conferencia Episcopal Española.

Es Miembro de las Academias de Medicina, Buenas Letras y Bellas Artes de Sevilla e Hijo Predilecto de Andalucía.

R de responsabilidad



Alejandra Vallejo-Nágera

habla sobre la responsabilidad

«Responsabilidad significa aprender a distinguir entre lo que uno quiere y lo que a uno le conviene. Por eso es difícil enseñar responsabilidad a los hijos, porque a veces tienes que cortar sus caprichos instantáneos, a veces tienes que exigirles, a veces tienes que entrar en conflicto con ellos».

En mi casa, cuando yo era adolescente, los libros de Juan Antonio Vallejo-Nágera, el padre de Alejandra, se esperaban con impaciencia. Mi madre los compraba en cuanto salían a la venta, se comentaban, se guardaban. Mi favorito entre todos era *Locos egregios*. Recuerdo el día en que terminé de leerlo porque lo volví a empezar. Aún conservo entre mis tesoros videográficos una entrevista con el doctor Vallejo-Nágera que me descubrió a María Callas. Y cuando alguna vez he puesto música de Mozart a todo volumen, le he rendido un homenaje secreto, porque recuerdo haberle oído contar que él también atronaba de vez en cuando a sus vecinos.

Todo esto se lo confesé a Alejandra Vallejo-Nágera cuando me recibió en su casa para hablar de la responsabilidad. Ella es carismática, inteligente, sensible y abierta, tal como yo imaginaba que era. Traza en esta entrevista un panorama claro y cercano de la responsabilidad, sobre todo de la que concierne a los padres y a las madres por el hecho de serlo, y también nos hace comprender el papel de los hermanos y de los abuelos.

Responsabilidad viene de respuesta. Cuando la vida cuestiona, la persona responsable responde. Responde de sí misma, de su solidez, de su voluntad, de su confianza, de su autoestima, de su generosidad, de su amor.

Dicen que la incapacidad del hombre para confiar en sí mismo es el precio de la libertad, y que la imposibilidad de ser los únicos dueños de nuestros actos es el precio que pagamos por la alegría de vivir con los demás. Si esto es así, solo quien es capaz de responder de su libertad —distinguiendo entre lo que quiere y lo que le conviene, como dice Alejandra— puede confiar en sí

mismo. Y solo quien responde a la llamada de los otros disfruta realmente de la alegría de vivir.

*** Si la responsabilidad te enseña a «responder» ante los retos de la vida, ¿dónde podemos situarla?**

La responsabilidad se aprende en casa, se adquiere en la familia, igual que la cultura. La escuela colabora, apoya, pero la referencia sin duda ninguna está en los padres, en especial en la madre durante los primeros años de vida.

¿Qué significa responsabilidad? Aprender a distinguir entre lo que uno quiere y lo que a uno le conviene, que en definitiva es como se adquiere la madurez. Por eso es difícil enseñar responsabilidad a los hijos, porque a veces tienes que cortar sus caprichos instantáneos, a veces tienes que exigirles, a veces tienes que entrar en conflicto con ellos. Eso hace que educar bien sea mucho más complicado y más doloroso para ambas partes —tanto para el educador como para el educando—. Educar mal es mucho más fácil. Cuando algunos padres desorientados me preguntan: «Pero, los límites, ¿hasta dónde? ¿Hasta cuándo puedo estar tensando la cuerda?». Yo les respondo que hay una regla de oro y es que, en un momento de tensión, en una encrucijada en la que hay algo que resolver, hay que pensar cómo te gustaría que hubieran actuado tus padres contigo. Eso aclara muchísimo las ideas porque, con las experiencias de adulto, ves clarísimo, en una situación parecida, cómo hubieran debido reaccionar tus padres. Y eso es lo que tienes que hacer con tus hijos. Eso no quiere decir que ellos vayan a estar de acuerdo. Todo lo contrario, los hijos, sobre todo a partir de los once años, cuando entran en la adolescencia, ven el mundo de fuera de casa mucho más interesante y es el que más les gusta. Por eso todo lo que les enseñes hasta esa edad va a calar mucho más hondo que lo que les enseñes después, aunque siempre es mejor hacerlo tarde que no hacerlo nunca.

*** Entonces, es una enseñanza temprana.**

La responsabilidad se enseña al principio, casi en los primeros años de vida. A veces pensamos que un niño es demasiado pequeño, demasiado vulnerable o demasiado frágil para aprender ciertas cosas, pero ni muchísimo menos. Todo lo que se aprenda hasta los once años de edad se instalará en su

psicología, tanto si es bueno como malo, y será muy difícil en el futuro borrar esa huella. Por tanto, es más que recomendable que la huella, la impronta, sea positiva y no un lastre para el resto de la vida.

*** ¿Y la reflexión de los padres sobre nuestra responsabilidad?**

Nuestra responsabilidad como padres es absoluta. Más aún hoy día, que la ciencia se ha puesto a nuestra disposición para que tengamos hijos cuando queramos tenerlos. Antiguamente, a veces ocurría que una mujer se quedaba embarazada sin quererlo, sin pensarlo, sin que fuese el momento oportuno, pero, a pesar de todo, ahí arrancaba con la maternidad y todas sus consecuencias. Y curiosamente, hoy que la ciencia se ha puesto a nuestra disposición y que nos dice: «Cuando quieras, puedes», somos menos consecuentes.

A veces los padres pensamos más en nosotros que en nuestros hijos, amparándonos en eso de «lo voy a dar todo sin esperar nada a cambio». Es mentira, porque todo acto humano busca un beneficio. Siempre. Todo lo que hacemos está orientado a obtener algo hipotéticamente positivo a cambio. Por tanto, pensar que uno va a tener hijos para darles todo sin esperar nada es empezar con una mentira. ¡Claro que esperamos de nuestros hijos! Esperamos que sean unos buenos hijos. A lo mejor nuestro patrón de hijo ideal es desmesurado y hay que revisarlo. Si tienes madurez para haber decidido tener un hijo, prepárate para lo que eso significa. Hoy día hay información casi de sobra acerca de cómo proceder.

Una criatura es un ser vulnerable, frágil, abierto y enormemente necesitado de orientación. Sobrevivimos gracias a la orientación, al amor y a la ternura que nos dan nuestros padres. Por lo tanto, sé proveedor de ternura y de amor, pero también de orientación.

*** Te refieres a los límites.**

A la falta de límites. ¿Hasta dónde hay que poner límites? Hay tres reglas de oro. La primera ya está dicha: reflexiona sobre cómo te hubiera gustado que actuaran tus padres. La segunda es: enseña a tus hijos a no incurrir en nada que pueda ser peligroso para ellos mismos o para terceras personas. Y enseña a tus hijos —y aquí entramos ya en arenas movedizas— a no atentar contra nada de aquello que en casa se considere un valor fundamental.

*** ¿Por qué en arenas movedizas?**

Porque el establecimiento de los valores está muy debilitado.

*** Pues esas arenas movedizas son el tema de este libro.**

Sí, ya lo sé. Los valores... Hace dos o tres años, se hizo un estudio en la Universidad de Michigan, interesante no solo por la connotación humana, sino por el despliegue de medios, que fue impresionante. Iba destinado a averiguar qué factores son aquellos de los cuales los seres humanos no pueden prescindir para seguir viviendo. Lúe muy interesante, una enorme cantidad de investigadores se desparramaron por el mundo entero, por todas las razas y culturas, y a todas las personas que entrevistaron les hacían la misma pregunta: «Enumera diez elementos o factores sin los cuales te sería imposible seguir viviendo». Es una reflexión que yo misma he planteado en mis clases de la Universidad y en mis conferencias. El resultado del estudio es sorprendente, porque es el mismo en todas las razas, en todos los países, culturas y religiones. La humanidad busca lo mismo y quiere lo mismo. Son experiencias, no son cosas, y ninguna de ellas se puede sujetar en la mano: el amor, la familia, los amigos, la solvencia económica suficiente para no pasar hambre, la naturaleza, lo que nos ha sido dado gratis, la espiritualidad, la libertad, la salud...

*** ¡Los valores!**

Todo, todo son valores. La humanidad entera busca lo mismo. Y qué curioso, en España lo tenemos todo, todos esos elementos. Y estamos tan orientados a lo que nos falta, a lo que tiene el vecino, que no prestamos atención, tiempo y energía a lo que sí tenemos, a lo que sí funciona, a lo que la humanidad entera quiere. Y al no prestar atención a lo que importa, no estamos permitiendo que esos valores crezcan y se desarrollen, y no estamos permitiéndonos disfrutar de ellos y enseñárselos a nuestros hijos.

*** Necesitamos el modo de empleo de la vida, que es como me gusta a mí llamar a los valores.**

Entre otras cosas, la felicidad de una persona depende de ellos. Unos progenitores envidiosos, depresivos, tristes, angustiados, preocupados, van a enseñar a sus hijos que la vida es dura, gris y triste. Por el contrario, unos progenitores alegres, optimistas, afectuosos, van a enseñar a los hijos a encarar con optimismo las dificultades de la vida, que existen y que es bueno que existan porque permiten crecer, mejorar como persona. Pero hay que

saber encarar las situaciones con la cabeza alta y el orgullo dispuesto, sin perder la esperanza de que, pase lo que pase, habrá un buen resultado al final. A lo mejor no el que pensábamos obtener, pero, aunque sea distinto, en el camino habremos aprendido algo que no sabíamos al principio. Con esa idea hay que preparar a los hijos para que salgan adelante.

* **La responsabilidad de educar.**

Responsabilidad como padres significa ayudar a nuestros hijos a crecer, pero también dejarles crecer. Esto es muy importante. Como hoy pasamos poco tiempo con ellos, la vorágine profesional y de vida en la que nos hemos metido hace que muchas veces estemos tan preocupados por nuestros propios problemas que no distribuyamos al menos un poco de conversación con nuestros familiares. Para mí el hogar, la casa, es el único refugio que tiene el ser humano. El único. Fuera de las paredes de tu casa, de tu familia, hay competencia, hostilidad, Tu casa es el único sitio donde te aceptan con tus defectos y te quieren lo suficiente como para indicarte cuáles son para que los corrijas, con amor. Pero es imposible hacer esto si no te comunicas con quienes están dentro de las cuatro paredes de tu casa. Y como no te comunicas —porque ya las familias no comen ni cenan juntas, o están cenando con la televisión puesta aunque sea de ruido de fondo, e inmediatamente después de cenar cada uno se va a su cuarto a manejar el ordenador o lo que sea— se crean micromundos dentro del mundo familiar.

* **Una familia compuesta de esferas cerradas.**

En esto influye también que cada vez hay menos hermanos. Los hermanos son extraordinariamente importantes en la vida de una persona. ¿Por qué? Porque ofrecen una alternativa al mundo, diferente de la de los padres. Los hermanos constituyen una escuela. Así como los padres somos la más importante escuela de amor y de afecto que tienen los hijos, los hermanos son la escuela de cómo reaccionar y relacionarse con los congéneres. Te van a preparar para estar con gente de tu edad, de tu sexo o del contrario, cuando estés fuera de casa.

Entre los hermanos ocurre algo muy interesante, y es que los padres suelen establecer un líder, que es el que obedece al patrón de hijo ideal. Antes solía ser el hermano mayor. Yo soy la hermana mayor.

* **¡Yo también!**

Se me trasladaba la responsabilidad de cuidar a mis hermanos cuando no estaban mis padres presentes: en la calle, en el colegio... Como hermana mayor, siempre tenía que asumir un poco el papel responsable de los padres. Esto ahora ya no es así. Con la incorporación de hijos de otros matrimonios, con las adopciones, se ha diluido un poco, pero, a pesar de todo, los padres siguen estableciendo un líder que obedece al patrón de su hijo ideal. El resto de los hermanos funcionan en relación a ese líder de cuatro maneras: superior, inferior, igual o diferente. El que quiere ser superior al líder, hará lo posible por ser más exitoso en las demandas que se hacen al patrón de hijo ideal, pero siempre habrá uno de los hermanos que padezca el «síndrome del sándwich»: como no puedo ser el líder ni tampoco el pequeño hiperprotegido, juego con todo aquello que está estipulado como correcto en mi familia. Este siempre va a querer hacer lo contrario de lo que se espera de él...

En los parámetros «superior» e «inferior», ocurre algo interesante. Uno de los hermanos se erige, en parte orientado por los padres, como proveedor de soluciones. Es el que soluciona los problemas de los otros hermanos cuando los padres no están presentes. Por el contrario, está el hermano que cree tener derecho a que se lo solucionen todo. Esto se extrapola a la vida fuera de casa. El «solucionador» buscará trabajos en los que tenga que decidir cosas y ayudar a otros, y el que espera que todo se lo solucionen va a vivir una vida familiar donde esperará que su cónyuge sea «solucionador» y un trabajo en el que le digan lo que tiene que hacer.

*** Es decir, que en la infancia está el laboratorio de la madurez.**

Realmente, la familia es el condicionante más importante para la evolución de cada uno en el mundo: en tu vida de pareja y en tu progreso como persona que convive con otros seres humanos. Afortunadamente para los hijos, aún abunda la familia en la que hay un padre y una madre, pero estamos viendo llegar situaciones nuevas para las cuales no tenemos referencias históricas y no sabemos cómo va a evolucionar la psicología de los niños educados en otros tipos de familia.

*** Yo sostengo que las circunstancias no son atenuantes para la responsabilidad de educar bien. Nadie está libre de un fracaso conyugal, por ejemplo, pero eso no te va a eximir de educar a tus hijos.**

Es que el compromiso de crear una familia es uno de los más importantes que puede vivir una persona, y una ruptura se vive como el mayor de los fracasos

por los que se puede pasar. Ninguna ruptura es caprichosa; todas vienen precedidas de un tomento emocional grande, grave y doloroso. Pero es verdad que una cosa es lo que pase en el mundo de los adultos y otra cómo los adultos actúen con respecto a los seres menudos. Los niños viven esto muy mal, tienen miedo, están desorientados, y hay que ayudarles a que no les falte el afecto pero tampoco la disciplina y el rigor de los límites. Pero en la separación, los límites son difíciles de establecer porque la pareja se contradice: si la madre dice que esto se puede hacer y esto no, pues el padre dice exactamente lo contrario, y al revés. Al final, en muchísimos casos, se utiliza a los hijos como elemento de venganza del resentimiento y el dolor que sienten uno y otro. Por otro lado, también los niños se aprovechan para volver la situación en su favor, porque son muy listos. Lo malo en la separación de una pareja, lo más dañino, es el clima de hostilidad, de reproches, de odio, de silencio. Esto lo notan los niños perfectamente porque la única escuela de afecto y de amor que tienen los seres humanos son sus padres, fuera de casa no te van a enseñar lo que significa ser afectuoso desde un punto de vista humano. Y con esta responsabilidad tenemos que traerles al mundo y educarles.

*** El amor, pero entendido bien.**

Esto genera bastante confusión a veces, porque bajo el paraguas del amor tendemos a hiperprotegerles, con lo cual les vamos a convertir en adultos inmaduros. La infantilización de esta sociedad es ya indiscutible, y eso es en parte porque los padres no hemos sabido permitir a nuestros hijos equivocarse, darse un buen golpe y recogerles en la caída. Y esto proviene de la sobreprotección que alivia nuestro cargo de conciencia por no estar el tiempo suficiente con los hijos, y también por la falta de hermanos que impide que se *casquen*, que se peleen, que compitan, pero que es la escuela de cómo se vive entre los demás. Esto ya no se aprende bien porque el clima del colegio no es ni puede ser parecido al clima de casa.

*** ¿Es preciso que los padres conozcamos «los momentos» de la responsabilidad? Quiero decir cuándo hay que hacer algo y cuándo es demasiado pronto o tarde...**

Los momentos de la responsabilidad son todos. Es que desde que traes un hijo al mundo, desde ese primer momento en que prorrumpe en llanto, es la mayor responsabilidad que tienes en tu vida. La mayor. Todo aquello que pueda

contribuir a que tú eduques a esa criatura, a que puedas quererla mejor, a que se convierta en un adulto de pro, será bueno. Nuestras madres lo aprendieron a través de sus madres. Los abuelos eran un bien maravilloso. Hoy apenas participan. Los abuelos tienen para mí todas las ventajas de los padres y ningún inconveniente. Tienen experiencia, sabiduría, poso, serenidad... y no están hipotecados por la prisa y los nervios de los padres. La intervención de los abuelos en la vida de un niño es fantástica. Podríamos recurrir más a ellos, y en cambio los marginamos. Los niños que tienen la posibilidad de convivir con sus abuelos tienen una riqueza personal que no tienen los demás.

*** ¿El trabajo de las madres ha trastocado el panorama de la educación?**

Estoy segura de que sí. Yo creo, aunque no lo tengo constatado científicamente y se están haciendo ahora los primeros estudios en la Universidad Autónoma de Madrid, que el exceso de hiperactividad de los niños de hoy en día puede provenir del claustro materno, de esa madre embarazada y sometida a estrés que tiene que rendir en el trabajo como si no estuviera esperando un niño, como si no fuera una mujer sino un hombre. El estrés genera un exceso de cortisol —que es tan dañino para el sistema nervioso como el colesterol para las arterias—, y ese exceso se transmite al sistema nervioso del niño. Empezamos a sospechar que esta cantidad de niños hiperactivos proviene del estrés y de la falta de cuidados de sus madres cuando estaban embarazadas.

Las mujeres tenemos que establecer un sistema de prioridades, tenemos que decidir qué es lo más importante, y cualquier acción que empuje a un cambio, a una elección, te va a forzar a soltar algún lastre. A lo mejor hay que decidir un cambio de trabajo que te permita cuidarte, porque tienes una criatura en el mundo y ese es tu proyecto más importante. ¿Excusas? Todas. ¿Razones? Todas. Pero, bueno, hay que sentarse y reflexionar. Y pedir ayuda a quienes están alrededor. Y de nuevo entramos en un terreno de arenas movedizas: la falta de generosidad para con uno mismo y con los demás a la hora de pedir ayuda. No pedimos ayuda. No sabemos pedir ayuda porque no nos gusta parecer vulnerables, débiles. Sentimos que nuestra imagen se va a resquebrajar... Y no pedir ayuda produce perjuicio para uno mismo, que tarda mucho más en resolver el problema, pero también impide a otros la posibilidad de ser útil. Y no hay nada más agradable y más gratificante que poder dar lo que uno tiene a otro. Lección importantísima para los adolescentes. Uno no da lo que no tiene, luego si tú, adolescente, das, es

porque tienes. Decir eso hace que la autoestima de un chico se abra como una amapola a la primavera. Pues bien, a los adultos también nos encanta ayudar, porque recibimos a cambio, ¿qué? Autoestima, valía, un respeto que no te lo está dando el otro, sino tú mismo. Así que al no pedir ayuda u orientación estamos cometiendo un doble error.

*** ¿Y la gradación de la responsabilidad en los niños? A mí me preocupan estos niños sobreprotegidos cuando está su madre delante, pero que entran en casa abriendo con su llave y están toda la tarde solos delante de la tele.**

Evidentemente, hay una gran incongruencia. Tal vez la madre no llega a casa porque su trabajo no se lo permite. Tal vez debe pedir ayuda, pero con sentido, porque también hay muchos niños que se están educando con personas que no los quieren y a quienes no les importan. Es mejor pedir ayuda a personas responsables pero cercanas, que puedan dar afecto y orientación a los niños.

*** ¿Cuándo es el momento de tener un teléfono móvil, un ordenador particular...?**

Todo tiene su medida. Debemos ser coherentes, poner normas y enseñarles por qué las ponemos. No se puede dormir con el móvil encendido, pero no porque lo diga yo, sino porque emite radiaciones perjudiciales para el cerebro y porque hay que respetar las horas de sueño. Otra cosa es la alimentación: uno es lo que come. La alimentación es nuestra fuente de salud diaria y hay que enseñar a los niños a comer cosas que a lo mejor no son demasiado agradables al paladar al principio. Pero en cuanto los niños aprenden a comer bien, están bien, tienen menos enfermedades y se desarrollan mejor. Como decía al principio, educar bien es mucho más cansado que educar mal, pero si no estamos dispuestos a educar como nos hubiera gustado que lo hicieran con nosotros, no tengamos hijos.

*** ¿Y nuestra responsabilidad como transmisores de cultura?**

La cultura se aprende en casa. En el colegio se aprende desde la competencia y la necesidad de alcanzar un nivel, pero en casa se aprende desde el afecto y desde la alegría. Yo le estaré siempre agradecida a mi padre, que los domingos organizaba un verdadero ritual, y es que nos llevaba al Museo del Prado a ver solo una sala, solo una cada vez. Ese día no venía mi madre

porque eso formaba parte del *teatro*. Mi padre nos hacía fijarnos muy bien en todos los cuadros de aquella sala para que eligiéramos el que íbamos a regalarle a mi madre. Entonces, claro, había que prestar muchísima atención para llevarle a mi madre el mejor cuadro, no cualquier chapuza, y una vez teníamos decidido el cuadro que nos íbamos a llevar a casa, teníamos que explicar por qué. Esperábamos el domingo con fruición, para llevarle a mi madre... bueno, no le llevábamos más que la explicación del cuadro.

*** ¡Qué anécdota tan preciosa!**

Eso nos abrió los ojos al arte: la pintura, la escultura, la arquitectura, la música... Y de esas rentas sigo viviendo yo todavía. Aún le digo a mi padre: gracias, gracias porque me diste esa oportunidad, de la que salió un manantial de absoluto, profundo y gratificante placer. Y se planteó como un juego en el que nosotros nos divertíamos muchísimo pero mi padre se divertía también. Hay tantas cosas que podemos hacer con los hijos sin invertir dinero que por qué embotarles de beneficios materiales que nos cuestan un sacrificio y no son necesarios en absoluto.

*** Y que nos uniformizan. Para mí, lo mejor de esta anécdota que has contado es la exclusividad. Es algo que hacíais solos con vuestro padre, algo singular, para vosotros nada más. La diversión de hoy está cortada por el mismo patrón para todos...**

Y el ocio se ve como consumo.

*** Bueno, ¿ese es uno de mis latiguillos! Me preocupa muchísimo.**

Es grave. Hay que llevar a los hijos al Parque de Atracciones, o al cine, o a no sé dónde. Pues no. Los niños pueden estar en el parque jugando y el padre en un banco leyendo el periódico y hablando con ellos. Me preocupa que no hablemos con ellos y luego nos quejemos de que no nos entienden. Somos capaces de meternos en Internet a contarle unas intimidades espectaculares a un hipotético amigo que vive al otro lado del mundo y no somos capaces de hablar de lo que nos preocupa o nos hace felices con los que comparten los metros cuadrados de nuestra casa.

*** Con los que nos quieren.**

Eso es. Y por otro lado, a la cultura, al teatro, a un concierto, hay que darle valor porque allí hay una persona que va a dar lo mejor de sí mismo para que tú disfrutes, y hay que enseñar a los hijos que eso es un regalo que merece respeto. No puede desaparecer la consideración hacia quienes se esfuerzan porque vivamos mejor. Estas reflexiones también hay que hacerlas con los hijos. Es curioso quien lleva los vaqueros rotos a un concierto o al teatro, con lo mágicas que son las artes efímeras y con todo lo que nos aportan, cuando a lo mejor para entrar en una discoteca acepta llevar no sé qué determinada ropa.

*** Todos los entrevistados en este libro, que sois absolutamente heterogéneos, vais llegando a las mismas conclusiones. Al principio me resultó asombroso, pero ahora me lo explico perfectamente.**

Porque estamos hablando de valores y eso en el fondo es hablar de la libertad. Una persona con valores es más Ubre porque elige mejor. Los valores están absolutamente asociados con la seguridad en uno mismo, con la capacidad de discernir, de defenderse, con el buen *amueblamiento* de la cabeza. Una persona con valores no tiene necesidad de hacer daño a nadie. Y si te das cuenta, el que hace daño nunca es feliz.

La responsabilidad de los padres hacia los hijos es precisamente transmitirles los valores que les permitan afrontar con valentía lo que venga mal en la vida e incluso poder modificarlo.

Me han contado que se realizó una encuesta a los jóvenes de Finlandia en la que se les preguntaba quién era responsable de sus resultados escolares. Y la inmensa mayoría había contestado una sola palabra: Yo.

Con el testimonio de Alejandra, ha quedado claro que podemos hacer a nuestros hijos dos grandes regalos: el primero, la seguridad de contar con un padre y una madre responsables; el segundo, la educación necesaria para que ellos mismos sean responsables de su vida. No hay una herencia mejor.

Por cierto, ¿qué estamos esperando para adaptar a nuestras circunstancias los «domingos culturales» del doctor Vallejo-Nágera?

* Apuntes

Alejandra Vallejo-Nágera es licenciada en Psicología y experta en Psicología publicitaria. Ha trabajado en Gran Bretaña, Luxemburgo y España como directora del departamento de comunicación en diversas multinacionales. Profesora de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. En el año 2006 es nombrada Parlamentaria del Parlamento Cultural Europeo (ECP).

Puso en marcha en España el Teléfono del Menor, línea telefónica de ayuda a la infancia con problemas, y ha trabajado en UNICEF en el desarrollo de programas de educación.

Es profesora en talleres de crecimiento personal, articulista habitual en prensa y colaboradora en programas de radio y televisión. Trabajó como experta en programas televisivos dedicados a la inteligencia humana.

Ha publicado más de treinta libros. Entre sus obras de psicología, muchas de ellas traducidas a varios idiomas, pueden citarse: *La edad del pavo*; *Mi hijo ya no juega, solo ve la televisión*; *Hijos de padres separados*; *El amor no es ciego*; *Las claves del éxito amoroso*; *Tribulaciones de una madre sufridora*; *Las cien caras de Eva*; *Tu inteligencia: cómo entenderla y mejorarla*, y *Psicología de la seducción*.

En su obra *Locos de la Historia* analiza las patologías de seis gobernantes trastornados. Este trabajo, en cierto modo, continúa la obra de su padre Locos egregios.

¿*Odias las matemáticas?* Fue galardonado con el premio Alcatel a la mejor obra de divulgación juvenil en 1999. Con el cuento *El Perfume de la Chirimanja* obtuvo el premio La Rebotica en el año 2000. Vallejo-Nágera es licenciada en Psicología y experta en Psicología publicitaria. Ha trabajado en Gran Bretaña, Luxemburgo y España como directora del departamento de comunicación en diversas multinacionales. Profesora de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid. En el año 2006 es nombrada Parlamentaria del Parlamento Cultural Europeo (ECP).

S de solidaridad



Ignacio Calderón

habla sobre la solidaridad

«Una persona individualista irá por un camino, el del egoísmo, y el paisaje que verá desde ese camino es la soledad. Tendrá que saberlo y asumir las consecuencias».

Los valores buenos huyen de los tópicos y se alimentan de las paradojas. Cada persona los aplica en circunstancias únicas pero son los mismos para todos; constituyen la mejor herencia que podemos dejar a los hijos pero se transmiten *por contagio*. Por eso podemos aprender de la disciplina de un actor, de la esperanza de una oncóloga, del sentido de la libertad de un jurista. Y, como en esta entrevista, de la solidaridad de un empresario.

Ignacio Calderón es, desde hace diecisiete años, el director general de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción, una de las más relevantes organizaciones no gubernamentales españolas y, desde luego, una de las que más atención presta a la educación. A la educación en valores.

Estuvimos hablando en su despacho una mañana de verano, después de la presentación de un importante estudio de la FAD sobre la situación de los profesores. Con enorme pasión y energía, con idealismo, Ignacio ajustó muy bien la necesidad de la educación en valores y el curioso efecto «virus» de la solidaridad, que es adictiva y contagiosa.

Ignacio Calderón vive de primera mano el enorme problema de las drogodependencias y por eso quiere que los jóvenes comprendan los valores y sus consecuencias. Y emplea una imagen muy elocuente: el paisaje que rodea el camino del individualista es árido, es la soledad.

*** La Fundación de Ayuda contra la Drogadicción desempeña un importante papel social.**

Yo soy un gran convencido de la importancia de la sociedad civil. O tomamos nosotros la responsabilidad de nuestros problemas y exigimos las cosas sabiendo que tenemos capacidades para presionar, o nos van a dar lo que quieran damos, que es lo que nos está pasando en todo. Y si consentimos, no podremos protestar, solo podremos llorar por todas las cosas que se nos van de entre las manos, y la educación es una de las más importantes.

*** Sin embargo, se está empezando a poder hablar con naturalidad de disciplina, de responsabilidad de los padres, de valores...**

Es verdad, y creo que es un avance importante, porque ha habido un tiempo en el que era un arma ideológica de calificación o descalificación, y cuando decías «disciplina» te encuadraban en una determinada opción política, y si decías «vale todo» te encuadraban en la contraria. Bueno, esas estupideces se pagan siempre, porque la sociedad es mucho más estable y tiene necesidad de cosas más concretas, que además son aceptadas por todas las ideologías. Yo hablo de valores con personas de distintas ideologías y hay cien por cien de coincidencia.

Lo que ocurre es que cuando los valores entran en un proceso de manipulación y se emplean para conseguir cosas que no tienen que ver con ellos, ya no se puede estar de acuerdo. ¿Y quién paga siempre? La sociedad. Hoy lo vemos en temas gravísimos, en política, en nuestra propia entidad como país... Fuera de micrófonos, la gente no tiene problema y vive con tranquilidad en la mayoría de los casos, pero si oyes las declaraciones delante de un micrófono, parece que tenemos cada día en la calle unos enormes problemas y casi sin solución. ¿Por qué hacemos las cosas de esta manera?

Por eso creo que no hay nada más importante que la educación en una sociedad tan individualista como la actual, en la que solo cuenta lo que a mí me venga bien en cada momento. Craso error. Solo los planteamientos colectivos te van a servir, en lo individual y en lo social. Cuando has conseguido que la gente se mueva solo por sus beneficios personales —su comodidad, su placer y su diversión— se convierten en exigentes y reclamadores de derechos. Pero al final, ni agradecido ni pagado, porque los derechos por sí solos no sirven ni a la persona ni a la sociedad, y es un desastre.

*** Parece como si el objetivo fuera lograr un buen consumidor.**

El objetivo es «negocio, negocio, negocio». Y es un objetivo que no funciona. «Déjeme vivir dignamente, haga lo que quiera pero déjeme vivir en paz». Yo he dicho en todos los foros que no quiero vivir en una sociedad así, pero no por ello soy de ideología equis o be. Soy una persona normal que tiene su familia y sus amigos. Me escandaliza que aquí se pueda jubilar a un alto cargo con miles de millones y simultáneamente se esté contratando a gente por seiscientos euros. Esto moralmente no puede ser. Pero es que además es innecesario. Son hechos que generan en la gente unas frustraciones brutales, unas aspiraciones incumplibles y unos enormes desajustes vitales. Y estos problemas solo tienen una solución, la educación en valores.

*** Eso creo yo también.**

Hay que quitarle al concepto «valores» la carga ideológica. Los valores valen. Valen para todo el mundo. No pueden ser una bandera religiosa o partidista. Son una bandera de todos. Cuando hablamos de valores, hablamos de algo que nos afecta a todos. Los valores —que nadie sabe definir, pero de los que hablamos todo el rato— nos rodean. Es muy fácil recurrir a algo que es un tragadero de responsabilidades, porque todo lo malo que le pasa a nuestra sociedad tiene que ver con la falta de valores. O mejor dicho, tiene que ver con los valores a los que se les da importancia hoy y con sus consecuencias. Hay que entrar ahí a fondo y aclarar bien las cosas para que no se identifiquen los valores con la derecha ni con la izquierda. Los valores no son la política, sino que hacen falta también para la política. Y además, los valores que favorecen la convivencia son los mismos para todos. ¡Los mismos! Volvamos otra vez a intentar consensuar posiciones para que funcione la sociedad, y no para que cada vez que se hable de un tema unos se atrincheren en un extremo y los otros se vayan al lado contrario.

*** Lo que dices se ve claramente en este libro: personas de diferentes ideologías llegan a las mismas conclusiones cuando hablan de valores.**

Claro, porque un valor es una guía de comportamiento. Es aquello que te condiciona para conseguir un objetivo y te marca lo que estás dispuesto a hacer, a lo mejor por tu riqueza personal, y a lo mejor —ojalá— por el bienestar colectivo y por ser una mejor persona. Aclaremos todo eso. Me gustaría muchísimo que tu libro explicara bien qué son los valores y que analizara las consecuencias de cada uno, sin sesgo. Porque quien tiene como valor máximo el yo, tiene un comportamiento, y el que tiene como valor

supremo a los demás tiene otro, y el comportamiento que le dictan uno u otro valor forma parte de su libertad, es su decisión. Una persona individualista irá por un camino, el del egoísmo, y el paisaje que verá desde ese camino es la soledad. Tendrá que saberlo y asumir las consecuencias, que serán ir a buscar a la sociedad y decir: «Eh, que estoy aquí y me encuentro mal». Bueno, pero si solo contabas tú en tu vida, ¿qué esperas? Y una persona solidaria irá por otro camino y encontrará otras cosas, está claro.

*** Hay que saber para qué se educa y cuáles son los valores que acompañan por un camino bueno.**

Por eso el núcleo del trabajo de la FAD está en la educación en esos valores que actúan como factores de protección: la capacidad de control, la autocrítica, la empatía, la autoestima, la capacidad de análisis, el respeto... ¡Eso es lo que le tienes que dar a tu hijo! ¡Dáselo! Porque va a tener que decidir sobre cosas importantes en su vida —incluido el consumo de drogas— cuando es prácticamente un niño todavía. Bueno, parece que todo esto está muy claro y a la hora de la verdad cuesta la vida mover una ficha. ¿Por qué? Porque es poco rentable, porque cuesta un esfuerzo.

*** Hace falta una implicación de la sociedad entera, incluyendo a los políticos.**

Y para las instituciones políticas la educación es demasiado a largo plazo. ¿Cuánto dices que tarda en crecer? ¿Diez años? Bah, ¡si las elecciones son dentro de cuatro!

Lo curioso es que fuera de los micrófonos los políticos admiten la importancia de la educación, porque lo saben. Pues, bueno, dale a la sociedad un poquito de capacidad operativa. Todos los que estamos implicados en ONG, los que trabajamos por la convivencia y la mejora del mundo que nos rodea, necesitamos una oportunidad, como decía John Lennon.

*** ¡Y también decía «Imagina»!**

Deberíamos dejarnos llevar por esa frase: «Lo hicieron porque no sabían que era imposible». Hacer algo que parezca imposible para evidenciar que no lo es. Romper con las polarizaciones, romper las trincheras. Hay que salir al campo. Cuando te pones de pie, fuera de la trinchera, te da el aire fresco y es una sensación estupenda. Y ya estás de pie para poder hacer cosas. Hagamos algo en lo que esté todo el mundo, sin complejos, sin limitaciones. Veamos si

somos capaces de avanzar así, porque a lo mejor mi parcela solo abarca un cuarenta por ciento y la tuya un sesenta, pero si nos juntamos, mira tú qué suerte, lo abarcamos todo.

*** A mí me parece que hoy volver a ciertos valores es ser de ideas avanzadas. Cuando yo era niña, decían que en el futuro comeríamos pastillas. Hoy la vanguardia es un tomate cultivado como hace cien años.**

A mí me preocupan las desigualdades del mundo, cómo no se ponen límites al poder económico, cómo algunas multinacionales han superado en poder a los Estados porque manejan la economía, cómo toleramos que millones de personas mueran de hambre. Asusta pensar cómo cada vez existen mayores desigualdades y mayor concentración de la riqueza en manos de unos pocos. Eso lo está pagando la economía española y lo están pagando las sociedades de todo el mundo, montadas en la especulación y en el enriquecimiento rápido. Solamente con unos planteamientos de estabilidad y de valores en la educación de las personas se puede vivir en una sociedad que plantea esos vaivenes, esas posibilidades irreales, esas enormes desigualdades. Solo se puede sobrevivir con una buena educación, y efectivamente hoy esa buena educación en valores es la vanguardia, ni más ni menos.

*** La vanguardia es el poder ciudadano.**

La vanguardia es la persona, cada hombre.

*** Me gustaría que me explicaras cómo llega un hombre de empresa a dirigir una entidad como la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.**

Pues mira, el general Gutiérrez Mellado, fundador de la FAD, pidió a Eduardo Serra que le ayudara a crear y desarrollar la Fundación. Eduardo Serra aceptó y fue el director general que inició los primeros pasos de la FAD. Yo soy amigo suyo y he trabajado con él en distintas ocasiones. En un momento determinado decidió cambiar su rumbo profesional y me ofreció la posibilidad de seguir su labor en la FAD, lo cual para mí fue un honor por el trabajo que suponía y por poder dar continuidad al importante esfuerzo que Eduardo había realizado. Desde entonces, llevo aquí diecisiete años, mañana, tarde y noche. Estoy encantado. Y si lo comparo con el mundo de la empresa, en el que he estado muy contento y he trabajado mucho, no lo encuentro equiparable con la importancia de la labor que se realiza en esta institución.

*** ¿Tú dirías que eres solidario?**

Yo diría que me preocupan mucho las personas y por lo tanto estoy dispuesto a hacer muchas cosas. Si yo veo a la gente pasarlo mal, lo paso mal. No sé cómo se llama eso. Porque desgraciadamente el concepto «solidaridad» está enormemente devaluado. Esto de la solidaridad se ha utilizado tanto, es un concepto tan manido, que ha perdido el importante valor que representa. A lo mejor hay que llamarlo por otro nombre.

*** Lo podríamos llamar empatía, que viene del griego *pathos* y significa sintonizar con los sentimientos de los demás. Por eso simpático no significa gracioso, sino capaz de compadecerse.**

Los demás. A mí me preocupan mucho. Lo gracioso es que a mis hijos les pasa lo mismo y yo no recuerdo haberles explicado nunca el concepto «solidaridad». Curiosamente, la preocupación por los demás es una cosa que transmites, que se lleva en la piel. Es algo contagioso.

*** ¡Casi todos los valores lo son!**

Sencillamente, te preocupan los demás aunque no les conozcas, aunque no formen parte diaria de tu vida. Es curioso porque yo tengo un amigo de toda la vida que es un estupendo médico y cuando estábamos terminando la carrera y ya habíamos acabado de estudiar, nos íbamos a pasar un rato al *Whisky Jazz*, que era un club de *jazz* famoso en Madrid. Bueno, pues la señora de los lavabos estaba enferma y mi amigo todos los días se iba a estar un rato con ella, se llevaba allí la copa a la mesita que tenía ella en la puerta de los lavabos y la cogía de la mano y le iba haciendo el seguimiento de la enfermedad. Yo le decía: «Eres un monstruo». Eso es solidaridad. O es ser persona y ver a todo el resto de la humanidad como personas. Es lo mismo. Y es algo que posee muchísima gente. Mucha más de lo que parece. Solo que en nuestra sociedad funciona mejor el protagonismo de los malos. Si hay un cinco por ciento de malos, les cunde como no te puedes imaginar. Y se nos olvida que hay un noventa y cinco por ciento de buenos. Parece que todo el mundo es malo y es mentira. Como parece que todo el mundo consume drogas, y es mentira. Consume la minoría, una clara minoría. Pero el discurso que se maneja condiciona a la sociedad, crea una sensación de que lo malo nos come. No es verdad. Hay una mayoría aplastante de gente buena, y esa gente tiene que perder el miedo a levantar la mano y decir bien alto: «Yo soy

solidario. A mí me gusta participar, yo quiero que se solucionen de verdad las grandes injusticias de este mundo». Si se empezaran a levantar las manos de todos los que piensan eso, veríamos un bosque de manos levantadas, y nos daría lo mismo que fuesen de derechas o de izquierdas. Serían manos de personas. Ahí, en perder el miedo a transformar la realidad, está la educación. Sirve también para eso.

La solidaridad deriva de la noción clásica de respeto, *philia politike*. Proviene de ese *respeto al otro* que vive en el núcleo de todos los valores sociales.

Los seres humanos, separados unos de otros por el espacio que pone entre nosotros el mundo, somos capaces de establecer un puente entre cada persona individual y los demás. Esta red de puentes constituye el colectivo Humanidad. Quien es capaz de reconocerse como «persona a quien interesan las personas», como nos decía brillantemente Ignacio Calderón, comprende que la dignidad de cada uno necesita el reconocimiento de la dignidad de todos. Y entonces es capaz de ser solidario en los retos muy grandes —el hambre en el mundo, las catástrofes, el impacto de las drogodependencias— y en los muy pequeños, como el volumen de la televisión que molesta a los vecinos. Se puede educar en la solidaridad, pero evidentemente actuando con ella.

Ignacio apunta también otro componente clave de la solidaridad: la empatía. Ortega y Gasset la describe como aquello que solo puede hacer la mirada del hombre que posee plenitud de humanidad: dejar de ser ella misma y convertirse transitoriamente en otra. Lanzarse a la aventura de *trashumar* por todos los corazones, entrando en ellos, poniéndose en su lugar. Para Ortega, esta actitud *transmigratoria* de la personalidad es el don más delicado del hombre. Supone, dice, tener fuerzas para afirmar al prójimo sin dejar de afirmarse a sí mismo. Toda una declaración de principios.

Ponerse en el lugar de otro es perfeccionarse como individuo. Reconocer en cualquier ser humano a un *tú* es la expresión más perfecta de cada *yo*. Ver bien el mundo es ser capaz de convertir tu mirada en la de otra persona. Está claro que los valores gustan de las paradojas.

*** Apuntes**

José Ignacio Calderón Balanzategui (Madrid 1947) se licenció en Derecho por el CEU en 1970. Posteriormente obtuvo sendos diplomas de «Dirección General» y «Finanzas» por el IESE y la EOI, respectivamente.

Su amplia y dilatada trayectoria profesional le ha llevado a ocupar cargos de máxima responsabilidad, tanto en empresas públicas —director de Personal y Relaciones Industriales en el INI, secretario general y del Consejo de Defex—, como privadas. —Banco de Vizcaya o Grupo Electrolux (director general de Electrolux Ibérica de Servicios)—.

Desde junio de 1992 es director general de la Fundación de Ayuda Contra la Drogadicción.

Entre sus actividades profesionales destaca su extensa labor como consejero en diversas empresas como Entursa, Enfersa, UNELCO, Movierecord, Thyssen Medio Ambiente, entre otras; como vicesecretario general del Real Madrid CF, o presidente de empresas como Linamar, Ruyer, Amlisa y Tasvalor Medio Ambiente.

* Qué es la FAD

La Fundación de Ayuda contra la Drogadicción es una institución privada, sin ánimo de lucro, no confesional e independiente de toda filiación política, de carácter benéfico-asistencial, y dotada de estatus consultivo con categoría II ante el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas. La FAD, cuya Presidencia de Honor ostenta Su Majestad La Reina, tiene como misión fundamental la prevención de los consumos de drogas y sus consecuencias.

La FAD fue creada en 1986 con el respaldo de empresas, instituciones y profesionales, y desarrolla sus actividades en colaboración con otras organizaciones de la sociedad civil que entienden que los problemas de drogas requieren una respuesta solidaria, que debe articularse principalmente desde el ámbito de la prevención.

A lo largo de su historia, la FAD ha pretendido integrar la contribución de expertos de diferente perfil, para mantener una línea innovadora en sus estrategias y programas, y poder constituirse como un referente orientador y estimulador de otras propuestas.

Una de las características diferenciales de la FAD es su apuesta por prevenir los riesgos de las drogas a través de estrategias educativas, para lo que actúa de forma muy destacada en el ámbito de la educación formal e informal.

La FAD promueve la educación preventiva en todos los niveles —escuela, familia y comunidad— buscando objetivos específicos relacionados con los consumos de drogas, y atendiendo, secundariamente, a otras conductas de riesgo psicosocial. Asimismo, mantiene líneas de investigación sobre las causas y consecuencias de los consumos de drogas, propuestas de formación de profesionales y mediadores, sobre todo utilizando nuevas tecnologías, y campañas de sensibilización y movilización sociales.

En estos momentos la FAD ocupa un espacio destacado como una organización líder y referente de las intervenciones en el sector, tanto en España como en América Latina, donde ha compartido su experiencia y su modelo de intervención con catorce países.

T de tolerancia



Eugenia Adam

habla sobre la tolerancia

«Los prejuicios son ideas que te han dicho y tú repites sin pensarlo. Y se superan conociendo a la gente».

Hannah Arendt, una filósofa judía que vivió en la Alemania inmediatamente anterior a la II Guerra mundial, decía: «Si los hombres no fueran iguales, no podrían entenderse ni prever para el futuro las necesidades de los que llegarán después. Si los hombres no fueran distintos, es decir, cada ser humano diferente de cualquier otro que exista, haya existido o existirá, no necesitarían el discurso y la acción para entenderse».

Nuestros hijos están creciendo en una sociedad llena de rostros de todos los colores y de voces con todos los acentos, una sociedad muy heterogénea en la que deben aprender a reconocer lo que nos hace iguales y a apreciar lo que nos hace diferentes. Educarles en el valor de la tolerancia significa mostrarles que convivir es poner en práctica el discurso —la palabra pensada— y la acción justa en todas las acciones cotidianas.

La tolerancia es un valor social, elemento principal de esa ecuación «respetar a quien no se quiere» que constituía, como ya vimos, el pilar de la ciudadanía. Pero no es un valor blandengue, no significa renunciar a la propia visión del mundo ni aceptar lo inaceptable. Una persona tolerante no cierra los ojos a la realidad, sino que dirige la palabra a quien tiene enfrente mirándole cara a cara. Tolerancia quiere decir capacidad para conocer y escuchar la opinión de otro y para reconocerle el derecho a ocupar un espacio, pero desde un punto de partida básico: que ambos quieren vivir juntos y prever para un futuro común *las necesidades de los que llegarán después*.

Eugenia Adam es venezolana. Dirige y presenta *El Despertador*, un programa diario destinado a la comunidad latinoamericana, en la emisora de radio Fiesta FM. He tenido el honor de participar en alguna de sus tertulias y siempre he admirado su energía, su realismo y su sentido pedagógico. Ella

—con un micrófono en vez de una pizarra— enseña a vivir. Como leerán sus palabras en vez de escucharlas, se van a perder su cadencia, la fuerza con la que acentúa algunos conceptos y las veces que se ríe mientras habla.

Eugenia me citó en su casa y allí, en su cocina, entre recuerdos de su tierra natal, pasamos muchísimo rato. Llovía a cántaros, pero al calor del fogón charlaban dos mujeres iguales y distintas a todas las demás mujeres de la Tierra. Tolerar es conocer, me decía Eugenia.

*** Así que casi has adelantado esta charla en tu programa de hoy...**

Hemos hablado en el programa de la importancia de ponernos en lugar de nuestro anfitrión, que normalmente cuando llegamos, y nos pasa mucho, criticamos pero todo: «Esto no es así, allá son mejores, allá nos tratamos mejor, allá uno está con su familia, uno está más protegido, aunque hablemos el mismo idioma no nos entendemos...». Uno se cierra, no se pone en la situación del otro y claro, se victimiza mucho, y se hace pasto de victimarios. Nos ponemos en eso de «pobrecitos nosotros», y el primero que pasa se aprovecha, porque de eso nunca falta. Básicamente hablábamos de responsabilizarnos de nosotros mismos, porque por ejemplo, en nuestros países está la familia, todos son muy cariñosos, hay mucha dependencia económica y afectiva y entonces eso crea que uno se apoye en la familia. Y para lograr una independencia afectiva, nosotros necesitamos independencia económica, no depender tanto de la familia y de esas madres, tías y hermanas que nos resuelven la vida. Bueno, nos pasa a las mujeres porque en nuestros países hay mucha diferencia entre la crianza de las mujeres y la crianza de los hombres. Nosotras resolvemos todo siempre, y a los hombres los sobreprotegemos un poco más.

*** Pero eso es frecuente.**

Son más vagos allá. Y la mujer es la que manda. Aquí es al revés. Allá, por lo menos en toda Latinoamérica, hay muchísimas mujeres en puestos estratégicos, y ella es la que decide el presupuesto y el hombre está un poco asustado.

*** Se educa diferente a la mujer que al hombre allí también.**

Pero al revés que aquí. Allá la mujer está educada para resolver y siempre resuelve. Una mujer que tenga cuatro hijos, uno sabe que esa mujer va a resolver. Y sin embargo, también allá se nos presiona para ser esa mujer bellísima, la mujer objeto.

*** Es verdad que el papel de la mujer en la sociedad está lleno de contradicciones. ¿Cómo habría que educar a una mujer en un mundo como este?**

Hay que educar sobre todo para la igualdad y no para la competencia con el hombre, que es a lo que nos ha llevado el feminismo. Nosotras podemos hacer lo que hace el hombre, pero lo hacemos siendo mujeres y no hombres. En realidad, seguramente hay que educar a los hombres mejor, porque siempre es el hombre el que te «ayuda», pero tiene que ser el que comparte contigo. En Latinoamérica es muy frecuente eso de: «Ay, pero al menos él te ayuda a bajar la bolsa de basura...». Las mujeres queremos ser supermujeres y eso es el doble de carga: queremos resolver, ser profesionales, criar a los hijos, mantener la casa... y hacemos a los hombres irresponsables porque no valoran lo que hacemos, no lo discriminan. Las mujeres latinoamericanas tenemos muchas quejas sobre los hombres de allá por eso.

*** Pero a las españolas nos pasa lo mismo. Y por lo que he visto, a la mayoría de las europeas. Cuando en Europa hablan de conciliar familia y trabajo, se refieren al horario de las madres, y al aumento de las guarderías. ¿Y los padres? ¿Y los niños de siete años? Yo creo que todas las mujeres del mundo tenemos un sustrato común que es la maternidad, una experiencia que marca nuestra vida, tanto si la vivimos como si no. Vayas donde vayas, puedes entenderte con otra mujer y comprender lo que le pasa.**

Bueno, quizá en cierto modo es que todas las mujeres tenemos esa capacidad de estar en todo, que es agotadora pero que nos enorgullece. Pero nosotras mismas, potenciando esa capacidad, hemos impulsado a los hombres a bajar la guardia. Pero, ojo, a los hombres también los educamos nosotras.

*** Pues entonces cambio la pregunta. ¿Cómo hay que educar a un hombre?**

Por ejemplo, en el plano doméstico, debemos hacerles más partícipes. La casa es de todos y depende de ellos también que esté bien, que vivamos tranquilos

y serenos, que encontremos las cosas, crear una armonía. Lo que tenemos que hacer dentro de la casa es de todos: es del hombre, es de la mujer, uno friega si el otro cocina, y para eso hay que aprender a cocinar. Desde el núcleo de nuestra casa parten muchas cosas. Una de las mayores sorpresas que me dio mi marido, español, es que no sabía cocinar absolutamente nada. En Venezuela los hombres sí cocinan.

*** ¿Son muy diferentes las relaciones de pareja a uno y otro lado del mar?**

Allí hay una manera de llamar a las mujeres que decimos «las cuaimas». La cuaima es la única culebra que persigue a sus víctimas, y en Venezuela es muy común llamar así a las esposas: «Oye, tu cuaima, ¿cómo está?». Cuando una mujer es muy absorbente decimos que el matrimonio se *cuaimatizó*. Se aconseja a las chicas recién casadas: «No te *cuaimatices*, que se te va a ir el hombre». Tenemos siempre ese temor a que el hombre nos va a dejar, y entonces hay que estar buenota, hay que estar linda, para que el hombre no consiga en la calle lo que no consigue en la casa. ¡Dios mío, qué tortura, qué tortura! Yo veo aquí a las mujeres más libres en ese aspecto, y por eso me apena esa invasión, por ejemplo, de la cirugía estética. Las primeras veces que vine a España me asombraba ver a una mujer de sesenta años trabajando como presentadora de TV. Aún se ve bien aquí a una señora con sus arrugas y a pesar de su edad todavía le dan trabajo en la tele. Eso allá no ocurre. Somos mucho más esclavos de la apariencia. Me apena que esté llegando ya a todas las mujeres de aquí la cirugía estética.

*** A mí esa presión por la juventud eterna me preocupa mucho y creo que hace daño, por ejemplo, a la relación de una chica adolescente con su madre, porque no pueden entrar a competir por la juventud y la belleza.**

Allá se nota también esa presión. Nos la da la sociedad de consumo. Hay muchas cosas más que comprar, hay muchas más comodidades, hay necesidades que asumimos y en realidad son ficticias; son necesidades que uno no tiene y, después que te las compras, dices: «Ay, pero ¿esto era todo?». *Quiero un coche nuevo, quiero un coche nuevo, ya lo tengo, pues a por otra cosa*. Es tramposo. Pero el mayor contraste que yo he notado al llegar aquí ha sido el derroche de comida. Me da mucho dolor cuando veo una barra de pan tirada por el piso. Pienso: con todo lo que ha pasado desde que eso se sembró de trigo hasta llegar a hacer pan, y ahora está tirado aquí, mojándose con el

agua sucia... Aquí no hay *efecto llamada*, sino *efecto salida*. Es el efecto salida de unos países que no garantizan lo mínimo de supervivencia, ni tan siquiera el agua. Hay demasiada acumulación de riqueza aquí. Demasiada, demasiada, demasiada. Uno se pone a ver el globo y dice: en este punto hay mucho y todos están viniéndose, porque donde están no hay nada. Y prefieren morir por el camino porque no tienen comida, no tienen vivienda, no tienen trabajo. Pero eso también puede sonarles a ustedes como una avalancha y, en cierto sentido, para España es una avalancha, porque desde aquí se va a muchos otros países. Pero cada una de las personas que llega es una historia distinta.

*** Eso es cierto. La prensa nos dice «cien inmigrantes» y no «cien personas», y a veces se nos pierde esa dimensión, que es la real.**

Cien personas y cien familias. Uno lee la prensa y parece que todo el mundo está en el aeropuerto esperando el último avión para salir para España, y hay historias e historias e historias. «No, es que yo estaba trabajando y conocí a un español allá y me dijo por qué no me venía, y me vine con él». Esa historia es bastante frecuente. Otros que si por la reagrupación... Pero todo el mundo viene con la misma idea: ayudar a su familia. La otra cara de la moneda es ese desmembramiento que está ocurriendo, el costo social que tiene la separación de tantas familias, de tantas madres de sus hijos, que lo veremos, no sé, cuando pase una generación. Y va a ser fuerte. Porque ya es un hecho que tiene impacto el dinero que se envía. En Colombia, por ejemplo, es el segundo renglón de recepción de divisas. Pero es a costa de la destrucción de la familia y de que las mujeres educan a sus hijos desde el locutorio: «¿Hiciste la tarea? Pórtate bien. Hazle caso a tu abuela. Mañana te llamo. Sí, descuida que te voy a mandar la plata». Al fin y al cabo, de esto se trata. Se pierde el vínculo. Las madres se vienen, los hijos van creciendo, pasan tres o cuatro años sin verlos. Conozco el caso de una señora que vio una vez a sus hijos a través de la *webcam*, en un locutorio, y los hijos no la conocían. Pero le pidieron que mandara el dinero. Es un costo muy duro, y si uno se pone en el caso de esa madre...

*** Una vez hablé con una señora boliviana cuya hija de quince años, a la que no veía desde hacía tres, se había quedado embarazada, y ella había tenido un nieto al que no conocía. Me contó que vivía en casa de una anciana a la que cuidaba y que por la noche tenía que meterse la almohada en la boca para que no la oyeran aullar de dolor. Es tremendo.**

Por eso me parece fundamental que procuremos ver en los que estáis viniendo a cada persona concreta con su problema concreto. A veces puede haber una doble migración, del pueblo natal a la capital del país, y si allí no funciona, pues a otro sitio, cada vez más lejos. Y siempre hay un duelo interior, algo que se ha perdido.

Y cuando uno llega acá, no está familiarizado con la ciudad. Me imagino al que viene de los Andes ecuatorianos y cae directamente acá, en una ciudad como Madrid, por ejemplo. Lo que debe ser el esfuerzo por adaptarse a una megaciudad. ¡Y hablan español! Yo me imagino a los subsaharianos, que llegan en pateras, los meten en un helicóptero, los dejan en esta ciudad y no hablan ni el idioma. Sin embargo, hay que tener en cuenta que, aunque algunos son humilditos, la mayoría de la gente que viene está preparada.

*** Para empezar, hay que ser valiente.**

De momento hay que ser muy valiente, sí. Hay que tener valor, pero también ese valor lo da el no tener nada que perder, tener que alimentar a los hijos como sea.

*** Gente preparada llega a trabajar en cualquier cosa, olvidando su preparación o pensando que ya habrá una oportunidad de rentabilizarla.**

Así es. Te puedes encontrar limpiando o barriendo a personas con titulación y oficio. Normalmente, uno llega con la idea de trabajar en lo suyo, pero a la hora, por ejemplo, de homologar un título, cuesta como tres años. Y eso, siendo como es que se necesitan médicos y otros profesionales aquí. Pero también es cierto que en el caso de los médicos tienen que emparejarse los términos a la hora de tratar a un paciente, es decir, tiene que haber un proceso de adaptación.

También hay que hablar de los espejismos de este mundo desarrollado. Nosotros estamos acá con las comodidades resueltas: el transporte, la seguridad jurídica... Pero desde allá se ve como si todo estuviera perfecto, y no se ve la huelga de justicia que lo tiene todo dos meses paralizado, o que los médicos solo te pueden recibir cinco minutos. Es muy frecuente que, después de la primera visita al médico aquí, se salga diciendo: «Oye, pero este médico ni me tocó. ¡En mi país son mejores!». O que se colapsan las emergencias y estás en los pasillos del hospital. Que la vivienda también es difícil aquí, y es carísima, y cuesta conseguirla por el acentito... Es el espejismo de que este va

a ser un mundo perfecto, pero no. Y sin embargo, esos desajustes son las contradicciones del mismo capitalismo. Descubrir las nos hace llevar grandes sorpresas. Y llega el momento bajo ese de: ¿Qué hago yo aquí? Estoy dando mi sangre, mi vida, mi ánimo a este país en el que tengo que trabajar —porque, eso sí, aquí hay que trabajar muchísimo— y esto, ¿merece la pena? ¿O me voy allá de vuelta y me entrego a mi patria?

*** ¿Es cierto, entonces, que se piensa siempre en volver?**

Eso está ahí solapado. Yo pienso siempre en volver, bueno, de aquí a cinco años... No sé si ese sentimiento pervive, porque yo solo tengo cinco años aquí, pero sí quiero volver, tener allí mi casa, vivir algo más tranquila, respirar aire puro... Sin embargo, hay una lección que me ha dado esta sociedad y es que hay que trabajar. Hay que tener un objetivo y trabajando es como se van consiguiendo las cosas. Aquí llueve y no por eso se va a caer la carretera, ni se va a inundar la calle. Allí uno puede decir: «Yo no salgo porque está lloviendo». Aquí hay que salir a trabajar porque, aunque llueva, todo está funcionando.

*** ¿Cómo se vive el rechazo, Eugenia? ¿Hay rechazo?**

La primera impresión que uno tiene, cuando llega asustado a una ciudad que no conoce, es esa de: «Hola, buenos días, señor, sería usted tan amable...», y te contestan con un vozarrón: «¡Dígame qué quiere, que hay gente esperando!». Un momento, no te trató mal, es que esa es la manera de conducirse aquí. Al principio uno siente que todo el mundo le rechaza, pero es por las formas, que son completamente diferentes. Luego ya vas espabilando y entras y dices sin más: «Quiero aspirina». «Muy bien». Bueno, ya has cogido el tono. Todos tendemos a sentirnos un poco víctimas al principio.

*** Es buena esa manera de verlo.**

También se nota mucho si te vas a instalar en una ciudad como Madrid, siempre con su corredera, o en una ciudad más pequeña, que es mucho más relajada. Sin embargo, sí hay rechazo a veces, cuando te dicen algún comentario de esos de «todo lo que está pasando es culpa de los inmigrantes».

*** Ya hemos llegado al núcleo de la cuestión, Eugenia. ¿Qué son los prejuicios?**

Son las ideas que uno tiene pero que no surgen del conocimiento, sino de algo que te han dicho y tú repites sin pensarlo.

*** ¿Y cómo se superan?**

Conociendo a la gente. Y quitándose ese miedo a que te rechacen. Haciendo un esfuerzo por conocer los fondos y las formas de la gente.

*** Vamos a hablar un poco más sobre el miedo. ¿Miedo a qué? Por ejemplo, los españoles...**

Miedo a la invasión. Nos estamos copando las plazas del colegio, las plazas de la medicina... Ya cobramos indemnizaciones por el terrorismo. Es desconocimiento, porque la inmigración ayuda a que este de aquí sea un Estado del bienestar. Hay tanta gente trabajando ya, en la hostelería, dentro de las casas, cuidando a los ancianos... Hay que darse cuenta, porque eso está a la vista de todos. A veces parece que son los medios de comunicación los interesados en que tengamos desconocimiento y miedo mutuo, porque lo que está a la vista no necesita anteojos. Hay una persona inmigrante colaborando por cada profesional española que sale a trabajar, o en la construcción, o limpiando la ciudad de noche...

*** No se nos puede olvidar nuestra propia trayectoria de país emigrante en busca de una vida mejor. La historia de España está llena de migraciones de la población. Lo demuestra el idioma que las dos hablamos.**

A mí me cuenta mi madrileño la historia de sus abuelos, que llegaron acá siguiendo la vía del tren y con su boina de paletos.

*** Buscaban una vida mejor. Es la motivación de todos. Dime, ¿qué le puede aportar a un niño que su compañero de pupitre sea inmigrante?**

Le aportaría la apertura a un nuevo mundo. Viendo por ejemplo la geografía española y comparándola con la de otros países. Viendo cómo influye en el carácter de la gente esta estepa seca de acá, o la naturaleza salvaje de un país como Venezuela, donde en el mismo Caracas se ven volar las guacamayas de un cerro a otro. Se pueden comparar las diferentes maneras de «ser una familia». La familia de allá es muy grande, la relación es de compinches... Ver lo grande que es el mundo, ver el ritmo, la musicalidad de otras culturas,

aprender sones y palabras, probar sabores... Unos a otros nos podemos abrir mundos completos. Es una riqueza tener un amigo que pueda invitarte a conocer su casa, su comida, otras maneras de ser, más abiertas...

*** Eso le ha pasado a uno de mis hijos, que ha probado especialidades de la cocina búlgara gracias a un amigo de clase.**

Y todos los seres humanos tenemos unos denominadores comunes. Todos queremos vivir bien, tener amigos, tener amor, estar acompañados. Esa multiculturalidad en los amigos aporta elementos que enriquecen y, de repente, pueden hasta descubrir una vocación, por los idiomas, por los viajes... ¡o por tocar los bongos! Resulta que tuvo un amigo brasileño que le enseñó y ahora es un gran *bonguero*. ¡Lo llevaba en la sangre!

*** ¿Qué es la tolerancia?**

La tolerancia es saberse poner en el lugar de otro. Tolerar es conocer. A veces suena como difícil: «Ponte en mi lugar». Pero es más fácil de lo que parece. Es intentar conocer a otra persona, sencillamente. Quitar un velo, abrir un poquito el corazón y tener interés por preguntar: ¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué piensas? ¿Qué te duele? ¿En qué nos parecemos? Oye, si te puedo ayudar en algo... Porque estamos aquí en un «yo para ti». Si uno conoce a otra persona, puede entender sus circunstancias. Porque lo fácil a lo mejor es decir: «Bueno, qué más me da si yo no voy a arreglar el mundo». Pero si somos capaces de conocernos, vamos a poder construir una sociedad muy bonita. Solo que ahora está en pleno proceso de formación. Tenemos que ser conscientes de la suerte de estar en este momento histórico porque estamos aquí aportando, creando el futuro. Hay que preguntarse qué puedo aportar yo. Y de verdad conozco mucha gente en ese ánimo, en esa disposición. Estoy viendo ya que se van amalgamando los españoles y los inmigrantes, porque hay mucha gente buena que lo está sabiendo hacer.

*** Yo también lo creo así. Y creo que se puede enseñar a los hijos a distinguir aquello que les une a otras personas, para respetar lo que les separa. Porque lo que nos separa es importante, en el sentido de que nos hace individuos, pero mucho más importante es lo que nos une.**

Nos olvidamos de lo que nos une por el individualismo, pero también porque estamos sobreviviendo. Desde el momento en que el inmigrante deje de

sobrevivir y tenga todas sus necesidades cubiertas, también asumirá lo que hay más arriba y podrá conocer al otro, conocer a su anfitrión, estando con él a la par. Ya hay gente que está llegando, emparejándose con los españoles, viviendo con ellos y no sobreviviendo. En eso es importantísima la educación, los estudios, la universidad. En incorporarse a la sociedad.

*** Y por parte del anfitrión, que es una manera muy bonita de llamarnos, hay que aceptar ese desafío de ser anfitrión y conocer al que viene, apreciarle y facilitarle esa subida de la que hablas.**

Nos falta todavía. No es tan fácil la integración de los que vienen con religiones muy estrictas y no pueden *probar el jamón*.

*** Ese es un tema muy complejo, porque está claro que latinoamericanos y españoles tenemos un sustrato cultural común. La lengua...**

... Y la religión, que es importantísima porque conlleva muchos valores y es una manera de ver la vida.

*** ¿Qué pasa cuando lo que tenemos enfrente es muy diferente? ¿Qué hacemos con la mujer subsahariana que viene como tercera esposa y ella lo asume? O como dice un filósofo alemán: ¿Puede un motociclista musulmán que usa turbante estar exento de llevar casco?**

¡Mi marido me dice que me comparte con la segunda esposa y lo mato ahora mismo, claro! Sin bromas, este es un tema muy candela en todo el mundo. Y está claro que una sociedad que ha luchado mucho por los derechos humanos no puede tolerar esa opresión de la mujer, esa imposición. El anfitrión, porque lo es, está en su derecho de imponer su manera de ver la sociedad. Los que venimos tenemos que conocer lo español, conocer sus costumbres, mantener una buena convivencia, damos a conocer y compartir también nuestra manera de ser y las costumbres que pueden compartirse como, por ejemplo, en el caso de los latinoamericanos, la expresividad y la importancia de compartir la casa y las vivencias. Pero una cosa es la falta de curiosidad del europeo en general por las circunstancias de sus vecinos, y otra es traer una costumbre que atente contra las leyes de este país.

Si hay que llevar casco en las motos, hay que llevar casco en las motos. Pero esto no ha salido así porque sí; es que te protege la vida; es que si no, te puedes matar. Y entonces esa ley hay que obedecerla. Yo no puedo traer mi ley y mi territorio. Ahí no se puede ser flexible. Una oración es privada y eso

no molesta a nadie. Pero ninguno de nosotros puede imponer lo que trae cuando llega a un país que debe legislar para todos.

*** Yo también lo veo así. La tolerancia nos vincula a todos y la garantía de la tolerancia es la Ley.**

Es curioso porque yo he aprendido más de los países de Latinoamérica viviendo aquí. Al salir de allá, he visto desde más lejos mi propio país y, sin embargo, me he sentido hija de un continente, he visto lo que asemeja y diferencia a los ecuatorianos, bolivianos, colombianos, venezolanos o argentinos. Es un enriquecimiento para mí.

*** Vamos a lanzar un mensaje para los padres anfitriones.**

Yo les diría que abrieran sus casas, que abrieran sus mentes, que permitieran a sus hijos intercambiar con los otros niños y que ellos mismos intercambiaran con los padres de esos niños inmigrantes. La experiencia va a ser buena. El que tiene miedo tal vez está cerrando caminos para sus hijos y, desde luego, no sabe lo que se está perdiendo. Siento que aquí hay mucha sobreprotección con los niños, mucha, y los niños aquí tienen demasiado poder sobre los padres. Tal como los hijos hablan aquí a los padres, no hablaría un niño nunca jamás en Venezuela ni en otros países latinoamericanos. Yo a los padres les recomendaría más autoridad con los hijos y un poco más de respeto a la gente mayor. Lo que te está diciendo tu padre es para ayudarte, no es que te está cercenando tus derechos ni nada de eso. Pongan más límites a los niños. Yo siento que les dan todo y después los veo como perdidos, pegados siempre al útero. Son niños demasiado respondones que no obedecen a los padres ni a los maestros. ¿Cómo se arregla eso? No lo sé. Quizá en este camino de una sociedad muy reprimida a una muy permisiva se llegará al término medio. Pero que haya profesores acosados, me parece un poco excesivo. Me imagino que forma parte de un proceso histórico que se limará. Los niños latinoamericanos llevan aún la manzanita a la maestra. Tal vez eso se puede aprender de ellos.

*** ¿Y para los padres recién llegados?**

Les recomendaría que se instruyan más, que aprendan más. Quizá el mismo proceso de escuela que tienen sus hijos les ayude a ellos a conocer España y a integrarse a la par que sus hijos, porque esos conocimientos que está recibiendo el niño sobre el país, sus costumbres, su historia, la geografía, el

castellano, deben ser aprovechados. Como si dijéramos, deben colarse en la escuela de sus hijos.

Vivimos en un mundo complejo y difícil que no va a resolver sus problemas solo con la voluntad individual de algunos de sus miembros. Pero quienes sientan la obligación moral de legar a sus hijos un mundo mejor deben hacer lo que esté en sus manos por conseguirlo. Nuestras familias, una por una, deben ser la avanzadilla en la lucha contra las humillaciones que infligen el racismo y la xenofobia. No será suficiente, tal vez, pero no será poco. Como dice Eugenia, que ha demostrado en la entrevista una visión amplia y clara de la realidad y sus contrastes, ya hay mucha buena gente que lo está sabiendo hacer. Cuestión de sumar.

* Apuntes

Eugenia Adam nació en Maracaibo (Venezuela). Desde el año 2003 reside en España. Dirige y presenta el programa diario *El Despertador*, dirigido a la comunidad latinoamericana, en la emisora de radio Fiesta FM 107.2 en Madrid. Está casada con el periodista español Fernando Carreño Ocaña.

V de vida



Jesús Poveda

habla de la defensa de la vida

«¿La libertad, la creatividad, la generosidad? ¡Si no hay vida no hay nada!».

Cuando solicité a Alejandra Vallejo-Nágera que hablara de la responsabilidad para este libro, ella me contestó a vuelta de correo: «¡Escribe un capítulo que se llame *V de vida* y entrevista a Jesús Poveda!».

Lo he hecho. Creo que no se puede hablar de valores buenos sin implicarse profundamente con la defensa de la vida, en su origen, su desarrollo y su final.

Creo también que quienes tenemos hijos debemos ser firmes defensores de las alternativas al aborto voluntario porque vemos cada día cómo se desarrollan las potencialidades de un ser humano. Porque ninguno de nosotros rebobinaría ahora su vida para suprimir antes del nacimiento a uno de los hijos que estamos viendo crecer. Desde la comprensión, podemos y debemos decir que hay alternativas. Porque si no hay vida, no hay nada.

Este respeto a la vida desde su inicio debe formar parte de la educación en valores. Como también deben formar parte de ella la educación para vivir el amor y la educación para aceptar la muerte.

A Jesús Poveda se debe que en nuestro país los movimientos provida se denominen así. Me recibió una mañana muy temprano en su despacho, que está en su casa familiar, en la que vivió de niño con sus padres y sus once hermanos. Comentábamos antes de empezar a grabar que tal vez ser hijo de médico imprime un carácter especial, una manera particular de ver a cada ser humano en su dimensión esperanzada y en la doliente.

* **Jesús, ¿por qué hay que defender la vida?**

Bueno, la vida es el fundamento de todo lo demás. ¿La libertad, la creatividad, la generosidad? ¡Si no hay vida no hay nada! Ahora bien, ¿por qué me he metido en esto yo? ¿Por qué ahora? El otro día me lo preguntaron también. Contesté lo mismo que el protagonista de la película *Carros de fuego* cuando le preguntan por qué corre: «Porque Dios me ha hecho así». Tengo el don de la vida y he descubierto que es un don que hay que aprovechar, para uno mismo y para los demás.

* **Pero ¿cómo empezaste?**

Lo primero es reconocerse como una persona singular, y yo soy singular por ser el séptimo de doce hermanos y haber crecido en un entorno lleno de vitalidad, y por haber estudiado Medicina y ejercerla, y por lo tanto estar muchas veces en esa línea entre la vida y la muerte. La vida en general como concepto y la vida en concreto. A mí a veces me dicen que por mucho que yo haya hecho en defensa de la vida hay miles de abortos cada día en España, pero yo pienso que gracias a mí hubo alguno menos. Si salvas a una persona, en cierto sentido salvas a toda la humanidad, porque la vida de cada persona cuenta la historia de la humanidad. Nacemos paleolíticos, vamos creciendo neolíticos... cada uno, porque vamos evolucionando.

Pero sí hay un punto de inflexión en mi vida. Fue terminando la carrera de Medicina, en prácticas de ginecología en el hospital La Paz. Una señora tuvo un aborto espontáneo y el director de la Maternidad, el doctor Usandizaga, me dijo que le practicara yo el legrado, ya que estaba haciendo allí la rotación. Hice la operación, supervisado por uno de los ginecólogos del equipo, y cuando terminé, el anestesista despertó a la mujer, el auxiliar se la llevó y el ginecólogo me dijo que una de las claves de la operación era recomponer todas las piezas del feto: el tronco, la cabeza, las extremidades y la placenta. Todos se marcharon y yo me quedé allí solo reuniendo las piezas de aquel proyecto de ser humano. Eran los momentos en los que se estaba debatiendo en el Congreso la Ley del Aborto y yo, allí en aquel quirófano, pensaba en la profunda injusticia de la naturaleza que impedía a aquella mujer tener a su hijo, y en la injusticia de las leyes que decretaban el destino que esperaba a muchos otros. Me hice un planteamiento existencial y pensé: «Bueno, pues si alguien tiene que hacer algo, voy a hacerlo yo mismo». Me comprometí a dar voz a los que no iban a tener voz y desde entonces mi actividad vital es la defensa y la promoción de la cultura de la vida.

Otra vez respondo a tu pregunta: la vida es un don, yo lo he descubierto y desde el año 1983, llevado por la situación personal aquella que te he contado

y por la realidad social de los cien mil abortos que hay cada año en España, creo que debo luchar por la vida y ayudar a las mujeres que se plantean el aborto. Para mí esta lucha es un estímulo.

*** ¿Y cómo lo haces?**

El planteamiento que me gusta es el constructivo. A mí me gusta la palabra ayuda, la palabra asistencia, la palabra creatividad. No me gusta la palabra muerte, la palabra violencia... No soy antinada. Soy promucho. Y en eso estoy. Desde que terminé la carrera, he promovido asociaciones y me encargué de que se llamaran provida y no antiaborto. Es insuficiente decir que el aborto está mal; hay que decir que hay alternativas. Hay que poner en marcha casas de acogida, centros de ayuda a la mujer embarazada; hay que ver el embarazo no como un problema, sino como una oportunidad de madurez y crecimiento personal, e incluso a veces de formación. En el embarazo no solamente crece el niño. Ahora estoy trabajando en el tema de la adopción. Solo hay dos mil quinientos niños españoles para adoptar y mientras tanto los abortos crecen. Las cifras no cuadran. Pero también me preocupa este problema que tenemos ahora de tirar los restos fetales a los cubos de basura. Si lo hacen, por lo menos que lo hagan bien.

*** Eres profesor, también. Quiero decir que educas.**

Uno de los proyectos más apasionantes que tengo es dirigir una asignatura en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, donde doy clase, que se llama Observación Integral del Desarrollo Humano.

Es una asignatura de libre configuración, la eligen los alumnos voluntariamente y consiste, en líneas generales, en que se les asigna una mujer embarazada y supervisan el embarazo. La idea de fondo es estudiar la medicina desde el origen de todo, desde el embarazo, y no desde el cadáver, como se venía haciendo antes. Durante el primer año, hay asignaturas como la embriología, la bioquímica o la fisiología que dan conocimientos básicos pero que no se aplican. Sin embargo, cuando los alumnos tratan directamente a la embarazada, se dan cuenta de que la glucemia corresponde a la glucosa de la embarazada, la embriología corresponde a la ecografía de la señora a la que están siguiendo y que la fisiología es sencillamente lo que está pasando. Es una asignatura que convierte al alumno en protagonista del proceso de aprendizaje. ¡Los hay que terminan queriendo ser los padrinos del niño! En segundo curso se estudia el primer año de la vida de ese niño, y en tercero de

carrera se estudia el área de la psicología sistémica, que explica la relación entre la psicología del ser humano y el sistema en el que se encuentra inmerso, así que hacen un seguimiento del desarrollo del niño y de las relaciones con sus padres.

En la Facultad de Medicina el aborto ya no se cuestiona. Se ve claramente que es un error y se afronta de otra manera, desde la realidad biológica y social que es un embarazo y un nacimiento.

*** Un embarazo es una realidad vital. Está muy bien que se impliquen los médicos.**

Se está volviendo a señalar la importancia del humanismo en la Medicina. Hoy en día, con los enormes adelantos que hay en el aspecto técnico, con la cantidad de pruebas tridimensionales, instantáneas..., un médico debe ver lo que anima a ese órgano y a esa función, que es indudablemente la *psique*, porque el ser humano no es solamente biología, y los médicos tenemos que ver ese factor, conocer la psicología médica. Recuerdo a un paciente muy enfermo al que le dije que sus análisis estaban estupendamente y me contestó: «Ya me gustaría a mí estar como mis análisis». Porque somos mucho más que un análisis y eso un médico debe saberlo. Gregorio Marañón insistía mucho en que la medicina es un arte. Como la educación. Igual que un profesor tiene que motivar a un alumno para que aprenda, un médico a veces tiene que motivar a un paciente para que siga viviendo.

*** ¿Cómo se difunde la cultura de la vida?**

Cada uno, desde donde está, puede hacer mucho. A veces pensamos que no nos afecta porque no somos médicos ni enfermeras, pero todos tenemos que generar y crear una cultura de la vida. Yo recuerdo una anécdota del hospital La Paz cuando empezaron los abortos —ahora en la Seguridad Social apenas se hace alguno, pero hubo un momento en el que se querían potenciar— y las señoras de la limpieza dijeron que ellas hacían objeción de conciencia y no iban a limpiar los quirófanos en los que se hicieran abortos. Y lo cierto es que ese fue uno de los motivos por los que se pararon los abortos en La Paz. Luego, por supuesto, influyó mucho el doctor Usandizaga, que era el director de la Maternidad, como ya he dicho, y que decía que antes de realizar un aborto había que estudiarlo bien, porque con un poco de estudio se veía que la mayoría no estaban en los supuestos de la ley. Así que, cada uno desde su

lado, el director y las señoras de la limpieza, hicieron mucho. Pero es que todos podemos hacer mucho.

El respeto a la mujer embarazada, por ejemplo, hay que retomarlo. Creo que es una corriente que empieza a tomar fuerza en la sociedad, como una manera de respetar la naturaleza, igual que estamos protegiendo a las rapaces o a los lince. Una mujer embarazada es un ecosistema tremendamente delicado. Desde el agradecimiento por la vida que tenemos —y que solo valoramos cuando perdemos a un ser querido— y desde la implicación porque, aunque parezca un poco radical, el que no aporta situaciones forma parte del problema. Quien no se implica con la vida se ve arrastrado por la cultura de la muerte. La gente que dice: «Yo no abortaría, pero el que quiera abortar, que aborte», de alguna manera está consintiendo lo que pasa. Es un gran error.

*** Es que la cultura del cortoplacismo, llevada al extremo, es la cultura de la muerte.**

Desde luego, si la vida es solamente el instante presente y vives siempre como si fuera el último día de tu vida, estás perdido. Si no hay ni pasado ni hay futuro, *aquí te pillo y aquí te mato*. Y esa es, nunca mejor dicho, la cultura de la muerte. El ser humano tiene un área que no puede olvidar, la de la trascendencia. Trascendemos cuando amamos, trascendemos cuando nos dejamos amar, trascendemos cuando escribimos, trascendemos con la cultura, con el arte...

*** Cuando tenemos hijos...**

Claro. Todo lo que forma parte del ciclo de la vida es trascendente. Y el aborto lo que hace es cortar, romper y destrozar ese ciclo. Esta es una de las claves del mundo actual. Igual que otras lacras, como el racismo o la discriminación de la mujer, son corregidas y la sociedad mejora, o igual que tenemos cada vez más conciencia ecológica, llegará el momento en que cerraremos este capítulo dramático de los niños abortados. Por eso creo que hay que intentar aportar soluciones.

Es importante generar una cultura de la vida, hacer cosas concretas. Hay una frase que a mí me gusta mucho: «Una fe que no se transforma en obras es inmadura». A mí me gusta extrapolarla a la cultura y decir que una cultura que no genera hechos es inmadura. La cultura de la vida tiene que generar hechos concretos: libros, películas. Hay ahora una corriente de películas en

las que empieza a aparecer la adopción como una alternativa al aborto: *Bella, Juno...* Hechos, hechos concretos, eso es lo necesario.

Y también hay que quitarle protagonismo al «instante», porque muchas veces los problemas se solucionan dejando fluir un poco de tiempo. Un paciente mío, cuando estaba falleciendo, me decía: «La mitad de mi vida solucionando problemas que nunca se han dado». A veces la cultura de la muerte presenta un futuro muy incierto: no hay gasolina, no hay alimentos, yo no puedo tener un hijo *ahora*. Se nos olvida lo importante que es dejar pasar los días. En Londres, a finales del siglo XIX, el gran problema era que si seguía aumentando el número de caballos por las calles no se podrían limpiar los excrementos, y en plena crudeza del debate, los caballos pasaron a la historia porque vinieron los coches. Ahora el debate es la contaminación y el petróleo. Cuando haces previsiones pesimistas, siempre te equivocas. Hay que apostar por el futuro.

*** Es una idea preciosa para extrapolarla a la educación. Respetar la naturaleza del hijo, tener confianza en los hijos.**

A veces se piensa: «Lo que yo no puedo solucionar, no tiene solución». Un proverbio árabe dice que nadie puede saltar fuera de su propia sombra. Pero aunque el ser humano es limitado y tiene su sombra, hay más.

Te voy a contar un cuento: Vamos a poner la historia en Riaza, un pueblo de Segovia, en los años setenta. Un pastor que vivía en las montañas hizo una alfombra de piel de oveja y se fue al pueblo a venderla. Le fueron ofreciendo cincuenta pesetas, cien pesetas, doscientas pesetas, hasta que uno dijo: «Le doy mil pesetas». El pastor se quedó asombrado y se fue tan contento con las mil pesetas. A la salida del pueblo, se encontró con uno de estos viejos sabios que hay en todos los pueblos y le dijo: «¡He vendido la alfombra por mil pesetas!». El viejo le dijo: «¿Solo?». Y el pastor se quitó la boina, se rascó la cabeza y dijo: «Pero ¿es que hay más de mil pesetas?». Cada uno tenemos nuestro referente, nuestra propia sombra, nuestro límite. Yo me estoy dando cuenta con el paso de los años de que estos límites no son así, que muchas veces son artificiales, nos los ponemos nosotros.

Cuando salió el tema de la eutanasia, unos periodistas vinieron a entrevistarme y yo les pregunté si querían conocer a una paciente mía que tuvo un accidente y está en la cama desde hace cinco años, y además, como de niña tuvo tuberculosis, padece una lesión pulmonar importante. Es hipertensa, tiene una cardiopatía, ha perdido visión en un ojo y la traté por una depresión hace años. La periodista se volvió loca: «¡Esta es la imagen que

quiero captar!». Fuimos allí a grabar a esta mujer y ella estuvo contando su historia, pero decía: «Bueno, aquí estoy viviendo el día a día». La periodista estaba ya extrañada, le parecía que aquella paciente estaba demasiado contenta y a bocajarro le preguntó: «Pero usted, ¿no se quiere morir?». Y ella con toda sencillez dijo: «Pues no. Dios me ha dado la vida y cuando le parezca me la quitará». «Ah, claro, es que usted cree en Dios», dijo la periodista. Y ella contestó: «Todos creemos en Dios. A lo mejor usted lo confunde ahora con el sexo o con el dinero, pero todos lo tenemos dentro. Todos». Cuando respetas la vida, esta te respeta a ti, y te llena de dignidad, como a aquella amiga. La energía, la imaginación de las personas... Hacemos cálculos y nos equivocamos.

*** Hablando de la educación y de la cultura de la vida, ¿no te parece que los padres a veces nos olvidamos de hablar a los hijos sobre el amor y luego nos extrañamos de los embarazos no deseados?**

El ser humano es fuerza, es intelecto, es pasión y es emoción, y todo eso debe entrar en la educación sexual. Recuerdo que pedí a los alumnos de doce y trece años de un colegio que me escribieran las dudas que tuvieran para preparar mejor una charla que les iba a dar, y las dudas me impresionaron. Eran penosas, de información para adultos, mal digerida y peor entendida. Estamos dedicando la educación sexual a la genitalidad exclusivamente y manipulando de muy mala manera a los jóvenes para que hagan y digan cosas. Hay unos intereses creados, económicos, farmacéuticos... Las campañas de promoción de los preservativos las empiezan las mismas empresas que los fabrican. Y no hablo del preservativo como elemento de prevención en poblaciones de riesgo, sino como la cultura del preservativo: «Lo llevo por si surge algo». Una necesidad artificialmente generada que no es propia de la adolescencia. En el proceso de maduración intelectual, emocional y corporal, hay que respetar los tiempos. Una niña de catorce años, aunque corporalmente pueda establecer una relación sexual, emocionalmente aún no puede. Crear artificialmente la demanda de hacerlo, como requisito social, produce situaciones enormemente injustas. La educación sexual debe integrar cuerpo, mente y sentimientos y respetar los tiempos, los procesos. Si la identificas desde el principio con la prevención del embarazo, estás dando por hechas, te estás saltando, muchas etapas anteriores.

Otra característica de la sexualidad humana que estamos olvidando en nuestros días es que necesita intimidad. Retransmitirla por televisión como estamos haciendo ahora rompe su esencia. Si te quedas solo con lo biológico,

te cargas la riqueza de la sexualidad humana y estás hablando ya de otra cosa, de mecanismos de reproducción animal. La vida humana tiene una dignidad en sí misma y en la transmisión de esa vida.

*** Hablando de la vida tenemos que dar un paso más, hacia la muerte. Hoy en día, o bien entra en casa en forma de imágenes que apenas nos impresionan, o bien permanece completamente alejada.**

Cuando se habla de morir con dignidad, yo siempre digo que todos morimos con dignidad porque esta va unida al hombre y nunca se pierde, nadie nos la puede quitar.

Yo suelo decir que en el mundo actual la muerte es accidental. No parece que nadie muera por naturaleza, porque tiene que morir. Le daba vueltas a esta idea un día que leí en una esquila: «Doña Tal, a la que sorprendió la muerte a los noventa y dos años...». ¡Hombre! Que sea una sorpresa a esa edad es algo paradójico. Todos morimos porque estamos vivos. Hemos olvidado la cara de la muerte porque hemos olvidado la cara de la vida. La vida humana es un proceso que se inicia en la concepción y acaba en el fallecimiento, pero nosotros preferimos ver los fotogramas de uno en uno y nunca la película entera, con su comienzo y su final. De esta manera, lo que hacemos es perder el sentido. Cuando un padre educa, se puede encontrar con que el hijo le pregunte cuál es el sentido de alguna cosa. Pero el sentido es el total, el sentido es el proyecto de vida.

La muerte es un límite que en esta sociedad de los «no límites» no se quiere aceptar. Lo que hacemos es no contar con ese factor porque rompe el eslogan. Pero solo cuando uno tiene presente ese límite se da cuenta de que la vida es un tesoro. ¿Para qué habría que investigar, estudiar o aprovechar el tiempo si no se muriera uno? No solo es necesaria la presencia de la muerte, sino que debemos usarla como herramienta para la vida porque nos sirve para vivir cada día con la plenitud con la que hay que vivir, que no es el *carpe diem*.

Vivimos en una sociedad infantilizada. Los niños no ven la muerte porque no tienen conciencia de la vida. Decía Gloria Fuertes que los niños son niños que no saben nada y los ancianos son niños que saben que van a morir. Un poco es así. Pero un adulto que se queda en niño no toma conciencia de que la muerte está ahí, y entonces, como los que creamos la sociedad porque educamos, estamos imbuidos de la idea de la eterna juventud, ¿cómo vamos a hablar de la muerte? Los jóvenes no se mueren.

Sin embargo, en la familia se debe hablar de la muerte con naturalidad. ¿Cómo podemos enseñar a vivir si no enseñamos a la vez a morir? La sabiduría consiste en aprender lo importante.

Dice el poema de Miguel Hernández:

«Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte».

A punto de finalizar nuestro viaje por el planeta de los valores —aunque aún nos quedan nada menos que la fuerza de voluntad y la austeridad— estamos viendo cómo lo que empezó siendo un decálogo, una clasificación, se ha convertido en una amalgama en la que los límites se confunden y no sabemos en qué momento deja de empoderarnos un valor concreto para tomar hábito el siguiente. Todos sirven, todos *valen*.

En el primer capítulo del libro nos preguntábamos: ¿Quién educa? ¿Cómo educar? Ahora nos planteamos una cuestión aún más profunda: Educar en los valores buenos, ¿para qué? Pero ya tenemos respuesta: para la vida, para el amor, para la muerte.

* Apuntes

Jesús Poveda es médico, profesor de Psiquiatría y Psicología Médica en la Universidad Autónoma de Madrid y máster en cuidados paliativos y en Psicooncología.

Es presidente de la Asociación Provida de Madrid.

Ha publicado numerosos libros y ha dirigido y presentado el programa de televisión *Con la vida en los talones*, en Popular TV.

Es miembro de la Asociación Española de Bioética y de la Asociación de Psicooncología de la Comunidad de Madrid, y coordinador médico del equipo «Psicoterapia de la adolescencia».

V de voluntad



Víctor Ullate

habla sobre la fuerza de voluntad

«Aunque la vida me decía que no podría volver a bailar, ¿cómo iba a decirlo yo? Y bailé».

Hace mucho tiempo, un sabio llamado Agustín declaró que las facultades más propiamente humanas eran la Memoria, el Entendimiento y la Voluntad. Nuestra época ha perdido el interés por ellas, pero se ha equivocado. Sin Memoria, desaparece el sentido temporal, la consciencia de que la vida es un camino, y nos convertimos en una sucesión continua de presentes. El Entendimiento, viejo árbitro, sufre el descrédito de tener que competir con los deseos, a los que antes moderaba. La Voluntad, que nos impulsa a movernos por fines más altos que los meramente necesarios para la supervivencia, debería seguir manteniendo un papel estelar. La necesitamos porque el estímulo para afrontar cada nueva mañana no es la memoria de haber vivido, ni el entender que se está vivo, sino la voluntad de vivir.

La voluntad es el músculo de la vida, capaz de superar un obstáculo y alcanzar lo que hay detrás de él; por eso la llamamos «fuerza».

Y como de entre todos los músculos que gobierna la técnica de un bailarín, la voluntad es el primero, quise desde el principio que fuese un maestro de la danza quien nos hablara sobre ella.

En una tarde extraordinaria, que empezó en el Teatro Albéniz de Madrid, donde él supervisaba un ensayo de su *Pastoral*, y terminó en mi oficina, a la vuelta de la esquina del mismo teatro, Víctor Ullate, pionero de la danza clásica en España, no quiso elaborar una teoría sobre la importancia de la fuerza de voluntad; sencillamente, contó la historia de su vida. Porque lo que él es hoy no hubiera sido posible sin su propia voluntad de serlo.

Transcribir la conversación con Víctor ha tenido para mí la dificultad de no poder reproducir los movimientos de baile que acompañaron sus palabras y que él iba ejecutando mientras los describía. El privilegio de ver bailar a

Víctor Ullate mientras hablaba tiene que quedar guardado entre las experiencias más bellas de mi vida.

*** Víctor, cuando pensaba a quién entrevistaría en este libro, sabía que debía hablar contigo sobre la fuerza de voluntad. Para mí eres un ejemplo de cómo una persona puede construir su propia vida, puede querer «ser lo que es». Y la clave para conseguirlo es la voluntad.**

Yo nací en Zaragoza, donde mis padres tenían una fábrica. Una de mis hermanas tuvo meningitis de pequeña. No anda ni habla. Para mí era importante que ella pudiera tener lo mejor. Desde pequeño, tenía la ilusión de ser un gran bailarín para que a mi hermana no le faltara de nada. He tenido el ejemplo de mi padre, que era una persona muy buena, muy generosa, que vivía para ofrecer felicidad a los demás. Era incapaz de pensar mal de nadie, y eso —que me pasa a mí también— lo aprendí de él. Siempre creo que los demás son buenos y que me van a ofrecer su amistad. Aunque he tenido carácter, confieso un defecto grande: he tenido siempre la necesidad de que mi trabajo gustase a los demás, la necesidad de que me quisieran.

*** Pero eso es algo inseparable de tu cualidad de artista. Para tener sentido, el arte necesita al espectador que lo aprecie. Es un trabajo que se hace para los demás. Y que te quieran es una necesidad profundamente humana.**

Mi hijo Víctor está hecho exactamente de la misma pasta: es bueno, generoso, y se lleva muchas decepciones con la gente.

Para mí el camino de la danza empezó muy pronto, muy de niño. La carrera de danza dura siete años y yo solo pude estar cuatro con María de Ávila, mi primera maestra. Fue así porque, en una visita que hizo Antonio Ruiz Soler a Zaragoza, me vio bailar y me llevó a su compañía. María se opuso a ese contrato porque yo llevaba aún muy poco tiempo de estudio, pero como las cosas no iban bien en la fábrica y la situación económica de mis padres era difícil, me pareció estupendo poder pagarme mis estudios y viajar por el mundo. Así que por las noches trabajaba con la compañía de Antonio y por la mañana me iba a recibir las clases de mi carrera de danza clásica. La verdad es que sigo teniendo muy buenos amigos entre los flamencos, que

cuentan muchas anécdotas mías. Una de las más graciosas es que me empeñé en aprender a tocar las castañuelas y estuve allí día y noche sin parar hasta que aprendí. Tengo que decir que las toco muy bien, ¿eh?

En la compañía de Antonio no había maestros, y como yo era el único que asistía a clases, había momentos en que lloraba de impotencia por no encontrar quien me enseñara, quien pudiera explicarme por qué tal o cual movimiento no me salía. Muchos días de mi vida he asistido a una clase que daba yo solo, y en la que el alumno era yo solo también.

*** No ha sido fácil.**

No, no ha sido fácil. He trabajado mucho. Cuando otros bailarines iban, yo ya volvía. Me esforcé mucho, por ejemplo, con los idiomas.

*** El capítulo siguiente de tu vida es nada menos que el *Ballet del Siglo XX de Maurice Béjart*, una compañía mítica que se cuenta entre las mejores del mundo.**

Yo había estado de gira con Antonio en La Scala de Milán y había intentado quedarme allí. Lo intenté después en América, pero era menor de edad aún y eso me ponía las cosas muy difíciles. Recuerdo que le dije a Antonio: «Si quieres que me quede en tu compañía, tienes que dejarme bailar flamenco». Porque él me quería para el clásico. Tú estás siempre *en primera*, me decía. El caso es que me contestó: «¿Ah, sí? Pues vas a ver lo que es flamenco». Y al día siguiente estaba metido en *Los cuatro muleros* con unos botos prestados, de tres números más que los míos, que se me salían y los tuve que llenar de algodones. Fue horroroso.

Ese mismo día, un domingo, oigo comentar en el camerino que la compañía de Béjart estaba en Madrid y había contratado bailarines españoles. Era la última actuación y yo no me había enterado antes. Decidí ir a verle. Me presenté en el Teatro de la Zarzuela con un bolso más grande que yo y nada más entrar vi en mitad del escenario a un hombre imponente, con unos ojos azules que te atravesaban, y me di cuenta enseguida de que ese era el jefe. Con toda la frescura y la espontaneidad de los diecisiete años, le dije: «Quiero que me vea bailar y me diga si sirvo o no sirvo». Él me contestó en español porque lo hablaba perfectamente: «Pero, niño, ¿no te has dado cuenta de la hora que es? Estoy a punto de levantar el telón». Y yo: «Si es solamente que me diga si valgo o no valgo». «Bueno, sube al salón del segundo piso, calienta y, si tengo tiempo luego, subiré a verte». Para mi sorpresa, subió a los

cinco minutos y yo le bailé. Bailé sin música, haciendo todo lo que sabía, con el alma. No podía parar. Me interrumpió: «No te canses más». Yo pensaba que no le había gustado, pero me pidió que bajara a bailar delante de toda la compañía. Y allí, ante todo el *Ballet* del Siglo XX, me puse como un loco a hacer piruetas, otra vez sin música. Cuando terminé, me ovacionaron. Béjart me dijo: «Siéntate a ver el espectáculo y hablamos después». Aquel *ballet*, aquella noche, fueron para mí una revelación, se me abrió un mundo: de las sevillanas y los boleros a aquella coreografía contemporánea, llena de fuerza. Nunca había visto nada igual. Cuando acabó, estando yo todavía alucinado, Béjart me llamó y me dijo: «Bueno, eres un poco pequeño». Yo salté: «¿Para eso me ha hecho usted ver el espectáculo? ¡Ya sé que soy pequeño! ¡Pero ya verá usted al pequeño algún día!». Él se puso a reír a carcajadas y tres semanas después me llegó una carta escrita de su puño y letra que me ofrecía un contrato.

*** Dejaste España y te marchaste a vivir a Bruselas.**

Todo el trayecto en el taxi desde el aeropuerto me lo pasé llorando. Dejaba mi país, a mi familia...

*** Y eras un niño.**

Tenía diecisiete años, pero mentalmente era un chiquillo de once, completamente inocente, que solo había estudiado el bachillerato elemental. Desde ese momento, todo fue aprendizaje. El *ballet* contemporáneo era completamente nuevo para mí. Recuerdo el primer ensayo, en el que tuve que ponerme a cuatro patas sobre los dedos de las manos y los pies... ¡Era el principio de *La consagración de la Primavera*! A los pocos días, Béjart me dijo que me iba a dar un rol, un papel, en una ópera. Yo, tonto de la vida, me puse como loco de alegría y empecé a ensayar a todas horas. Y cuando iba a vestirme por primera vez con la ropa de mi personaje, me encuentro con que hacía de barril de cerveza y llevaba todo el cuerpo metido en un cilindro de goma, una especie de tinaja. ¡Todos mis ensayos y mi flexibilidad no me sirvieron para nada!

*** ¡Es una anécdota estupenda!**

Son aventuras. Como yo había llegado con la temporada comenzada, me habían metido en escena sin casi ensayar nada. Me dieron una hora y media para aprender la coreografía de *Les Noces*, de Stravinsky. Tendríais que

haberme visto detrás del resto de los chicos del cuerpo de baile, intentando copiar lo mismo que ellos hacían, subiendo y bajando de una mesa..., aquella tarde la recuerdo como terrible. El *Ballet* del siglo xx era una gran fábrica de constantes novedades en la que había que estar muy atento para no perderte.

Fueron grandes años. Patrick Belda, un bailarín con mucho talento, al que Béjart quería como a un hijo, hacía muy buenas coreografías, y creó *Pedro y el Lobo*, en el que debuté en un papel solista por primera vez en la compañía. Me resultó muy difícil hacer de niño, pasé horas y horas observando niños pequeños. Después de ese papel, en el que tuve un gran éxito, comenzaron a llegar otros.

*** Los grandes roles.**

A qué negarlo, sí. Los grandes roles.

*** Estuviste muchos años como solista en el *Ballet del Siglo XX*, desarrollando una carrera impensable hasta ese momento para un bailarín español.**

Cuando estaba en el mejor momento de mi vida, llegó la gran lesión. Cuando una persona tiene la ilusión de conseguir algo y se te trunca de esa manera la carrera... eso fue para mí... el mundo se me cayó encima.

*** ¿Cómo sucedió?**

Fuimos a México a bailar la *Novena sinfonía* de Beethoven. Seguía intentando perfeccionarme. Me preguntaba cada día: ¿Por qué no puedo volar? Y me empeñé en conseguirlo. Cada día ensayaba cientos de veces *double tour, double tour...* Bueno, quería volar y volé. Béjart me puso como ejemplo para todos. De ahí fuimos a Cuba, llegamos de madrugada, hicimos una visita turística y al día siguiente tuvimos clase temprano. Como nadie había descansado, acudieron solo dos bailarines, de todos los que tenía la compañía. Yo fui el único que seguí hasta el final. Recuerdo que la clase la daba el hermano de Maya Plisetskaya. En el último paso, ejecuté un *cabriole* y al caer, ¡clack! Me partí la rodilla. Estuve veinticinco minutos en un grito, sin poderme tocar la pierna, y cuando pude incorporarme poco a poco, fui cojeando hasta el hotel que estaba cerca del edificio donde ensayaba el *Ballet Nacional de Cuba*. Me encontré a Béjart furioso: «¿Cómo es posible que te hayas hecho daño, ahora que tienes éxito, ahora que el público de aquí quiere

verte?». Aquella reacción me hundió todavía más. La pierna se hinchó mucho y me llevaron al hospital donde me enyesaron. No pude bailar ninguna noche. Se habló incluso de dejarme allí ingresado pero la dirección del *Ballet* del Siglo XX se opuso. Me llevaron a Bruselas, a un doctor que había operado a otros bailarines, pero no quiso operarme a mí. Volví a casa, yo vivía allí en Bruselas, y seguí buscando médicos. Llegué a visitar al médico del rey Balduino de manera privada, y luego a otro que, por fin, accedió a operarme y me cortó el ligamento de la rodilla.

* **¡Le cortó el ligamento a un bailarín!**

En aquel momento, me dijo que podría sustituirlo ejercitando el vasto interno, otro músculo de la pierna, pero eso es casi imposible. Llegaron a decirme que los dolores eran psicológicos, así que decidí armarme de valor y volví a salir a escena. Y volví a quebrarme, claro. Empecé un peregrinaje de médicos. En Dinamarca, un traumatólogo me volvió a abrir la rodilla para limpiarme. Cada vez estaba peor y no me atrevía a decirle a Béjart que temía no volver a bailar nunca. Le engañé diciendo que me daba miedo, pero que bailarían en París. Y en París, en escena de nuevo, en un salto, volví a perder la rodilla. Visité allí a un médico que me dijo: «Tienes una rodilla de Polichinela. Así no podrás bailar pero voy a intentar que no te quedes cojo». Me operó de nuevo y me dio cuarenta y ocho horas para comprobar si mi cuerpo rechazaba el injerto que me había colocado. Ya se puede imaginar cómo pasé aquellas cuarenta y ocho horas de las que dependía mi futuro en la danza.

* **Sentías que no podrías volver a bailar...**

Yo sabía que mi vida nunca volvería a ser igual, que seguramente tendría que despedirme de la danza, pero en el fondo de mi alma algo me decía: ¿cómo se va a trincar la ilusión de mi vida? Yo he estudiado para ser bailarín, he querido serlo, desde chiquito me dijeron que valía para esto. ¿Cómo voy a decir ahora que no? Aunque la vida me lo diga, ¿cómo voy a decirlo yo?

Y bailé. He bailado sin poder bailar. Con una grapa que me taladraba entre la tibia y el fémur y con un músculo estirado para hacer de tendón. Cada vez que hacía *coupé*, lloraba. Al cabo de nueve meses, Béjart me preguntó si pensaba volver a bailar. Le dije que sí, y me dio el papel del Ángel en la coreografía de la *Cantata 51* de Bach. Y bailé, ya lo creo que bailé. Superé la prueba. Pero temblando. Desde entonces nadie ha notado, cuando yo daba un salto en rotación o cogía impulso, que en realidad no lo podía hacer. Solo tres

veces después de la lesión he estado tan dolorido que no he podido salir a escena: con *Nijinsky, Clown de Dieu*, en Bruselas, y porque olvidé tomar el antiinflamatorio. Tantos he tomado a lo largo de mi vida que, como efecto secundario, he perdido audición.

*** La voluntad es aquello que nos hace capaces de superar las propias limitaciones, resistir los deseos de tirar la toalla y desafiar lo razonable. Es precisamente lo que acabas de contar.**

Sí, sí, sí. La voluntad como fuerza que te ayuda a ir contra tu propio destino. Sin ella, siendo bailarín, nunca habría podido sobreponerme a una lesión tan grave. Yo he tomado la fuerza de voluntad como mi propia terapia. Me ayudó, por ejemplo, a superar algo tan tremendo como fue el cese en el *Ballet Nacional*. Para mí llegar a España, a empezar de cero, con un proyecto que tenía la decisión del gobierno de que hubiera un *Ballet Nacional*, pero nada más, ni bailarines ni un simple piano, fue una lucha titánica. Estuve entregado durante tres años, en medio de muchas dificultades personales, sin maestros, en una temporada de mi vida en que los días Ubres en el *Ballet* me iba a bailar con la compañía de Béjart. Y volvía aquí inmediatamente para hacer de repetidor, de maestro de baile, de coreógrafo y de gestor. Era imposible. De hecho, caí enfermo de agotamiento, estuve moral y físicamente destrozado. Y cuando parecía que las cosas iban funcionando, hubo un cambio de gobierno y, sin más explicaciones, me echaron a la calle.

*** A esas alturas, volver a empezar. Me parece que estás contando la historia de un alpinista, todo cuesta arriba.**

Volver a empezar. Audicioné con Kylian en Holanda, como si tuviera otra vez quince años, volví a pedir trabajo... Béjart me contrató para el *Châtelet* de París y me dirigió un ensayo de cuatro horas en el que me trató como a un novato. Pero tuve muy buenas críticas en esa actuación. Y comprendí que Béjart me exigía mucho porque tenía interés por mí. Ahora yo también lo hago con mis alumnos: exijo para que saquen el máximo de ellos mismos.

Un poco después tuve dos lesiones muy serias en los tendones de Aquiles que me obligaron a dejar de bailar definitivamente. Dudaba entre volver a España —donde había descubierto que muchos que se decían amigos míos solo tenían interés en el director del *Ballet Nacional*— o quedarme en Bruselas con mi maestro. Fue una época en la que, sinceramente, me costó vivir. Sentía mi vida como un fracaso: en lo personal, separado de mi mujer,

sin ver a mis hijos y sabiendo que ellos sufrían, retirado del baile por las lesiones y del *Ballet* Nacional por la política...

*** Pero saliste de ese bache. ¿Cómo?**

Por mis padres, que han sido el gran apoyo de mi vida. Se vinieron a Madrid a vivir conmigo y me prestaron dinero para abrir mi estudio, porque después del divorcio yo lo había perdido todo. No tengo más explicación para haber salido de ese agujero que la voluntad de vivir, la voluntad de seguir. Curiosamente, nunca pensé en ser coreógrafo porque soy muy tímido. Sin embargo, siempre me gustó mucho enseñar y tenía claro que cuando dejara de bailar sería maestro.

*** Como coreógrafo has llegado también a lo más alto.**

Pero me enorgullece haber sido maestro. Tenía claro cómo enseñar a bailar porque siempre he sabido cómo me gustaba que fueran los bailarines. Claro que, cuando empecé a enseñar, me di cuenta de la gran responsabilidad que contraes con los alumnos y de la obligación de hacerlo bien. Me echaba las manos a la cabeza y me decía a mí mismo: ¡Qué cantidad de cosas tengo que aprender para ser maestro! ¡Cuánto tengo que evolucionar yo mismo para poder transmitir lo que sé!

*** Así es. Enseñar, y de paso educar, es la tarea más seria que hay.**

Y una tarea difícil. Por mi escuela han pasado muchísimos alumnos, a algunos los he considerado como hijos míos, pero no lo eran, y en un mundo tan lleno de rivalidades como el de la danza, me he llevado algún chasco.

*** ¿Qué significa para ti el éxito?**

La verdad es que, al bailar o al crear una coreografía, uno tiene muchas dudas, no sientes que seas capaz de hacer algo, te falta confianza. Y sin embargo, una vez que te pones, te sale. Cuando la inseguridad me invade, me pregunto si sabré estar a la altura del arte, de la música. Y, curiosamente, cuando las cosas salen bien y el público responde, suelo estar tranquilo, no entusiasmarme, quedarme al margen, para no estar pendiente de las oscilaciones del éxito. Es fácil dejarse llevar por el éxito y perder la cabeza, por eso yo prefiero mantener la serenidad.

*** ¿Y qué sentido tiene en tu vida la Fundación para niños que has creado?**

Pues eso mismo, da sentido a mi vida. Cuando lees la prensa o miras a tu alrededor, ves la cantidad de dolor y de odio que hay en el mundo y sientes la necesidad de mandar algún mensaje de amor, de paz. Hace unos años, cuando tuve dos infartos seguidos, y estuve al borde de la muerte, sentía ese deseo de paz interior, de serenidad y de belleza, como un sueño, que me inspiró para crear la coreografía de *Samsara*, pero también pensaba: si salgo de esta voy a comprometerme más en ayudar a los demás. Y como en España no hay tradición en danza, ni apreciamos nuestra riquísima escuela bolera, quise dar un paso más en mi sistema de becas —nunca he cobrado las clases a mis mejores alumnos— y poner en marcha algo que ofreciese la posibilidad de bailar a los niños que no tuviesen medios. Así he pasado años recogiendo niños de centros de acogida y trayéndolos a bailar. Como esto se ha vuelto más difícil, estoy trabajando ahora con la Fundación Cultura del Sur y con chicos inmigrantes, en el *Ballet Mestizo*, un proyecto de educación, de cultura y de danza. Tengo la alegría de ver día a día cómo la danza va transformando a estos niños que carecen de casi todo.

Me parece fundamental que los padres que puedan acerquen a sus hijos al teatro y a la danza.

*** Víctor, ¿sabes cómo se llama el sitio en el que estás? Es un lugar desde donde se ve el pasado y el futuro: La cima.**

La cima, ¿eh? Tener una compañía de danza es muy difícil y yo llevo veinte años. Cada vez tengo más cerca el momento de dejar el trabajo y dedicarme a tiempo completo a la Fundación y a mi hijo pequeño, que también tendrá que aprender a levantarse y seguir adelante en la vida. Como todo ser humano, necesito que mi actividad y mi vida tengan un sentido.

*** ¿Volverías a repetir este camino?**

No lo creo, no lo sé. Hubiera intentado ser pintor, que me gusta muchísimo. He luchado y sufrido mucho, bailar con tanto dolor, temblar antes de salir a escena... sacar la fuerza de voluntad de las entrañas, convertirme a veces en un actor en el papel de mí mismo en la vida. También reconozco que no he sabido hacer otra cosa más que bailar. Y que cada vez que alguien del público

se ha acercado a decirme que mi trabajo embellecía su vida, he sentido alegría en el alma.

*** Naciste para ser Víctor Ullate y, contra viento y marea, con una lucha constante, has llegado a ser Víctor Ullate.**

Tal vez tengas razón. Pero no hubiera podido hacerlo si hubiera estado siempre solo. He contado también con el amor y la ayuda incondicional de personas que han estado a mi lado, en mi proyecto, toda su vida. Y alguna vez, cuando he estado con los alumnos en clase, en un momento mágico, y nos ha interrumpido el padre de alguno de ellos de muy mal humor y señalando el reloj porque pasan cinco minutos de la hora de terminar, he recordado y valorado aquel apoyo incondicional de mis padres.

Dice Nietzsche que si la voluntad no tuviera que superar ninguna resistencia, jamás alcanzaría poder.

No podemos vivir la vida por nuestros hijos. No podemos evitarles los tramos cuesta arriba del camino. Solo podemos educarlos bien. Y eso implica alimentar también a su voluntad, como a una fuerza. Que no falte cada día un pequeño reto —no les faltarán, de hecho, en la dinámica escolar y familiar—. Si estamos atentos a valorar su esfuerzo por superarlos y evitamos esa costumbre absurda de premiar sus pequeños logros con recompensas materiales, ellos también irán desarrollando ese músculo del alma que sostiene a los demás valores y al que podrán recurrir para afrontar cada nueva mañana de su vida.

*** Vocabulario de danza**

Cabriole: (francés: cabriola). Brinco de *ballet*, por lo general solo hecho por hombres, donde el bailarín golpea las pantorrillas en el aire como una tijera a 45 o 90.º.

Coreografía: (griego: baile, escritura). El arte de crear la secuencia y la distribución de los diferentes pasos a ejecutar.

Coupé: (francés: cortar). Cambio rápido de una pierna a otra que sirve como impulso para saltar.

Passé: (Francés: pasar) movimiento de unión que consiste en levantar la rodilla al lado.

Pirouette: (francés: pirueta). Giro del cuerpo. Se mantiene la mirada fija en un punto y el cuerpo no se debe encorvar. Un pie se pone en *passé*.

Primera posición: punto de partida básico de los movimientos del *ballet* clásico.

Toar en l'air: (francés: giro en el aire). Giro aéreo sencillo, doble o hasta triple empezando y terminando en quinta posición de los pies, únicamente se ejecuta por los hombres.

* Apuntes

Nacido en Zaragoza, Víctor Ullate estudia con María de Ávila e inicia su carrera profesional en la compañía de Antonio Ruiz Soler. Más tarde se incorpora al *Ballet* del Siglo XX de Maurice Béjart, compañía en la que permanece catorce años y para la que interpreta solos como los de *Phara*, *Ofrenda coreográfica*, *Bhakti*, *El pájaro de fuego*, *La consagración de la Primavera*, *Romeo y Julieta*, *Cantata 51*, *Nijinsky Clown de Dieu*, *Ni Flores ni coronas*, o *Nomos Alpha*, entre otros.

En 1978, Maurice Béjart crea para él *Gaité Parisienne*, basada en su biografía, en la que Ullate interpreta el papel del propio Béjart.

En 1979, el Gobierno español le encomienda la formación de una Compañía de *Ballet* Clásico, la primera del país, que dirige durante cuatro años.

En 1983 crea la Escuela que lleva su nombre «Centro de Danza Víctor Ullate» de la que surgirá, en 1988, el *Ballet* Víctor Ullate. Esta compañía ha cosechado éxitos por todo el mundo en coreografías dirigidas por el propio Ullate: *Arraigo*, *Romeo y Julieta*, *Simún*, *Soleá*, *La inteligencia de las flores*, *Ven que te tienta*, *El amor brujo*, *Arrayan Daraxa*, *Amanecer*, *Seguiriya*, *Nostalgia*, *Volar hacia la luz*, *El Sur*, *Samsara*, *Pastoral*...

En 1989 Víctor Ullate obtuvo el Premio Nacional de Danza, en 1996 le fue concedida la Medalla de Oro de las Bellas Artes, en 2007 le fue otorgado el premio de la Fundación Autor, y en 2008 el Premio Max de Honor por su trayectoria.

... y **A** de austeridad



Una reflexión de **Antonio López** sobre la austeridad

«Creo que solo hay un camino, que es la austeridad. La austeridad voluntaria. Una elección. Porque no somos más felices por malbaratar las cosas».

Nuestro carácter —nuestro *éthos*— influye en todas las decisiones que tomamos, desde las triviales a las extraordinarias. Por eso, también en la manera de consumir mostramos los valores que nos orientan.

La cantidad y calidad de los objetos que consumimos transmite a nuestros hijos mensajes que se descifran fácilmente. Muchas veces, sin darnos cuenta, les decimos que acumular bienes del mercado es signo de éxito personal, que los objetos pueden compensar ausencias y desafectos, y que la capacidad de consumir —una facultad más bien prosaica de todos los seres vivos— es la «esencia» del hombre contemporáneo.

La publicidad, los grupos de opinión, las instituciones y los medios de comunicación tienen cada vez más capacidad para decidir por nosotros. De hecho, amenazan nuestra libertad. El mercado nos trata como a objetos que sirven para acumular objetos. A veces estamos tan rodeados de cosas «humanizadas» que nos cuesta distinguirlas de las personas. ¿Quién de nosotros no considera, por ejemplo, su teléfono móvil como a un buen amigo y haría cualquier cosa por no perderlo?

Es preciso colocar bien el foco e iluminar la libertad y la consciencia de uno mismo, que son las verdaderas esencias del hombre. Porque podemos elegir el cuándo y el cómo de nuestras formas de consumo, pero antes debemos comprender las motivaciones que se esconden tras ellas: por qué nos consuela comprar ropa después de un mal día de trabajo, por qué competimos con el vecino por el último modelo de coche, por qué venimos cargados de regalos para compensar a los hijos por una ausencia o no sabemos negarles caprichos, pagas astronómicas, ropa de marca...

Para educar bien hay que redescubrir el valor de la austeridad; es más, hay que optar conscientemente por ella. Un niño que, a la hora de la merienda, escoge entre el queso o el jamón, según su preferencia, hace mejor uso de la libertad que quien elige entre una oferta de «el supermercado en casa». Cuando nuestro hijo debe estar permanentemente decidiendo qué fruta desea tomar entre las de un escaparate, qué pantalones se va a poner entre los de un catálogo, se vuelve indeciso. Y la indecisión produce inseguridad. La austeridad voluntaria significa comer sano, cerrar el grifo al lavarse los dientes, regar la maceta con el agua que sobró en la jarra, heredar ropa de un hermano, sacar un libro de la biblioteca o regalar un juguete en buen uso. La austeridad es reciclar; intentar arreglar lo que se ha roto antes de tirarlo y esperar un par de meses, hasta que llegue la Navidad, para conseguir un regalo. Es invitar solo a los mejores amigos, y no a la clase entera, a un cumpleaños. Los niños entienden la austeridad mucho mejor de lo que creemos y pueden convertirla en un hábito natural para encarar la vida, a pesar de lo que nos hace creer el *marketing*. La concesión al consumo es exclusivamente nuestra. Somos los adultos quienes estamos atrapados.

Antonio López fue la primera persona a quien quise entrevistar para este libro y precisamente sobre el valor de la austeridad, sin el cual no podrían entenderse su vida ni su obra.

Antonio vive cerca de mi casa. Más de una vez, antes de conocerle, mis hijos y yo hemos esperado al semáforo en verde junto a él. Cada vez que le encontrábamos, siempre cargado con lienzos y pinceles, yo susurraba a los niños: «Este señor es uno de los más grandes artistas españoles; está ya en la Historia del Arte, como Velázquez».

Hace algunos años, tuvimos el privilegio de conocerle personalmente. En una ocasión me atreví a pedirle una entrevista para la revista de ANPE. En vez de citarme en cualquier lugar, Antonio quiso desplazarse hasta la sede del sindicato. Vino en el metro, que utiliza habitualmente. Como se retrasaba y no llevaba teléfono, al pasar cerca del trabajo de mi marido entró a pedirle que me avisara. Llegó a ANPE cansado pero dispuesto a dedicar tiempo a la entrevista y así lo hizo. Cuando se marchó, le acompañé de nuevo al metro. Entró en un vagón repleto de gente y las puertas se cerraron rozando su lienzo y su caja de pinturas. Para él, todo fue natural; para mí, asombroso. La imagen de aquellas puertas del metro enmarcando la figura de un artista tan grande me ha acompañado muchas veces.

Sin embargo, no he podido hablar con él para *Contigo aprendí*. Cuando le solicité una cita, estaba atendiendo a su esposa enferma. Aun así, supo darme

una clave. Me dijo: «Carmen, la vida no está hecha de palabras». Y es verdad. Se podría escribir un libro sobre educación que contuviera esta única frase.

La reflexión que voy a reproducir forma parte de aquella inolvidable entrevista para la revista de ANPE. Es, por tanto, la única que no ha sido realizada expresamente para este libro, pero tiene un gran valor y merece la pena recordarla. Aunque la austeridad está más que explicada con la vida y la obra de Antonio López, atisbamos a través de estas palabras cómo puede fundamentar una visión del arte y del mundo.

*** Naciste en una época difícil.**

Una época muy muy difícil. Tal vez me siento muy español porque he tenido muy difícil el conocer otros lugares. De joven yo ansiaba viajar. El primer viaje que hice fue con un amigo a Italia, en 1955. ¡Lo que fue aquello para nosotros! Allí estaba todo lo que queríamos conocer. En 1962, ya casado, hice mi primer viaje a París. Los viajes vienen siempre muy bien, pero hay un momento clave en la vida de una persona que es el de su formación, porque aunque sabemos que no se acaba nunca, hay unos años en los que repercute muchísimo lo que aprendes, porque te estás haciendo.

*** Sí, los años en los que uno absorbe todo y descubre el mundo.**

¡Claro! La diferencia fundamental entre Velázquez y otros pintores es que él viajó. Velázquez sabe más del mundo porque ha viajado. Y Cervantes también. Y no es que España fuera o sea inferior, es que hay que saber que pasan otras cosas en otros lugares. Es importante ver y oír otras culturas. A eso yo le doy muchísima importancia. Para mí fue fundamental el viaje de Tome lioso, mi pueblo, a Madrid. Yo no me quedé en Tomelloso. Si no hubiera venido a Madrid... En el caso de un artista, tienes que buscar el conocimiento donde esté. Y casualmente, suele estar en los sitios más antipáticos, que son las grandes ciudades.

No olvido lo que supuso para mí ver el arte de Italia, y también ver España desde Italia. Presentirla desde lejos. No me podía imaginar lo importante que es nuestro arte.

*** ¿Y cómo viste España desde Italia?**

Pues me ganó. El español pasa de creerse el mejor a creerse el peor. En ese sentido somos muy poco equilibrados. En aquel momento parecía que todo lo mejor estaba fuera, en Italia, en París, en Grecia, en Egipto..., y que el arte español era como de andar por casa. Y cuando, desde las grandezas de Roma y de Italia, pensabas en Velázquez, sabías que había algo impresionante en lo español. Algo que a lo mejor ha ocurrido pocas veces, pero que es una aportación inmensa, a la que tal vez no se le ha dado la importancia que ha tenido, quizá porque no tiene ese brillo que pueden tener los franceses. Se ve muy bien en Goya. Nuestro arte va más paralelo a todo lo de la vida, también a lo gris. Un bodegón de Zurbarán o de Sánchez Cotán pinta unos nabos, un vaso de agua, cosas modestas comparadas con los bodegones holandeses, por ejemplo, que son casi como un supermercado. Si no lo entiendes bien, el bodegón español puede parecerte pobre. Y si no comprendes bien esa austeridad, si no le das un valor moral, que lo tiene, sale siempre perdiendo ante la riqueza y la ostentación. Y eso ha pasado siempre. Por eso yo valoro mucho lo español, muchísimo. Y esa fe en lo español fue lo que a mí me hizo trabajar en una determinada dirección.

*** Con más intimismo...**

Y a la vez creyendo en algo, creyendo en nosotros. No en que somos los más fantásticos, sino en que el paisaje, el aire y el sol de nuestra tierra nos han hecho como somos, y tenemos que manifestarlo. Por eso es preferible un bodegón español, porque tiene un contenido espiritual, es como un altar. Cuando eres capaz de verlo, ves también cómo nuestro arte despegaba frente a todo lo demás. Un vaso de agua, un cesto con naranjas y una sola flor contra un fondo negro significan muchas cosas. Pero para ver eso tienes que madurar mucho y liberarte de muchas cosas, no es tan fácil. Para apreciar estas obras en lo que valen, para comprender que son un reflejo de la realidad del mundo, es preciso un conocimiento, incluso un desengaño de todos esos brillos.

*** ¿Y qué han significado para ti los premios, el Príncipe de Asturias, el Velázquez, las retrospectivas en los grandes museos, el reconocimiento internacional...?**

En el terreno del arte se trabaja siempre con muchísimas dudas. Nada es demostrable. Eres lo que los demás dicen que eres, tanto como lo que tú crees que eres. Necesitas que los demás te den aliento, que te digan: «Lo que haces merece la pena, sigue con tu esfuerzo...». Todos los premios son aliento de la

sociedad y son vitales. Sin eso, ya puedes ser Van Gogh. No puedes realizar tu trabajo en libertad hasta que el reconocimiento no llega. Y además, y para mí es lo más importante, te hace sentir útil a los demás. Porque el trabajo de un artista no tiene sentido si los demás no lo aceptan. Ni más ni menos que como los zapatos que hace un zapatero. Los hace para los demás. Si no te aprecian, en realidad no haces más que trastos inútiles, y esos trastos son tu vida, pones en ellos años de tu vida, tu corazón, tu energía...

Pero el premio más importante para mí fue el primero que me dieron: un premio de Educación y Descanso, cuando yo tenía trece años. Ese premio convenció a mi padre de que me trajera a Madrid, que merecía la pena confiar en mí para ser pintor. Ese premio de 300 pesetas, que salió en la prensa provincial un día de verano del 49, cambió mi vida.

*** El gran maestro del hiperrealismo, ¿puede explicar qué es la realidad?**

En todo eso he pensado mucho. Puedo decir sencillamente que la realidad es todo. La realidad es lo que vemos y lo que sentimos, lo que soñamos, tememos o anhelamos. Velázquez trabaja sobre la realidad objetiva. El Bosco o Dante, desde un mundo imaginario o soñado, también reflejan la realidad. Con un cuadro de El Bosco sientes en qué pensaban o qué temían los hombres de su época. Siempre se trabaja sobre la realidad, pero desde muchos lenguajes. El lenguaje objetivo no es el único capaz de reflejar la realidad. El hombre convertido en insecto de Kafka, o *El Jarama* de Ferlosio son dos aspectos de la realidad. O la cultura egipcia, que ha creado un retrato tan realista como el de Nefertiti y un monstruo como la Esfinge de Gizeh. Todo eso es la realidad, es el hombre.

*** ¿Cómo ves esta sociedad en la que tenemos que educar a los hijos?**

Está desnortada. Nuestra sociedad es furiosamente capitalista, y el capitalismo es corruptor y se filtra en todas partes. Yo creo que todos somos víctimas de eso y lo refleja la educación. Una cosa es lo que se transmite, y otra cosa es lo que hay en la calle y en los medios. Me parece que está en un momento difícil. Creo que nunca ha habido tantos recursos. En relación al hecho artístico, nunca ha habido, por ejemplo, tantas exposiciones de asistencia masiva..., pero se nota que no es únicamente eso. Tiene que haber más cosas. Al contrario que Grecia, que con muy poco hizo mucho porque tenía una

buena orientación y había unos valores básicos verdaderos, yo veo que ahora, aunque sobre de todo, faltan cosas esenciales.

Por otra parte, cosas de mi infancia, como el analfabetismo, han desaparecido. Y eso no evita que se pueda oír hablar a gente joven de una forma horrorosa. Yo me quedo sorprendido. ¿Por qué está ocurriendo esto? Porque no estamos cuidando la finura, la delicadeza, nuestra parte moral, en el sentido más alto de lo que significa moral.

Yo tengo setenta años. He vivido en la España de los años cuarenta, tan religiosa, basada en cosas en algún sentido exageradas... No solo en lo religioso, porque el sentimiento religioso todos lo llevamos dentro de una u otra manera, pero no se trataba de aquello, está claro. Y lo de ahora, pues tampoco. Tener que vivir en una sola vida ese vaivén. Es como si el hombre no supiera situarse, como si la armonía de las cosas se nos fuera, como si se nos escaparan siempre las cosas importantes. En fin, ¿será el destino del hombre ir siempre dando bandazos?

*** Estamos perdiendo valores esenciales.**

Los valores éticos. Eso es crucial. Porque con un baúl lleno solo de conocimientos, el hombre se puede ir a pique.

El hombre no sabe lo que es y nunca lo sabrá. Los dioses se han alejado mucho y el hombre se ha quedado muy solo, y a veces no encuentra mucho más sentido a su presencia aquí que al de las moscas.

Si el hombre controlara su poder sobre las demás especies, pero es que está arrasando con cosas verdaderamente sagradas. ¿Por qué somos tan prepotentes? Ahora tenemos muchos medios para serlo pero ¿quién es el hombre para desviar los ríos y para derretir los Polos?

Si la ciencia va a llevar al hombre a esa desconsideración... Francamente, es para pensarlo. Y ahí está la educación metida. Si un hombre no va en la dirección adecuada, su corazón y todo lo que es del hombre va con él, en la dirección que él vaya. Y ahora somos enormemente potentes, podemos destruir la tierra o alterar nuestra especie. Eso no ha ocurrido antes jamás en la historia. Y se nota en todas partes. La parte positiva es la prolongación de la salud y de la esperanza de vida, y otros aspectos fantásticos, claro. Pero ni siquiera para todos los habitantes de la Tierra.

Creo que solo hay un camino que es la austeridad. La austeridad voluntaria. Una elección. Porque no somos más felices por malbaratar las cosas.

No somos más felices por malbaratar las cosas. Es verdad.

La primacía absoluta del consumo —quiero esto aquí y ahora— frente a cualquier otra consideración, aunque sea a costa de «desviar los ríos y derretir los Polos», ha sustituido a los proyectos de vida más trascendentes. Pero esta sociedad del bienestar, que constituye algo natural para nosotros, solo es una referencia para quienes han nacido en su periferia: hombres, mujeres y niños que se juegan la vida para llamar a nuestras puertas y no son imágenes de los telediaris, sino parte de la realidad.

Para educar a nuestros hijos con coherencia y aportar un grano de arena en la construcción de ese mundo mejor que deben heredar, hay que mostrarles esa visión también y no, como dice Ortega, «un muñón de universo». La realidad es todo, nos acaba de decir un gran maestro.

Nos estamos convirtiendo además en consumidores de relaciones efímeras, en «suicidas o corredores de maratón cuando podemos ser felices, ricos y libres», como dice el filósofo Sloterdijk. Sin embargo, si nos mirásemos más de cerca veríamos cómo cada uno de nosotros sigue asombrado ante la inmensidad de las estrellas sobre su cabeza y la ley moral en su interior. Como siempre.

Frente al imparable avance de la sociedad de consumo, debemos enseñar a nuestros hijos a decir «no». No al derroche, no al «marquismo», no al despilfarro de los recursos naturales ni a relacionar la diversión con el abuso; no a tener que probar lo nuevo solo porque es nuevo, no a convertir mi coche o mi ropa en ídolo. Solo podemos enseñarles con nuestro ejemplo, claro está. Y esto no quiere decir negarles una buena vida. Todo lo contrario. Nuestra obligación es proporcionársela con los medios que estén a nuestro alcance. Pero una verdadera buena vida, de dimensión humana, donde quepan la generosidad, la consciencia de los privilegios, la austeridad, los valores.

Una elección, como dice Antonio López. Merece la pena aprender de este mensaje extraordinario.

*** Apuntes**

Antonio López García, pintor y escultor, nació en Tomelloso, Ciudad Real, en 1936. Su temprana vocación por el dibujo, así como la influencia de su tío, el pintor Antonio López Torres, conformó su decisión de dedicarse a la pintura. En 1949 se trasladó a Madrid para preparar su ingreso en la

Academia de Bellas Artes de San Fernando, coincidiendo allí con diversos artistas, como Enrique Gran, Amalia Avia y Lucio Muñoz, con los que formó lo que se ha venido a llamar Escuela Madrileña. En la academia permaneció entre 1950 y 1955. Una vez finalizados sus estudios, alternó su trabajo entre Tomelloso y Madrid. Entonces realizó sus primeras exposiciones individuales.

En 1961 se casó con la también pintora María Moreno, con quien ha tenido dos hijas. Desde 1964 y hasta 1969 fue profesor encargado de la Cátedra de Preparatorio de Colorido en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando.

Su obra abarca la pintura. —*Los novios* (1955), *Cuarto de baño* (1969), *La Gran Vía* (1974-1981), *Madrid desde Torres Blancas* (1982)— hasta lo escultórico. Los objetos y los sucesos de la vida ordinaria son los protagonistas de sus cuadros.

Su trabajo fue llevado al cine por el director Víctor Erice en la película *El sol del membrillo* (1992).

En el año 1985 fue galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de las Artes y en enero de 1993 fue nombrado miembro de la madrileña Real Academia de San Fernando. En 2006 fue galardonado con el Premio Velázquez de las Artes Plásticas.

El Museo Reina Sofía de Madrid realizó en 1993 la primera retrospectiva de su obra y en abril de 2008, el museo de Boston ha realizado la segunda, de alcance mundial. En junio de 2008 se ha convertido en el pintor español vivo más cotizado por la venta de su obra *Madrid desde Torres Blancas* en la sala Christie's de Londres.

Tres jóvenes hablan de valores



«Ya llega un momento en que el camino lo sigo yo sola. Poco a poco vas haciendo tu persona». (Laura Hernández, 18 años).

«Un padre debe ser una persona con valores. Una persona con las ideas claras que te diga: “Esto es así”». (Manuel Diez, 20 años).

«Cuando estás trabajando y esforzándote, de algún modo, te humanizas. Sientes que hay algo por ahí dentro de ti que te dice que eres mejor cuando te esfuerzas». (Alberto Arroyo, 19 años).

La idea de que en el último capítulo de este libro aparecieran personas jóvenes fue de Pastora Vega. Se la agradezco mucho. Verdaderamente, era imprescindible saber qué piensan ellos de los valores, cómo los viven.

Laura, Alberto y Manuel, mis entrevistados, son extraordinarios. Y al mismo tiempo, son gente normal que estudia y sueña. Laura tiene dieciocho años y acaba de terminar el primer curso de Ingeniería Industrial; Alberto tiene diecinueve años y es un músico lleno de talento que está terminando los estudios del Conservatorio; Manuel tiene veinte años y está a punto de ser maestro en la especialidad de Educación Física. Tres personas jóvenes, con el proceso de educación terminado, que empiezan a tomar las riendas de su vida y a plantearse las preguntas clave.

Realizamos la entrevista un domingo por la mañana. Laura y Alberto se conocían ya; Manuel no. Procuré dejarles solos unos minutos al principio para que se reconocieran y pudieran elegir sin coacciones los valores de los que querían hablar. Escogieron, a partir del orden alfabético del índice, la cultura, después la disciplina y el esfuerzo, y luego quisieron relacionar la libertad con

la tolerancia, en un ejercicio que hubiera asustado a un filósofo curtido. Por último, quisieron hablar de la vida, que para ellos significa el futuro.

En el transcurso de la entrevista, se fueron abriendo, sinceros y tranquilos, y pudimos hablar de muchas otras cosas. El tiempo se nos hizo corto. Alberto, perfeccionista como artista que es, me decía que hubiera deseado profundizar más.

Lo que dicen nos dará a conocer sus reflexiones personales, pero también nos permitirá escuchar a una parte importante de su generación. Podremos ver con sus ojos este mundo complejo que les hemos preparado.

Laura, Alberto y Manuel saben cómo se debe educar. Nos quieren implicados, preocupados por sus estudios y su vida, exigentes en la medida en que sirva para que aflore lo mejor de sí mismos. Nos quieren dignos y plenos de valores morales. Están preocupados por las contradicciones de la sociedad en que viven, serenos ante la incertidumbre del futuro y preparados para encontrar el amor.

Su testimonio es tan valioso que ellos serán, con todo merecimiento, el broche de oro de este libro. Para mí, en la atalaya de la madurez, poder decir *Contigo aprendí* a la generación siguiente ha sido un ejercicio maravilloso. Me parece que Laura, Alberto, Manuel y sus amigos son mejores que nosotros. Son como nuestros hijos serán.

*** Veo que habéis elegido el valor de la cultura. ¿Por qué?**

Alberto. Lo he dicho yo. Es que durante toda nuestra vida nos estamos formando, y si no toda la vida, la mitad, en todos los campos de la cultura que hay. Al fin y al cabo, te conviertes en aquello en lo que te has estado formando.

*** ¿Tú crees que condiciona tanto?**

A. Sí, sin duda. ¿Qué seríamos sin lo que aprendemos? Uno de mis profesores del Conservatorio opina que tiene más valor aprender que saber, es decir, empapamos de cultura: la que nos guste y escojamos o la que nos impongan. ¿Podríamos imaginarnos de adultos sin haber recibido ninguna educación? Yo no podría...

Laura. A mí me parece que este es un tema muy polémico para los jóvenes. Hay un tópico que ahora mismo dice que los jóvenes no tienen cultura, que no tienen interés por ella, y a mí me parece que es falso, que quizás es generalizar.

*** ¿Por qué te parece falso ese tópico?**

L. Creo que es peligroso generalizar. Quizás ahora mismo los jóvenes sí que tengan cierto pasotismo, por decirlo de algún modo, en cuanto a los estudios, en cuanto a aprender y a querer conocer más, pero eso no quiere decir que todos los jóvenes quieran eso. Hablo por mí. La formación y el aprender, el haber estado en un colegio, y haber elegido estudiar una carrera —aquí los tres estamos estudiando una— sí que muestran la iniciativa de aprender.

*** ¿Creéis entonces que hay una equivocación respecto a la relación de los jóvenes con la cultura?**

Manuel. Yo creo que a los que hemos elegido libremente adquirir un nivel cultural, formamos en unos estudios superiores y tal, pues evidentemente nos importa la cultura y queremos ampliarla, pero está claro también que hay mucha gente, mucho joven, que considera la cultura una sandez y no ha cogido un libro en su vida. Hombre, no hay que generalizar, pero yo veo que el nivel cultural base está bajando con el paso del tiempo, y eso es culpa de los gobiernos de turno, creo yo.

*** ¿Y cuál debería ser el nivel cultural base? Porque a lo mejor estamos hablando de una cultura que pertenecía solamente a una elite de la sociedad.**

M. Yo creo que, a nivel de la educación, se tiende a igualar, pero hacia abajo. Como este no puede llegar aquí, todos a reducir sus niveles hasta ahí. Pues no. ¿Por qué no se hacen grupos por niveles? Porque es verdad que hay gente que puede llegar a un nivel alto y otros que no, pero entonces, ¿por qué pagar unos por los otros? Si un chaval se esfuerza y no puede llegar a determinado nivel, vamos a hacer un grupo A, un B y un C donde cada uno llegue al máximo que pueda. Pero como hay tanta hipocresía con esto, como hablan de que son medidas segregadoras... Yo creo que no son segregadoras, son unas alternativas para que cada uno lleve la progresión que pueda. Y si alguien resalta en el nivel B y lo supera, eso puede ser una gran motivación: «Oye, me he superado a mí mismo».

A. Yo estoy de acuerdo parcialmente con Manuel. Si un grupo no es todo lo homogéneo que debiera ser, un profesor debe saber enfocarlo y atender tanto al que destaca por encima como por abajo. En clase yo he conocido a gente que aprendía con rapidez y a quien avanzaba muy despacio, y a lo mejor no se les ha sabido potenciar ni a uno ni a otro. Pero sí es verdad que se pone más atención a los niveles más bajos, los que tienen dificultades.

L. Sin embargo, en la universidad ya se exige directamente el nivel alto y el que llega, llega.

M. Evidentemente, en la universidad ya es distinto. Yo me refería a la enseñanza primaria y a la secundaria.

A. Yo también.

*** Pero esos son los niveles que preparan para la universidad...**

M. Pues a eso es a lo que yo me refiero, a la gente que está estudiando Magisterio y tiene faltas de ortografía. Eso un maestro no puede tenerlo. Falta una base, hay un montón de cosas que no se han aprendido bien, por lo que sea, por equis razones, pero hay que hacer algo para mejorarlo.

*** Juan Manuel de Prada dice que la cultura es el vínculo con lo que ha pasado antes de que nosotros llegáramos. Dice que hoy vivimos como si fuéramos el origen de todo y no hubiera habido ningún invento antes del i-pod. ¿Cómo lo veis?**

M. Creo que es verdad. Por ejemplo, me acuerdo que cuando yo estaba estudiando segundo de la ESO o por ahí, mi padre me enseñaba sus libros de octavo de primaria, que era el nivel equivalente de su época y había mucha más materia. Pienso que ha habido una especie de retroceso. También hay muchas tendencias que ahora parece como que son la moda: no leer, estar por ahí... Lo que has dicho, que mucha gente se cree que el origen es ahora y no hay vida más allá. Te dicen: «Yo me voy a comer el mundo pero ahora».

*** ¿Qué piensas tú, Alberto? Porque tu trabajo tiene todo que ver con la cultura.**

A. Sí, es verdad. No tenemos sentido de comparación con lo que había antes. Yo también creo que el nivel cultural está bajando y que existe una tendencia más o menos general de que *cuanto menos haga, mientras lo salve, mejor*. Y va desde el colegio a la universidad y al trabajo. Eso se refleja en el mundo laboral, y a veces en uno muy concreto: la enseñanza, los profesionales que enseñarán a nuestros hijos. Hay que evitar esa tendencia.

L. Y también tiene que ver con el gobierno de turno, como decía antes Manuel. En Educación Secundaria, si la materia a estudiar es mucho menor, es porque el sistema educativo es así. Y si aumentaran el nivel, la gente iría mucho mejor preparada e incluso llegaría más gente a las carreras universitarias.

*** Entonces, ¿tú crees que al que se le exige, da?**

L. Sí. Yo creo que sí. No es tanto por la generación que toque. No es tanto eso.

M. Yo pienso que también tiene mucho que ver la familia.

A. Es lo que iba a decir yo ahora mismo.

*** Pues vamos a hablar de la familia.**

M. Por ejemplo, yo soy muy vago. Y no me considero tonto, ¿eh? Pero si he llegado bien, y no he repetido curso nunca, y lo he aprobado todo... porque yo soy de la ley del mínimo esfuerzo, la verdad, lo tengo que reconocer... Pero he tenido un nivel de exigencia, es que a mí me han exigido. En casa, ¿eh? Porque el sistema de enseñanza, como hemos dicho antes, tampoco me exigía. Por ejemplo, recuerdo que primero de la ESO lo saqué con la gorra porque tuve a una profesora, en quinto y sexto de Primaria, exigente a tope. A la ESO llegué tan preparado que no tenía casi ni que estudiar, pero luego no me han exigido tanto y yo soy un tío de los que pueden sacar un notable pero se conforman con un bien. Si en la clase me hubieran exigido más, yo mismo me hubiera exigido más.

*** O sea, que no te hubiese importado que fueran más exigentes contigo...**

M. ¡Hombre! Dicho así... No es tan fácil. Pero visto de cara a prosperar en el futuro, desde luego que sí.

A. Pues yo no quería salirme mucho del tema de la cultura, pero ya meto a la familia directamente. Su influencia nos condiciona tanto que somos reflejo de ella y de las condiciones con las que vivimos. Me parece que es la mitad o más de la vida, de nuestra formación como personas...

L. Prácticamente, el todo.

A. Influye muchísimo, en el sentido de tener que dar más, de exigirte, de ayudarte a llegar a dónde quieres llegar. Y está claro que la otra parte son los profesores, por eso hay que hacer buenos profesores. Incluso pensando en el futuro, en nuestros propios hijos.

L. Yo creo que la familia condiciona mucho más que el colegio. Es cómo te vayan educando, cómo te vayan inculcando los valores de responsabilidad y superación.

A. Por otra parte, a esa familia la ha educado otra familia, otro plan de estudios. Hay que tener cuidado con eso.

*** ¿Cómo os parece a vosotros que debe ser la actitud de los padres con respecto a sus hijos?**

A. Es una pregunta complicada para contestar con una sola frase. ¡Mejor en un libro!

M. En ningún sitio te enseñan a ser padre. Vas aprendiendo sobre la marcha.

*** Por lo que habéis estado diciendo, me parece que debe ser una persona que sepa exigir en su justa medida...**

M. ¡Debe ser una persona con valores! Una persona con las ideas muy claras que te diga: «Esto es así». Sin que tenga que ser un sargento. Tiene que tener cierta disciplina, tiene que tener autoridad..., porque esto del padre que es tu colega está muy bien de momento, pero luego cuando el niño y la niña se te han subido a las barbas, a ver cómo los bajas. Un padre tiene que tener valores, religiosos si quieres, pero valores morales y sociales, porque eso es lo

que marca a un hijo para el futuro. La educación en valores es fundamental. Yo, por ejemplo, se lo he dicho muchas veces a mi padre: me ha gustado ser maestro porque mis padres son maestros y he visto que vivían bien pero podían estar con sus hijos. Imagínate que tienes otro trabajo, que tienes que estar pringado muchas horas y no tienes ni un momento para estar con tu familia. Yo les digo: «Si no hubiera tenido unos padres como vosotros, a lo mejor estaba ya trabajando en la obra desde los dieciséis años». Yo tengo compañeros, gente con mucha cabeza, que podrían estar en mi situación, pero como sus padres no se han preocupado, no le han dado importancia a las cosas ni se han hartado de decir: «Estudia, estudia», pues...

L. Yo creo que hay algo muy importante, y a lo mejor hoy en día no se valora tanto, y es que a los hijos los eduquen los padres. Evidentemente, yo misma estoy estudiando una carrera y quiero trabajar en el futuro, y por supuesto mi marido también tendrá que trabajar, pero está claro que son los padres quienes tienen que educar a sus hijos. En muchos casos que yo conozco, los hijos han sido educados por la señora que está en casa, o por la cuidadora. Esta no es la forma. No sé cómo afectará esto a los conocimientos, pero desde luego a la formación personal tiene que afectarle muchísimo. Estoy segura.

M. Estoy de acuerdo con ella. Los padres tienen que educar a los hijos. Pero yo creo que muchos padres de hoy en día dicen: «¡Que los eduquen los profesores!». Y por eso hay tantos problemas. Yo he terminado el período de prácticas de Magisterio, y ves a los hijos, luego ves a los padres y... El colegio en el que yo estaba de prácticas tenía un programa de lectura en la biblioteca muy bueno, que fomentaba la lectura muy bien, pero luego te dabas cuenta de que los padres de esos chicos no cogían un libro, y el maestro iba por un lado y la familia por otro. Y no nos engañemos, el hijo hace lo que ve hacer a sus padres aunque en el colegio haga lo que ve hacer al maestro. La educación es una cooperación entre los padres y el colegio. Si al padre lo ven leyendo el *Marca* y nada más... que, bueno, yo leo *Marca* todos los días, pero no solo leo el *Marca*. Hay que leer más cosas.

A. ¡Por ejemplo, el *As*! Es broma. Yo diría dos o tres cosas: la primera, que la familia supone un vínculo, en todos los sentidos, también psicológico y biológico, que es inevitable. Por otra parte, los padres, la familia en general debe ser un vehículo importante para ayudar a configurar a los hijos como individuos o sujetos en un futuro, pero a veces las circunstancias en las que

los padres educan no son las mejores y eso condiciona también. El ideal de la educación familiar es algo que en teoría está muy bien pero subjetivamente puede no funcionar tan bien. Lo que ocurre es que, funcione bien o mal, es importantísimo así que...

*** ¿Sabéis que en esto habéis coincidido con un montón de expertos en educación? Los siguientes valores que habéis escogido son la disciplina y el esfuerzo, pero ¿no son unas palabras muy anticuadas?**

L. Según cómo te las tomes.

M. Las dicen los políticos: «La cultura del esfuerzo». Yo las veo relacionadas con la educación escolar.

A. Yo creo que no solamente, para nada.

M. Yo sí. Como soy de la ley del mínimo esfuerzo, si te tienen que exigir más... ¿Cómo se fomenta eso? Si una persona que se conforma con aprobar tuviera el listón más alto para conseguirlo, pues el esfuerzo sería mayor. La cultura del esfuerzo te sirve para superar las metas a nivel escolar, pero también a nivel personal.

A. Para mí no es algo antiguo. Cuando vas a un médico, cuando escuchas a un músico o cuando tienes un profesor, quieres que sea el mejor en lo suyo, y para eso es inevitable que se haya esforzado. Por eso mismo, uno tiene que esforzarse también si quiere hacer algo mejor que lo mínimo.

*** Tú le dedicas muchas horas a la música, ¿te compensa?**

A. Sí, sí, por supuesto, vamos. Yo he vivido un poco las dos partes, la de trabajar menos y la de trabajar mucho, y a mí siempre me ha compensado trabajar mucho.

*** ¿Qué ves tú al fondo de ese esfuerzo que estás haciendo?**

A. Primero, que te empapas de un montón de cosas, no solo los contenidos que aprendes, la información que obtienes o los objetivos que consigues, sino que, de algún modo, cuando estás trabajando y esforzándote, te humanizas. Yo he vivido las dos partes, como he dicho, y al comparar las dos, sientes que hay algo por ahí dentro de ti que te dice que eres mejor cuando te esfuerzas;

que vas a conseguir un nivel más alto, no solo académico sino humano, y que lo vas a poder poner en práctica incluso un día que tengas que ir al dentista.

*** Laura, tú estás haciendo un esfuerzo muy grande con una carrera tan difícil. ¿Lo ves también así?**

L. Yo lo que veo es que sin esfuerzo no llegas a nada. Si no pones pasión..., en su caso, el músico tiene que poner pasión, eso está claro, pero todos tenemos que poner empeño, dedicación. Si no, nunca vas a conseguir lo que realmente quieres.

*** Me estoy dando cuenta de que tenéis un proyecto. Muchas veces se acusa a la gente joven de vivir en un eterno presente, pero yo veo que vosotros tenéis un sitio a dónde queréis llegar.**

L. Y más a estas edades. A lo mejor, con quince años, con catorce, no te lo planteas tanto. Vives más el presente, *qué bien me lo estoy pasando en el colegio, no voy mal en clase, a ver las notas...* Muy bien. Pero ya con dieciocho, diecinueve o veinte años, o te planteas el futuro o... Es la edad de planteártelo. Yo misma pienso cosas como: *trabajaré...*

A. Pero no todo el mundo se lo plantea así y de ellos también tenemos que hablar.

M. Claro. Yo conozco gente que a los dieciséis años ha sacado algo de dinero y ha dejado de estudiar, y estoy pensando ahora en un compañero de mi equipo de fútbol, que le daban seiscientos euros por jugar, y claro se sentía el rey y pasaba de estudiar y de todo. El que va a la Universidad, o el que hace un módulo de Formación Profesional, no tiene más remedio que plantearse el futuro, pero hay mucha gente joven que no lo piensa...

L. Pero yo creo que también a esa gente le llegará su momento. A lo mejor cuando les llegue es tarde, pero el momento de plantearse el futuro tiene que llegar antes o después.

M. A lo mejor llega cuando ya todo se ha pasado. Y se van a tener que poner a pedir dinero para tener un piso, para salir de casa de los padres. Ya me contarás el que llega a los cuarenta años y no ha podido más que trabajar en una fábrica y se la cierran. Si eres mecánico, o electricista, o maestro o

médico, tienes un oficio, tienes algo, te puedes buscar la vida, pero el que no ha hecho nada de nada, ¿dónde se pone?

A. Yo, en cuanto a lo que ha dicho Laura, estoy de acuerdo. Cuando tienes quince años no ves más allá, pero con nuestras edades, sí. Y estoy de acuerdo con que el esfuerzo es importante y es con lo que llegas, pero también hay que darse cuenta de que no es algo que se consiga de la noche a la mañana, ni lo adquieres por estar en la universidad o en el bachillerato. Creo que desde más joven tienes que esforzarte, no un régimen militar, sino irte acostumbrando a estar motivado por el esfuerzo y que te compense porque, bueno, debes saber que ese es el camino por el que se va al futuro.

*** Estoy de acuerdo. Educar la disciplina empieza aprendiendo a atarte los cordones de los zapatos a los cuatro años. Es un proceso muy largo, de toda la vida.**

A. El otro día vi un mono que, para pescar, hacía una herramienta que le llevaba trabajo y tiempo, pero con ella conseguía el alimento.

*** El ejemplo no me va muy bien, ¿qué quieres decir?**

A. Que el esfuerzo te lleva a un resultado y que trabajar para conseguir un resultado es algo tan innato, tan primitivo, que hasta los animales lo hacen. El esfuerzo te hace progresar.

*** Pues es verdad. Y eso que dices explica el progreso de la humanidad. Sin esfuerzo por mejorar seguiríamos en la caverna. Pero eso nos llevaría a la libertad, que habéis unido con la tolerancia. ¿Por qué?**

A. y M. ¡Ha sido cosa de Laura!

L. En un primer momento, al decir libertad, me ha venido a la cabeza la libertad de expresión, que está ligada sin duda a la tolerancia.

M. Porque la libertad implica hacer sin llegar al punto de perjudicar al que tienes al lado, y la tolerancia es casi lo mismo.

A. Y se me acaba de ocurrir que la disciplina y el esfuerzo, de los que hablábamos antes, te hacen independiente, y eso de algún modo significa Ubre.

*** Yo también creo que la disciplina y la libertad están relacionadas. El que ha hecho el esfuerzo de prepararse, es más libre porque es más dueño de su vida. Pero ¿qué es la libertad? Es una pregunta muy difícil.**

A. La libertad contiene muchos puntos desde donde abordarla, desde el profesional hasta el político...

L. Y el personal. Yo me siento libre, por supuesto. Creo que ya soy bastante independiente de mis padres, aunque por supuesto soy dependiente en el sentido de que vivo con ellos, y me pagan la casa y la comida..., en ese sentido económico no soy nada libre. Pero sí que tomo mis propias decisiones, sí que soy capaz de no verme influida por nadie más, ni siquiera por mis padres, que son los que me han educado y me han marcado el camino. Pero ya llega un momento en que el camino lo sigo yo sola: ya he decidido mi carrera por mí misma, ya tengo más definida mi opinión y no me rijo por la de ellos, porque claro, al principio lo que opinen tus padres es lo que tú opinas, es natural. Ya no es así. Poco a poco te vas haciendo tu persona, y en ese sentido yo me siento más libre.

*** Notas que empiezas a gobernar tu vida. Como si la vida fuera un barco y tú empezaras a llevar el timón.**

L. Sí. Y a cambio estoy más desprotegida en cierto sentido. Ya veo que me voy a tener que buscar la vida como pueda, por mí misma, porque mis padres no van a estar ahí siempre.

*** Y eso, ¿te gusta o te da un poco de miedo?**

L. Ambas partes. Es natural. En cierto sentido dices: ¡me estoy haciendo mayor! Y ves que puedes despegarte de las personas con las que has estado siempre, y eso... bien. Pero por otra parte da un poco de miedo ver que vas a tener que sacarte las castañas del fuego, eso siempre tira un poco para atrás.

*** Claro. Llevas el timón del barco, pero si hay tormenta también lo llevas.**

M. Estoy de acuerdo con Laura, pero me llama la atención una palabra que ha dicho ella: desprotegida. Yo siempre uno la libertad con la seguridad. Siempre me he sentido libre de pensamiento, de expresión y tal, pero tengo que unir la libertad con la seguridad, porque sentirme libre es ir por la calle y no tener

miedo de que alguno me venga a robar. Yo puedo ser libre en diferentes aspectos, pero me gustaría también que la sociedad pudiera garantizarme esa libertad. En la actualidad, se habla mucho de la libertad —*usa tu libertad*— y queda muy progresista, pero prácticamente casi siempre decimos libre a lo *sin control* y a mí eso no me gusta nada. Libre es una manera de actuar, de vivir, de sentir, pero sin llegar a entrometerse en los límites del que tienes al lado. Yo puedo ser libre, pero no para molestarte, para inmiscuirme en tu vida...

*** Pero en teoría vivimos en una sociedad muy libre...**

M. El que practica el libertinaje no es libre, sino sinvergüenza.

A. Eso es algo que yo he oído ya muchas veces y no estoy de acuerdo. Lo del libertinaje es demasiado obvio, incluso primitivo. Ya están las leyes y ya sabemos lo que funciona para convivir bien y lo que no. El que te roba comete un delito, y lo comete porque necesita robar o está mal psicológicamente. Eso son siempre excepciones. Para mí definir la libertad es muy difícil. Hay que verla desde todos los puntos de vista. Lo que decía Laura está enfocado desde el punto de vista de la independencia, depender o no de los padres... Y eso nos lleva de nuevo al esfuerzo, a la independencia económica y laboral, pero hay una serie de circunstancias que corresponden a la cultura del país en que vives, a la familia en la que has nacido, a la ciudad, a las leyes, al sistema político, que te condicionan. Nadie podría decir que no vivimos en una sociedad libre.

M. No veo claro lo que dice Alberto sobre la sociedad. Imagina que ahora mismo tienes una trifulca en la calle con un extranjero. Tienes todas las de perder porque siempre vas a parecer un racista. Dices que alguien roba porque lo necesita para comer, pero ¿tiene que ser a mi costa?

A. No voy a entrar ahí. Sé que hay un montón de circunstancias que pueden llevar a una persona a robar, por ejemplo. Y comete un delito, es inmoral a lo mejor, pero no vamos a confundir libertad con libertinaje porque alguien robe.

M. Pues para mí ser libre también es sentirme seguro.

L. Yo creo que evidentemente hay que distinguir las circunstancias, pero tampoco confundiría los delitos con el libertinaje, ahí estoy más con Alberto. La libertad está en otra dimensión más interior.

*** Vosotros estáis empezando la vida de adultos en una sociedad muy compleja, mucho más que aquella en la que empecé yo. Una sociedad mestiza, un mercado laboral que va a ser toda Europa o todo el mundo, con valores que varían con frecuencia, que se confunden con modas. ¿Cómo veis vosotros esta sociedad? ¿Os sentís cómodos en ella?**

L. Yo creo que somos mucho más tolerantes hoy día que antes. Aceptamos mucho más al extranjero que viene a trabajar aquí, la homosexualidad, hay muchísimas cosas que se aceptan hoy y no se aceptaban antes, y yo creo que eso hace a la sociedad mejor, mucho más interesante. Hay que aprender nuevas culturas, hay que relacionarte con todo tipo de gente que no pertenece a tu sociedad, y eso es fundamental para que crezca un país.

M. En el tema de la inmigración, está claro el valor de la tolerancia, está claro que hay que ayudar a la integración, pero en muchos aspectos nos quieren imponer culturas de fuera. Por ejemplo, si yo fuese a un país, tendría que adaptarme a la cultura y a las leyes de allí. Dentro de mi casa, puedo rezar todo lo que quiera, pero yo veo totalmente machista que una mujer musulmana tenga que llevar un velo hasta los ojos en un verano con treinta grados. Yo creo que tienes que adaptarte a la cultura en la que vives, igual que yo me tengo que quitar los zapatos cuando entro en una mezquita.

A. Hombre, es obvio que cuando llegas a una cultura extranjera te tienes que adaptar aunque haya cosas que te choquen. Y cuando chocan mucho, es complicado. Pero no podemos imponer a un musulmán que cambie sus opiniones, sean correctas o no, sino que aprenda a convivir en la cultura en la que ha decidido vivir. Pero él a su vez ha de respetarnos, en eso sí que estoy de acuerdo.

L. Yo creo que es un proceso por ambas partes. Si yo voy a un país de religión musulmana y me intentan imponer el que me vista de esa manera, no lo voy a hacer. Y creo que eso es un arma de doble filo porque si yo me desplazo a esa cultura y no estoy dispuesta a cambiar ni mi religión ni mi forma de pensar, tampoco puedo exigirlo al revés. Hay que saber respetarles y pedirles que sepan convivir. Pero bueno, este problema de la religión musulmana es muy complejo y muy profundo.

A. Me parece que estamos hablando de cosas completamente distintas. Podemos hablar de tolerancia cuando uno se va a Francia y podemos hablar

de la convivencia entre la sociedad musulmana y la cristiana occidental y estamos hablando de cosas completamente distintas. ¿Quién tiene derecho a juzgar? No estoy defendiendo algunas leyes, pero han sido el modo de vida de esos pueblos durante miles de años y han formado su cultura. Para ellos es impensable cambiarlas y adaptarse a Occidente.

M. Pero quien vive en Occidente, vive en Occidente. Aquí hay que medir a todo el mundo con el mismo rasero ante la ley.

*** Estos problemas de los que estáis hablando muestran las contradicciones de la sociedad. Y las soluciones tal vez las tengáis que ofrecer vosotros porque nosotros no lo estamos haciendo nada bien.**

Ya que nos hemos metido en este berenjenal y, sin que me digáis vuestra opción política, contadme qué significa la política para vosotros. ¿Creéis que la sociedad está muy politizada?

A. En parte, sí. Yo veo que la gente tiene su partido, está orgulloso de él, se identifica con unas ideas, con unos valores... Pero también pienso últimamente en dos cosas: una, que la política es necesaria. Ya lo decía incluso Aristóteles, es una forma de regir un país porque cuando tienes cuarenta millones de habitantes, o trescientos como tiene Estados Unidos, tienes que regirlo de alguna manera y hacerlo funcionar. Pero, por otra parte, me parece que los políticos de hoy en día están un poco *en busca de colocarse*, y en cuanto asumen el poder, solo quieren el poder. Ni son los que mejor formados están ni tienen una visión realista o que vaya un poco más allá. Quienes deberían regir un país serían un conjunto de expertos que verdaderamente supieran de cada campo. No simplemente un presidente y doce ministros que a lo mejor han estudiado algo de leyes.

M. A mí la política me gusta mucho. He estado convencido además, porque yo siempre me he sentido muy seguro de mis ideas, pero ahora estoy viendo que el que mejor ha definido la política fue Ortega y Gasset, que dijo que la política era el arte de mentir. Y es verdad totalmente. Ahora mismo, lo único que quieren unos y otros es el poder. Si uno propone algo, el otro dice que no; si uno dice blanco, el otro negro. Como se ha hecho referencia a la filosofía, que es algo que me gusta mucho, diré que yo ahora no me considero demócrata y no sé qué considerarme. Platón decía —y yo estoy de acuerdo con él— que la democracia es lo que elige el pueblo, pero con preparación. A

lo mejor no puede valer igual el voto de un drogadicto que el de una eminencia médica.

L. Manuel, yo no estoy de acuerdo. Todos los ciudadanos tenemos los mismos derechos y nuestro voto tiene que valer igual. Además, sería imposible encontrar un sistema que regulara eso. Entraríamos en un debate continuo: ¿por qué su voto vale más que el mío? No. Yo creo que lo mejor es que todos los votos valgan igual. En cuanto al sistema político, yo creo que es normal que todo aquel que llegue a presidente del gobierno tenga ambición de poder. Una persona sin ambición no puede llegar ahí.

A. Pero, ambición, ¿hasta qué punto? ¿Hasta el punto de no tener una visión realista?

L. El hecho de gobernar un país entero, de tener todo en tus manos con doce ministros, precisa deseo de poder.

M. Pero a lo mejor acabas como un déspota total.

L. Yo creo que es casi inevitable. A mí me parece un error en el sistema español el que tú no elijas a las personas, sino a los partidos, y que te estén condicionando las personas.

M. A mí esta reflexión que acaba de hacer Laura me parece muy importante.

L. Yo creo que ese sistema es un error.

M. La ambición de poder ha destrozado a todos los presidentes de gobierno que ha habido hasta ahora. Y probablemente, le pasará al actual. Y los de la oposición, con la cantidad de problemas que tiene España, en vez de proponer mejoras están peleándose entre ellos. Yo he votado siempre, pero no veo que les esté preocupando nuestro futuro y no sé si voy a volver a votar.

A. Es aberrante oír un día el insulto de uno, al día siguiente el del otro... ¿Y si en vez de los políticos nos gobernarán los filósofos?

M. Tampoco el bipartidismo tan marcado está bien porque o eres de izquierdas o de derechas, como un callejón sin salida, cuando entre un

extremo y otro hay muchísima gente.

L. Todo el mundo está desencantado.

*** Mi generación es la que está gobernando y este desencanto de la gente joven nos tiene que hacer pensar.**

¿Y qué os parece la sociedad de consumo? Esta sociedad que nos obliga a cambiar tantas veces de ropa, de zapatos, de necesidades, ¿es un buen hábitat?

A. Yo diría dos cosas: una, que hoy en día el mundo se mueve por cosas materiales, el dinero, etcétera, y es inevitable vivir en este contexto. Pero por otra parte diría que incluso en la sociedad de consumo se pueden tener unos valores perfectamente buenos, morales y útiles, y ser unas personas trabajadoras.

L. Yo estoy de acuerdo con él. Una cosa no quita la otra. Que vivimos en una sociedad consumista, eso está claro, y hay que adaptarse porque es lo que hay, pero eso no quita para que las personas puedan tener ideas y valores.

M. También en este tema influye mucho cómo sean tus padres. Si los ves derrochar, pues está claro. Yo veo a la familia relacionada con todo. Si yo hubiese visto de pequeño a mi padre derrochando, yéndose por ahí de copas y yo hubiera estado solo en casa o con los abuelos, pues me hubiera parecido normal. No me considero consumista, cada uno tiene su capacidad para discernir las cosas que le parecen superfluas o no. Cada uno adquiere el nivel de compromiso que quiere con la sociedad: puede ser consumista, puede no serlo, puede llevar una vida espartana y alguna vez darse un capricho... Cada uno puede hacer con su vida lo que quiera. Lo que veo fatal es que se creen necesidades y luego se aumenten los precios.

*** Alberto, tú eres músico, tu trabajo está alejado de lo puramente material...**

A. Sí. Y yo creo que eso te ayuda a pensar que hay otras cosas que te pueden llenar y ayudarte a llevar una vida satisfactoria, y que no son cosas por las que haya que pagar. Pero volvemos a lo de siempre: hay cosas materiales que ayudan a la felicidad y cosas inmateriales que, si sabes encontrarlas, te hacen tan feliz o más.

M. Hay que enseñar a los niños pequeños que se puede ser feliz con cualquier cosa y que valorar lo que se tiene es lo mejor. Yo me acuerdo de la cantidad de veces que mis padres, cuando me quejaba, me ponían el ejemplo de los niños de África que se mueren de hambre. ¡Y es un ejemplo de verdad! Yo de pequeño con un balón he sido feliz. Hoy veía en el tren, cuando he venido, a una madre con dos niñas y cada una llevaba una consola distinta. ¡Dos consolas! Yo no tuve la primera hasta los catorce años y no me pasó nada.

L. Creo que depende mucho de la generación. Yo tengo una amiga que tiene una hermana pequeña —en mi familia yo soy la pequeña— y ella siempre ha tenido sus muñecas contadas y ya está, y siempre ha sido feliz porque ha vivido en eso. En cuanto sus padres han empezado a ganar más dinero, la niña pequeña tiene siete mil consolas, todo lo que la niña quiere. Eso, en el fondo, ha sido malo para ella, porque no valora lo que tiene. Y en el futuro, cuando se tenga que desenvolver por sí misma y no tenga todos sus caprichos, lo va a pasar mal. Hay que saber educar con control, aunque te puedas permitir darle todo a un hijo.

A. Yo estoy de acuerdo. Solo añadiría que las pequeñas cosas de hoy en día también pueden ayudarte a ser feliz: libros, discos, películas, espectáculos... pero que hay que ganárselos, no proporcionar a los niños cualquier cosa a cualquier precio. A medida que van siendo más mayores, deben ir entendiendo que cada cosa cuesta algo y que no se obtienen de manera gratuita, sino con esfuerzo y por mérito. Por otra parte no quiero decir que los estudiantes deban ver recompensados los buenos estudios solo por el premio material. Está claro que hoy en día estamos envueltos en una sociedad consumista, en la que la imagen parece que cobra más importancia que el fondo o interior de personas y cosas, y que vales más cuanto más tienes. Error.

M. Totalmente de acuerdo.

*** Me alegra que lo digáis, porque se nos hace creer que los jóvenes sois consumistas de nacimiento, cuando es un problema de educación. Vamos a hablar de vida, del futuro.**

Vamos a hacer una visión del futuro, del vuestro, de la sociedad...

A. ¿Me lo puedo pensar?

*** ¿Os resulta difícil veros en el futuro?**

M. A mí, sí. Tal como están las cosas... ¿Quién se puede comprar un piso ahora?

L. Yo creo que ese es el mayor miedo de todos los jóvenes.

*** El de no poder independizarse de los padres...**

L. El de comprarte un piso y verte independiente del todo. Yo creo que es casi imposible.

*** ¿Es tan importante ese hecho del piso propio?**

M. Es algo parecido a un símbolo: poner las bases, los cimientos de la independencia. Desde luego, lo más importante es trabajar y ganar dinero por ti mismo, pero el hecho de estar ahí, en tu propia casa, y poder entrar y salir cuando quieras... Para mí es importante también el grado de bienestar, ver cómo marcha la sociedad, pensar si mis hijos vivirán en una sociedad tranquila, podrán bajar a la calle a echar un partido de fútbol... Soy pesimista en eso. Yo vivo en una ciudad del sur de Madrid, normal y corriente, y estoy viendo cómo se deteriora. Por ejemplo, yo de niño bajaba a jugar a un barrio que no era el mío, que se llama Las Margaritas. Me iba a la plaza a jugar al fútbol y muy bien. Pero fui el otro día y me encontré que la plaza está vigilada por la policía veinticuatro horas al día, pero porque lo ha ordenado el ayuntamiento, o sea, que... Y solo han pasado ocho años desde que yo iba allí. ¿Qué será cuando pasen veinte? No soy pesimista, mejor dicho, soy realista, porque lo estoy viendo.

A. En mi caso, por la música, me gustaría vivir y trabajar fuera. Creo que lo más importante que hay que plantearse para el futuro es la felicidad y la estabilidad. La felicidad creo que al final está en una buena relación con los demás, con los que viven en tu entorno. Vivir en una casa más grande no te hace más feliz, son las personas. Y también hacer algo productivo. La estabilidad está también relacionada con la independencia y la responsabilidad.

L. Yo soy de las que piensan que hay que tener un objetivo, hay que intentar lo que quieras hacer en tu profesión, plantearte esas cosas, pero no puedes

hacerte una idea muy clara del futuro porque la vida da mil vueltas y no sabes lo que te va a pasar. Quizá si te dibujas un futuro muy claro: quiero esto, esto y esto, como no lo consigas a lo mejor te frustras. Debes tener una serie de nociones de cómo quieres ser, adónde quieres llegar, pero luego no sabes en realidad cómo va a acabar todo, qué te va a pasar, qué millones y millones de factores van a influir en tu vida. En mi futuro, lo que sea, será. Y ya está.

M. Es bonito tener un objetivo para la vida, un fin, una meta y trabajar por ello, pero claro, tiene que ser un fin abierto. El fin no puede ser: «Quiero vivir en una casa en este sitio y que sea así». Tú tienes que tener una idea, pero una idea de la vida, saber que hay muchos factores variables y hay diversos caminos, pero nunca puedes pensar lo que va a pasar a diez años vista.

*** Pero tú, Alberto, tienes que verte triunfando en las salas de conciertos.**

A. No, no, parece que sí, pero no. Yo me veo haciendo lo que me gusta y con un entorno en el que las personas que yo haya elegido sean las que me hagan feliz, que estén sanas y cercanas y no haya grandes excesos de nada. Y luego, sí es verdad lo que dicen ellos de que la vida da mil vueltas, porque hay muchas cosas que no dependen de ti, por ejemplo el factor suerte. Tal vez profesionalmente las cosas no salgan como quieres, por eso debes centrarte en tu entorno y tu estabilidad.

*** ¿Queréis hablarme de una dimensión trascendente de la vida, de lo espiritual?**

M. ¿Quieres hablar de la fe? Yo no tengo ningún problema y de hecho me confirmé hace dos semanas. En la carrera estoy estudiando materias de religión. Yo tengo una dimensión religiosa. La tengo y creo que es necesaria, y creo que todo el mundo la tiene aunque no la reconozca, porque es imposible no pensar como Unamuno, que se negaba a acabar bajo tierra como un perro.

L. Yo también creo que todos los seres humanos tenemos un ámbito espiritual. Tanto creer en Dios como no creer son cuestiones que se plantean en un ámbito espiritual. Y eso, en algún momento de su vida, todo ser humano se lo plantea. Es imposible que haya uno que diga: «Ni siquiera me lo pienso». No. Y además, esta es una cuestión que condiciona un poco tu vida

por cómo te muevas. A veces, condiciona los valores también. Una persona que no sea religiosa no tiene por qué ser un desastre, desde luego, pero al contrario, sí veo yo claro que la dimensión religiosa a veces te marca un camino que te puede ayudar hasta a distinguir la sensación del bien de la del mal. Yo creo que sí.

A. Yo creo que es un tema tan grande que está fuera de nuestro alcance, pero sí es verdad que ha movido masas y tierras, eso es obvio, que hoy en día también lo hace y lo seguirá haciendo. Tener una fe te guía, sea la que sea, y te da un camino y esperanza muchas veces. Pero bueno, realmente es algo tan complejo y la respuesta está tan lejos que se la dejo a los estudiosos de eso.

M. Creo que hay que distinguir de todas formas entre la fe religiosa y el pertenecer concretamente a una Iglesia. Cuando yo digo que casi todo el mundo cree en algo superior, algo místico por decirlo de alguna manera, me refiero a eso y no solamente a seguir a una Iglesia. Yo mismo puedo dudar si las iglesias interpretan bien el mensaje que tienen que transmitir. Todas las iglesias son estructuras llenas de sillas de oro y diamantes, y tienen cosas que modernizar.

A. Ahí estoy de acuerdo.

L. Son matices. No tienen por qué condicionar el tema de la fe.

*** Esa dimensión trascendente forma parte del ser humano, yo estoy de acuerdo. Incluso cuando uno se enamora, piensa en algo eterno y absoluto. ¿Qué pensáis del amor? ¿Queréis que entremos?**

A. Sí, sí. Es algo que también está en todos y cada uno. Decía, creo que era Platón de nuevo, que una sensación que uno tiene que probar antes de morir es el amor. El amor tiene dos caras en la misma moneda, es lo más bonito y lo más tremendo que te puede pasar, pero bueno, yo creo que incluso haber amado y haber perdido es una de las cosas que merece la pena en la vida.

M. El amor, la idea de ser querido y querer es muy importante. Todos necesitamos sentirnos queridos, sentimos valorados, sin que seamos megalómanos; no decir: «¡Qué bueno soy!», sino que alguien que te quiere te diga: «Lo has hecho bien».

L. Sin cariño, sin el amor de la gente que te rodea no tienes nada. Puedes ser muy bueno en tu trabajo, puedes acceder a un montón de cosas con tu dinero, y como no tengas amor en tu vida, no vas a ningún lado, te va a faltar algo siempre. En mayor o menor medida, todos deseamos amar y sentimos amados.

*** Es muy curioso porque, frente a los tópicos dominantes, habéis hablado del amor en su dimensión espiritual. Me reafirmo en mi creencia de que la hipersexualización de la sociedad actual es artificial y que los jóvenes veis también ese tema imbricado en el amor.**

M. Antes hablábamos de la libertad. Allí está la libertad metida, la de dos personas que forman una pareja y saben lo que quieren, deciden libremente y consienten en dar un paso más. Te advierto que dije esto mismo en la clase de Confirmación y creé una controversia que un poco más y me echa el Vicario. Si se decide libremente, esa es la culminación perfecta del amor.

A. Estoy de acuerdo. Hay que diferenciar el sexo por el sexo de lo que es el amor real, que funde el sexo y el amor romántico.

L. Yo en esto soy respetuosa, quiero decir que creo que es algo que debe decidir cada cual. Para mí, claro que está relacionado con el amor, pero si hay otras personas que no lo ven así, no creo que haya que hacer normas escritas sobre esto. Cada uno que actúe como lo vea.

*** En este libro se dice que educar significa educar en valores que hagan a las personas fuertes y dueñas de su vida. Un valor es «lo que se valora», y por eso hay que distinguir los valores buenos, los que valen para vivir. Yo veo que vosotros apreciáis los valores buenos y los tenéis incorporados a la vida, así que me gustaría que me ayudarais a terminar. Vuestra entrevista es el último capítulo.**

M. Yo te diría que la familia, la cultura y los valores son las armas que defienden tu vida ante el futuro.

L. Yo creo que cada movimiento nuestro, cada acción que realizamos viene condicionada por los valores de los que venimos cada uno, y a lo que lleguemos en nuestras vidas, tanto en lo profesional como en lo personal, estará también condicionado por nuestros valores.

A. Diría dos cosas: una, que todas las circunstancias históricas, incluso geográficas, de cultura, de tradición, de educación, todo, hasta el último detalle, conforma unos valores que se van transmitiendo, de hijos a hijos a hijos, y va diseñando el futuro, la historia de los individuos y la historia de la humanidad.

La segunda cosa es que nosotros hemos dado aquí nuestra opinión sobre muchos temas, y la hemos dado desde nuestros valores, desde la educación en valores que nos han dado. Ha sido bueno reflexionar en voz alta sobre los valores que hemos recibido y comprobar que nos están sirviendo para encarar la vida ahora que tenemos veinte años.

Con las palabras de los jóvenes se completa el camino. Yo no tengo nada más que añadir. Una persona querida me ha advertido que este libro sobre valores va a condicionar mi vida, mi *éthos*, a partir de ahora. Es verdad y ya estoy en ello. He aprendido mucho de mis compañeros de camino y, como diría Goya, «aún aprendo».

* Apuntes

Laura Hernández nació en Madrid en 1989. Estudia Ingeniería Industrial en la Universidad Politécnica de Madrid. En el verano de 2005 estuvo en una residencia de California, EE. UU... estudiando inglés.

Alberto Arroyo nació en Barcelona en 1989. Estudia 5.º curso de Enseñanzas Profesionales en el Conservatorio de Música Joaquín Turina, en la especialidad de Piano, y Magisterio Musical en la Universidad Autónoma de Madrid. Quiere especializarse en música de cine. Ha sido alumno durante un verano de la prestigiosa escuela Berklee College of Music de Boston (EE. UU.) y desea conseguir una beca para ampliar allí sus estudios. Pertenece al Consejo Escolar del Conservatorio Joaquín Turina como representante de los alumnos del centro.

Manuel Diez nació en Madrid en 1988 y está terminando Magisterio en la especialidad de Educación Física en el Centro de Enseñanza Superior Don Bosco de Madrid. Es educador deportivo de categoría benjamín de Fútbol Sala y jugador en la categoría senior de Fútbol en el Club AD El Norte, de Getafe.

Para saber más...

* Sobre la austeridad

ADELA CORTINA, *Ética del consumo*, Taurus, Madrid 2002³.

* Sobre Antonio López

El sol del membrillo (Víctor Erice 1990), película producida por Rosebud Films.

* Sobre la belleza

UMBERTO ECO, *La historia de la belleza*, Lumen, Barcelona 2004.

* Sobre la ciudadanía

PLATÓN, *Apología de Sócrates y Critón o el deber del ciudadano*, Espasa-Calpe, Madrid 1989¹⁷.

* Sobre Fernando Savater

FERNANDO SAVATER, *Ética para Amador*, Ariel, Barcelona 2008; *Las preguntas de la vida*, Ariel, Barcelona 2008.

* Sobre los valores del deporte

JORGE VALDANO, *Cuentos de fútbol I-II*, Alfaguara, Madrid 1998²-1998.

* Sobre Jorge Valdano

ARIEL SCHER, *La pasión según Valdano: reportaje del fútbol*, Capital intelectual, Buenos Aires 2006.

* Sobre la disciplina

JAVIER URRRA, *El pequeño dictador, La esfera de los libros*, Madrid 2008³.

*** Sobre Carmelo Gómez:**

www.carmelogomez.com

*** Sobre el esfuerzo en el estudio**

MARIANO MARTÍN ALCÁZAR, *Técnicas de trabajo intelectual*, SM, Madrid 1975.

*** Sobre Nicolás Fernández Guisado**

www.anpe.es

*** Sobre la esperanza**

Cosas insignificantes (Andrea Martínez Crowther 2008), película protagonizada por Carmelo Gómez.

*** Sobre Blanca López Ibor**

www.oncologiapediatricahm.es

*** Sobre la familia**

Luis FERNANDO VÍLCHEZ, *Padres y madres ante el espejo*, San Pablo, Madrid 2003.

*** Sobre Javier Urrea**

JAVIER URRA, *El arte de educar: mis pensamientos y aforismos*, La esfera de los libros, Madrid 2006³.

*** Sobre la generosidad y la adopción**

MARÍA ÁNGELES FERNÁNDEZ, *Adopción. Al encuentro de la vida*, San Pablo, Madrid 2008.

*** Sobre la identidad en la adolescencia**

ANA ISABEL SAZ MARÍN, *SOS Adolescentes*, Aguilar, Madrid 2007.

*** Sobre la libertad**

ERICH FROMM, *El miedo a la libertad*, Paidós, Barcelona 2008⁶.

JULIÁN MARÍAS, *Persona*, Alianza, Madrid 1997³.

*** Sobre la paz**

FEDERICO MAYOR ZARAGOZA, *Los nudos gordianos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 1999; *Alzaré mi voz*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2007.

*** Sobre Federico Mayor Zaragoza**

www.fundacionculturadepaz.org

*** Sobre la religiosidad**

SÓREN KIERKEGAARD, *Temor y temblor*, Alianza, Madrid 2007⁵; Tecnos, Madrid 2007³.

RUDOLF OTTO, *Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios*, Alianza, Madrid 2007³.

FRANÇOIS VOUGA, *Evangelio y vida cotidiana*, San Pablo, Madrid 2008.

*** Sobre Monseñor Carlos Amigo**

CARLOS AMIGO VALLEJO, *Cien respuestas para tener fe*, Planeta, Barcelona 2001³.

*** Sobre la responsabilidad**

LUIS FERNANDO VÍLCHEZ, *La educación, las buenas preguntas*, San Pablo, Madrid 2005.

*** Sobre Alejandra Vallejo-Nágera**

ALEJANDRA VALLEJO-NÁGERA, *Todas las tribulaciones de una madre sufridora*, Temas de Hoy, Madrid 2006.

*** Sobre la solidaridad**

ERICH FROMM, *El arte de amar*, Paidós, Barcelona 2008².

MASSIMO CACCIARI-CARLO MARÍA MARTINI, *Diálogo sobre la solidaridad*, Herder, Barcelona 1997.

*** Sobre Ignacio Calderón y la FAD**

www.fad.es

*** Sobre la tolerancia**

JÜRGEN HABERMAS, *De la tolerancia religiosa a los derechos culturales*, revista Claves de Razón Práctica 129.

*** Sobre Eugenia Adam**

El despertador. De lunes a viernes de 8 a 10. FIESTA FM. 107.2 FM.
www.fiestafm.net

*** Sobre la defensa de la vida**

www.provida.es

Juno (Jason Reitman 2007), película producida por Fox Searchlight Pictures.

*** Sobre la fuerza de voluntad**

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL, *Los tónicos de la voluntad*, Gadir, Madrid 2005.

*** Sobre Víctor Ullate**

www.victorullateballet.com

*** Para profundizar mucho más**

HANNAH ARENDT, *La condición humana*, Paidós, Barcelona 2008⁸; *La vida del espíritu*, Paidós, Barcelona 2007².



CARMEN GUAITA (Cádiz, 1960). Es licenciada en Filosofía y maestra especialista en Ciencias Sociales y en Pedagogía Terapéutica. Ha trabajado durante veintitrés años como profesora en Madrid, Extremadura y las islas Canarias.

Ha sido secretaria de comunicación del sindicato independiente de profesores ANPE en Madrid desde el año 2002. Desde junio de 2006, es secretaria estatal de comunicación de ANPE. Es miembro electo de la Junta de Personal Docente de Madrid desde el año 2002 y redactora jefe de la revista profesional ANPE. Ha sido portavoz del *Defensor del Profesor* desde su creación en el año 2005.

Colaboradora fija sobre temas educativos en los programas de radio *La buena vida* y *Vengase conmigo*, ha intervenido en numerosas ocasiones en prensa, radio y televisión. Ha presentado ponencias sobre la conflictividad en las aulas y sobre educación en valores en congresos celebrados en varias ciudades españolas y en Portugal y dirigido varios cursos para profesores sobre la prevención y el diagnóstico del acoso escolar.

Es autora de los informes sobre la conflictividad escolar que ANPE ha presentado ante el Consejo Escolar Español y ante la Comisión de Educación del Consejo Económico y Social europeo. Forma parte, como miembro de

ANPE, de la Comisión EDUC de la CESI, Confederación Europea de Sindicatos Independientes.

Publica con frecuencia artículos sobre educación en la prensa profesional y general española. Es coautora de varios libros sobre educación y autora del libro *Los amigos de mis hijos, de la colección Familia, Saber Cómo* de la Editorial San Pablo.

Es también presidenta de la Junta de Madrid de la ONGD Delwende al servicio de la vida (www.delwende.org).

Más libros, más libres

«Los libros son amigos que nunca decepcionan».

* psicología y educación

Contigo aprendí

Carmen Guaita

*Conversaciones sobre educación
y valores con personalidades
de nuestro tiempo*



3ª edición

Lectulandia